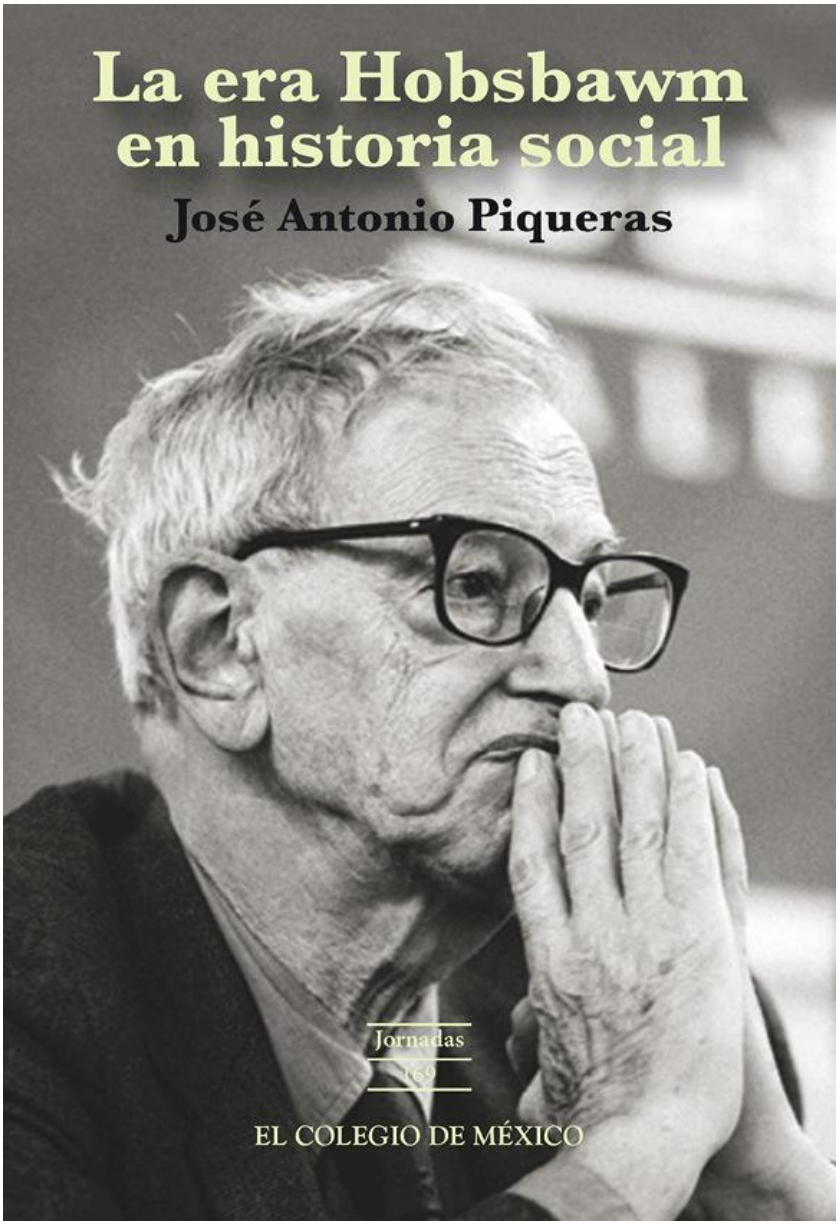
La era Hobsbawm en historia social

José Antonio Piqueras

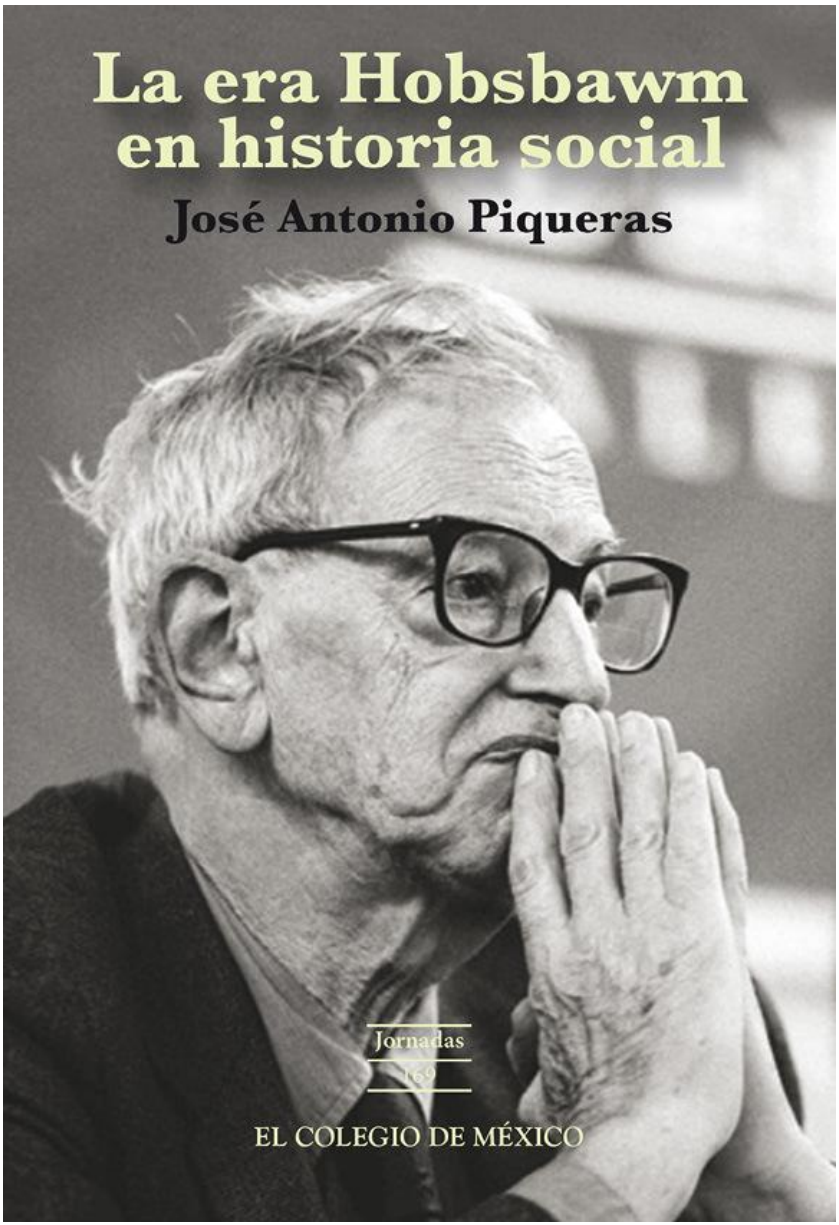


Jornadas
169

EL COLEGIO DE MÉXICO

La era Hobsbawm en historia social

José Antonio Piqueras



Jornadas
169

EL COLEGIO DE MÉXICO

JORNADAS 169

LA ERA HOBSBAWM EN HISTORIA SOCIAL

José Antonio Piqueras

EL COLEGIO DE MÉXICO

306.09
P666e
Piqueras Arenas, José A. 1955-
La era Hobsbawm en historia social / José Antonio Piqueras. - - 1a ed. - - Ciudad de México : El Colegio de México, 2016
310 pp. ; 17 cm. - - (Colección Jornadas)

ISBN: 978-607-462-895-1

1. Hobsbawm, E. J. 1917-2012 - - Contribuciones en historia social. 2. Historia social - - Historiografía. 3. Historia económica - - Historiografía. I. t. II. Ser.

Primera edición, 2016

Primera edición electrónica, 2016

DR © EL COLEGIO DE MÉXICO, A.C.

Camino al Ajusco 20

Pedregal de Santa Teresa

10740 México, D.F.

www.colmex.mx

ISBN (versión impresa) 978-607-462-895-1

ISBN (versión electrónica) 978-607-628-145-1

Libro electrónico realizado por Pixelee

ÍNDICE

PORTADA

PORTADILLAS Y PÁGINA LEGAL

INTRODUCCIÓN: LA ERA HOBSBAWM

ERIC HOBSBAWM Y LA EDAD DE ORO DE LA HISTORIA SOCIAL

Dichosa edad y siglos dichosos aquellos

El compromiso con una época, la profesión de historiador como su prolongación por otros medios

Hacer de la historia una ciencia social

Explicitar lo implícito: una historia económica y social

Historia de las estructuras versus historia de grupos sociales

De la historia del trabajo a la historia de la sociedad

LA HISTORIA ECONÓMICA Y SOCIAL, UNA MATRIZ DE CORRELACIÓN EN ERIC HOBSBAWM

La formación de un historiador de la sociedad

La renovación de la historiografía: económica y social

La economía que subyace en la historia económica y social

Productividad, ganancia y salarios

La historicidad de la clase obrera y el movimiento que se detiene

La historia después de la historia económica y social

ERIC HOBSBAWM EN AMÉRICA LATINA. UNA REVISIÓN

Adiós a todo esto

Creado para socavar verdades convencionales

Subalternos en fermentación perpetua

Formaciones sociales, sociedades abiertas

COMPRENDER LA TOTALIDAD DE LA EVOLUCIÓN HISTÓRICA

La formación de la sociedad capitalista

Burguesía y revolución

Revolución industrial e industrialización

Clases sociales y formas de protesta

Tradiciones colectivas y nacionalismos

Rebeldía primitiva

La participación política de los obreros

Historia y compromiso político

La práctica histórica: la historia económica y social

El historiador ante los problemas de la sociedad

BIBLIOGRAFÍA

Obras de Hobsbawm (citadas en el texto)

Referencias

SOBRE EL AUTOR

COLOFÓN

CONTRAPORTADA

INTRODUCCIÓN:

LA ERA HOBSBAWM

La historia, en cuanto disciplina de conocimiento sujeta a una serie de reglas metodológicas que ofrezcan un principio de verificación documental y verosimilitud razonada apenas es una creación del siglo XIX y comienzos del siguiente, encerrada todavía en el positivismo más simple y en la narración más llana de los acontecimientos públicos, de la historia que se decía política y quizá lo fuera porque con frecuencia estaba al servicio de ésta revestida de pretendida neutralidad valorativa, sin terminar de explicar los hechos de la política cuyas consecuencias abarcaban a multitudes sin historia. Fue la época también de la historia legitimadora de naciones de reciente constitución, de épicas modernas, de grandes figuras que se quisieron singulares, de pueblos, en la versión romántica, considerados con atributos de un ser humano, de un anticipo liberal del "fin de la historia", antes de 1848, que celebraba el triunfo de la clase media y de las instituciones que representaban un modelo de civilización. La historia, fuera de un corto número de países, apenas se institucionalizó como disciplina universitaria y profesión en el siglo XX.

Fue en el siglo XX cuando desarrolló su potencial analítico, cuando buscó explicaciones causales al margen de la filosofía de la historia y del empirismo estricto que además de información debía ofrecer la interpretación de las acciones. La historia se hizo social en el siglo XX. Adoptó otros ropajes y perspectivas diversas, pero de lo que no existe duda alguna es que se hizo historia colectiva y la sociedad fue situada en primer plano, fuera para estudiar núcleos familiares, clases sociales, grupos de interés, asociaciones de trabajadores o partidos políticos. El trabajo y el ocio, la creación cultural y la economía, los comportamientos masivos y los individuales, todas las expresiones de la sociedad requerían, para

ser comprendidas, de un marco de análisis social, aun cuando se expresara después mediante un estilo reflexivo o por el tradicional método narrativo.

Esa historia social tuvo rostros plurales. Adoptó teorías en competencia y conflicto. Esa historia ha seguido cursos variados. Pocos discutirán que en ese siglo XX un historiador simboliza mejor el esfuerzo por dotarse de herramientas de conocimiento y de explicar los cambios y las permanencias como Eric J. Hobsbawm, y hacerlo con un sentido cada vez más global, desbordando el eurocentrismo inicial.

La era Hobsbawm es la época contemporánea que arranca a mediados del siglo XVIII con la revolución industrial que acabaría transformando el mundo conocido para implantar el capitalismo, dos siglos y medio a los que dedicó su estudio en extenso, y la era Hobsbawm es el siglo XX, al que pertenece el autor y donde se sitúa el nacimiento, auge y diversificación de la historia social. A tratar de explicar el historiador y sus circunstancias están dedicados los textos aquí reunidos.

El primer texto incluido en esta obra, “Eric Hobsbawm y la edad de oro de la historia social”, se expuso originariamente en el Homenaje a Eric J. Hobsbawm organizado en la ciudad de México por la escuela Nacional de Antropología e Historia, en octubre de 2005. Una primera versión, ahora revisada, fue publicada por la ENAH y Conaculta en 2007 en las actas que coordinaron Gumersindo Vera, José R. Pantoja, María Xóchitl Domínguez y Orlando Arreola, promotores de aquel encuentro multitudinario y memorable que contó con la intervención por videoconferencia del homenajeado. Les estoy reconocido por la oportunidad que me brindaron de presentar y debatir estas ideas.

“La historia económica y social, una matriz de correlación en Eric Hobsbawm” tiene su origen en la conferencia invitada del Coloquio En torno a la obra de Eric Hobsbawm, que se celebró en abril de 2013 en la Facultad de Economía de la UNAM. Agradezco a Paola Chenillo, a Israel G. Solares y a los restantes integrantes del eficaz comité organizador de la División de postgrado de la Facultad las deferencias de entonces, el clima de análisis que supieron propiciar y la autorización actual a publicar este texto inédito.

“Eric Hobsbawm en América Latina. Una revisión” respondió a una invitación de los editores de Historia Mexicana con motivo del fallecimiento en otoño de 2012 del historiador al que está dedicado el trabajo. La nota prevista se convirtió en artículo, el primero que procuraba ofrecer un balance abarcador de una obra en sus vínculos señaladamente fructíferos con la historiografía latinoamericana. Fue publicado en el número 249 de Historia Mexicana (julio-septiembre de 2013). Estoy en deuda con Óscar Mazín, entonces director de la revista, por la confianza depositada, y con Javier Garciadiego por llamar la atención sobre la conveniencia de dedicar una reflexión semejante en una publicación señera en el panorama académico internacional.

“Comprender la totalidad de la evolución histórica. Conversación con Eric Hobsbawm”, es el resultado de una extensa entrevista realizada a Eric Hobsbawm en mayo de 1995 por los editores de la revista Historia Social. El historiador nos recibió en su domicilio de Londres a Javier Paniagua, con quien conservaba una vieja amistad de los tiempos en que éste preparaba su tesis doctoral, y a mí, nos dedicó una extensa jornada de trabajo y junto a Marlene, su esposa, nos brindó una muy cordial hospitalidad. El texto se publicó en la citada revista en el número 25 (1996) y se reproduce nuevamente revisada con autorización de la Fundación Instituto de Historia Social. Debo agradecer a Javier Paniagua su generosidad conmigo, de siempre y de ahora al posibilitar que el texto se incluya en la presente edición.

De las referencias mencionadas se deduce el interés constante que la figura de Eric Hobsbawm ha merecido y merece en América Latina, y la atención que se le ha prestado en medios académicos de México. Gracias a ello, nos hemos beneficiado con reflexiones nuevas sobre las formas de pensar la historia y la trayectoria seguida por la historia social del siglo XX y los llamados historiadores marxistas británicos. En mi caso, las sucesivas invitaciones a situarme ante el autor y su obra han sido un estímulo formidable para reflexionar sobre el oficio de historiador y los jalones que ha recorrido en la época contemporánea, por volver sobre los pasos dados y reconstruir las formas de razonar los problemas del pasado, en una época, al menos en su mayor parte, en la que sus partícipes se consideraron partícipes de la gran

aventura de construir una ciencia histórica. Estoy muy reconocido por ello a cuantos crearon estos espacios de análisis y discusión. Quiero destacar, por último, la buena disposición con la que Javier Garciadiego ha acogido la publicación de estos trabajos en El Colegio de México, institución que durante cerca de dos décadas me ha abierto sus puertas tanto para el estudio como para ofrecer conclusiones y avances de resultados.

Reservo una mención especial a la profesora Clara E. Lida, ejemplo de rigor y exigencia intelectual, de amistad, por supuesto, por su perseverante magisterio en El Colegio de México del que dan buena cuenta sus alumnos, hoy reconocidos historiadores, su dedicación al seminario de historia social que ha mantenido todos estos años y por haber auspiciado la Asociación Latinoamericana e Ibérica de Historia Social, una realidad que nace con la aspiración de articular una práctica extendida y a menudo aislada en su fragmentación, y de tender puentes también hacia el otro lado del Atlántico, para quienes deseen transitarlos en condiciones de curiosidad científica, respeto al prójimo y reciprocidad.

ERIC HOBSBAWM Y LA EDAD DE ORO DE LA HISTORIA SOCIAL

DICHOSA EDAD Y SIGLOS DICHOSOS AQUELLOS

¿Hubo una Edad de Oro de la historia social? Sin duda, la hubo. No todos estarán de acuerdo sobre el valor más o menos permanente de las contribuciones que entonces se realizaron, las perspectivas metodológicas escogidas y el grado de cumplimiento de los objetivos que se perseguían. La hubo, en cualquier caso, edificada por los historiadores que supieron crear un modo de acercarse al pasado inspirado en la reciente evolución de las ciencias sociales —reciente en aquellas fechas— y en la pretensión de poner a prueba la validez de éstas en el diagnóstico de situaciones presentes y en la explicación de circunstancias pretéritas. También desde el momento en que la "historia-problema" preconizada por Bloch y Febvre dejó de ser un buen propósito y dio paso a un giro fundamental en la aproximación del pasado, no solo por el desplazamiento del interés de los acontecimientos políticos y de las instituciones a los hechos colectivos, a las relaciones sociales y los comportamientos de grupos y masas, sino por la perspectiva analítica que presidía el esfuerzo de comprensión histórica. Más que leyes improbables, importaba descubrir causalidades, explicar las condiciones en que se forma y reproduce una sociedad y las contradicciones que alberga, fuera en la senda de dar cuenta de las continuidades como de percibir las circunstancias del cambio histórico.

La Edad de Oro se levantó aprovechando el impulso dado al conocimiento de las estructuras, de las sociedades comprendidas al modo de totalidades en las que los elementos se hallan interrelacionados, de los sistemas. Era una historia hastiada de personalidades y acontecimientos, del acopio inservible de curiosidades y de largas disquisiciones eruditas sobre la inevitabilidad de lo acontecido, o de polémicas filosóficas no menos soporíferas sobre el azar y la necesidad.

Llama poderosamente la atención a cualquier observador de la historia de la historia —la historiografía, término que al mismo término designa lo que han escrito los historiadores sobre el pasado,

en puridad, bibliografía— que el programa de una historia de la sociedad tardara siglos en concretarse después de haber sido proclamada su conveniencia y oportunidad, que tuviera un despegue entre confuso y genial en los años 1920 y 1930, y desde los años cincuenta del siglo XX se convirtiera en la modalidad más moderna, atractiva y en condiciones de ofrecer más respuestas plausibles sobre la vida social en el pasado y el cambio histórico. La historia intelectual, ¿está a salvo de las preguntas y explicaciones que hacemos y demandamos a la historia social? La historia intelectual, en la que incluimos a los historiadores, puede abordarse de modos diferentes, por sus obras, por su significación social, por la tendencia de sus actores a definirse y reconocerse convertidos en grupo, por el espacio cultural que hacen suyo, por las estrategias que despliegan para ser escuchados e influir en los debates, etc.[1] Pero su actuación, inquietudes, temas, forman parte de una sociedad históricamente determinada que potencia una sensibilidad hacia ciertas cuestiones en detrimento de otras, tanto en la actividad creativa o investigadora como en la comunidad con la que se interactúa y en el público receptor común.

Como historiadores, no podemos explicar una circunstancia sin contextualizarla. En ese sentido, resulta prácticamente imposible hablar de Edad de Oro y declive sin relacionar el modo de abordar y de escribir la historia con la Historia misma, que sigue su decurso ignorando las tribulaciones de los científicos sociales. Demasiados historiógrafos describen la historia de las ideas y de la producción de los historiadores exactamente igual que Leopoldo von Ranke hacía con los personajes y sus obras: depurado procedimiento crítico-selectivo de las fuentes, determinación de influencias verificables, singularización del caso, catalogación, si procede, siguiendo las pautas de la entomología. Me temo que el resultado vuelve a ser una historia pulcra que sitúa en el centro al gran personaje y da cuenta de sus acciones apelando a las cualidades y decisiones del individuo. El caso del historiador historiado no sería muy distinto. Por eso, su comprensión requiere también del método analítico, del esfuerzo por situar la obra del autor y al autor mismo en sociedad, en medio de las corrientes intelectuales que se ofrecen como novedades, en el desconcierto de la busca personal pero también de las tendencias y conflictos que planean sobre un momento histórico dado.

“Dichosa edad y siglos dichosos aquellos —hace decir Miguel de Cervantes a su caballero demediado— a quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de tuyo y mío. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes”. Ha persistido en la cultura occidental la feliz creencia en edades pretéritas donde la dicha no era un bien tasado, las privaciones fueron menos, los conflictos se hallaban contenidos dentro de límites tolerables, las artes y las letras florecían sin esfuerzo y la población se reconfortaba con sólidas certidumbres. La Edad de Oro pertenece siempre a un tiempo anterior. Es al cabo de su final cuando la conciencia de pérdida nos hace valorar lo que tuvimos —o creemos que otros tuvieron—, y queda sólo como huella de un esplendor pasado, cuya relevancia acrecentamos, discutimos y adaptamos en función de nuestro tiempo, de nuestros problemas y de nuestras carencias.

También la historia social ha disfrutado de su Edad de Oro en el siglo XX, y en ella tuvo un papel fundamental la concepción marxista de la historia, cuyo prestigio intelectual llegó a alcanzar niveles desconocidos a la vez que despertaba una hostilidad considerable. Sencillamente, no se concibe hoy la historia profesional actuando como si Marx y los marxistas posteriores a él, con sus propuestas sobre la sociedad, el Estado o la economía no hubieran existido, al margen de que se suscriban sus conclusiones en parte o en todo. Dichosa edad y décadas dichosas en las que la buena historia avanzaba, no sin fatiga, en la convicción de que se construía una forma de conocimiento del pasado que ayudaba a comprender el presente, para algunos con el ánimo de transformarlo en un sentido similar al añorado por don Quijote en su discurso a los cabreros, una vez hubo satisfecho el hambre que traía con los humildes alimentos que generosamente compartieron los pastores: un mundo donde siendo comunes los bienes y recursos cuya apropiación estaba en el origen de los antagonismos sociales, acabara la injusticia, la desigualdad, la dominación de unas naciones por otras, el dominio político. A ese tiempo dorado, a esos “años interesantes”, por utilizar la expresión que da título a su libro de memorias, en el que la historia social se hizo adulta y la historia de orientación marxista dio lo mejor de sí, pertenece Eric J.

Hobsbawm.

¿Quién, sino Hobsbawm, puede simbolizar mejor el lugar de un historiador social en el siglo que él ha sabido vivir con intensidad, y en el que de manera constante ha opinado sobre política y a veces sobre jazz, un siglo sobre el que aparte de un conjunto de estudios cortos básicamente ha escrito un libro de historia y un complemento autobiográfico, sencillamente indispensables para comprender esa época?

Las explicaciones por la relación a posteriori de los hechos, las circunstancias y trayectorias tienen la cualidad de conseguir que las piezas de la vida y de la historia encajen a la perfección y parezcan hechas las unas para las otras. Un individuo que nace en 1917, el del octubre rojo, y para quien la noción de imperio, conocida en profundidad mucho más adelante, poseía resonancias familiares al haber venido al mundo en un Egipto bajo mandato británico; alguien criado en la Viena posterior a la desaparición de la monarquía austrohúngara, una sociedad plurinacional aunque no pluricultural, como nos recuerda él mismo; un adolescente judío centroeuropeo que llega a Berlín en 1931 y presencia el acceso de Hitler al poder, la promulgación de las primeras medidas antisemitas y las acciones contra la izquierda obrera, que emprende una tercera emigración, a la Inglaterra que indica su nacionalidad, ingresa becado en Cambridge para estudiar Historia y vive la guerra como británico asediado… Un individuo así parece destinado a comprender como pocos la tragedia y la grandeza de un siglo.

La profesión de historiador comenzaba a ser por entonces una cosa distinta de lo que había sido antes, la historia era también otra forma de hacer política y el compromiso político mantenía intactas tres constantes vitales: a) la creencia en una sociedad mejor, b) la certeza de disponer de un instrumento para comprender y cambiar el mundo, y c) la confianza en un sujeto histórico, la clase trabajadora industrial, un sujeto, bien es cierto, algo reacio a asumirse y a asumir la conciencia revolucionaria que debía hacer de ella el agente de la transformación social; pero esa clase disponía de organizaciones numerosas y bastante sólidas, después de la guerra había sabido forzar al capitalismo la admisión de reformas y el recorte de una parte de los beneficios para sufragarlas, disponía

también de partidos en donde había algunos problemas domésticos pero en los que uno podía verse reconfortado por la comunión en unos principios y una forma similar de observar el exterior.

En nuestra intervención nos detendremos en tres aspectos que en mi opinión permiten caracterizar la trayectoria de nuestro historiador y de su profesión: 1) El compromiso voluntario con su tiempo, esto es, con los problemas centrales de la sociedad, algo que no debiera resultar baladí en la perspectiva de explicar una corriente historiográfica que comprende a la historia en las ciencias sociales y, con mayor o menor complacencia de sus integrantes, ha sido definida como historia social. 2) El doble origen de la historia social en el siglo XX: de una parte, era el resultado de la evolución intelectual de una disciplina en proceso de constitución como ciencia, como reacción a un método de trabajo, al procedimiento de selección del objeto de estudio y a determinados postulados geneosológicos; de otra, era el fruto de un giro en la perspectiva analítica, forzado por un contexto enormemente convulso que reclamaba no sólo narrar acontecimientos y otro tipo de hechos sino explicar las sociedades pasadas pensando que el presente formaba parte de un largo proceso y, por lo tanto, no podían emplearse dos tipos de lógica para abordar los problemas del pasado y del tiempo que se vivía. 3) La voluntad de delimitar como escenario específico de estudio aquel que tiene como protagonistas a los sujetos olvidados por los anales políticos y la historia oficial: los trabajadores artesanales e industriales, las protestas de los campesinos, la rebeldía de marginados y revolucionarios, en el caso de Hobsbawm y alguno de sus compañeros, o en general, los sectores sociales populares.

EL COMPROMISO CON UNA ÉPOCA, LA PROFESIÓN DE HISTORIADOR COMO SU PROLONGACIÓN POR OTROS MEDIOS

Es habitual la tendencia a idealizar el pasado cuando el presente no nos gusta, o nos gusta menos. Idealizamos el compromiso intelectual, creyéndolo general en otros tiempos, en particular en su edad de oro, que también la hubo para esta especie cultivada, allá por los años treinta y cuarenta, antes de que el intelectual-creador de cultura cuya significación social es superior a la del intelectual orgánico común, condición de la que también participa, quedara reducido a la figura del francotirador independiente o entrara en los programas de protección a cargo de parte, siendo generosamente amparados y promovidos, financiados incluso por poderes públicos y agencias de inteligencia. Pensemos en el Congreso por la Libertad de la Cultura y la formidable red de revistas, actos y apoyos, de las ayudas recibidas por los intelectuales anticomunistas y antimarxistas en general, conscientes o ignorantes de su utilización, entre 1947 y 1970,[2] y pensemos también en la red de apoyo mutuo y promoción militante de la izquierda marxista, favorecida por la convicción en el sistema de ideas que se compartía, muchas veces por encima de la calidad del producto cultural en cuestión.

“La historia es el corazón del marxismo”, ha escrito Eric Hobsbawm. [3] La historia, con las ideas y la teoría política, formaba parte del cuerpo doctrinal del movimiento obrero desde sus inicios, fuera de orientación socialista, libertaria o comunista. En el marxismo, dice en otro lugar nuestro autor, encontró una explicación del pasado y un aliciente al estudio de la historia que no había descubierto en las rutinarias clases escolares de su infancia vienesa, ni en las más doctas de Cambridge, en las que el universo universitario giraba en torno a los problemas tradicionales de la política y la diplomacia, y nada había que se asemejara a los ensayos del pequeño grupo de Estrasburgo de Marc Bloch y compañía, absolutamente ignorados por casi todos los historiadores del otro lado del Canal.

Volvamos la vista, de nuevo, hacia atrás. Los Hobsbawm han emigrado a Londres desde Berlín, unos meses después de la llegada al poder del nacional-socialismo. Eric tiene diecisiete años y es la primera vez que pisa el que será su país. Procede de Austria y de Alemania, donde ha ingresado en una organización comunista mientras cursa los estudios medios; esa temprana filiación le acompaña hasta que a comienzos de los noventa se disuelve el Partido Comunista de Gran Bretaña. El ascenso del nacional-socialismo y de otros movimientos parejos, la guerra civil de España —acontecimiento movilizador decisivo en la generación a la que pertenece— y la guerra contra el Eje fascista fueron caldo de cultivo del compromiso político de los jóvenes universitarios, en una proporción que no volvería a darse en mucho tiempo. El Grupo de Historiadores del Partido Comunista se convirtió a partir de 1946 en un esforzado seminario de compromiso político y de formación colectiva mediante el debate, de la mano de profesores que por entonces gozaban de posición académica, caso de Maurice Dobb, y de historiadores que comenzaban a plantear una dimensión social del pasado que implicaba un desafío en toda regla, como Christopher Hill con su interpretación de la Revolución Inglesa al modo de una revolución burguesa y sus estudios sobre el papel de la religión y la ideología en el mundo revolucionario del siglo XVII.

La trayectoria de Eric Hobsbawm, de los años treinta en adelante, ha sido similar a la de otros escritores, pensadores e intelectuales, entre los que cabe incluir una relación escogida de historiadores. Pero no ha sido común a una época ni a los talentos, como se decía en el XIX, que la habitaron. Les propongo un breve paréntesis que permita ilustrar la excepción que nos hemos habituado a considerar norma. Pensemos en tres centroeuropeos, austriacos los dos primeros, medio austriaco y descendiente de polacos por el lado del que era medio británico el tercero, tres notables intelectuales que vivieron los años veinte y treinta de forma muy distinta. Cada uno desarrolló una percepción diferente de los problemas de su época y actuaron, en consecuencia, de forma dispar. Me refiero a Karl R. Popper, Joseph A. Schumpeter y Eric J. Hobsbawm.

Karl Popper, nacido en Viena en 1902, reconocería en su autobiografía su temprana admiración por la socialdemocracia austriaca, su afiliación a una asociación de estudiantes socialistas y

su consideración hacia ellos aun después de rechazar el marxismo. Procedía de una familia de profesionales acomodados. Su padre era un abogado de ideas liberales, maestro francmasón y filántropo preocupado por los problemas sociales. Popper nos ha dejado el testimonio de su distanciamiento del marxismo a raíz de un suceso ocurrido en Viena en 1919, cuando en el curso de una manifestación de "jóvenes socialistas no armados" —son sus palabras— en la que tomaba parte, se produjo un tiroteo. La protesta había sido instigada por los comunistas con el propósito de facilitar la fuga de unos militantes detenidos que iban a ser trasladados. En la refriega hubo varios muertos: "yo estaba horrorizado y espantado de la brutalidad de la policía —nos dice—, pero también de mí mismo. Porque sentía que, como marxista, compartía parte de la responsabilidad por la tragedia". ¿De qué manera el joven Popper, futuro filósofo de la ciencia y de la historia e ilustre teórico de la libertad podía ser partícipe de la responsabilidad por la represión policial? El problema no parecía estar en la crisis y la enorme pobreza, de la que se hace eco, en la que vivían las clases más desfavorecidas en la naciente república, sino al parecer en las ideas marxistas de las víctimas y en la estrategia que atribuye por igual a estas ideas (que criminaliza) y a los partidos de la izquierda: según había comprendido, el marxismo sostenía que la lucha de clases debía ser intensificada para acelerar la llegada del socialismo, sin excluir la violencia de sus métodos. Sin embargo, había comenzado diciéndonos que la protesta en la que participó la protagonizaron jóvenes desarmados y no parece que su acción de generar un tumulto ante la policía pueda ser inscrita en la lucha de clases. Esa experiencia a los diecisiete años le produjo una revulsión de sentimientos para toda la vida, concluyendo que el marxismo era un credo peligroso que se pretendía científico.[4]

Al referir el final de la democracia en Austria, Popper considera que el partido socialdemócrata contribuyó a ello y a su mismo suicidio con dos errores: el primero consistió en amenazar con el uso de la fuerza, en amagar con una insurrección; el segundo se produjo al llenar sus comités de judíos en una época en que los partidos de la derecha rivalizaban en antisemitismo, lo que ofrecía munición al adversario. Lo más sorprendente es que Popper era hijo de judíos convertidos al luteranismo para evitar una segregación que, en su

opinión, era únicamente hacia el extraño, no hacia una raza determinada. Nada dice este amante de la libertad individual del golpe de Estado del canciller social-cristiano Dollffus, que vive desde su cátedra de Filosofía. Pero en 1936 emigra oportunamente a Nueva Zelanda, y mientras el mundo se despedazaba y sus denostados marxistas contribuían a contener y derrotar la barbarie nazi en el frente del Este y en la Resistencia, escribe sus dos libros más célebres, La miseria del historicismo y La sociedad abierta y sus enemigos, que publica en 1945. Ambos son, dice, una defensa de la libertad frente a las ideas totalitarias del marxismo y una advertencia "contra los peligros de las supersticiones historicistas". Su perspectiva es la del neopositivismo indeterminista que excluye la posibilidad de una historia teórica y científica puesto que las hipótesis sobre el pasado no pueden ser sometidas al criterio de la "falsabilidad".[5] A partir de 1946 Popper fue profesor de la London School of Economics y desde 1949 comenzó a frecuentar las universidades norteamericanas, convertido en nuevo profeta del conocimiento y del liberalismo.

El segundo caso sobre el que quiero llamar la atención es el del genial analista del pensamiento económico Joseph Schumpeter.

Schumpeter pertenecía a una vieja familia de empresarios manufactureros quebrados en la generación anterior a la suya. A pesar de que su familia materna era de procedencia checa, fue educado en un sentido de pertenencia a la élite local alemana en tierras checas, opción que tenía sus ventajas en un imperio dominado, en la administración, el ejército y los negocios por la minoría germana o de lengua alemana. Economista de formación sólida, Joseph comenzó asesorando a los conservadores durante la Primera Guerra europea y a su término, en 1919, el año en que Popper se desengañó del marxismo, ocupó por unos meses la Secretaría de Hacienda en un gobierno socialista, poco después de haber formado parte de la Comisión de socialización creada en Alemania a la caída del Imperio. Un economista, pensaba, "en tanto que científico, no debía tener puntos de vista políticos", nos refiere su principal biógrafo. Su opinión técnica le llevaba a pensar que el capitalismo era el tipo de organización que producía bienes de la forma más eficiente.

Después de un breve y desastroso paso por el mundo de los negocios, regresó a la carrera académica, fue profesor en Alemania hasta 1932 y desde entonces de la Universidad de Harvard. En Estados Unidos se hizo crítico acérrimo de la política de Roosevelt y de su "democratismo". El ya maduro economista hizo compatible el juicio despectivo sobre la política económica de Hitler y un prudente silencio sobre al ascenso del totalitarismo en Alemania y Austria, cuya anexión sin embargo repudiaba. No obstante haber declarado que "en tanto que científico, no debía tener puntos de vista políticos", en su diario personal, humano, demasiado humano, confesaba su furibundo anti-judaísmo ("Hemos de tener o a Hitler o a los judíos", anota en 1938) y declaraba una secreta admiración por la tarea de contención que realizaba el nazismo ante judíos y eslavos, y de equilibrio internacional respecto a las peligrosas tesis rooseveltianas. Admirador asimismo del Japón militarista, el FBI hizo un seguimiento del ilustre extranjero sin encontrar pruebas de deslealtad hacia los Estados Unidos, pero su diario vuelve a descubrir una y otra vez, cuando la guerra fue un hecho, la confianza que albergaba este conservador y elitista centroeuropeo de que se hiciera la paz sin destruir Alemania ni el régimen que había puesto orden en aquel país.[6]

Historia personal, historia del siglo y evolución de la historiografía parecen conjugarse con extraña facilidad en el tercer hombre de nuestra historia, llegado a Viena asimismo en 1919, el año en que Popper atisbó la perversidad del marxismo como ideología revolucionaria y como método histórico de análisis de la sociedad con efectos teóricos y políticos, y el año en que Schumpeter desempeñaba el difícil ministerio de Hacienda en un gabinete socialista incapaz de contener la inflación y mejorar las condiciones de un país arruinado. Eric Hobsbaum, todavía con el apellido terminado en u-m, apenas había cumplido dos años: había nacido en la Alejandría egipcia, donde se habían conocido sus padres —él un inglés de primera generación, hijo de un emigrante polaco ebanista de oficio, ella hija de un joyero vienés— y a donde hubieron de regresar tras contraer matrimonio en Suiza, pues eran súbditos de países que estaban en guerra. En Viena se descubrió judío pero no se sintió atraído por el sionismo. En Berlín descubrió su interés por la historia leyendo El manifiesto comunista casi a la vez que se afiliaba a una organización juvenil comunista porque

creía que debía elegir en un mundo dividido. El socialismo como respuesta política, el marxismo equivale por entonces a lo mismo; sólo con el tiempo será una opción analítica y un procedimiento para situar el momento en un movimiento de dimensión más larga y profunda.

El compromiso del Hobsbawm joven y del que iba dejando de serlo no estaba prescrito en la época ni en sus circunstancias. No existió en Popper ni en Schumpeter. Tampoco en Lucien Febvre y en cambio, con afán patriótico, fue asumido por Marc Bloch en cuanto, buen conocedor del pasado, interpretó el desembarco aliado en el Norte de África como el principio de un fin por el que merecía la pena arriesgar la vida, y por lo tanto, si llegaba el caso, perderla por las libertades. Del compromiso político de los intelectuales y de la deserción de otros en momentos críticos algo sabemos en España. También de las desviaciones de los ideales de los primeros y de sus dogmatismos; paradójicamente, quizá sin ellos no se hubiera ensanchado y ganado la libertad. De la cobardía de los otros nos queda un soplo estético, a menudo limpio e intemporal para todas las épocas.

Al concluir la guerra, Hobsbawm termina también sus estudios. En 1946 es uno de los fundadores del Grupo de Historiadores del Partido Comunista británico, apenas un año antes de conseguir un puesto académico y a dos de que con el inicio de la Guerra Fría se cierren las puertas de la universidad a los izquierdistas por más de una década. En 1950 participa en París en el primer Congreso Internacional de Ciencias Históricas y es acogido sin reservas por Braudel y su grupo. En 1952 participa en la fundación de la que será una de las revistas emblemáticas del siglo, Past & Present. Todo parece fácil. Él mismo se ha cuidado de no dramatizar la situación al reconocer que los historiadores marxistas que habían conseguido un puesto docente antes de 1948 lo mantuvieron aunque sus carreras se detuvieron y solo progresaron mucho más tarde. Con frecuencia fueron excluidos de comisiones y nombramientos al conocerse su orientación. Hobsbawm se convierte en profesor titular en 1959 y en catedrático en 1970, con cincuenta y tres años; su jubilación en la Universidad de Londres le llegaría en 1982. Los que todavía no habían conseguido un puesto pasaron a las “listas negras” y quedaron fuera; fue el caso de George Rudé; los que

habían optado por los programas universitarios de educación de adultos, como Edward Thompson y Raymond Williams, deberían resignarse a ellos. Contaban, claro está, con los lazos de afinidad en la comunidad académica de otros países. El Partido Comunista Italiano era toda una institución y en su interior reproducía la estructura social del país, como Hobsbawm escribe: tenía sus institutos y publicaciones, sus coloquios y autoridades electas que gobernaban ciudades importantes. En los Congresos Internacionales de Ciencias Históricas se conocía a mucha gente y se hacían amigos. La afiliación al PC no desempeñaba ningún papel, nos dice en sus memorias, pero a la postre la mayoría de los amigos que hacía eran marxistas, confiesa.

En ese clima de pertenencia a una minoría, fuerte en la convicción de que otra sociedad era posible, en las ideas que profesaban y en el método histórico que practicaban, frágil en todo lo demás, resultó muy importante encontrar puentes de diálogo con otros historiadores no socialistas.

La debilidad política del marxismo británico, que no podía ser atribuida a la ausencia del desarrollo de las fuerzas productivas o a la inexistencia de una verdadera clase obrera, contribuyó a flexibilizar sus posiciones. Si esperaban que sus argumentos fueran tomados en serio no podían limitarse a ratificar lo que se afirmaba conocer antes de comenzar a investigar. Si la interpretación demostraba la exactitud de la teoría y ésta confirmaba la corrección de la interpretación, eran nulas las posibilidades de ser aceptados en una comunidad que se profesionalizaba cada vez más. Sus cuestionamientos, en ese sentido, quedaban abiertos y reclamaban un ejercicio empírico de demostración, pues también se sentían continuadores de una tradición histórica nacional que esperaban reorientar en una tarea compartida con quienes opinaban de manera diferente.

Resulta llamativo que la que acabaría siendo considerada su principal virtud, una historia atenta a la dimensión empírica, fuera objeto de censura en un contexto académico muy diferente, en los años setenta, por autores de la siguiente generación, más radicales en sus expresiones, antes de acabar muchos de ellos en el academicismo más tradicional. Raphael Samuel, ante la evolución

de la generación anterior a la suya, señaló cómo por efecto de la Guerra Fría los historiadores marxistas británicos buscaron dar legitimidad a sus trabajos "eliminando los prolegómenos teóricos, suavizando la terminología marxista y expresándolo de la forma empírica que se espera de las monografías eruditas".[7]

Past & Present fue el foro común promovido por los historiadores marxistas, sin la participación del partido, al que fueron invitados historiadores no marxistas. Hoy es una respetada publicación académica. Pero en su momento los no marxistas sufrieron presiones de los colegas del gremio para que la abandonaran. Algunos cedieron y lo hicieron. A los que permanecieron se les concedió el derecho de veto individual sobre la admisión de artículos, lo que revela el grado de aislamiento en que se hallaban los promotores iniciales. Desde 1958 los marxistas dejaron de estar en mayoría en el consejo de redacción, afirma Hobsbawm, cuando debiera decir que dejaron de ser mayoría los comunistas: en 1956-57 abandonaron el partido Hill, Hilton y otros que no por ello se apartaron de una metodología determinada, el materialismo histórico. A partir de 1959 la Sociedad Past & Present celebraría conferencias anuales donde se discutieron los temas más variados, entre ellos, a finales de los setenta, por ejemplo, la convocatoria se dedicó a "La invención de la tradición", origen de una fructífera línea de estudios en todo el mundo.[8]

Del momento concreto que hizo posible la potenciación de la historia social fue partícipe Eric Hobsbawm, un historiador que se encuentra en buena parte de los grandes debates de la profesión desde los años cincuenta a los noventa, y que se implica en la profunda renovación de la historiografía emprendida en los años treinta desde diversos flancos. Ese historiador admite que a comienzos de los setenta parecía haber ganado la guerra de la "modernización" una historia de las estructuras sociales que no relegaba la historia política, de las ideas y la cultura, la historia analítica de los "grandes porqués", la historia social que no se limitaba tampoco a la clase obrera pero por supuesto la incluía, y en la que más o menos se había producido una alianza entre la Escuela de los Annales y los marxistas. Esa fue el cenit de la Edad de Oro y el comienzo de su inflexión.

HACER DE LA HISTORIA UNA CIENCIA SOCIAL

Ciertamente hubo una Edad de Oro de la historia social, pero ¡cuánto costó alumbrarla! En el interludio de los siglos XIX y XX, algunos autores comenzaron a defender la inmersión de la historia en las ciencias sociales y sostuvieron la conveniencia de su sociologización, lo que no debe extrañarnos ante los progresos que la joven disciplina realizaba en esos años. En 1894, Pierre Lacombe reclamaba en L'Histoire considerée comme science una perspectiva sociológica que trascendiera los hechos singulares, sobre los que era imposible generalizar, y llamaba a interesarse por el estudio de las civilizaciones, un concepto amplio y bastante vago que aludía a sociedades tomadas en un momento histórico y que parecían sometidas a constantes que creía posible descubrir. Desde 1900, la Revue de synthèse historique, de Henri Berr, invitaba a buscar una "síntesis" de los campos científicos de conocimiento, abandonando la "historia historizante", las formas imperantes de seleccionar los hechos históricos, reducidas a la vida oficial y a la esfera del Estado cuando otras ciencias humanas, afirmaba, estaban en disposición de ofrecer explicaciones más profundas y completas del complejo comportamiento social. Sin proponérselo, según Pierre Vilar, Berr recuperaba la noción de "totalidad" frente a la compartimentación fomentada por una visión parcelada de la sociedad y una división de las ciencias que la estudiaban. Por esas mismas fechas, el sociólogo François Simiand instaba a los historiadores "a pasar del fenómeno singular al regular, a las relaciones estables que permiten entresacar leyes, sistemas de causalidad. […] a desplazar su observación de lo individual a lo social", a abandonar lo que llama 'historia episódica', la histoire évenementielle.[9]

Todas estas propuestas tardaron varias décadas en producir obras de historia conforme a los postulados sostenidos. Cuando lleguen, romperán con la convención admitida sobre el tipo de hechos observables, se dotarán de técnicas específicas según la materia de estudio, utilizarán fuentes más diversas y admitirán, todavía con grandes cautelas, formulaciones deductivas asociadas a teorías. Su

mejor resultado guarda relación con el momento fundacional de la historia social francesa, en los años treinta y cuarenta, cuando la problematización de la historia reclamada por Lucien Febvre ("si no hay problema no hay nada"[10]) lleva en primer lugar a incorporar hipótesis y construcciones abstractas, al modo en que trabajaban las ciencias sociales y las experimentales y en contraste con el positivismo anti-teórico; y, en segundo término, cuando Marc Bloch (influido por Berr, la escuela económica alemana, Pirenne y la historia popular británica, en contacto con los discípulos de Durkheim y familiarizado con nociones instrumentales del marxismo —que no registra ni asume como parte de un método cerrado de conocimiento) comprende el estudio de la sociedad feudal como "el análisis y la explicación de una estructura social y de sus relaciones". Estamos en 1940. Poco antes —aunque no se publica hasta 1949—, en Apologie pour l´Histoire ou Métier d ´historien, Bloch ha definido la historia, "ciencia en marcha", apenas incipiente, como "ciencia de los hombres en el tiempo", "ciencia del cambio" donde el sujeto individual se hace definitivamente colectivo y no queda confinado en el pasado, pues anima a comprender el pasado por el presente según un método prudentemente regresivo.[11]

De forma paralela a los avances que realiza la escuela francesa de historia social, cobra carta de naturaleza la historia económica y social. No bastó la insatisfacción respecto al tipo de hechos privilegiados por el historiador para que la sociedad entrara en las preocupaciones de éste. Porque desde comienzos de siglo, además de los debates académicos sobre la evolución de las ciencias, los hechos de masas revisten una trascendencia pública difícil de ignorar.

La movilización de los trabajadores por el reconocimiento de la plenitud de los derechos políticos supuso en los principales países europeos y en regiones de América un fenómeno que suele subestimarse al quedar oscurecido por la ausencia de un sentido revolucionario. La Gran Guerra Europea, con su interminable carnicería, la Revolución Rusa y las situaciones revolucionarias centroeuropeas, al igual que la condición desigual en América, básicamente entre población de filiación europea en la época de las grandes migraciones, la emergencia de Estados nacionales, la onda

de la revolución mexicana y su impacto mundial, la construcción del socialismo en la Unión Soviética, la expansión del sindicalismo revolucionario y el asociacionismo de masas socialdemócrata, el ascenso del fascismo, el inicio de un nuevo ciclo de movimientos anticolonialistas, etc., demandaron explicaciones sobre las acciones colectivas que la historia académica omitía.

Conocer el pasado desde el presente, había escrito Bloch, entregado al estudio de los caracteres originarios, feudo-señoriales, del mundo rural francés. Estudiaba ese mundo cuando en su configuración posterior a la Revolución Francesa comenzaba a ser puesto en entredicho; cuando el campesinado prácticamente había desaparecido en Inglaterra; cuando muchos campesinos se adherían a la causa bolchevique en Rusia, donde con otros nombres parecía recrearse la comunidad campesina liquidada apenas medio siglo antes; y cuando desde el otro lado del Atlántico se difundía la estampa de lo que se antojaba la primera revolución agraria, al grito de “Tierra y Libertad”, el apreciado eslogan difundido por Herzen y que el movimiento libertario español se aprestó a adoptar.

EXPLICITAR LO IMPLÍCITO: UNA HISTORIA ECONÓMICA Y SOCIAL

Había bastante más que proyección política de los grupos sociales, que por sí mismo hubiera sido suficiente para llamar la atención sobre la sociedad en su conjunto y los cambios que se presenciaban. El caos monetario de la postguerra, acrecentado por los procesos inflacionistas de la reconstrucción, estimuló el estudio histórico de la economía como primer campo en el que, mediante la cuantificación, pudiera objetivarse los hechos históricos y llegar a establecer en su caso leyes de valor predictivo. Ciclos, fluctuaciones, modelos, series estadísticas, estructuras y coyunturas... ofrecían el soporte conceptual y metodológico del que cierta historia andaba necesitado, una vez había desplazado el énfasis de los hechos individuales a los colectivos y sociales, que no deben ser confundidos: unos son de naturaleza cuantitativa mientras los otros aluden a una noción de tipo cualitativo, la relación entre los agentes históricos. La crisis de 1929 representó el espaldarazo definitivo a las pretensiones de una "nueva historia" que se declaraba dispuesta a desentrañar la periodicidad de las oscilaciones económicas y llegaba a definir la que entonces se vivía como la superposición de una crisis cíclica y un cambio de fase, confluencia similar a la que había tenido lugar en 1873 y, circunscrita a un espacio mucho más limitado, en 1817.[12]

La historia económica y social, ¿nueva historia? Ciertamente lo era por su enfoque y por su naturaleza híbrida, interdisciplinar. Pero respecto al positivismo precedente representaba una ruptura menos epistemológica de lo que se ha dado a entender. La historia "historizante" participaba de la concepción historicista del pasado y del método positivista destinado a posibilitar su conocimiento. La historia económica y social rompió con el historicismo desde el momento en que cambió el acento de lo singular a lo colectivo, desde que se propuso hallar regularidades y principios causales. Lo que ya no resulta tan evidente es que con la hermenéutica del historicismo, separada de la concepción histórica de éste e

incorporada a la historia como garantía científica, la historia económica y social no conservara también el método positivista en cuanto modo específico de adquisición del saber, en cuanto "actitud normativa" rectora del cuerpo terminológico destinado a la comprensión de los fenómenos. En efecto, la historia económica y social descansa en sus orígenes sobre un positivismo transmutado en empirismo que debe tanto a Stuart Mill como a la tradición sociológica francesa; hace suyas también las reglas del comportamiento inductivo cuya fijación Leszek Kolakowski reconoce a aquél: búsqueda sucesiva de conformidades, diferencias y cambios simultáneos en la modificación de los hechos para "establecer infaliblemente los acontecimientos en relación causal con otros".[13] La historia "cuantificada" será terreno abonado para el desarrollo del empirismo, con unos excesos que sus precursores no podían haber imaginado; la producción historiográfica lo ha puesto suficientemente de relieve. Esencialmente empírica, las relaciones de esta nueva historia con la teoría serán con frecuencia conflictivas.

Cuando nace, la historia económica y social está llamada a explicitar lo implícito: el trasfondo material de la historia y su repercusión en la actitud de los hombres y las mujeres. Se trataba de mostrar que la reconstrucción de las sociedades pasadas comporta, en primer lugar, la reconstrucción de la actividad económica, y que ésta es inseparable de la acción humana que la hace posible, a la vez que el proceso económico conduce a una determinada organización social. (¿Determinada? He aquí el origen de un debate nunca resuelto de manera satisfactoria.)

Una historia económica y social encierra en su misma denominación el reconocimiento de una relación de causalidad antes negada. Pero también lo económico y social serán aspectos a recuperar por una historia política que los había excluido, y servirán de fundamento de una historia global que implica el reencuentro y el diálogo de la historia con las ciencias sociales, tanto con sus métodos como con sus problemas. Ese será su rasgo más característico: promover una historia "que incluya todos los aspectos del proceso social, considerados en conjunto, sin dar prioridad a ninguno; [...] investigar las relaciones recíprocas entre lo económico, lo social, lo mental, lo cultural y lo político".[14]

Bloch ha dado cuenta de estas aspiraciones en Les caractères originaux de l'histoire rurale française (1931) y La société féodale (1939-1940), sin incurrir por ello en un burdo determinismo. Antes, en 1927, Henri Pirenne ha publicado Les villes du Moyen Age. Essais d'histoire économique et sociale, en la que sitúa en el centro de interés los fenómenos colectivos y las fuerzas económicas. Pirenne era exponente de una tradición de historia económica imbricada con la historia social que había alcanzado en Alemania notable desarrollo en contraste con la tendencia dominante en la economía política inglesa a partir de David Ricardo y de la escuela de Manchester, abocada a la teoría económica universalista en detrimento de la historicidad de los análisis.[15] Desde finales del siglo XIX la llamada Nueva escuela histórica de economía, consciente del desigual nivel económico alemán respecto del inglés, discute la validez general de los postulados de la economía política clásica e insiste en el carácter histórico de las leyes económicas cuyo conocimiento se pretende a partir del estudio empírico. Gustav von Schmoller se convierte en la figura más destacada y en el maestro de una generación de la que Werner Sombart (Der moderne Kapitalismus, 1902; Der Bourgueois, 1913) es una de las figuras con mayor y más duradera proyección internacional. La influencia de Schmoller alcanza directamente a los más destacados impulsores de la historia económica en Inglaterra (W. J. Ashley), Estados Unidos (E. F. Gay), Bélgica (Pirenne) y, de forma indirecta, Francia (escuela de Estrasburgo).

En Francia, por el contrario, existía una tradición de estudios económicos distinta, nacida en las Facultades de Derecho, como sucederá en España y en los países iberoamericanos. Desde 1913 se publica una Revue d'Histoire économique et sociale orientada a la historia de las doctrinas económicas. François Simiand da un impulso decisivo a la historia económica y social francesa al publicar en 1912 una reflexión metodológica con el título de La méthode positive en science économique y, en 1921, Stadistique et expérience, en el que une el análisis económico coyuntural con el de la sociedad. Simiand (Recherches anciennes et nouvelles sur le mouvement général des prix du XVIe au XX siècle y Le salaire, l'évolution sociale et la monnaie) y Ernest Labrousse (Esquisse du mouvement des prix et des revenus en France au XVIIIe siècle) ofrecen en 1933, de manera simultánea, sendas muestras de lo que

se llama inicialmente historia coyuntural: una historia económica basada en la elaboración de series estadísticas que implican un determinado análisis social.[16] La primera variable objeto de cuantificación sistemática, resulta evidente, fue construida con el movimiento de precios en la medida en que era un dato disponible en series largas y podía adoptarse como indicador de la actividad económica. Sin duda se trataba de un factor cuyo estudio revestía particular interés en años de desbordada inflación. “La medida entró en historia con los precios. El conflicto sobrevino al día siguiente de la crisis de 1929”, considera Chaunu.[17] Pudieron establecerse las fluctuaciones y configurarse ciclos coyunturales en los que era posible advertir una coincidencia con los movimientos sociales. Al análisis de los precios ha seguido el de los salarios, la producción, el volumen de intercambio, la renta, el beneficio, etc.

Después de 1945 la historia económica y social conoce la máxima expansión y pasa a entenderse como la orientación más acorde con lo que se espera de una historia científica, ya que se ocupa de la sociedad como un todo analizable en interdependencia. ¿Y después? Tras alcanzar el máximo reconocimiento, el auge de la economía histórica basada en modelos teóricos económicos, “demasiado técnica y abstracta para los historiadores”,[18] conduce a un distanciamiento de la historia y a la fragmentación en las disciplinas que la hicieron posible: la historia, la economía, en menor medida la sociología.

El distanciamiento de la economía respecto a la historia tiene una sólida base en el desarrollo autónomo de la teoría económica y en la consolidación de una economía de proyección histórica basada en la anterior, previa incluso a la formulación de la historia económica y social.[19] La historia cuantitativa acaba siendo entendida como una econometría retrospectiva; la New Economic History parte de la teoría económica neoclásica y admite simulaciones históricas para evaluar hipótesis alternativas; ambas están impulsadas por economistas-historiadores, o economistas haciendo de historiadores a los que importa más el crecimiento que el desarrollo —problema esencial en la reconstrucción del capitalismo después de la guerra, problema de los países en proceso de industrialización, objetivo pendiente de los países descolonizados—, y consideran secundario el contexto social que lo hace posible.[20]

HISTORIA DE LAS ESTRUCTURAS VERSUS HISTORIA DE GRUPOS SOCIALES

Los historiadores-economistas llegaron a resultados en apariencia análogos. Unos eran herederos de los métodos estadísticos de Simiand y otros se sentían atraídos por esa presunta superioridad científica del procedimiento cuantitativo, aunque pudieran rechazar la orientación predominante de la teoría económica neoclásica al considerarla intemporal, anacrónica, en definitiva, ahistórica. La respuesta es la historia serial. La diferencia es sutil pero importante: "construir lentamente las distintas teorías histórico-económicas adaptadas al funcionamiento real de los diferentes sistemas económicos".[21] Pero la historia serial se "desborda" también sobre lo que denomina "civilizaciones", y propone trasladar sus métodos cuantificadores al conjunto de ciencias humanas.[22] François Furet la califica de "revolución de la conciencia historiográfica",[23] pues al elaborar sistemáticamente series de datos homogéneos, describe "continuidades a modo de discontinuo" y problematiza la historia, deslindándola de los acontecimientos que, para resultar inteligibles, precisan de una "historia global" ideologizada. La historia serial adquiere sentido en el plazo largo y constituye "en objeto científicamente mensurable la dimensión de la actividad humana que es su razón de ser, el tiempo"; descompone además toda concepción apriorística y global al cuestionar la evolución homogénea de los elementos constitutivos de una sociedad. Será perfecta para el proyecto braudeliano.

Fernand Braudel, al que debemos una ambición totalizadora y sociológica para la historia, se pronuncia por el estudio de las estructuras que, en su clasificación de tres tiempos históricos, corresponde a la "larga duración". Entre las posibles formas de entender este tiempo, opta por uno casi imperceptible: "La larga duración es la historia interminable, indesgastable, de las estructuras y grupos de estructuras". Hay un tiempo de los hombres y otro de las sociedades, dice con una indudable elegancia literaria; hay "un tiempo social susceptible de mil velocidades", como hay

una historia lenta de las civilizaciones, “casi inmóvil”. Las estructuras, con todo, tampoco son eternas en su propuesta: se forman, modifican y dan paso a otras nuevas. Las continuidades sufren interrupciones. El cambio no puede permanecer ajeno al modelo, a riesgo de negar simple y llanamente la historia. La concepción del cambio, sin embargo, lleva implícito el procedimiento y el alcance: “una discontinuidad social no es otra cosa que una de esas rupturas estructurales, fracturas en profundidad, silenciosas, indoloras, según se nos dice [...]. Este paso de un mundo a otro es el mayor drama humano sobre el que querríamos que la luz se hiciera”.[24]

¿Nos está definiendo Braudel con la noción de “discontinuidad” alguna variante de las revoluciones, como más tarde escribe Louis Althusser utilizando esa misma palabra? En absoluto: para él, las revoluciones son “conmociones”, “catástrofes”, etc. El nacimiento del capitalismo moderno es una de estas rupturas. La transición queda diluida en la discontinuidad de una generación... Chesneaux replicará tiempo después, al considerar ese modelo como el de “una historia pasiva”: “La larga duración [...] es una larga duración despolitizada”, en la que no interesan las luchas por el poder político o las revoluciones, excepto para cuestionarlas: “la revolución francesa [...] finalmente no será ya ni burguesa ni popular, y se reducirá a alguna crisis de mal humor de las multitudes y a algunos despidos hábiles en el personal político”, ironiza.[25]

Braudel “descubre” una historia nueva, conforme a los nuevos tiempos, y le atribuye cualidades físicas: “los historiadores empiezan a tomar conciencia, hoy, de una historia nueva, de una historia que pesa y cuyo tiempo no concuerda ya con nuestras antiguas medidas”.[26] ¿Pero acaso posee algún significado la anterior construcción verbal? ¿Permite concluir algo racionalmente? Porque, ¿cuál es el peso de la historia? Con su imagen, Braudel prepara su oferta después de incentivar la demanda; actúa como el comerciante que espera realizar su venta —un innovador sistema de pesos y medidas— al precio de hacernos creer que disponemos de un objeto diferente a los conocidos.

Es obvio que en ese modelo de nouvelle histoire no habrá lugar

para quien fuera adjunto de Bloch en la cátedra de historia económica, Ernest Labrousse, socialista marxistizante cuyos proyectos de historia socio-económica y sociopolítica, más aún, la pretensión de trenzar una con otra en el estudio de las coyunturas, implicaba, en la opinión del nuevo patrón de Annales y de la Sexta Sección de la École Pratique des Hautes Études, un retroceso inadmisible: significaba volver a "coser juntas la historia 'cíclica' y la historia corta tradicional", como cuando "cedía a esa exigencia de vuelta a un tiempo menos embarazoso, reconociendo en la depresión misma de 1774 a 1791 una de las más vigorosas fuentes de la Revolución francesa", o "se esforzaba [...] en vincular un patetismo económico de corta duración (nuevo estilo) a un patetismo político (muy viejo estilo), el de las jornadas revolucionarias",[27] en la crítica severa de Braudel.

Labrousse trataba, en realidad, de explicar los movimientos sociales por los movimientos económicos, unir estructura y coyuntura, deducir las implicaciones políticas en lugar de contraponerlas; claro, el antidogma annalista: los acontecimientos. Sus dos trabajos criticados por el "gran patrón"[28] habían aparecido en fechas muy señaladas, el primero, su tesis de Letras, de 1943, en la Francia ocupada, publicada un año más tarde, el segundo, como ponencia, en el centenario de la revolución de 1848: minucias en el tiempo largo de las civilizaciones…

La historia socio-estructural prescinde de los acontecimientos, no así de las clases, estructuras a su vez duraderas, a veces incoherentes respecto a las funciones que tienen asignadas. La burguesía es su mejor exponente según el modelo braudeliano: clase omnipresente y omnipotente, controla por activa o pasiva todos los cambios históricos de los últimos doscientos años; una clase plenamente configurada antes de la revolución, capaz de controlar el curso de todos los acontecimientos. Este determinismo sociologista, casi un fatalismo, posee implicaciones ideológicas muy señaladas. Braudel, así, repite la frase que Charles Seignobos había pronunciado en 1938, en plena época del Frente Popular: "la civilización francesa es impensable sin una burguesía". A lo que en años de gélida Guerra Fría, añade: "Si pierde esta burguesía, es incluso plausible que se asista al nacimiento de otra".[29]

En fin, hallamos una historia económica que se reclama diferente de la historia de la economía, del análisis de las actividades realizadas en el proceso de producción y distribución de los bienes producidos; y que se interesa por ofrecer una explicación global de lo humano desde la perspectiva económica con voluntad integradora y dialéctica.[30] Ha abandonado el calificativo social pero no su contenido, incorporado como objetivo propio, a la vez que se aleja de la econometría retrospectiva. Tal vez sea oportuno recordar la ecuación pluridisciplinar que Vilar llamaba a profundizar: "Económico, más social, más político, más ideológico y espiritual, igual a histórico".[31]

Hay también una historia social que reivindica el dato económico en su análisis de las estructuras y las relaciones sociales. Del mismo modo que existe una historia política y social agregada a la cátedra de historia de la Revolución Francesa, de la que Albert Soboul será su máximo representante. Sin embargo, Labrousse vuelve a ser el más claro exponente de la historia social de base económica a partir de las propuestas que presenta al X Congreso Internacional de Ciencias Históricas de Roma (1955) sobre el estudio de los grupos sociales, y que dan carta de naturaleza a este tipo de historia como una especialidad más.[32]

Uno de los discípulos de Labrousse, Jean Bouvier, ofrece el siguiente cuadro de relación entre dato económico e historia social: a) la coyuntura económica contribuye a explicar lo social (aunque no lo determine) en la medida en que repercute de manera diferente en los distintos grupos sociales; b) el conocimiento de la base económica permite evaluar las características de los grupos sociales e incluso determinar su jerarquía; c) el análisis económico contribuye a iluminar los fundamentos del poder económico y la dinámica social (aunque no la explique por sí sola).[33] Tomando esta múltiple propuesta, la historia social se orientó en numerosos casos a conocer las características de los grupos sociales propietarios y profesionales a partir de la evaluación de las fortunas, a buscar correspondencias políticas mediante la sociología electoral y a establecer las dimensiones y génesis de las estructuras industriales y financieras, desarrollándose de manera simultánea a la clásica historia de la clase y el movimiento obrero esta historia de las clases medias o burguesías.[34]

Al otro lado del Canal, las cosas se hacían de manera diferente. La dimensión sociológica y analítica en los estudios históricos prácticamente es inexistente en Gran Bretaña antes de 1945. Una sólida tradición positivista en los trabajos de historia política, militar y de las relaciones internacionales, también, con un desarrollo menor, en económica, dominan por completo el panorama. Eso no excluye un conocimiento de los principales libros de historia económica de la Escuela alemana o de Pirenne, o el conocimiento que Michel Postan y otros tengan de Bloch, sin extraer de ello un aprovechamiento apreciable. Luego están los últimos filósofos de la historia, con Arnold J. Toynbee a la cabeza. Y una legión de diletantes.

Al fundarse en 1952 Past & Present, el consejo editorial lo integran los más veteranos de los jóvenes del Grupo de Historiadores del PC (Christopher Hill y Rodney Hilton), autores progresistas no marxistas, entre ellos el medievalista Geoffrey Barraclough, y dos marxistas reconocidos, el economista Maurice Dobb y el arqueólogo y prehistoriador australiano, Vere Gordon Childe, que ha desarrollado su carrera académica en el Reino Unido y en esas fechas dirige el Instituto de Arqueología de la Universidad de Londres. La principal fuente de una historia analítica, totalizadora, motivada por la historia económica y social, con interés por los grupos y las condiciones sociales, lo más cercano a una historia sociológica, viene de la mano del materialismo histórico, que de otra parte carece de trayectoria teórica en el país antes de la publicación en 1946 de los Studies in the development of capitalism.

Los académicos británicos que llegaban al tipo de historia que hemos mencionado lo hacían a través de las lecturas de las obras de Marx y con frecuencia, en los años treinta y cuarenta, en la versión codificada del materialismo histórico llevada a cabo por el estalinismo y desarrollada por la historiografía soviética, por la que en fecha temprana comenzaron varios de ellos a interesarse: en 1935 viajaron a la URSS Gordon Childe y Christopher Hill, este permaneció casi un año estudiando ruso y familiarizándose con la historiografía; en 1940 publicaba su libro La Revolución Inglesa, un texto breve y después enormemente controvertido donde interpretaba los procesos del siglo XVII, al igual que los soviéticos,

como una revolución burguesa. Rodney Hilton, aparte de leer a Bloch, era un buen conocedor de los trabajos de Evgueni A. Kosminsky sobre el siglo XIII inglés y favoreció en 1956 su traducción en Oxford; de Kosminsky, los marxistas británicos aprendieron la necesidad del análisis específico de la estructura de la sociedad rural para conocer las formas que revestía la exacción del plustrabajo por los señores en lugar de quedarse con los meros signos monetarios o urbanos en la evolución del feudalismo, un análisis lejos de los códigos dogmáticos aunque conservara parte de su lenguaje. El lenguaje propio del marxismo soviético es lo primero de lo que se desprendieron, antes de publicar.

Dos factores parece que influyeron en la evolución de los modos de pensar de los historiadores marxistas británicos: la creciente profesionalización de cada uno de ellos, que les ponía en contacto con una realidad que contradecía de plano los esquemas doctrinales y los obligaba, frente a los empíricos, a construir un estatus riguroso, desde el marxismo, a la disciplina histórica, y la Guerra Fría que creaba en torno a ellos cierto aislamiento y algunas actitudes hostiles. Su formación tuvo lugar en el Grupo de Historiadores del Partido Comunista y en el estudio directo de las obras de Marx y de otros autores del marxismo clásico. Y lo primero que marginaron fueron las predeterminaciones, las abstracciones teóricas ante hechos históricos concretos, el mecanicismo que remplazaba la búsqueda de explicaciones causales debidamente razonadas. Debían liberar el pasado del peso de las estructuras y desplazar la atención a las relaciones sociales. Debían incorporar en su total importancia la ideología de las élites y la ideología popular, los factores culturales que contribuían a explicar el carácter religioso del que se habían envuelto a menudo las protestas en Inglaterra o, en otro sentido, la ausencia de una conciencia revolucionaria en la clase trabajadora en el capitalismo industrial.

DE LA HISTORIA DEL TRABAJO A LA HISTORIA DE LA SOCIEDAD

Al margen de la historia académica, desde finales del siglo XIX venía desarrollándose una historia de la clase obrera y de las organizaciones de los trabajadores. Se trataba de una historia militante, redactada por lo común por historiadores no profesionales que daban cuenta del asociacionismo societario, mutualista y político, así como de los conflictos más importantes que mostraban una tendencia creciente y combativa. Las historias obreras desempeñan una función similar al de las historias de los logros económicos y políticos de las clases medias, de la burguesía: permitía a los lectores reconocerse como grupo social y hacer suya una trayectoria de la que podían considerarse continuadores.

Al estudio pionero de Friedrich Engels, La situación de la clase obrera en Inglaterra, de 1845, vendrían a unirse textos de higienistas y urbanistas, de militantes fabianos como Sidney y Beatrice Webb, autores en 1894 de una Historia del sindicalismo desde el siglo XVII, que sería ampliada y reeditada en 1920, y de La democracia industrial (1898), o la trilogía de J. L. y Barbara Hammond sobre el trabajo durante la revolución industrial: El trabajador del campo (1911), El trabajador de la ciudad (1917) y El trabajador especializado (1919), referidos a Gran Bretaña.

Prácticamente todos los países industrializados y en proceso de industrialización conocieron estudios sobre las condiciones de vida y, en especial, sobre las luchas sociales. En este último caso, el modelo se basaba en la historia institucional y de los acontecimientos políticos, o en las autobiografías, con la diferencia de que tras cada acción relatada se presuponía a la clase obrera en su pugna por mejorar, hacer frente al capitalismo y prepararse a derrotarlo. Tras los aspectos más combativos, la primera historia social del trabajo y de los trabajadores restituyó a sectores de las clases populares un protagonismo que hasta entonces había sido escamoteado o tergiversado. En los textos de los Webb o de los

Hammond es posible encontrar una dimensión de la sociedad ausente en la historia académica coetánea, que tardaría décadas en reaccionar e incorporar la vida social de la época contemporánea a sus libros. Desde la perspectiva del reportaje social urbano, Jacob A. Riis describió el mundo de la exclusión y la explotación laboral norteamericana de 1890 en su libro Cómo vive la otra mitad. Estudios entre las casas de vecindad de Nueva York, en el que incorpora la novedad del testimonio fotográfico.

Después de la Guerra Europea, la Revolución Rusa y el primer gobierno laborista en Gran Bretaña, al cabo del impulso que recibió el capitalismo en áreas de América en las dos primeras décadas del siglo XX, el fenómeno de la historiografía comprometida se extiende. Pero la "escuela" británica marxista entiende el compromiso sin supeditar la agenda del historiador a la agenda de la política del día, sin ajustar sus interpretaciones a la política correcta del partido. Ese es quizá su rasgo más sobresaliente, el más perdurable y el que explique su extensa influencia incluso entre quienes no comparten los criterios teóricos marxistas, también su capacidad de resistir mejor la crisis del pensamiento socialista. Las categorías históricas nos informan, no pueden ser usadas o leídas desde consideraciones esencialmente políticas. Otra cosa son las conclusiones políticas que se extraigan del trabajo histórico, a la que no renunciarán, como es obvio debido a su compromiso. Hobsbawm toma posición cuando afirma: "la función y las tareas históricas de la clase obrera son un tema sumamente político, sobre todo entre historiadores de la izquierda y marxistas". En los debates que se han dado en Inglaterra y en otros muchos países entre marxistas, continúa, "subyace la gran cuestión de si la clase obrera está destinada a ser una clase revolucionaria, lo que a mí no parece una cuestión histórica, sino una cuestión política".[35] Es esta la forma de razonar que reivindica: un historiador no atribuirá funciones históricas a una clase, como haría un marxista ultraortodoxo, o como hizo Braudel, sino que estudiará sus características y podrá deducir y explicar, en su caso, comportamientos específicos.

Así, por ejemplo, sus estudios sobre la clase obrera británica en el siglo XIX son una muestra de lo que propone. Hay ahí una clase conformada en un largo proceso que no se corresponde con la

cronología ni las características definidas por Thompson. En su opinión, la revolución industrial crea islas de industrialización entre las que subsisten las antiguas categorías laborales; sólo a partir de 1870 comienza a darse una clase obrera fabril y nacional, concentrada en grandes unidades productivas, en un proceso lento que consume el resto del siglo. Una clase que se reconoce a partir de las tradiciones heredadas de las categorías que han contribuido a formarla, y que cuando expresan una conciencia es a un tiempo obrera y jacobina, lo que hace de la democracia un objetivo por el que luchar. Hobsbawm considera en ese sentido que la clase se conforma en las relaciones sociales de producción. En ese sentido se reconoce "más 'objetivista' y menos 'subjetivista' que Thompson", por más que "la situación de cualquier clase obrera impone ciertos modos de comportamiento elaborados de manera distinta según el background cultural del que dispone". No concibe una clase, de otra parte, sin conciencia, aunque puede hablarse de grados de conciencia muy distintos y, en consecuencia, "con la clase, también, hay cuestiones de grados". Si es imposible encontrar clases tal y como las conocemos en el capitalismo, sería inadecuado, nos dice, desconocer la existencia de clases en la sociedad preindustrial.[36]

Pero con esto último hemos comenzado a comentar la contribución de Hobsbawm a la que ha dado en ser considerada Edad de Oro de la historia social, y sería preferible sistematizar esa aportación en las páginas que restan.

1. Hobsbawm se reconoce como un historiador de la moderna sociedad capitalista e industrial. La primera cuestión que debiera resolverse, nos indica, sería cómo operan los factores que serán decisivos en el nacimiento de la sociedad capitalista, siendo posible encontrarlos en sociedades anteriores de forma subordinada. Mercado, propiedad agraria y trabajo asalariado, en primer lugar. La segunda cuestión se refiere a la particularidad que convierte a Europa, y específicamente a Inglaterra, en pionera y adelantada de la transformación que después se extiende, cuando había regiones en Oriente y en la misma Europa que habían pasado por situaciones de mayor desarrollo. En su explicación de la transición, la crisis del siglo XVII, común a la mayor parte de Europa, ocasionó una concentración y redistribución de recursos que sólo

pudieron aprovechar las economías que habían introducido cambios cualitativos en su organización por medio de revoluciones políticas; la primacía de la manufactura sobre el comercio y las finanzas constituiría la clave del éxito inglés, cuyas transformaciones tuvieron lugar a finales del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX, en la época de lo que califica de "revolución dual", con la expansión de un capitalismo que a diferencia de otros momentos ya no experimenta retrocesos y mantiene una expansión lineal hacia la industrialización. La expansión marítima y el comercio atlántico constituyeron un poderoso acicate al proceso que, no obstante, se desencadena con la modificación de las relaciones sociales agrarias. Industria e imperio, son las nociones clave.

2. El acceso a esa moderna sociedad capitalista, sin embargo, no resulta homogéneo a todos los sectores sociales. La sociedad comienza a ser nueva mientras las gentes proceden de un mundo anterior que reproduce sus estructuras familiares y mentales, sus valores y actitudes, en muchos casos durante varias generaciones, en conflicto de adaptación a las nuevas realidades. Así sucedería en el mundo rural, para el que encuentra la explicación del bandolerismo, hasta cierto punto aceptado y mitificado por la comunidad campesina, y de la movilización todavía no política en los términos de la moderna política pero tampoco ajena a la protesta que persigue fines determinados mediante la participación colectiva; esas protestas enlazan, en ocasiones, con las tradiciones milenaristas y, en todo caso, con las reacciones de Antiguo Régimen pero con una cierta conciencia de que la situación ha variado. Lo hallamos en los libros Rebeldes primitivos y en Bandidos. Sucede asimismo en la protesta colectiva de los trabajadores manufactureros dispersos, que en las décadas iniciales del siglo XIX recorren las campiñas, prendiendo fuego a los nuevos artefactos siguiendo el liderazgo del supuesto Capitán Swing. Sucede cuando los artesanos manufactureros encuentran en el motín planificado y la destrucción de maquinaria una cuidada estrategia para forzar la negociación con los fabricantes sobre precios, tarifas y condiciones, en una época en la que está prohibida la asociación laboral y se desconoce la negociación colectiva legal. Viejos modos en una sociedad nueva.

3. Y mientras investiga sobre la clase trabajadora en el siglo XIX, desde la expansión del capitalismo en Gran Bretaña a la expansión de la capitalista Gran Bretaña por el mundo, mientras se interesa por las reacciones sociales menos tipificadas por carecer de organización y voz

política, sea en los campos de Andalucía y de Calabria, en los Balcanes y las sierras de Perú o Colombia, el siglo XX va adentrándose en su relato con absoluta normalidad, aun cuando las respuestas que lo motivan son interpretadas como respuestas de otra época a situaciones que han heredado la razón de su persistencia.

4. A no pocos admiradores de Hobsbawm les extraña que para él las relaciones entre la "base" y la "superestructura" constituyan una constante en su tarea de historiador.[37] Alguno lo tendría por un rasgo poco evolucionado de un marxismo disonante con el de sus colegas británicos, lo cual es totalmente erróneo, aunque en este punto vuelve a separarse de Thompson. Esa constante podemos apreciarla a lo largo de su obra, así en las monografías como en las grandes síntesis sobre los siglos XIX y XX. A Hobsbawm, la relación entre base y superestructura, los problemas que plantea esa relación, le parece consustancial al esfuerzo por establecer en la historia y el análisis de la sociedad una jerarquía de fenómenos sociales, de niveles que permitan explicar la dirección de la historia (sin aceptar necesariamente la sucesión cronológica de formaciones sociales enumeradas por Marx en el Prefacio a la Crítica de la economía política). Conviene aclarar algo que para la mayoría de los autores ha pasado desapercibido, un aspecto esencial de la comprensión histórica de Hobsbawm que le distancia tanto del "marxismo vulgar" como del estructuralista: en su trabajo evita reducir la "base" a la por otros llamada "infraestructura económica" de la que se deduce "una simple relación de dominio y dependencia" para la superestructura, algo que le parece una simplificación ante la que hubieran protestado Marx y Engels, nos dice, una línea deforme que inició Antonio Labriola. La "base" no se reduce a la economía, aunque la comprenda: "Huelga decir que la 'base' no consiste en tecnología o ciencia económica —afirma Hobsbawm—, sino en 'la totalidad de estas relaciones de producción', esto es, organización social en el sentido más amplio tal como se aplica a un nivel dado de las fuerzas de producción materiales". Implica, por lo tanto, relaciones sociales de producción ("esto es, organización social en el sentido más amplio", especifica) y fuerzas materiales, que en un conjunto inseparable dan lugar al sistema social, esto es, a la sociedad.[38] Y puesto que sus contradicciones internas generan conflictos, el más destacado de los cuales es el conflicto de clases, a esa esfera pertenecen también las relaciones sociales, los grupos, todo aquello que cabe en la noción "sociedad civil", podríamos añadir quizá libremente. Por el contrario, a la "superestructura"

pertenece el ámbito de la política, de las mentalidades, de las ideas, de la cultura.

5. En la obra de Hobsbawm es difícil separar los estudios interpretativos de las obras de síntesis. En estas últimas encontramos expuesta de manera directa su modo de concebir la sociedad contemporánea y sus problemas, la forma de análisis histórico que integra su proyecto. En ellas hay sociedad y política. En ellas el destinatario deja de ser el especialista y tan siquiera se conforma con el estudiante universitario. Se dirigen al público en general, obviamente con cierto nivel de cultura, con la voluntad de informarle de un mundo que ha ido cambiando hasta llegar a ofrecernos el que hoy conocemos, y que sigue cambiando, con nuevos problemas que suscitan nuevas preguntas. Hace más de cuarenta años Hobsbawm se propuso sacar a la historia del marco provinciano de la nación-Estado, de los nichos en los que escriben los historiadores y se mueven sus lectores, para intentar integrarlos en una historia verdaderamente general, universal.[39]

Esa empresa comenzó a caminarla, pero es mucho más lo que puede andarse que lo recorrido. Es una buena lección y un buen legado para el siglo XXI, en el que "en esta nuestra edad de hierro" debería preocuparnos menos si hubo un tiempo mejor para escribir sobre historia o añorar el universo perdido de los intelectuales comprometidos e influyentes. Nunca se dio lo uno y lo otro sino en parcelas ganadas con esfuerzo por algunos y siempre discutidas por muchos. Vivimos nuevos conflictos cuando no han desaparecido los anteriores. En las últimas décadas hemos conocido cambios profundos y situaciones insospechadas poco antes. Sería un error confundir el desconcierto que pueda haber ocasionado el agotamiento de viejos modelos con la desaparición de los problemas que los hicieron surgir. No sólo nos restan numerosos porqués por estudiar, sino que su número crece en la medida en que los historiadores y los científicos sociales somos capaces de pensar la realidad problematizándola, construyendo nuevos "problemas" sobre el pasado a cuya explicación plausible dedicamos nuestro tiempo y nuestro esfuerzo. No es esta una mala época para dedicarse a la historia.

NOTAS AL PIE

[1] Christophe Charle, Los intelectuales en el siglo XIX. Precursores del pensamiento moderno, Siglo XXI, Madrid, 2000, pp. XV-XXVII. Y en especial, François Dosse, La marche des idées. Histoire des intellectuels, histoire intellectuelle, Éditions La Découverte, París, 2003, pp. 137 y ss.

[2] Fances Stonor Saunders, La CIA y la guerra fría cultural, Debate, Madrid, 2001.

[3] Eric Hobsbawm, Sobre la historia, Crítica, Barcelona, 1998, p. 65.

[4] Karl R. Popper, Búsqueda sin término. Una autobiografía intelectual, Tecnos, Madrid, 1985, 2a. ed., pp. 45-46.

[5] Karl R. Popper, La miseria del historicismo, Alianza/ Taurus, Madrid, 1987, 3a. reimpr.

[6] Robert Loring Allen, Joseph Schumpeter. Su vida y su obra, Edicions Alfons el Magnànim-IVEI, Valencia, 1995, pp. 589 y ss. Su presunta asepsia, en p. 267.

[7] Raphael Samuel, “Historia y teoría”, en Raphael Samuel (ed.), Historia popular y teoría socialista, Crítica, Barcelona, 1984, p. 49.

[8] Véase sobre los inicios de la revista, Christopher Hill, R. H. Milton y E.J. Hobsbawm, “Origins and early years”, y Jacques Le Goff, “Later History”, Past & Present, 100 (1983), pp. 3-28.

[9] Françoise Dosse, La historia en migajas. De ‘Annales’ a la ‘nueva historia’, Institució Alfons el Magnànim, Valencia, 1988, pp. 24-25. La mención de Pierre Vilar, en “La historia después de Marx”, Economía, Derecho, Historia. Conceptos y realidades, Ariel Barcelona, 1983, p. 169.

[10] Lucien Febvre, “De 1892 a 1933. Examen de conciencia de una historia y de un historiador”, Combates por la historia, Ariel, Barcelona, 1972, 2a. ed., p. 23.

[11] Marc Bloch, Apología para la historia o el oficio de historiador, Fondo de Cultura Económica, México, 1996, pp. 140 y 156-157. La referencia al análisis socio-estructural, en Marc Bloch, La sociedad feudal, Akal, Madrid, 1986, p. 23. Véase, Hartmut Atsma y André Burguière (eds.), Marc Bloch aujourd’hui. Histoire comparée et Sciences sociales, EHESC, París, 1990; y Carole Fink, Marc Bloch. Una vida para la historia, Publicacions de la Universitat de València-Universidad de Granada, Valencia, 2004.

[12] Pierre Chaunu, “La economía. Superación y prospectiva”, en Jacques Le Goff y Pierre Nora (dir.), Hacer la historia. (II) Nuevos enfoques, Laia, Barcelona, 1979, pp. 64-66.

[13] Leszek Kolakowski, La filosofía positiva, Cátedra, Madrid, 1988, p. 101. Las consideraciones generales sobre el método positivo de adquisición de conocimientos, en pp. 14 y ss.

[14] Jean Bouvier, “Tendencias actuales de las investigaciones de historia económica y social en Francia”, La Historia hoy, Avance, Barcelona, 1974, p. 160.

[15] Véase sobre la génesis de la historia económica, Witold Kula, Problemas y métodos de la historia económica, Península, Barcelona, 1977, 3a. ed., pp. 19 y ss.

[16] Ernest Labrousse, Esquisse du mouvement des prix et des revenus en France au XVIIIe siècle, Librairie Dalloz, París, 1933 [traducción parcial en Fluctuaciones económicas e historia social, Tecnos, Madrid, 1962].

[17] Pierre Chaunu, “La historia serial. Balance y perspectivas”, Historia cuantitativa, historia serial, Fondo de Cultura Económica, México, 1987, p. 185.

[18] F. Mendels, “Economie. Histoire économique”, en Andre Burguière (dir.), Dictionnaire des sciences historiques, PUF, París, 1986, pp. 215-223.

[19] Las obras de Michal Kalecki (Essays in the theory of economic fluctuations, aparecidos entre 1933 y 1935), de John M. Keynes (The General Theory of Employment, Interest and Money, 1936), de Joseph Schumpeter (Theory of Economic Development, 1912; y Business Cycles, 1939) venían a sumarse a los estudios sobre fluctuaciones y ciclos económicos de C. Juglar (Des crises commerciales, 1889), Joseph Kitchin (“Cycles and Trends in Economic Factors”, 1923) y Nikolai D. Kondratieff (“Los ciclos económicos largos”, 1925).

[20] Véase Pierre Vilar, “Crecimiento económico y análisis histórico”, en Crecimiento y desarrollo, Ariel, Barcelona, 1976, 3a. ed..

[21] C.F.S. Cardoso y H. Perez Brignoli, Los métodos de la historia, Crítica, Barcelona, 1977, 2a. ed., p. 28.

[22] Pierre Chaunu, “La economía. Superación y prospectiva”, en Jacques Le Goff y Pierre Nora (dir.), Hacer la historia. (II) Nuevos enfoques, Laia, Barcelona, 1979, pp. 75-80.

[23] François Furet, “Lo cuantitativo en historia”, en Jacques Le Goff y Pierre Nora (dir.), Hacer la historia. (I) Nuevos problemas, Laia, Barcelona, 1985, 2a. ed., pp. 66 y ss.

[24] Fernand Braudel, La historia y las ciencias sociales, Alianza Editorial, Madrid, 1986, 7a. ed., pp. 125, 29-30 y 57.

[25] Jean Chesneaux, ¿Hacemos tabla rasa del pasado? A propósito de la historia y de los historiadores, Siglo XXI, Madrid, 1984, 6a. ed., pp. 149-151.

[26] Fernand Braudel, La historia y las ciencias sociales, Alianza Editorial, Madrid, 1986, 7a. ed., p. 30.

[27] Fernand Braudel, La historia y las ciencias sociales, Alianza Editorial, Madrid, 1986, 7a. ed., pp. 69-70.

[28] Ernest Labrousse, La crise de l'économie française à la fin de l'Ancien Régime et au début de la Révolution, PUF, París, 1944 [parcialmente traducido en Fluctuaciones económicas e historia social, Tecnos, Madrid, 1962]; y "1848, 1830, 1789. Comment naissent les révolutions", Actes du Congrès historique du centenaire de la Révolution de 1848, PUF, París, 1948, pp. 1-29

[29] Fernand Braudel, La historia y las ciencias sociales, Alianza Editorial, Madrid, 1986, 7a. ed., p. 188.

[30] Pierre Vilar, Crecimiento y desarrollo, Ariel, Barcelona, 1976, 3a. ed., p. 11.

[31] Pierre Vilar, "Problemas teóricos de la historia económica", La Historia hoy, Avance, Barcelona, 1974, p. 154.

[32] Ernest Labrousse, "Voies nouvelles vers une histoire de la bourgeoisie occidentale au XVIIIe et XIXe siècle", Xe Congresso Internazionale di Science Storiche, Relazioni, t. IV, Roma, 1955, pp. 365-396.

[33] Cit. en C. F. S. Cardoso y H. Perez Brignoli, Los métodos de la historia, Crítica, Barcelona, 1977, 2a. ed., pp. 294-295.

[34] Jean Bouvier, "Tendencias actuales de las investigaciones de historia económica y social en Francia", La Historia hoy, Avance, Barcelona, 1974, pp. 161-163.

[35] En Javier Paniagua y José A. Piqueras, “Comprender la totalidad de la evolución histórica. Conversación con Eric Hobsbawm”, Historia Social, 25 (1996), p. 19.

[36] Eric J. Hobsbawm, “De la historia social a la historia de la sociedad”, Historia Social, 10 (1991), p. 19.

[37] Harvey J. Kaye, Los historiadores marxistas británicos. Un análisis introductorio, Universitarias de Zaragoza, Zaragoza, 1989, pp. 120-151.

[38] Eric Hobsbawm, “¿Qué deben los historiadores a Karl Marx?”, Sobre la historia, Crítica, Barcelona, 1998, pp. 148-162. La definición de “base”, en nota a este texto, p. 282.

[39] Eric Hobsbawm, Años interesantes. Una vida en el siglo XX, Crítica, Barcelona, 2003, p. 270. El mejor análisis que conozco sobre sus libros de síntesis es el de Francesc A. Martínez Gallego, “Síntesis, globalidad e interpretación: la tetralogía contemporánea de E. J. Hobsbawm”, Historia Social, 25 (1991), pp. 91-112.

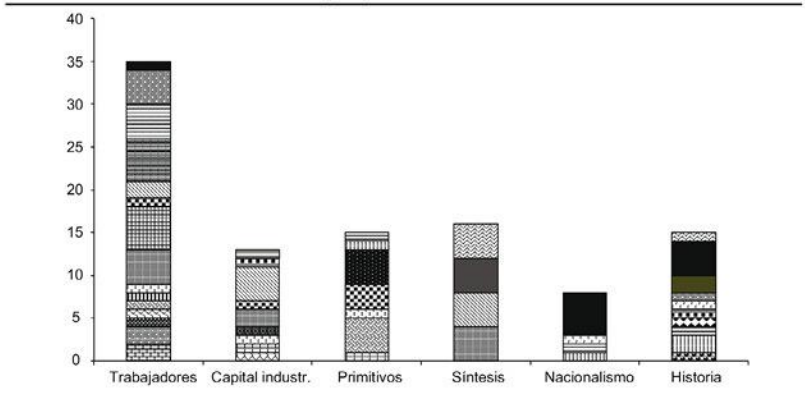
LA HISTORIA ECONÓMICA Y SOCIAL, UNA MATRIZ DE CORRELACIÓN EN ERIC HOBSBAWM

Una vida ejercida con generosa plenitud entre 1917 y 2012 ofrece numerosas oportunidades a quien desee enfatizar una u otra vertiente del prolífico historiador e intelectual que fue Eric Hobsbawm. Hasta el final de sus días sostuvo una voz lúcida y crítica en el panorama cada vez más gris de la razón, sin dejarse conquistar por la actitud entre convenientemente escéptica y conformista en que ha venido a parar el medio académico. Tampoco se dejó llevar por las andanadas apocalípticas de los vencidos de tantas derrotas, afanosamente trabajadas, de las que nada desean aprender. Una vida en el largo siglo XX de Hobsbawm ofrece numerosos lugares en los que detenerse. Hay una frase extraída del inicio de la novela El mensajero, de Leslie Hartley, que Hobsbawm gustaba repetir: “El pasado es un país extranjero, allí las cosas se hacen de modo diferente”. El pasado extenso de un hombre, aún de la coherencia de nuestro historiador, tiene también mucho de recorrido por lugares y espacios en los que las cosas, incluida la acción de historiar, se hacían de manera distinta.

Lo hemos visto ser definido y autodefinirse como historiador marxista e “historiador del trabajo y de los movimientos obreros”, [1] desde mediados de los años setenta se proclamaba un historiador social. Para muchos, es una buena expresión de la historia global gracias a sus cuatro libros de síntesis. Sus temas de interés fueron extensos y variaron con los años: los primeros ensayos sobre el nacimiento del capitalismo industrial, las contribuciones al estudio de los trabajadores industriales del Ochocientos, la conceptualización de la rebeldía primitiva y el bandolerismo social, sus fecundas hipótesis sobre el lugar y la función de las tradiciones inventadas… Están las frecuentes reflexiones sobre el uso social del pasado y la naturaleza comprensiva del oficio de historiador, la evolución de la historiografía, la selección de los problemas, el diálogo con otras

ciencias sociales, la forma de expresar su trabajo —analítica en el método para volcarse en una síntesis descriptiva en la forma—. En fin, están sus escritos sobre historia del marxismo, de historia y marxismo, de marxismo e izquierda, de izquierda y porvenir. Su perfil varía según nos detengamos en un aspecto o una etapa de su trayectoria, y resulta un autor relativamente distinto para quien se haya familiarizado solo con la última y prolífica fase de su producción, cuyo inicio podemos datar de la segunda mitad de los años ochenta, cuando crece su proyección pública más allá de los medios académicos (gráfica 1).

GRÁFICA 1. Producción historiográfica de E. J. Hobsbawm (1948-1994) por grandes temas



NOTA: Valores asignados: 4 (libro), 2 (edición), 1 (artículo)
FUENTE: Elaboración propia a partir de "Eric J. Hobsbawm. Una selección bibliográfica", *Historia Social*, 25 (1996), pp. 189-196.

Cualquiera que sea el perfil que escojamos, durante cuatro décadas, en la mayor parte de su vida profesional Hobsbawm asumió la condición de historiador económico y social. El pasado puede ser una sucesión de países extranjeros en los que las cosas se hacen, en cada uno de ellos, de modo diferente.

LA FORMACIÓN DE UN HISTORIADOR DE LA SOCIEDAD

El interés inicial de Hobsbawm por la economía, de acuerdo con la explicación que ofreció de cómo le nació la vocación de historiador, fue en parte accidental y en parte guarda relación con intereses más extensos y profundos, con su pasión principal hacia 1935, en que fue admitido en Cambridge: la política, o si se prefiere en su versión de praxis, como él la refiere, el partido comunista. No hacía tanto que este joven británico había pisado suelo inglés por vez primera. No hacía tanto que había abrazado el antifascismo y había descubierto el marxismo. Del marxismo conocía El manifiesto comunista. Era una época en la que se era comunista por compromiso revolucionario y por rechazo a la barbarie fascista, y se era marxista por empatía intelectual. En la evocación de su adolescencia, el historiador se recuerda con diecisiete años terminando sus estudios de secundaria y atrapado por la atracción que despertaba la literatura, como en la mayoría de los jóvenes intelectuales marxistas de su época que acabarían dedicándose a la historia, nos dice. Nótese la doble afirmación retrospectiva, la "invención" de su particular tradición: la única realidad incontestable es que era joven; solo vocacionalmente podía ser considerado un intelectual; solo generosamente le concedemos la condición de marxista por haber concluido una única lectura de Marx. Pero como en algún momento tuvimos la edad que menciona y llegamos a la misma definición, distaremos de negárselo. Quien escribe, permítase la digresión, más adelante pertinente al tema, se consideró marxista con dieciséis años después de haber leído Trabajo asalariado y capital y Salario, precio y ganancia, hoy más útiles en mi trabajo de historiador que en mi temprano compromiso por "cambiar el mundo". Se trata de dos textos dedicados a exponer las relaciones económicas de la base material de la dominación y suponen la ruptura de Marx con las nociones centrales de la economía clásica. Son dos textos de una complejidad superior a la de El manifiesto, a pesar su aparente sencillez expositiva, por lo que en mi caso el acto de fe hubo de ser más exigente. Sin embargo, ambos opúsculos fueron escritos para públicos no especializados: el

primero tuvo su origen en una conferencia dirigida a la Asamblea de Obreros Alemanes de Bruselas y fue reelaborado en 1849 con vista a su publicación por entregas en un periódico; el segundo estaba dirigido al consejo de la Asociación Internacional de Trabajadores. Trabajo asalariado y capital fue escrito por Marx a los 29 años, la misma edad que Hobsbawm tenía cuando participó en la fundación del Grupo de Historiadores del Partido Comunista; es aproximadamente la edad que hoy tienen muchos estudiantes de postgrado y jóvenes doctores. En otros tiempos las cosas se hacían de otra manera pero en cualquier época los jóvenes con inquietudes no aguardan a que sus mayores les cedan el relevo, si realmente quieren hacerse presentes en la época que les ha tocado en suerte.

Como nos explica Hobsbawm, al acceder a la universidad deseaba ser escritor y quería ser un revolucionario. El marxismo que anidaba en el ambiente británico, recuerda, carecía del sustrato filosófico de interpretación del mundo propio del continente y era bastante más práctico, más pegado a los hechos, de una voluntad más comprensiva hacia los fenómenos sociales. En su caso, se proponía establecer, nada menos, cómo el análisis de "todos los nexos y relaciones" practicado sobre una obra literaria debía iluminar socialmente las ideas que subyacen en la creación cultural. [2] Las relaciones entre una determinada forma de organizar la sociedad, la producción de bienes materiales —en realidad, el conjunto de relaciones sociales establecidas que comprende intereses más extensos—, y la modelación de las formas de pensar y de actuar de los individuos, su interiorización o la autonomía deliberada del artista, estaba en el centro de las preocupaciones de la generación del marxismo occidental de entreguerras: en Lukács y en Gramsci, en la Escuela de Frankfurt y en Benjamin. Sin duda, el joven preuniversitario poseía una buena dosis de ambición intelectual. La universidad, en cambio, tenía poco que ofrecerle. Era una época, nos dice, en la que Cambridge había dejado de formar titulados orientados a una profesión y se dedicaba a formar dirigentes para la administración del país y del imperio. A la historia se dedicaban los que no tenían una preferencia clara por otra materia, los que carecían de calificaciones elevadas para seguir estudios clásicos o de aptitudes para estudiar ciencias. Así, se encuentra dedicando a la lectura y a una intensa vida estudiantil, mientras no recuerda haber asistido con regularidad a ninguna clase

durante toda la carrera porque muy pocas ofrecían verdadero interés. Entre estas últimas se hallaba la historia económica. La curiosidad no se debía solo al profesor que la impartía, Michael M. Postan, sino a la materia en sí; era, nos dice, "la única rama en el programa […] que resultaba importante para los intereses de un marxista".[3]

En noviembre de 2003, con motivo de la aceptación del Balzan Prize que le fue otorgado en Berna, completó los recuerdos que había adelantado en su autobiografía y en diversas entrevistas. Explicaba, por ejemplo, que alguien que se sintiera atraído por la historia desde la perspectiva del Manifiesto comunista tenía motivos especiales para detenerse en la aparición del mundo moderno, "la moderna sociedad burguesa que ha salido de entre las ruinas de sociedad feudal", según escribió Marx, y en el proceso sin precedentes y revolucionario de la transformación social inherente a ese desarrollo que conduce a la globalización. Únicamente la historia económica parecía en condiciones de considerar relevantes estas cuestiones. En las demás materias —historia política, militar y diplomática—, afirma, predominaba un espíritu provinciano y convencional. Y añade: "La historia social aún no existía como una materia separada". Decididamente, Hobsbawm parecía destinado a convertirse en un historiador económico. En 1949 ingresó en la Sociedad británica de Historia Económica (EHS) y en 1952 fue elegido miembro de su junta directiva, en unos años en los que participó, en 1950 y 1955, en el movimiento de recuperación de los Congresos Internacionales de Ciencias Históricas que reunían a los principales historiadores, después de haber sido suspendidos con motivo de la Guerra Mundial. A través de las conferencias anuales de la EHS y de su programa de invitados llega a conocer a Fernand Braudel y a Witold Kula. En 1936, Postan había invitado a su clase a Marc Bloch, pero nada hubo en su intervención que al joven estudiante se le hiciera memorable.

Hobsbawm indicó tres circunstancias que contribuyeron a compensar "los defectos" de su formación universitaria. La primera fue la docencia en el Birkbeck College de la Universidad de Londres, en la que obtuvo una plaza de profesor ayudante en 1947. Debía impartir docencia de historia de Europa y a causa del pequeño tamaño del departamento al que pertenecía debía abarcar épocas

diversas y un amplio territorio. La preparación de las clases le proporcionó un vasto conocimiento, después utilizado en sus libros de síntesis, y le puso en disposición de "descubrir los grandes modelos de historiografía de la posguerra". En estos últimos reconoce dos figuras colosales: Ernest Labrousse, que impartió "un impresionante curso sobre la Revolución francesa" en la London School of Economics, y Fernand Braudel, "a través de aquel terremoto histórico", el recién publicado libro La Méditerranée et le monde méditerranéen. Ambos eran considerados los ejemplos mejor acabados de dos generaciones consecutivas de historiadores económicos y sociales. En 1947 Braudel, con cuarenta y cinco años de edad, defiende su tesis de doctorado. El mismo año participa con Charles Morazé y Lucien Febvre en la creación de la VIe Section de l'École Pratique des Hautes Études, posible gracias a los buenos contactos de Morazé con la Fundación Rockefeller, que sufraga los gastos. La Fundación Rockefeller había declarado su voluntad de promover el desarrollo de las ciencias sociales en asociación a la "democracia occidental" y en rivalidad con la opción comunista. La VI Sección incorpora a su lema la triada que desde 1946 subtitula la revista Annales: "Économie, sociétés, civilisations". Hasta 1937 la publicación se ha llamado Annales d'histoire économique et sociale. De la historia organizada hasta cierto punto según la razón dialéctica de las necesidades, las actividades materiales y los aconteceres humanos, se pasaba a niveles de análisis conforme una concepción estructural cuya articulación nunca terminará de estar clara. La revista ha cambiado. En la presentación de la nueva época, Febvre justifica que vivir es cambiar. La orientación que desea para la nueva etapa está dominada por el binomio de los hombres y las cosas, afirma, mientras alude al método histórico, filosófico y crítico que se han de conjugar para "restituir el sentido secreto de los destinos humanos".[4] Por fortuna, Braudel, "hombre de poder", se disponía a tomar el control de la publicación y de las instituciones recién creadas, y ejercería su dictado como pudiera hacerlo un jefe de Estado.[5] El dictado consistiría en la aproximación a las principales ciencias sociales: la economía, la sociología y la antropología.

La segunda vía para corregir lo que la universidad no le había dado consistió en verse implicado en la pequeña comunidad académica británica e internacional que promovió contactos entre sí después

de la guerra. Esa pequeña comunidad va a protagonizar la segunda institucionalización universitaria de la Historia, y lleva a cabo ésta mediante la apertura hacia una forma nueva de concebir la historia frente a la vieja historia de los acontecimientos, historia de los hechos políticos al estilo tradicional, historia de las minorías dirigentes. En ese sentido, se creaban las condiciones para fomentar lo que Hobsbawm denomina una alianza, e incluso un frente popular por la renovación de la historia. En esa alianza comprende a las figuras antes citadas del otro lado del Canal, en realidad cuidadosamente apolíticos, bien relacionados todos con el gaullismo de la inmediata postguerra y con el gaullismo posterior a 1959, cuando no, en el periodo intermedio, con la derecha moderada y pronorteamericana del Mouvement Républicain Populaire, a los que la idea de integrar un frente popular les hubiera producido un auténtico sobresalto. La estrategia de alianza por la renovación de la historia incluye la fundación en 1952 de la revista Past & Present.

En tercer lugar, en el proceso que llevó a Hobsbawm a seguir una determinada orientación se cuenta la experiencia del Grupo de Historiadores del Partido Comunista, al que perteneció desde su creación en 1946 hasta su disolución en 1956. Fue “parte esencial de mi formación como historiador”, afirma en una ocasión. “Quizá fuera allí donde realmente nos hicimos historiadores”, añade en otra confesión.[6] El seminario permanente comenzó por revisar las interpretaciones marxistas recientes de la historia británica, del capitalismo y el movimiento obrero. Aunque albergó varios intereses, destacó el debate sobre el origen del capitalismo y de las transformaciones que lo habían hecho posible, en la estela de la controversia entre los economistas socialistas Maurice Dobb y Paul Sweezy. Inicialmente, Hobsbawm se mantuvo ajeno a la controversia, hasta que en 1954 irrumpe en ella con el texto “The Crisis of the Seventeenth Century”, al que le siguen “The Seventeenth Century in the Development of Capitalism” (1960) y “From Feudalism to Capitalism” (1962), en los que se pregunta por las condiciones concretas en las que unas naciones aprovecharon la crisis para impulsar un nuevo sistema. En 1964 actuaba de editor de las Formaciones económicas precapitalistas, un fragmento los Grundisse, la obra inédita de Marx hasta 1939 y que en Occidente solo fue conocida después de la reedición alemana de 1953. El libro estaba precedido de un amplio estudio introductorio del propio

Hobsbawm y sería pieza nuclear en la revitalización de los estudios marxistas sobre los regímenes precapitalistas y su evolución no pautada.[7]

De 1946 en adelante, hasta finales de los años setenta, todo le empujaba al campo de la historia económica y de la historia económica y social. Era, dice: 1) la punta de lanza de la renovación contra la vieja historia, 2) verificaba la vinculación de las sociedades con los procesos productivos, premisa del marxismo, y 3) abordaba los temas más internacionales, pues cualquiera que fuera el espacio o la época de estudio, poseía "un universo discursivo admitido por todos", dispuesto a ser juzgado y rebatido.[8]

La historia económica y social procedía de la tradición académica que surge en Alemania en el último cuarto del siglo XIX, cuando nace el sintagma. Metodológicamente asociada a la escuela histórica, a la determinación histórica de las instituciones y al estudio riguroso de las actividades económicas en el pasado, a diferencia de la visión de Schmoller, con Sombart y Weber se une al análisis sociológico. Desde entonces, había evolucionado: si a las estructuras y los cambios de las sociedades y de las culturas se añadía el análisis y la síntesis, se llegaba a la historia "total", en palabras de la escuela francesa, a la historia de la sociedad, como prefirió llamarla Hobsbawm, verdadera historia global si se universaliza.

Son unos años optimistas en que todo parece ser objeto de renovación, en los que se acuñan y exploran nuevos espacios. En 1950 los anfitriones del Congreso internacional de Ciencias Históricas, celebrado en París, crearon una sección de "historia social". La idea resultaba vaga, al menos para la historiografía británica. Era bastante más que la historia obrera y socialista pues se proponía examinar "las relaciones existentes entre los fenómenos económicos y sociales", las influencias recíprocas entre factores económicos y los fenómenos políticos, jurídicos, religiosos, etc.[9] ¿La historia síntesis? A Hobsbawm le encomendaron la presidencia de la sección de historia contemporánea, a la que asistían Pierre Vilar, Jean Meuvret o el español Vicens Vives, expresiones de la diversidad de escuelas modernizadoras que coincidían en el rechazo

del positivismo y la aproximación a las ciencias sociales.

LA RENOVACIÓN DE LA HISTORIOGRAFÍA: ECONÓMICA Y SOCIAL

Hemos avanzado una serie de estaciones, a veces muy próximas entre sí, en cada una de las cuales subía al vagón donde viaja Eric Hobsbawm un elemento que lo hacía más consciente de sus intereses y de su forma de ver el mundo y su pasado. Ahora hemos de volver sobre los pasos del joven universitario. Recién graduado en Historia por Cambridge, apenas se disponía a iniciar su investigación doctoral cuando en 1940 es llamado a filas. En 1946 consigue regresar a la vida civil. Pasa la guerra en un puesto secundario de retaguardia, sin abandonar suelo británico, así que alberga esperanzas de hacer algo de provecho. Al titularse en 1939 había previsto realizar una tesis sobre de la cuestión agraria en el África del Norte francés, ganado por la influencia de Postan en los temas rurales y el contacto estrecho con varios compañeros de estudios llegados de Asia, casi todos miembros del Club Socialista, antiimperialistas como él. Pero hacia 1943 había hecho muy pocos avances y se decidió por investigar la Sociedad Fabiana entre 1884 y 1914, lo que le permitía iniciar las lecturas de inmediato. La tesis sobre el fabianismo no iba a suponer un gran tema, escribirá después, en cambio posibilitó que se encontrara con la Webb Collection de la London School of Economics, un material documental muy rico en economía, reunido por Sidney y Beatriz Webb en la década de 1890 para sus libros sobre el movimiento sindical británico. De las cuestiones políticas en el nacimiento de la democracia de masas, el fabianismo, tema inicial, pasó al aspecto industrial del movimiento obrero tardío de siglo XIX. Y fue así como Hobsbawm se encontró siendo “un historiador de trabajo”.[10]

En 1947 obtuvo una plaza de ayudante en Londres orientada a la historia económica y social, título de su nombramiento como profesor adjunto en 1959 y de catedrático en 1971. Entre tanto, de 1947 a 1950 aspiró reiteradas veces a una plaza de fellow en Cambridge, siendo siempre rechazado. En su convicción, la Guerra Fría impidió el nombramiento. Con sentido práctico admite que

mucho tuvieron que ver las cartas de recomendación de su mentor, Postan, bastante disuasorias, pues añadía siempre la filiación comunista del aspirante. Sin embargo, de 1949 a 1955 compatibilizó la docencia en el Birkbeck College con una beca de investigación en el King's College, donde se había graduado y preparaba la tesis. Entre sus obligaciones se contaba ejercer de tutor de historia económica. Todavía alberga esperanzas de obtener una plaza y comienza a publicar en revistas especializadas. El nivel de los alumnos, de otra parte, no era muy exigente y el de la universidad no se correspondía con su prestigio: recuerda que era más difícil no lograr el aprobado que obtener un sobresaliente, y que los tutores como él, encargados de examinar, acordaron otorgar un aprobado a los estudiantes de Economía que supieran la diferencia entre producción y consumo.[11] La formación humanística de los historiadores disponía muy poco hacia estas materias, con sus conceptos prosaicos y sus números, todavía antes de la instalación del álgebra entre sus muros, pero tampoco los historiadores clásicos de la economía destacaban en Inglaterra por su capacidad innovadora. Y eso sucedía en una universidad como la de Cambridge en cuyo departamento de economía, formado por Alfred Marshall, se contaba con un experto tan reconocido como John M. Keynes, y en el Trinity College se encontraba Maurice Dobb, quien en 1946 publicaría sus Estudios sobre el desarrollo del capitalismo, que tanta influencia iban a tener en el desarrollo de la historiografía marxista y en la agenda del grupo de historiadores del PC.

Hasta la llegada de Postan, la cátedra de historia económica de Cambridge la ocupaba John Clapham, autor de una extensa historia económica británica desde 1820, publicada en tres volúmenes (1926-1938). Clapham era el fundador de la escuela optimista sobre los resultados que trajo consigo la industrialización. En la London School era catedrático Thomas S. Ashton, autor en 1948 de un libro convertido pronto en clásico, La revolución industrial, 1760-1830, en el que con mayor seriedad sostiene conclusiones semejantes a las del anterior. Estas interpretaciones en modo alguno eran asuntos exclusivos del gremio de los historiadores económicos. En primer lugar, porque éste todavía no constituía en Gran Bretaña y en la mayoría de los países un sector diferenciado del resto de los historiadores. En segundo término, porque si desde la perspectiva

macroeconómica y del largo plazo no ofrece dudas la progresión en la vida material en los países industrializados, por ejemplo en Inglaterra entre 1800 y 1900, no puede sostenerse que haya sido así en todas las épocas. El estudio de esta cuestión tenía consecuencias tanto para el mejor conocimiento de las llamadas clases pobres, que constituían la mayoría de la población, como para interpretar los procesos económicos en su conjunto. La distinción entre producción y consumo, entre generación de riqueza y el acceso a los bienes, sobre el papel del mercado en la asignación de recursos, al parecer, distaba de ser cosa menor de estudiantes desinformados. Eran nociones sobre las que especialistas consagrados sostenían y sostendrían en el futuro valoraciones divergentes.

Inmerso en el estudio de los fabianos, comenzó a estudiar la economía británica y las formas de asociación sindical del último cuarto del siglo XIX. Al percibir que las condiciones cambiaban respecto de la época anterior, se fue remontando por el siglo, a mediados de la centuria, y por la misma razón, su atención se dirigió a finales de la anterior. De esa época, de 1949 a 1952, datan sus textos sobre la aristocracia obrera ("Tendencias del movimiento obrero británico a partir de 1850"), sobre prácticas laborales y asociativas ("Los sindicatos generales en Gran Bretaña entre 1889 y 1914", "El artesano ambulante"), y una explicación de los movimientos ludditas ("Los destructores de máquinas"), que de repente se despojaban del halo anti-industrialista y se dotaban de racionalidad. A diferencia de quienes se habían ocupado de reconstruir la historia de las organizaciones, de los partidos y las ideas, escogió buscar las "raíces en la realidad de la clase trabajadora, incluyendo la realidad de los militantes de dicha clase". Y el estudio de una clase, continua, es imposible llevarlo a cabo aislándola de las demás, de los Estados, de la herencia histórica y —quiero llamar la atención sobre esto— "de las transformaciones sufridas por las economías que necesitan del trabajo industrial asalariado y que, por consiguiente, han creado y transformado las clases a las que pertenecen quienes lo ejecutan". [12] He aquí un vínculo, de un lado, entre la evolución de la economía y del trabajo, la historia de la organización de la producción y de los procesos productivos, y de otro, la historia de los agentes subordinados que hacen posible tales procesos.

En un sentido más clásico, preparaba el texto “Las fluctuaciones económicas y algunos movimientos sociales a partir de 1800”, que fue presentado en 1951 a la conferencia anual de la EHS y publicado un año después. No se oculta en él la pretensión de trasladar a las movilizaciones sociales de los trabajadores británicos del siglo XIX el modelo de análisis de las fluctuaciones coyunturales establecido por Labrousse para estudiar las movilizaciones de tipo antiguo, sujetas a crisis de subsistencias. Hobsbawm pretendía encontrar pautas de protesta en relación con los ciclos económicos pero también dentro de un año, lo que informaba del tipo de trabajador que las protagonizaba y de la estacionalidad de numerosos oficios. El trabajador que observa no era únicamente fuerza de trabajo común. Y la cuestión no solo era medir, aunque se propone encontrar un “índice de disconformidad” que se vincule y explique la protesta. A diferencia de la historia económica basada en información cuantitativa, el análisis del factor trabajo —indudablemente un factor económico pero no solo económico— debía prestar atención a los cambios cualitativos: nuevas industrias, nuevas regiones, nuevas clases de población; también aparecían nuevas organizaciones del trabajo y de los trabajadores, aunque comenzaran por adoptar ideas y políticas de las precedentes, porque las nuevas teorías, añade, no eran el resultado deliberado de una ingeniería social. Los colectivos asociados reforzaban su identidad y su cohesión elaborando tradiciones.[13] Varias décadas después extenderá esta visión y la misma metodología para explicar la invención de tradiciones por las clases medias y las naciones en el siglo XIX.

En la segunda mitad de la década de 1950 prestaba atención a las clases subalternas menos movilizadas, los campesinos de la Europa meridional, aquellos sobre los que Gramsci escribiera que se hallaban “en fermentación perpetua pero, en conjunto, [son] incapaces de dar una expresión centralizada a sus aspiraciones y necesidades”, por lo que adoptan acciones pre-políticas. Era el germen del libro Rebeldes primitivos, concluido en 1958 y editado un año después. Al mismo tiempo publicaba dos artículos que se demostrarían centrales en la reconsideración de las consecuencias sociales de la revolución industrial y que serían el origen de una polémica que se extendería durante una década, y aún hoy suscita controversias. Estos textos fueron “El nivel de vida en Gran Bretaña

entre 1790 y 1850" (1957) y "La historia y 'las sombrías fábricas infernales'" (1958), con un Post scriptum de 1963. Los dos artículos son un modelo de historia económica a propósito de una cuestión social, o de historia social sustentada en la historia económica, con inferencias sobre el método de análisis en uno y otro campo. Por el contrario, los textos de Rebeldes primitivos presuponen un orden económico que no precisa demostración, en el que los actores sociales pugnan por expresarse desde una insubordinación que además de servirse del lenguaje y la tradición anteriores, mira hacia atrás al recurrir a prácticas de resistencia sin terminar de comprender la naturaleza del cambio operado, que en cierta medida los tiene confinados en los márgenes del sistema.

Hobsbawm sostendrá que ninguno de los indicadores estadísticos que servían para sustentar la tesis optimista sobre la revolución industrial eran suficientemente fiables y dejaban fuera factores relevantes. Los indicadores de mortalidad y salud, paro y consumo, en cambio, demostraban un serio retroceso entre 1790 y 1840, mientras los cálculos de precios y salarios eran de difícil verificación pues sus oponentes utilizaban series construidas sobre salarios nominales de artesanos estables y con alguna cualificación, y desconocían productos de consumo frecuente sobre los que existían datos fiables. De otra parte, si las estadísticas disponibles eran defectuosas, existía un segundo problema mal resuelto: descansaban sobre promedios de componentes sujetos a numerosos movimientos, y sobre un conjunto de población muy variada que se ganaba la vida de forma muy diferente y a la que las fluctuaciones económicas les afectaban de manera bastante dispar.[14]

En los textos citados y en el libro Industria e Imperio, Hobsbawm lleva a cabo una impugnación de las tesis optimistas sobre los resultados de la revolución industrial pero también de la teoría económica que anima a sus defensores. Conocedor de la importancia que la economía neoclásica concedía a la acumulación de capital por medio del ahorro y a la inversión (el precio de la oferta del capital), en "El nivel de vida entre 1790 y 1850" sostiene que en la primera fase de la industrialización en Gran Bretaña, donde teóricamente se disponía de abundante capital, "la mayor parte de capital disponible no se dedicaba a la inversión más útil". Añade a continuación una batería de consideraciones

metodológicas, eminentemente históricas: “sabemos que en la primera fase del industrialismo a) no existía mecanismo efectivo alguno que hiciera más igualitaria la distribución de la renta nacional y sí en cambio varios que la hacían menos igualitaria, y b) que la industrialización en las condiciones entonces dominantes requería muy probablemente una distracción de los recursos respecto del consumo más gravosa de lo teóricamente necesario, porque el mecanismo de la inversión todavía era ineficiente”. En suma, “una gran proporción de los ahorros acumulados no se invertía directamente en ningún tipo de industrialización y, por consiguiente, la comunidad debía realizar un mayor esfuerzo”. En consecuencia, era “casi inevitable que eso supusiera una depresión de los niveles de vida del pueblo”, era de esperar en el supuesto más favorable “las mejoras en el nivel de vida hayan sido más leves de lo que hubiesen podido ser, y en el peor de los casos no debiéramos sorprendernos si comprobamos que se produjo un deterioro de dicho nivel de vida”.[15] Hobsbawm discutía la validez de la teoría neoclásica, con sus nociones de equilibrio general, la formación de los precios en condiciones de mercado perfecto, la maximización de la utilidad por los agentes económicos, etc., para explicar el nacimiento del capitalismo industrial. Su lógica parecía no funcionar cuando los excedentes de capital en forma de ahorro no se dirigían a la inversión más productiva, mientras aumentaba el consumo improductivo de las clases altas y la renta nacional tendía a concentrarse al mismo tiempo que amplios sectores eran depauperados. La acumulación tenía lugar mediante esa depauperación, y el ahorro no invertido y conservado en forma de dinero, al estilo de las deducciones de Keynes, era ajeno a la formación de capital, condicionaba el crecimiento y ocasionaba desempleo.

LA ECONOMÍA QUE SUBYACE EN LA HISTORIA ECONÓMICA Y SOCIAL

El móvil de los textos de Hobsbawm mencionados fue un intento de dar respuesta al libro Capitalism and the Historians, obra coordinada en 1954 por Friedrich von Hayek en la que se reivindicaba una interpretación positiva de la revolución industrial. En su capítulo introductorio, "Historia y política", Hayek había afirmado que los estudios históricos relacionados con el capitalismo y la economía de mercado se hallaban muy influidos por convicciones de tipo político que se sirven de la historia para persuadir a los ciudadanos de que el aumento de la riqueza producida por la competencia capitalista fue conseguida al precio de empobrecer a las capas más débiles de la población. Quienes señalaban los efectos negativos de la revolución industrial en la población, añadía, estaban contaminados por convicciones políticas destinadas a desacreditar "el sistema económico al que debemos nuestra civilización actual", esto es el sistema de libre empresa o capitalista, y se servían de una repulsa emocional que en realidad carecía de fundamento histórico. La propia noción de "capitalismo" como un sistema nuevo creado súbitamente a finales del siglo XVIII le parecía una simple creación de la interpretación socialista de la historia económica, cuando la "libertad de actividad económica" debía ser considerada un subproducto lógico de la revolución política de un siglo antes. Para Hayek, la elevación general de la riqueza y el bienestar fue la que alteró los criterios morales e hizo intolerable la indigencia económica de algunos, haciendo posible que fuera conocida y combatida. La opinión pública, en cambio, había sucumbido a las opiniones de historiadores económicos que habían hecho de su materia un instrumento de agitación política y de científicos que creían honestamente poder explicar los hechos, cuando tanto la Escuela histórica alemana como los institucionalistas norteamericanos reproducían prejuicios sesgados por el "socialismo de cátedra".[16]

Von Hayek promovía desde 1947 la Sociedad de Mont Pèlerin, que

tomaba el nombre de la población suiza donde se reunieron por vez primera en abril de aquel año una serie de autores ultraliberales: filósofos (Karl Popper), economistas (Hayek, Ludwig von Mises, Michael Polanyi, Milton Friedman y una buena representación de la Universidad de Chicago) y editores de medios de comunicación estadounidenses. Poco después se unieron banqueros (el italiano Luigi Einaudi, gobernador del Banco de Italia de 1945 a 1948, de 1948 a 1955 presidente de la República) y políticos (Ludwig Erhard, ministro federal de economía de Alemania de 1949 a 1963 y canciller de 1963 a 1966). Cuatro días después de concluir los trabajos del primer seminario, el 14 de abril de 1947 el exiliado español Salvador de Madariaga participaba en Oxford en la fundación de la Internacional Liberal y se convertía en su primer presidente, incorporándose también a la organización intelectual de Hayek. En Mont Pèlerin, en las convocatorias siguientes estuvo presente un historiador de la economía que ha sido presentado: Thomas S. Ashton. El encuentro, financiado por el Credit Suisse, nacía para difundir el ideario ultraliberal —"ganar influencia" son sus términos—, justo cuando la reconstrucción de Europa después de la guerra contemplaba medidas de planificación orientada y el crecimiento del Estado en el contexto de auspiciar políticas de bienestar. Fue el primer think-tank neoliberal y su influencia en la potenciación de organizaciones semejantes y en la política no tiene parangón en el siglo XX. De acuerdo con el ideario de su constitución, accesible en su actual página web, la Sociedad de Mont Pèlerin se proponía reaccionar frente a las ideas y las políticas públicas que socavaban "la creencia en la propiedad privada y el mercado competitivo, porque sin el poder difuso y de iniciativa asociada a estas instituciones, es difícil imaginar una sociedad en la que la libertad se puede conservar con eficacia".[17]

Los trabajos de 1947 se abrieron con la discusión del tema "Libre empresa y orden competitivo", que correspondía a la perfección con el ideario ultraliberal que anima a los reunidos. El segundo tema del panel resulta a primera vista sorprendente, no tanto si se repara en la voluntad ideológica del proyecto de Hayek: "Historiografía moderna y educación política".[18] Perry Anderson no ha dudado en calificar la nueva sociedad de una suerte de francmasonería neoliberal, coordinada para combatir las políticas keynesianas, el Estado social y otras medidas de solidaridad igualitaria que

juzgaron atentatorias contra la libertad de los individuos y la vitalidad de la competencia. En 1974, añade Anderson, en el marco de la crisis internacional, tuvieron su hora feliz y el discurso salió del estado teórico en el que se había alimentado durante dos décadas.[19] Hasta cuatro de los participantes de 1947 recibirían el Premio Nobel de Economía, tres socios incorporados después de aquella fecha también fueron galardonados antes de 1992, en total siete en dieciocho años; luego viene un salto de veinte años antes de cosechar el siguiente galardón, tal vez porque el club se ha significado demasiado; la sequía la resuelve la Breve Historia de la Sociedad, que publica su sitio oficial, al añadir el nombre de otro miembro laureado en 2010 con el Premio Nobel… de Literatura, Mario Vargas Llosa.

Los "teóricos", sin embargo, no habían permanecido inactivos. Y como había escrito Hayek a propósito del tema escogido para el encuentro de 1951, los historiadores eran quizá los que de manera más sutil influían en las visiones de la sociedad, por lo que era necesario dar respuesta a tantos intelectuales que se posicionaban en contra de la libre empresa.

La primera respuesta al artículo "El nivel de vida en Gran Bretaña entre 1790 y 1850", de Hobsbawm, llegó en 1961 de la mano del historiador australiano Ronald M. Hartwell. Desde el título del artículo, "El aumento del nivel de vida en Inglaterra, 1800-1850", el autor asumía la respuesta al primero a partir de la consideración de que éste había realizado un uso impreciso de las pruebas y un uso abusivo de testimonios parciales y de un lenguaje plagado de adjetivos inaceptables que pretendían llevar al lector a suscribir sus opiniones. Hartwell había publicado en 1959 un artículo sobre las discrepancias metodológicas en la interpretación de la revolución industrial (en origen, una conferencia de 1953) en el que sostenía, siguiendo de cerca de Hayek, que las controversias habituales era menos sobre hechos objetivos que sobre valores y la conveniencia de cambios económicos y sociales. Hayek hubiera dicho prejuicios ideológicos y proyectos políticos contrarios a la libre empresa. Hartwell fue admitido a comienzos de los años sesenta en la elitista Sociedad de Mont Pèlerin y en los primeros años noventa se convirtió en su presidente, siendo el autor, además, de una elogiosa historia de la organización.

Para Hartwell, el nivel de vida de los trabajadores se elevó a partir de 1815 y creció de forma acelerada después de 1840. Entre 1800 y 1860 la renta real se duplicó en Gran Bretaña y los salarios habrían subido más rápidamente que la renta nacional. La gente comía mejor y los alimentos eran más diversos, la esperanza de vida aumentó aunque eso no quiera decir que fuera alta o que no hubiera casos de extrema pobreza. De los factores que más contribuyeron al aumento de la producción per cápita, añade, la formación de capital, el progreso técnico y el perfeccionamiento de las técnicas empresariales y laborales fueron los más importantes; no hay asomo de intensificación de la explotación y se da por sentado que la contribución del trabajo era constante.[20]

Las contribuciones al incremento de la productividad por trabajador y la formación de capitales serán dos cuestiones centrales en los debates a los que a continuación nos vamos a referir, y hemos visto ya la atención que Hobsbawm les presta. Hartwell concluía afirmando que las tensiones sociales y el malestar obrero no fueron debidos a la depauperación sino a la incapacidad de hacer frente a nuevos y viejos problemas, lo que Hobsbawm irónicamente llamaría "la revolución de las expectativas defraudadas", a la vez que se preguntaba cuándo y dónde esa decepción pudo ser tan poderosa para movilizar a los trabajadores. Hobsbawm consideró que el estudio de su crítico se servía de números índice globales sobre los que no creía legítimo hacer deducciones particulares, como Hartwell llevaba a cabo, a partir de supuestos teóricos sobre lo que podía esperarse que sucediera en un periodo de crecimiento económico.[21] ¿Qué sentido tenía trabajar con rentas medias per cápita que llevaba a ignorar una distribución enormemente desigual de la renta y a prescindir de las unidades reales de obtención de rentas y de gasto, las familias, se pregunta Hobsbawm?[22]

En la segunda mitad de los años cincuenta y primeros sesenta la economista Joan Robinson, desde la teoría económica poskeynesiana y neomarxista (o el intento de keynesificar a Marx, como lo denominó Schumpeter), protagonizó una agria polémica con los economistas neoclásicos y neokeynesianos "de síntesis" de los Estados Unidos. En "The Production Function and the Theory of Capital" (1954) y Essays in the Theory of Economic Growth (1962) censuraba la universalización de los modelos de acumulación —o

crecimiento— prescindiendo de las condiciones históricas, de las determinaciones sociales, políticas y culturales en un momento y en una nación dados. Robinson objetaba la comparación de estados estacionarios de series de ecuaciones conformadas por la relación entre precios, producción, tasa de ganancia y otros, esto es, de una definición simultánea de variables, habitual en el método de Walras, Marshall y, en general, en la teoría neoclásica. Contrastaba, además, el tipo de razonamiento basado en lo que denomina el tiempo lógico, propio de estas concepciones estáticas y atemporales ("una economía pura"), con el razonamiento que llama el tiempo histórico, el de la competencia imperfecta, en el que la ausencia de equilibrio es la condición normal, donde un conjunto articulado de valores se encuentra en un momento dado en disposición de ejercer una acción recíproca y de tomar en consideración las reacciones de los comportamientos de los seres humanos.[23]

Si desde 1914 la matematización algebraica de la teoría económica avanzó a grandes pasos, medio siglo después de haber sido iniciada por Jevons, Walras y la Escuela austriaca, en la década de 1950 se adueñó del escenario por completo.[24] Era la conclusión natural del modelo entronizado por Alfred Marshall que reducía las variables observadas —los factores de producción— a magnitudes cuantificadas que se confrontan y se combinan entre sí para establecer la función de producción, la cantidad de bienes producidos con los factores disponibles. El cálculo de la dimensión de los factores de producción se revela entonces esencial, puesto que sus precios relativos eran presentados como una función de la proporción en que son empleados en un estado dado de conocimiento, en que se combinan y se sustituyen. Para Robinson, con ello dejaba de prestarse atención a cuestiones "más difíciles pero más provechosas", como las condiciones que gobiernan "las provisiones de los factores y las causas y consecuencias de los cambios en el conocimiento técnico".[25] Entre esas consecuencias de más provecho, por ejemplo, se encontraba establecer el papel de la ganancia del capital (el objeto del capitalista) en pugna con el salario, lo que tenía lugar en los procesos de capitalización, y el desequilibrio que ocasiona la inversión en tecnología en la oferta de trabajo, que en el análisis de Marx auspicia la formación del ejército industrial de reserva, o la influencia que este último tiene en el precio del trabajo. En el modelo reanimado por los neoclásicos, en

contra de la teoría del valor-trabajo de Ricardo y de Marx, la retribución de los factores capital y trabajo se justifican conforme a principios equiparables, son la remuneración del empleo productivo de cada factor: el tiempo-esfuerzo, en el trabajador, y la oferta del capital (concebido plenamente como productivo), el riesgo y el tiempo de espera por no hacer un uso inmediato (interés), en el caso del empresario, que Marshall concibe como un cuarto factor de producción; al reducir la lucha de clases "a un gris sistema de asignación de rendimientos a los factores cooperantes, desdibujaba la realidad capitalista", concluye Robinson.[26]

La difusión del modelo teórico-técnico era también el resultado de la importancia concedida a la noción de utilidad marginal (el aumento de cada unidad de capital adicional capaz de aumentar la producción, que exige decidir la asignación más eficiente de los recursos) y al papel de la demanda en la formación de los precios relativos, en detrimento de la preocupación clásica, recobrada por Keynes, por la determinación de la producción global.[27] El resultado es una explicación basada en la supuesta neutralidad valorativa de las cifras. Pero los problemas no son pensados ni las cifras son combinadas de forma neutra. "Puesto que nunca aprendí matemáticas, tengo que pensar", se justificó Joan Robinson.

Robinson —y creemos que Hobsbawm la siguió en este punto, en el que encontraba la base de una nueva alianza—, en lugar de detenerse en los factores que determinan la creación de valor y cómo se mide éste, trasladó el foco del problema principal a la teoría de la ganancia, que comprende el problema de la explotación.[28] La explotación, advierte la economista británica, no puede ser reducida a la obtención de plusvalías, todo el trabajo creado y no retribuido, un principio demasiado general que hallándose en la base del problema no resuelve éste por sí solo. Puesto que la tasa de ganancia y la tasa de explotación (que medimos con la plusvalía) se encuentran en relación directa, ambas crecen en la medida en que la proporción de capital por trabajador aumenta, en la medida también en que la inversión incrementa la productividad. Ahora bien, con esto último desciende el valor de las mercancías (contienen menos trabajo necesario para ser producidas y se beneficia de las escalas en la utilización de los restantes factores), al mismo tiempo que desciende el valor de la fuerza de

trabajo. Por la misma razón, añade Robinson, en cada sector y en cada industria el capital por hombre no aumentará hasta que el capitalista esté seguro de un aumento de la ganancia neta por empleado. Las expectativas del capitalista desempeñan un papel destacado en el modo de pensar de Marx, y desde luego en Keynes, en Robinson… y en Hobsbawm, cuando por ejemplo éste se refiere al umbral de beneficios previstos que motiva la decisión de invertir en tecnología, desligada del momento en que la aplicación científica a la técnica productiva se encuentran a disposición del empresario. El estudio histórico revelaba la diversidad en los grados de explotación y de ganancia, y la tendencia a la equiparación en los diversos sectores por efecto de la competencia.

En los escritos de Piero Sraffa y de Joan Robinson de los años cincuenta la competencia entre salario y ganancia condiciona el valor del capital y posee implicaciones en la decisión de invertir, esto es, recuperan la noción de plusvalía aunque cada uno de los dos autores le concede una relevancia diferente.[29] En el debate de los años cincuenta sobre la determinación de la naturaleza del capital y su medición en tanto factor de producción, el economista Robert Solow uniformaba el capital agregado, sin importar que el valor del trabajo sea de una naturaleza diferente a la del capital, o que en éste el capital fijo pueda tener una consideración distinta del capital-inversión (el capital financiero), que según Robinson se orienta por la tasa de ganancia esperada y esa tasa se encuentra influida por el costo del trabajo. Para Solow, el capital es un factor que se orienta conforme a las posibilidades competitivas del mercado y puede ser proporcionalmente reemplazado, básicamente por tecnología, que contrarresta la tendencia decreciente de los factores capital y trabajo y es la principal causa del incremento de la productividad laboral y, en consecuencia, de la determinación de los salarios reales. El corolario del futuro Premio Nobel consistía en señalar la importancia de la inversión en capital humano como la vía adecuada para incrementar el desarrollo tecnológico y la productividad, lo que tenía efectos directos en la mejora de los niveles de renta.[30]

No tenemos constancia directa de que Hobsbawm siguiera la controversia acerca de la teoría del capital y el concepto de teoría del valor que subyace en él, el llamado “debate de los dos

Cambridge". Ahora bien, Robinson y Hobsbawm mantenían una relación de amistad y en la correspondencia de la primera se cita la ocasión en que en 1953 había enviado al segundo su ensayo sobre Marx inspirado en la Introducción de Sraffa a Ricardo ("Introduction to On Re-Reading Marx"), en el que incidía en la conceptualización de la tasa de ganancia; Robinson se mostraba ansiosa por conocer su opinión.[31] Se trata de un texto irónico escrito por la misma época en que preparaba "The Production Function and the Theory of Capital", que daría lugar a la controversia económica más importante de la postguerra.

PRODUCTIVIDAD, GANANCIA Y SALARIOS

En realidad, es difícil no advertir el trasfondo del debate de “los dos Cambridge” en “Costumbre, salarios e intensidad de trabajo en la industria del siglo XIX”, un material inédito que fue incluido en 1964 por Hobsbawm en el libro Trabajadores. Al comienzo del citado texto, en una nota, el autor especifica que la productividad de la mano de obra suele utilizarse como sinónimo de producto por persona y hora o unidad similar. Este uso del concepto no suele distinguir, nos dice, entre los cambios en la producción originados por la maquinaria y los debidos a otras causas, como la organización, la estructura de personal, la utilización eficiente del tiempo, el esfuerzo y la habilidad de los trabajadores. Aunque reconoce que la productividad originada en la innovación tecnológica y la productividad debida a los restantes aspectos difícilmente podían ser aisladas la una de la otra, era factible abordarlas por separado para su estudio y él optaba por detenerse en la segunda de las vertientes.[32]

De otra parte, en este y en otros textos sobre la revolución industrial, señalará que la tensión entre ganancia y salario era mucho más importante para la continuidad de la empresa que la potenciación del factor tecnología, que en las primeras fases descansa en maquinaria relativamente sencilla y barata. El ejemplo que ofrece es ilustrativo: Robert Owen, después conocido por sus ideas y proyectos socialistas, pudo instalar en 1789 una manufactura textil con 100 libras que obtuvo en préstamo y veinte años después compró a sus socios las participaciones que conservaban por un monto de 85 000 libras.[33] El principal elemento que hubo de movilizarse fue, en suma, el factor trabajo. Así lo refiere en el capítulo dedicado a la revolución industrial en el libro La era de las revoluciones, en mi opinión las cuarenta y cinco páginas más destacadas de la obra (en la que encontramos, no obstante, una muestra de buenas páginas de historia económica y social en los cuatro primeros capítulos de la segunda parte, en medio de análisis socio-políticos bastante discutibles). Allí expone la

síntesis de sus concepciones, después ampliadas y profundizadas en el libro Industria e Imperio.

Para movilizar esa fuerza laboral, nos dice, primero hubo de producirse una violenta y proporcionada disminución de la población agraria y un aumento paralelo de la no agraria, aún en un proceso de aumento general de toda la población. Esa transferencia de población, instada desde el poder político mediante leyes, implicó un cambio brusco en el suministro de alimentos y no únicamente en la forma en la que eran producidos.[34]

La interpretación de Hobsbawm no se distancia de la tesis del valor-trabajo (aunque no lo explicite) y de la teoría de la ganancia de Marx, que explican los procesos de acumulación originaria y de reproducción ampliada de capital, los análisis sobre las formas sucesivas de organizar la producción y, naturalmente, la reacción de los trabajadores por retener una parte mayor del valor creado por ellos, fomentando asociaciones y practicando luchas sociales. La teoría de la utilidad marginal que explicaba la formación de los precios por la demanda conforme a la optimización de ingresos del consumidor racional, la optimización del beneficio personal por medio de elecciones egoístas del modelo Marshall-Pareto, estaba fuera de lugar. En el estudio “Costumbre, salarios e intensidad de trabajo…”, Hobsbawm pone el énfasis en la productividad vinculada a la retribución del trabajo y a los cambios en la organización de la empresa para alcanzar sus resultados. Por ejemplo, indica que hacia 1870 los empresarios descubrieron las ventajas de disponer de mecanismos habituales para allanar las relaciones laborales, modificando su rechazo a los sindicatos. Es cierto que las asociaciones y las huelgas habían establecido ciertos derechos pero es a partir de esas fechas cuando la negociación de los trabajadores con grupos de patronos alcanzó diversos grados de reconocimiento oficial u oficioso. A partir de 1867 se promulgó la legislación sindical y se constituyeron instancias para la conciliación a propósito de las escalas móviles retributivas. Nada de eso era totalmente nuevo, sino más bien se asistía a un reconocimiento, al que no era ajena la concesión del derecho de voto político a las ciudades artesanales.[35]

De otra parte, el incremento de la producción por persona y tiempo

fue una obsesión de los patronos desde comienzos de la industrialización. Hacia 1850 podía incrementarse el ritmo de trabajo aumentando la velocidad de la máquina con la que trabajaban o estableciendo tarifas fijas, e incrementado la supervisión de la producción, por ejemplo en la industria de cintas. Pero los casos mejor documentados están referidos a la introducción de estímulos, desde el pago de pluses a cuantos superasen una cifra estándar, al pago por producción, ambas medidas respaldadas por los sindicatos, con escalas móviles que a la larga se volvían regresivas, esto es: disminuía el premio a medida que aumentaba la escala. El sistema era bastante complejo porque no todas las empresas contaban con tasadores de trabajo preparados y porque no cesaban de introducirse nuevas tareas o dedicaciones antes no contempladas. Cuanto más aumentaba la producción per cápita, más retrocedía el salario por tiempo trabajado (la jornada) a favor del salario por producción, que entre otras consecuencias traía consigo un incremento de los accidentes laborales. La eficiencia del sistema de primas incrementó la producción del orden del 25% y fue dominante hasta 1914 en numerosos sectores. Una de sus consecuencias directas fue la extensión de la jornada laboral. Unidos ambos factores, la productividad podía elevarse hasta un 200% en relación a indicadores precedentes. Mucho antes de la introducción del taylorismo, los patronos habían adquirido conciencia “de las fantásticas economías en el coste de mano de obra que podía suponer la utilización científica de la misma”. La intensificación del trabajo por la división del trabajo en la industria y la división internacional, abrían otras muchas posibilidades de exploración.[36]

La teoría de la ganancia cobraba actualidad con el “debate de los dos Cambridge” y los trabajos de Sraffa y Robinson. Detrás está no sólo la explicación de la formación del capital sino la teoría de la explotación. En 1968, en Industria e Imperio, una historia económica de Gran Bretaña desde mediados del siglo XVIII, Hobsbawm volverá sobre el descontento social que se abatió en las décadas de 1820 a 1840. Nunca antes, sostiene, el pueblo llano experimentó una insatisfacción tan profunda, duradera y desesperada. La pobreza era un exponente de las dificultades económicas del capitalismo, que en su nacimiento había fijado “límites reducidos en el tamaño y expansión del mercado interior

para los productos británicos", sencillamente porque descansaba sobre un fondo de depauperización. En su opinión, ni la teoría económica ni la práctica económica de la primera fase de la Revolución industrial podían descansar en el poder adquisitivo de la población obrera, mayoritaria, porque sus salarios estaban muy cerca del nivel de subsistencia. Hasta mediados del siglo no se descubrieron los incentivos a la productividad que elevaban el poder adquisitivo y solo los aplicaron ciertas empresas.

No era la demanda el factor esencial en la formación de precios, viene a decirnos. Por el contrario, era la acumulación de beneficios, en detrimento de su transferencia a los trabajadores en forma de ingresos, y su reinversión lo que había favorecido la industrialización. Y aún así, como indica a continuación, la formación de capital bruto no llegaba al 7% de la renta nacional a comienzos del siglo XIX, por debajo del 10% que los economistas creen esencial para iniciar la industrialización a finales del siglo XX, o del 30% que se dio en procesos de rápida transformación con posterioridad. Se explica así que antes de 1875 el capitalismo británico fuera cosa de pequeños empresarios individuales altamente competitivos que se limitaban a aplicar la tecnología creada por los pioneros, antes que a arriesgar con innovaciones. Solo después de 1840, a partir de ese largo e intenso proceso de empobrecimiento del trabajo, las tasas de formación de capital bruto superaron el 10 por ciento.

De modo que el incentivo de la industrialización que motivaba la reinversión después de haber reunido un pequeño capital inicial, en industrias como la textil que requería poco capital inicial, residía en el beneficio y en la posibilidad de expandir los mercados. Lo primero se consiguió con salarios bajos y reduciendo el precio de los artículos acabados al aumentar su escala, aunque los costos de producción se mantuvieran, y esa inflación de precios dio resultado. Pero como los mercados no crecían con la misma rapidez que lo hacía la producción, en gran medida por la baja capacidad adquisitiva de la población obrera, y las demás naciones se protegían de los artículos británicos, el excedente productivo repercutió en las condiciones sociales, la renta per cápita descendió por primera vez desde 1700, los salarios se contrajeron y en ese clima es cuando la protesta se extiende, entre 1829 y 1846.[37]

En el siglo XVIII, al menos hasta 1790, el mercado de las manufacturas —de manera señalada los artículos de algodón elaborado— se ensanchaba por sus salidas hacia África —en relación con la trata de esclavos— y en menor medida, hacia Hispanoamérica, hasta que el bloqueo napoleónico convirtió a ésta en salida preferente, con el trasfondo de las independencias del continente. El mercado interior inglés únicamente comenzó a ser relevante en términos de demanda sostenida después de 1870, cuando comienza la producción en masa de bienes baratos —ropa de confección, entre otras— para las clases populares.[38] Y es en ese punto de la explicación donde Hobsbawm vuelve a aproximarse a las reflexiones introducidas por Robinson en su lectura personal de Marx y de El Capital. De acuerdo con la economista, Marx enfatiza la cuestión de la tasa decreciente de ganancia como intrínseca al proceso de reproducción capitalista debido tanto a la elevación de la composición orgánica del capital (el incremento del capital por trabajador por encima del crecimiento de la productividad que proporciona la incorporación de la técnica), como por la tendencia a invertir en bienes de producción en vez de hacerlo en industrias de bienes de consumo, que ofrecerían un tipo de ganancia menor debido a la capacidad restrictiva de consumo de los trabajadores a causa de sus bajos salarios; el círculo se cerraba con la limitación a medio plazo de la expansión de las industrias de bienes de capital, puesto que el crecimiento de las industrias de consumo no lo hará al ritmo suficiente para absorber los equipos producidos por aquéllas. Todo ello frenaba el crecimiento potencial de las fuerzas productivas, al margen de que de manera cíclica los excesos de producción ocasionaran crisis.[39] Sin embargo, las transformaciones industriales siguieron su curso y los capitalistas encontraron rentable expander las industrias de bienes de consumo dirigidas a los trabajadores, que globalmente considerados pasaron a representar un mercado significativo, como indica Hobsbawm. ¿Qué estaba sucediendo?

Si regresamos a Marx, desde luego a mis lecturas de juventud de Marx, Trabajo asalariado y capital, y Salario, precio y ganancia, comprobamos que ambos textos se complementan: son una exposición de la teoría del valor-trabajo, de la naturaleza de la plusvalía y de cómo la mercancía en determinadas condiciones se convierte en capital. En ocasiones hemos de retroceder para tomar

impulso en nuestro avance. En Trabajo asalariado y capital, y parcialmente en una nota introducida por Engels al primer tomo de El Capital, el joven Marx sostiene: “¿Qué es un esclavo negro? Un hombre de la raza negra. Una explicación vale tanto como la otra”. Y prosigue: “Un negro es un negro. Sólo en determinadas condiciones se convierte en esclavo. Una máquina de hilar algodón es una máquina para hilar algodón. Sólo en determinadas condiciones se convierte en capital. Arrancada a estas condiciones, no tiene nada de capital, del mismo modo que el oro no es de por sí dinero, ni el azúcar el precio del azúcar”. He aquí una agenda de investigación en historia económica y social, en antropología y otras disciplinas. El texto de 1847 continúa con una identificación de la Historia como historia de la sociedad, inseparable de su dimensión social, contextualizada en un marco de relaciones económicas y sociales: “En la producción, los hombres no actúan solamente sobre la naturaleza, sino que actúan también los unos sobre los otros. No pueden producir sin asociarse de un cierto modo, para actuar en común y establecer un intercambio de actividades. […] Las relaciones de producción forman en conjunto lo que se llaman las relaciones sociales, la sociedad, y concretamente, una sociedad con un determinado grado de desarrollo histórico, una sociedad de carácter peculiar y distintivo”. [40] Y eso son los dominios del historiador.

En determinadas condiciones, la inversión en industrias de bienes de consumo dirigidas a los trabajadores, alcanzaba a convertirse en capital impulsada por una nueva rentabilidad, aquella que emanaba de la doble nueva situación en Inglaterra: la reducción de los costes unitarios fruto del incremento de la productividad y la gradual mejora del salario real después de 1850, al que no era ajena la acción colectiva de los trabajadores.

Los estudios de Hobsbawm sobre la naturaleza de las relaciones sociales, el origen del capitalismo y su transformación posterior en capitalismo industrial, junto con algunas secciones de sus tres síntesis del siglo XIX y el libro Industria e Imperio son las contribuciones específicamente originales de nuestro autor en el terreno de la historia económica. Los estudios de historia del trabajo de los años cincuenta y primera mitad de los sesenta son las contribuciones más específicas a una historia social estrechamente

asociada a la economía, que no solo subyace e ilustra uno u otro aspecto sino que se encuentra orgánicamente trabada al análisis de las categorías sociales y laborales y a las actitudes de muchos de esos actores.

Desde 1949 a comienzos de los setenta podemos encontrar en Hobsbawm un modelo de estudio que, por servirnos de una ecuación bastante frecuente en la historia económica, asimilamos a una matriz de correlación. La matriz sería entre variables ancladas en la economía y variables específicamente sociales, en realidad indivisibles de las anteriores pero que se nos presentan de manera aislada en la medida en que con la condición social encontramos también la acción individual y colectiva, sujeta a tradiciones y a consideraciones culturales y políticas. A diferencia de otros autores marxistas, no se trata de sostener una visión estructural con dos planos definidos, la base económica y la superestructura,[41] sino de asociar características, variables cuantitativas y —de ahí, por lo tanto, simbólicas, inviables en una matriz propiamente dicha— , que en nuestra metáfora se cruzarían en un hipotético cuadro de doble entrada para proporcionarnos distintos coeficientes de correlación conforme se modifica la información. El símil, de poder aplicarse a su trabajo, se concibe en términos dinámicos y con un análisis multivariable que comprenda un número amplio de elementos.

La idea que deseo transmitir es que en la concepción de la historia socio-económica de Hobsbawm durante las tres primeras décadas de su trabajo existe una íntima vinculación entre consideraciones económicas y sociales, y que un movimiento en una de ellas genera un movimiento de reacomodo en la segunda sin necesidad de recurrir a versiones inmediatas y mecánicas, a determinaciones de la infraestructura, por expresarlo en términos de cierta ortodoxia.

LA HISTORICIDAD DE LA CLASE OBRERA Y EL MOVIMIENTO QUE SE DETIENE

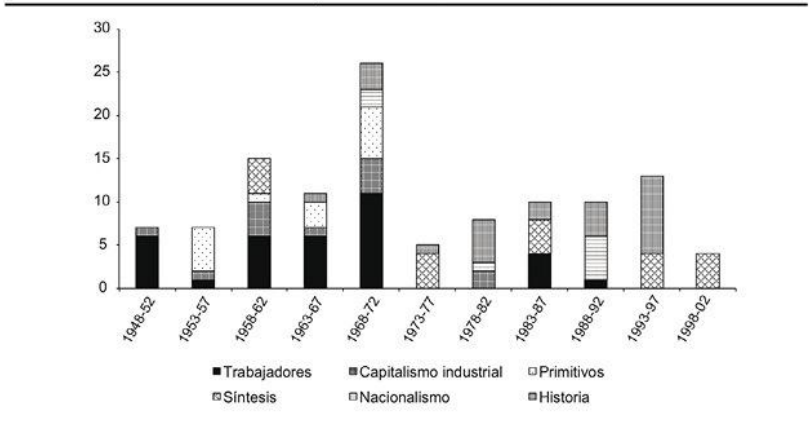
Los estudios sobre la crisis del siglo XVII como partera del capitalismo inglés, los capítulos dedicados a la formación del capital y los niveles de vida de la población en las fases iniciales y centrales de la revolución industrial dieron lugar a formidables controversias. También, en otro sentido, sus estudios sobre la acción pre-política de los rebeldes primitivos y sobre el bandolerismo social. Se sitúan entre sus aportaciones más destacadas a la historiografía del siglo XX y por derecho propio lo colocan entre los historiadores más relevantes de todos los tiempos. Cualquiera que sea el grado de conformidad con sus tesis, introdujo preguntas que ahora nos parecen insoslayables y un modo de razonar la materia histórica que es difícil evitar en la formación de un historiador. Las respuestas, como gustaba afirmar, cambian, fruto de nueva información, de las mismas controversias, de nuevas perspectivas. Pero las preguntas permanecen.

Pocas cosas hacen avanzar tanto y tan rápido el conocimiento histórico como las controversias. Ahora bien, tienen costos, directos unos, inespecíficos siempre. Entre otros, significan un desgaste de lo que podríamos denominar capital innovador, esto es, disuade de seguir esa trayectoria y más aún a quienes han de abrirse una carrera académica o aspiran al reconocimiento; en segundo lugar, comporta un desgaste del capital relacional, por seguir con el juego semántico inspirado en Bourdieu. Después de 1968, en que apareció la edición original de Industria e Imperio formando parte de una historia económica británica, en las que los volúmenes anteriores fueron encargados a Postan y a Christopher Hill, el interés de Hobsbawm se desplaza desde la economía, o desde la historia económica y social en sentido estricto, a nuevos territorios. Todavía encontramos el eco de estas preocupaciones en los capítulos que escribe para Captain Swing, publicado con George Rudé en 1969.

Es cierto que en La era del capital, un erudito esfuerzo de historia

comparada aparecido en 1975, las cuestiones económicas están presentes, según mi percepción, con menor intensidad. En 1987 pública La era del imperio, en la que lo económico experimenta un esfuerzo por hacerse presente. Era inevitable, era la síntesis del periodo, 1875 a 1914, al que había dedicado el grueso de su investigación histórica. Pero era también el resultado de trece conferencias impartidas en París en 1983, el año posterior a su jubilación en la Universidad de Londres. Su diseño, necesariamente, se había preparado en los años inmediatamente anteriores. Porque desde comienzos de los ochenta la historia económica y social y la historia del trabajo comienzan a ser, en su trayectoria intelectual, pasado (gráfica 2).

GRÁFICA 2. Cronograma de la producción historiográfica de E. J. Hobsbawm (1948-1994)



FUENTE: Cuadro 1, actualizado

El ciclo se cierra de manera simbólica en 1984 con el segundo y último libro dedicado a la historia de los trabajadores. En español fue traducido como El mundo del trabajo, prescindiendo de la pluralidad que encierra el título original (Worlds of Labour). Como Trabajadores, unía textos publicados y otros inéditos. Varios eran recientes y algunos tan notables como el dedicado a los "Zapateros políticos", que había escrito con Joan Scott, o la reconsideración sobre el nuevo sindicalismo de fin de siglo XIX, al que había dedicado algunos de sus primeros estudios. Estaba también un texto

sobre la clase obrera industrial inglesa, cuya formación sitúa en la segunda mitad del siglo XIX, con rotundidad a partir de 1870. En él se distanciaba de la interpretación de Edward Thompson, para quien las clases trabajadoras aparecen mucho antes porque los artesanos habían generado fuertes lazos de cohesión en defensa de la democratización del sistema, o se sirven de un mismo "lenguaje de clase" después de 1820, con mayor frecuencia en la época del cartismo, como apuntó Asa Briggs, cuando la expresión clase obrera absorbe todos los estratos inferiores que de hecho siguen existiendo pero se vuelven invisibles.

Para nuestro historiador, los antecedentes de los trabajadores owenianos y cartistas son antepasados de la clase trabajadora organizada hacia 1880, aunque la tradición viva sea antigua y los historiadores de la clase, dice, "han desenterrado el pasado más remoto y lo han introducido en el movimiento, donde se ha transformado en parte del bagaje intelectual de los activistas". Los antecedentes de los trabajadores owenianos y cartistas, los grupos estudiados por Thompson entre 1790 y 1830, son antepasados de la clase trabajadora pero son también fenómenos diferentes, en el contexto de los cambios emprendidos por la revolución industrial. Y ello porque si el take-off lo sitúa entre 1780 y 1790, antes de 1870 la industrialización estaba lejos de abarcar la nación y, al margen del sector textil, la producción sigue en manos de talleres, oficios y núcleos productivos que por su escala, estructura, dispersión, tecnología y organización dista de poder ser identificada con la sociedad industrial. En 1851, nos recuerda, en Gran Bretaña el número de zapateros es superior al de mineros y el de sastres supera dos veces y medio el de ferroviarios, los trabajadores de la seda eran más que los empleados en el comercio; los talleres metalúrgicos y las empresas textiles aumentaban su tamaño y multiplicaban el número de trabajadores pero conservan una estructura muy parecida porque los cambios organizativos y tecnológicos, la especialización laboral, etc., fueron muy graduales, siendo perceptible el fenómeno y las consecuencias para la forma de vida y la cultura de los trabajadores entre 1870 y 1914.[42] Hobsbawm estaba describiendo el proceso de formación de una clase industrial que entre 1870 y 1950 sería perfectamente reconocible, antes de iniciar su declive y verse abandonada a su suerte por los gobiernos laboristas de Wilson y Callaghan, hasta ser

severamente abatida a finales de los años 1970 por la política conservadora.

Sin embargo, no fue la política, podríamos objetar, la causa principal de la postración del movimiento sindical y de la tradicional clase obrera, sino la transformación que comienza a verificarse después de la Segunda Guerra Mundial. Podríamos aplicar el mismo método que Hobsbawm empleó al observar el panorama económico y social británico del último tercio del siglo XIX, cuando percibe un cambio profundo y orgánico en el capitalismo industrial y la formación de una nueva clase obrera articulada por el sistema fabril, que en unas décadas auspicia un nuevo sindicalismo e irrumpe en política de forma mayoritaria a través del Partido Laborista. ¿Por qué modificar el método de análisis que tan buen resultado había dado? ¿Por qué no entender que el gobierno de Margaret Thatcher al lanzar su "revolución conservadora" había percibido previamente la debilidad de una formación social en declive desde hacía varias décadas, y por eso le resultó relativamente sencillo arrasar con la resistencia sindical?

Después de la Guerra Mundial se asiste a la recomposición del capitalismo internacional y a una nueva jerarquía atlántica del capital; en los años cincuenta y sesenta merman de ventajas directas que proporcionaba el sistema colonial, se asiste a un incremento de los empleados cualificados del sector público y desde los años setenta a la terciarización de la sociedad postindustrial, en muchos casos por una nueva división internacional del trabajo que deslocaliza el tejido productivo "duro" y lo transfiere a países del Tercer Mundo.

Luego está la composición interna del capitalismo. Los jóvenes que se incorporan al mercado de trabajo británico a partir de 1945, también en buena parte de la Europa Occidental desarrollada, lo hacen en condiciones inéditas de pleno empleo, de generalización del fordismo y de los convenios laborales de larga duración que aseguran ingresos regulares, condiciones también de acceso al consumo de masas en un sistema de producción masivo. Esto último lo puso de relieve de forma magistral John Rule cuando analizaba la creciente identificación en esos años de tiempo libre y consumo que conducía al trabajador a intercambiar uno por el otro, a

trabajar para poder gastar y, por lo tanto, se disipaba la tensión de clase, que refleja el declive de la política de clase obrera. Rule se pregunta si además esa lógica era también responsable de la desintegración de la misma comunidad obrera tradicional, de la clase obrera tal y como se había conocido.[43] El joven trabajador tomado de la novela Sábado por la noche y domingo por la mañana, de Alan Sillitoe, que sirve de leiv motiv a la reflexión del historiador, lo expresa con rotunda claridad: una vida de conformidad le daría algo que no había tenido nunca: "te meten en una fábrica a que sudes la gota gorda, a que te pases la vida intentando conseguir una pinta de más […] y a que tengas que memorizar la lista de los maridos con turno de noche. Lo que importa —se dice Arthur Seaton— es que trabajes hasta que tengas las tripas hechas un asco y la espalda dolorida. Y tu única compensación será un poco más de pasta que te permite volver a arrastrarte a la fábrica todos los lunes por la mañana". Y extrae sus conclusiones personales: "En fin, que esta será una buena vida, a decir verdad. Eso si no flaqueas, y no te olvidas de que el ancho mundo te ignora, te ignora olímpicamente".[44]

Hasta que a comienzos de los años setenta se detuvo el modelo construido de concertación patrono-sindicato, derechos sociales y Estado de Bienestar, se extendió el desempleo y la desindustrialización. La lección, ¿acaso no cobra actualidad en Europa, comenzando por Irlanda, Grecia, Portugal, España y los otros países mediterráneos, sus eslabones débiles, desde la Gran Recesión iniciada en 2007?

Hobsbawm trató de diseccionar el cambio operado en la clase trabajadora en los treinta años anteriores, advirtiendo la sectorialización de la clase y de las demandas sindicales, la disolución de la cultura de la comunidad obrera, la modificación en los hábitos y de la piscología colectiva. "¿Se ha detenido la marcha hacia adelante del movimiento obrero?", se pregunta en 1978 en un célebre artículo publicado en Marxism Today, la revista del Partido Comunista.[45] La respuesta que ofrece en los años ochenta, después del acceso de Thatcher al gobierno, convencido del declive del obrerismo, consistirá en levantar la bandera de un reagrupamiento demócrata y progresista de resistencia en torno al Partido Laborista, una coalición "realista" anti-thatcheriana que

tuviera presente el estado desmovilizado del soporte tradicional del laborismo.

En opinión de sus críticos, la historia que sigue fue poco gloriosa y la responsabilidad intelectual de Hobsbawm en el proceso, veinticinco años después, continúa siendo motivo de controversia entre quienes magnifican su influencia y los que consideran que la derechización del laborismo británico fue el resultado de los cambios en la sociedad británica, y bastante menos una consecuencia de las luchas internas y de los errores estratégicos de las corrientes tradicionales. La secuencia comenzó por arrinconar lo que quedaba de izquierda transformadora en el laborismo y en el sindicalismo, después se llevó por delante a Neil Kinnock, el dirigente de la izquierda "posible" al que Hobsbawm había alentado a desempeñar ese papel, por último, la derecha del Nuevo Laborismo se hizo en 1992 con el control del partido y ganó las elecciones dos años después. ¿Fue Hobsbawm el aprendiz de brujo del blairismo y, a la postre, una de sus víctimas, como señalaron los críticos de la New Left Review, Perry Anderson y Ralph Miliband, que al parecer creían factible a mediados de los ochenta una alternativa realmente socialista en Gran Bretaña?[46]

Siguiendo con la lógica expuesta, los productores actuales de bienes manufacturados que subsisten en Gran Bretaña podrán reconocer a la clase obrera tradicional entre sus antepasados aunque el grupo social signifique un fenómeno diferente en aspectos centrales. Y puesto que su recomposición, no sabemos si residual, lleva medio siglo, ha transcurrido tiempo suficiente para ser analizada por lo que es y menos por lo que ha dejado de ser. ¿Dónde se encuentran sus historiadores?

LA HISTORIA DESPUÉS DE LA HISTORIA ECONÓMICA Y SOCIAL

La invención de tradiciones y la función que desempeñan, el uso político del pasado, el nacionalismo, las implicaciones políticas de los cambios en el tiempo presente, el futuro de la izquierda después del hundimiento del bloque comunista, etc. son las preocupaciones que se reflejan en la última fase de la vida de Hobsbawm. Y para un autor tan longevo y prolífico, no fue una etapa breve: comprende casi tres décadas, lo que para muchos es toda una vida profesional.

Se ha convertido en un hecho corriente destacar la condición de comunista que le acompañó la mayor parte de su vida. El comunista declarado, en un conocido artículo publicado en 1990, anunció su "Adiós a todo eso". Allí proclamaba sin reparo el error de haber creído con muchos que la Revolución de Octubre abría una nueva era. Con sus aciertos y su significado, resultó que la sociedad alumbrada en 1917 "no era el futuro".[47] Un año después se disolvía la organización en la que había militado durante cincuenta y cinco años. Era entonces el mismo hombre que llevaba dos décadas preconizando la incorporación del Partido Comunista británico al modelo levantado por el homónimo italiano, luego calificado de eurocomunista, partido del que se sintió siempre próximo, al menos hasta la evolución de esta organización en los años noventa hacia un reformismo neodemócrata. Porque Hobsbawm, aun considerando mejor tipo de gobierno la socialdemocracia que la economía social de mercado, y ambos que el neoliberalismo y el neoconservadurismo, mantuvo, fuera de las cenizas —como tituló otro de sus textos— la convicción en la necesidad del socialismo. De un socialismo que había dejado de pensar en términos de organización social, pues no alcanzaba a ver la fisonomía que su reconstrucción pudiera asumir. Ser socialista pasaba a ser un compromiso frente a un capitalismo que en el crecimiento económico ilimitado al que lo empuja su propia naturaleza representa una amenaza a la subsistencia del ecosistema que hace posible la vida; frente a un capitalismo que en su crecimiento desigual profundiza la sima entre países desarrollados y

países pobres y fuerza migraciones dramáticas; frente a un capitalismo que al subordinar a los seres humanos a la economía, a la primacía de la producción y de la productividad, disgrega las relaciones humanas, socava los principios morales y sacrifica a las personas. Los socialistas, recordaba, estaban para invertir esa situación, para recordar que las personas son primero. Todas las personas, pero en especial la "gente sencilla", para muchos, "no muy interesante", los que sirven "para reunir las cifras": la gente corriente a la que Hobsbawm, historiador social, dedicó buena parte de sus estudios.[48]

Las cifras hacía tiempo que se habían convertido en dominio de la econometría y de la teoría neoclásica que era consustancial a la anterior en el análisis del pasado. Todavía en 1951 Hayek lamentaba que la "moderna investigación histórica-económica" no hubiera encontrado eco fuera de los círculos profesionales cuando, en su opinión, por fin se estaba produciendo una generación de historiadores de la economía de sólida formación económica, consagrada al estudio del desarrollo y desprovista de la hostilidad a la ciencia económica y a la teoría, hay que deducir del contexto, neoclásica y ultraliberal.[49] Su irrupción en los años cincuenta en los Estados Unidos y a principios de los sesenta en Gran Bretaña[50] suscitó buenas dosis de escepticismo y después cierta irritación mal contenida. La gran novedad, otra forma de renovación de la historiografía, estaba representada en los años sesenta por autores como Robert Fogel y Douglass North, que ponían en valor histórico las consideraciones del precursor y mentor del segundo, Simon Kuznets, Premio Nobel de Economía en 1971 por su contribución empírica del crecimiento económico; Fogel y North lo recibirían en 1993 "por haber renovado la investigación de la historia económica aplicando la teoría económica y métodos cuantitativos para explicar el cambio económico e institucional".

La reacción de hostilidad es perceptible en otros autores comprometidos con la renovación de la historia. El marxismo, primero con su crítica a Kuznets, luego a Gerschenkron y más tarde a la estadística económica en general, descalificó la nueva corriente como una nueva versión del positivismo histórico, o la pretensión de deducir los hechos objetivos de la presentación numérica de la información, antes de entrar a discutir la teoría económica

subyacente y a menudo el método explícito. Sin embargo, la economía retrospectiva, la cliometría fundada en nociones neoclásicas, acabaría convirtiéndose en un tsunami que arrasó casi todo lo anterior en los departamentos universitarios. Una de sus consecuencias consistió en la elección de los profesionales idóneos para ocupar esas plazas, y aunque el cambio no fue inmediato ni extremo, para ocuparlas se prefirió a los economistas debido a su perfil técnico en lugar de historiadores, de formación humanística, sin importar la preparación histórica de los primeros. ¿Qué hubiera sido de Adam Smith en ese teatro académico, con una formación que descansaba en la retórica y la filosofía moral?

La reacción de Hobsbawm, aparte de comentarios sembrados en uno u otro estudio, podemos encontrarla en tres momentos. Sirven para diagnosticar el cambio que se estaba produciendo en la historia y su paulatino alejamiento de las ciencias sociales, que había constituido desde 1945 la piedra de toque de la renovación historiográfica, como el alejamiento de Hobsbawm de la historia económica. El primer texto, de 1971, era “De la historia social a la historia de la sociedad”. En él advertía del creciente distanciamiento entre la economía y la historia social, encontraba demasiado dispersa y arriesgada la tendencia de la historia social a emanciparse y convertirse en una nueva subdisciplina, pero terminaba afirmando que era un buen momento para considerase un historiador social: incluso quienes nunca se habían planteado llamarse por ese nombre, afirma en un claro reconocimiento de la incomodidad que significa desprenderse de la parte económica, “no queremos renunciar a él”.

Más tarde, reconstruyendo la secuencia a la vista de los derroteros posteriores, escribe que hacia 1970 el “frente popular” contra la vieja historia pasó a ser enarbolada por la “historia social”. Al mismo tiempo, a la vista de la evolución de la historia social, en sus memorias sostiene que el cambio de prioridades posterior a 1970 introdujo un sinfín de trivialidades: todos los rincones del pasado se convertían en materia potencial de exploración, pero se hacían muy pocas preguntas al respecto. El estudio de las estructuras cedía ante el interés por la cultura, el análisis dejaba paso a la descripción, los hechos ante las sensaciones, las visiones amplias por la microhistoria, la inspiración y la empatía predominaban frente a la

explicación.[51] Todo esto, sin embargo, escrito en 2002, no podía preverlo en 1971.

El segundo texto, más breve y explícito, llevaba por título "Economic and social history divided" y fue publicado en 1974 por Paul Baker en una serie de balances de las ciencias sociales. Allí lamentaba que la historia se hubiera subdividido por varias razones, "a menudo gravemente prácticas", nos dice. Y el maridaje tradicional de la historia económica y social, escribe, estaba a punto de fracasar por los caminos cada vez más apartados por los que discurrían ambos cónyuges. La historia social había emergido desde comienzo de los sesenta como una esfera de actividad separada. La historia social se proponía objetivos muy diversos, desde el pasado de la gente común a la reconstrucción de la historia de la sociedad. Fue un buen refugio para los historiadores económicos de la vieja escuela, añade, incapaces de vérselas con ecuaciones. La historia social constituía un campo fértil a pesar de su falta de definición y de claridad teórica. Quizá a eso debía su éxito, deberíamos apostillar. Hobsbawm la consideraba todavía un marco de referencia para cualquier clase de historia, o una dimensión histórica de cualquier ciencia social, pero veía menos interés en tomarla como especialidad y le alarmaba la creciente trivialidad de los temas que escogía y los préstamos superficiales que tomaba. La historia económica, entre tanto, se había orientado al estudio de la génesis y transformación de la industrialización. Una segunda característica de la historia económica era la irrupción de la econometría y su proyección retrospectiva. Hobsbawm consideraba que sus contribuciones eran bastante más modestas que sus pretensiones.[52]

No tenía reparo en admitir que la econometría aportaba un rigor intelectual no siempre presente en la historia económica tradicional; sus postulados exigen que las proposiciones deban ser respaldadas por resultados verificables. Además, sus especulaciones, traducidas a términos operacionales, obligaban a demostrar las alternativas históricas, las que realmente existieron, desde un sentido crítico, en lugar de tomar las consecuencias como fruto de hipótesis aleatorias. Para Hobsbawm, "La superioridad de la economía sobre las demás ciencias sociales […] reside en su capacidad para aislar su materia de las otras cosas". Sus

limitaciones consisten en que esas “otras cosas” pudieran no ser tan irrelevantes en la práctica. En segundo lugar, “la econometría retrospectiva depende por completo del valor de la teoría económica proyectada al pasado, generalmente una versión de la teoría neoclásica del equilibrio”. Quizá por ello sus resultados despertaban cierta desconfianza en los economistas, no tan seguros de ese viaje vagando por el tiempo. En tercer lugar, las conclusiones dependen por completo de la prueba estadística, y sin embargo hay especulaciones que funcionan hasta que son verificadas de forma positiva.[53] El combate contra estas disfunciones había sido, sin embargo, muy desigual. En 1978, en la entrevista concedida a Pat Thane y Liz Lunbeck reconocía que los marxistas nunca habían estado atraídos por la historia económica en el sentido técnico. El interés de los marxistas se dirigía antes a las relaciones entre base y superestructura que a indagar en las leyes del desarrollo de la economía. Pero añade: “Mirando hacia atrás sobre esto, pienso que es una debilidad”.[54]

El divorcio siguió su curso. En 1980, con motivo de haber sido invitado por la Facultad de Economía de Cambridge a pronunciar las Conferencias Marshall, Hobsbawm dejó la que sería su evaluación última —un agudo recorrido sobre las relaciones inconstantes del célebre binomio— y su pronóstico sobre la historia económica y social. Eligió por tema “Historiadores y economistas”. Aceptó regresar a la facultad que de forma reiterada le había negado un empleo al inicio de su carrera, y lo hizo bajo el título del economista que a su juicio peor representaba la asociación de la economía con la historia ya que, volvía a decirlo, su aparato teórico era esencialmente estático. Declaraba su atrevimiento al aceptar la invitación pues no era economista y a juicio de algunos de sus colegas, añadía, “ni siquiera soy un verdadero historiador de la economía”. Tampoco era matemático ni filósofo, “dos ocupaciones —decía— en las cuales se refugian a veces los economistas cuando el mundo real les aprieta demasiado”. Así, podía presentarse como profano en la materia y hacía un llamamiento a la reintegración de la historia en la ciencia económica, necesidad tanto más acuciante cuanto los historiadores de la economía actuales se ocupaban de cosas que tenían muy poco que ver con el mundo real y en el mejor de los casos se limitaban a hacer conjeturas más o menos informadas, y cuando la historia económica había sido relegada en

los planes de estudio a un papel tan secundario que era difícil establecer su función exacta.[55]

Escindido el estudio de los mecanismos económicos del estudio de los factores sociales y de los de otro tipo que condicionan el comportamiento de los agentes que constituyen esos mecanismos, la economía era como un barco sin timón, añadía. En 1995 nos reiteraba la misma idea: la historia económica concebida como econometría retrospectiva tenía poco valor para la microhistoria y había realizado escasas aportaciones en la reinterpretación de grandes procesos. Por eso estaba en declive en gran parte de los países: "No interesa demasiado a los economistas […] y no tiene mucho interés para los historiadores".[56] Medio siglo después de haberlo expresado Febvre y Bloch con motivo de la presentación de la revista Annales, las palabras de éstos adquirían plena vigencia aunque el ideal hubiera sido abandonado. En 1929 los editores de Annales se preguntaban por la necesidad de una nueva revista de historia económica y social. Y a propósito de la aproximación entre historia y ciencias sociales que expresaba la historia económica y social, no sin cierto punto melodramático, advertían que los historiadores se veían golpeados "por el dolor que engendra un divorcio que se ha hecho tradicional cuando ambas perspectivas están hechas para comprenderse".[57]

El divorcio haría menos comprensible la materia de cada especialidad y, en definitiva, el de las sociedades históricamente determinadas. Ahora bien, entre la nostalgia de una edad de oro definitivamente perdida, alimento de espíritus melancólicos, y la convicción sobre el fin de la renovación de las ciencias históricas se encuentra un buen número de estaciones intermedias. Porque la experiencia acredita que la historia se renueva por vías diferentes. La historia económica y social de los años 1940 y 1950 fue una de ellas, como la que la precedió en las décadas anteriores. La cliometría, a su modo, obligó a pensar los problemas históricos de una forma renovada. La historia social desde los años 1960 a 1990 no cesó de cumplir ese papel. La historia socio-cultural lo pretende desde entonces, con resultados más inciertos. Las nuevas perspectivas no eclipsan los grandes campos que cada una de estas renovaciones dejan abiertos.

Quizá Hobsbawm no advirtió del todo esa pluralidad ni la pluralidad misma que encerraba el potencial de la historia social, en tanto historia-síntesis, historia de la sociedad, como gustaba llamarla, a la vez que como yacimiento vertical de problemas y de nuevos enfoques que no necesariamente en cada momento han de ser estudiados y presentados en relación con el todo sin por ello "desmigajarse". Pero estuvo acertado al indicar que las grandes cuestiones históricas había que buscarlas en el corazón que hace funcionar la sociedad, y en ese órgano era difícil separar los modos de pensar y los comportamientos, de los procedimientos cotidianos mediante los cuales la gente corriente se gana la vida y procura organizar su existencia y la de sus familias.

Ese nudo que trenza el cabo económico y el cabo social puede ser desatado y cada una de las partes ser analizada por separado, pero lo cierto es que si actuamos de tal forma desaparece el significado conjunto de lo que denominamos "sociedad" y nos obligamos a presuponer sin verla, condenada a una sombra imaginada, la existencia de la otra parte de la secuencia. Solo que no hablamos de partes diferenciadas sino de dimensiones de un mismo hecho social, histórico. Y en tal caso, la escisión conduce a un imposible, el intento de desentrañar el significado de las acciones recíprocas ignorando parte esencial de los actores. Es esta una lección que conviene aprender.

NOTAS AL PIE

[1] Es como se sitúa a sí mismo en 1989, refiriéndose a once años antes, con motivo de haber sido invitado a dar una conferencia "Marx Memorial". En Eric J. Hobsbawm, Años interesantes. Una vida en el siglo XX, Crítica, Barcelona, 2003, p. 7.

[2] Eric J. Hobsbawm, Años interesantes. Una vida en el siglo XX, Crítica, Barcelona, 2003, pp. 96-99.

[3] Ibid., 2003, p. 261.

[4] Lucien Febvre, “Face au vent. Manifeste des Annales nouvelles”, Annales. Économies, Sociétés, Civilisations, 1 (1946), pp. 1-8.

[5] La reorientación de Annales y la creación de la VIe Section en François Dosse, La historia en migajas, Edicions Alfons el Magnànim, Valencia, 1988, pp.125-128.

[6] Eric J. Hobsbawm, “A Historical Retrospect”, 2003, [http://www.balzan.org/en/prizewinners/eric-hobsbawm/a-historical-retrospect _20_22.html]. Eric J. Hobsbawm, Años interesantes. Una vida en el siglo XX, Crítica, Barcelona, 2003, p. 181. Véase también Eric J. Hobsbawm, “El Grupo de Historiadores del Partido Comunista”, Historia Social, 25 (1996), pp. 61-80.

[7] Sobre su incidencia, especialmente en Latinoamérica, véase José Antonio Piqueras, “Eric Hobsbawm en América Latina. Una revisión”, Historia Mexicana, 249 (2013), pp. 389-394.

[8] Eric J. Hobsbawm, Años interesantes. Una vida en el siglo XX, Crítica, Barcelona, 2003, p. 264.

[9] Ibid., 2003, p. 265.

[10] Eric J. Hobsbawm, “A Historical Retrospect”, 2003 [http://

www.balzan.org/en/prizewinners/eric-hobsbawm/a-historical-retrospect_20_22.html].

[11] Eric J. Hobsbawm, Años interesantes. Una vida en el siglo XX, Crítica, Barcelona, 2003, p. 104.

[12] Eric J. Hobsbawm, El mundo del trabajo. Estudios históricos sobre la formación y evolución de la clase obrera, Crítica, Barcelona, 1987, p. 7.

[13] Eric J. Hobsbawm, Trabajadores. Estudios de historia de la clase obrera, Crítica, Barcelona, 1979, pp. 149, 384.

[14] Eric J. Hobsbawm, “Las fluctuaciones económicas…”, Trabajadores. Estudios de historia de la clase obrera, Crítica, Barcelona, 1979, p. 151.

[15] Eric J. Hobsbawm, “El nivel de vida entre 1790 y 1850”, Trabajadores. Estudios de historia de la clase obrera, Crítica, Barcelona, 1979, p. 86.

[16] Friedrich A. von Hayek, “Historia y política”, en F. Hayek y otros, El capitalismo y los historiadores, Unión Editorial, Madrid, 1997, 2a. ed., pp. 15-36.

[17] The Mont Pelerin Society, “Statement of Aims”, Mont Pelerin, Switzerland, from April 1st to 10th, 1947. [https://www.montpelerin.org/montpelerin/mpsGoals.html]

[18] Alan O. Ebenstein, Friedrich Hayek. A Biography, University of Chicago Press, Chicago, 2003, pp. 141-146.

[19] Perry Anderson, “Historia y lecciones del neoliberalismo”, en François Houtart y François Poulet (coords.), El otro Davos. La globalización de la resistencia y de luchas, Plaza y Valdés, México, 2001, pp. 18-19. Véase también Dieter Plehwe, “Introduction”, en Philip Mirowski y Dieter Plehwe (eds.), The road from Mont Pèlerin. The Making of the Neoliberal Thought Collectiv, Harvard University Press, Cambridge y Londres, 2009, pp. 4-26.

[20] R. M. Hartwell, “El aumento del nivel de vida en Inglaterra, 1800-1850”, en Arthur J. Taylor (comp.), El nivel de vida en Gran Bretaña durante la Revolución Industrial, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1986, p. 152.

[21] Ibid., p. 156: “Teóricamente, es posible que el desarrollo económico dé lugar a una reducción de las rentas reales a corto plazo, pero es absurdo suponer que durante un largo periodo de medio siglo, durante el que subió la renta nacional per cápita, los ricos se enriquecieran y los pobres se empobrecieran”.

[22] E. J. Hobsbawm, “El debate sobre el nivel de vida”, en Arthur J. Taylor (comp.), El nivel de vida en Gran Bretaña durante la Revolución Industrial, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1986, p. 238.

[23] Joan Robinson, Ensayos sobre la teoría del crecimiento económico, Fondo de Cultura Económica, México, 1973, pp. 32-35 y 37.

[24] Joseph A. Schumpeter, Historia del análisis económico, Ariel, Barcelona, 1995, pp. 1040-1041 y 1258-1260.

[25] Joan Robinson, “The Production Function and the Theory of Capital”, Review of Economic Studies, 21: 2 (1953-1954), p. 81.

[26] Joseph A. Schumpeter, Historia del análisis económico, Ariel, Barcelona, 1995, pp. 621-623, 729-730, 975-980 y 1009-1030.

[27] Joan Robinson, “Essays 1953” [On Re-reading Marx], en Collected Economic Papers, Basil Blackwell, Oxford, 1973, vol. IV, p. 268.

[28] En la concepción de Marx, el valor se mide por el tiempo de trabajo que encierra la mercancía y por las partes del valor de los medios de producción absorbidos por el producto (valor de las materias primas y proporción del valor del equipo en su desgaste, ambos, a su vez, creados por el trabajo acumulado). Robinson consideró defectuoso ese enunciado, pues no tenía en consideración que el capital y la tecnología hacían que el trabajo fuera productivo, motivo por lo que debían ser tenidos en cuenta al analizar la creación de valor. En segundo lugar, estaba la medición de la creación de valor: si debía hacerse con el tiempo de producción socialmente necesario o con la suma del precio relativo de trabajo —el salario por tiempo—, la inversión de capital —aunque sea trabajo anterior acumulado y no meramente ahorro— y la demanda, que contribuye a establecer el precio relativo del trabajo, a lo que podía añadirse la oferta disponible de bienes naturales [Joan Robinson, Introducción a la economía marxista, Siglo XXI, Madrid, 1986, 11a. ed., pp. 30-43].

La economista consideró que la teoría del valor-trabajo, tiempo de trabajo socialmente necesario, era una suerte de hábil palabrería hegeliana y no se movió de esa consideración [Claudio Sardoni, "Robinson on Marx", en Bill Gibson (ed.), Joan Robinson's Economics. A Centennial Celebration, Edward Elgar, Cheltenham y Northampton, 2003, pp. 43-56].

A pesar de que no alteró la consideración última de su tesis sobre la insuficiencia del trabajo como único creador de valor y sobre la determinación de su precio relativo —el salario— [Marco Lippi, "Joan Robinson on Marx's Theory of Value", en Maria Cristina Marcuzzo, Luigi L. Pasinetti y Alessandro Roncaglia (eds.), The Economics of Joan Robinson, Routledge, Londres y Nueva York, 1996, pp. 101-111], en la "Carta de una keynesiana a un marxista", de 1953, no tuvo inconveniente en admitir que a efectos de pensar el producto global, la cuestión de los precios relativos perdía importancia y a falta de otra unidad mejor, la hora-tiempo de trabajo proporcionaba una medida razonable de valor. Véase Joan Robinson, "Essays 1953" [On Re-reading Marx], en Collected Economic Papers, Basil Blackwell, Oxford, 1973, vol. IV, p. 268.

[29] El estudio de Sraffa se dirigía a la transformación de los valores en precios. Creyó resolver la cuestión retornando a Ricardo para reconstruir lo que Marx había omitido. El resultado fue su libro Producción de mercancías por medio de mercancías (edición original en Cambridge University Press, Cambridge, 1960). En An essay on marxian economics, Robinson consideró demasiado primitiva la teoría de la ganancia de Marx en la medida en que ignoraba el principio de la demanda efectiva. Véase Joan Robinson, Introducción a la economía marxista, Siglo XXI, Madrid, 1986, 11a. ed. Al mismo tiempo, prefería esta teoría a la explicación neoclásica que juzgaba fuera de la realidad: a Robinson "le gustaba destacar cuánto le agradaba haber demostrado que los salarios no son iguales a la productividad marginal del trabajo", constata George R. Feiwel, "El legado intelectual de Joan Robinson", El Trimestre Económico, LVI (2) (1989), p. 323.

[30] Robert M. Solow, “Technical Change and the Aggregate Production Function”, Review of Economics and Statistics, 39: 3 (1957), pp. 312-320.

[31] Geoffrey C. Harcourt y Prue Kerr, Joan Robinson, Palgrave Macmillan, Londres, 2009, p. 6.

[32] Eric J. Hobsbawm, Trabajadores. Estudios de historia de la clase obrera, Crítica, Barcelona, 1979, p. 353.

[33] Eric J. Hobsbawm, Las revoluciones burguesas, Guadarrama, Madrid, 1974, 3a. ed., I, p. 73.

[34] Ibid., p. 94. Con más amplitud y riqueza de argumentos en los excelentes cuatro primeros capítulos, de su autoría, Eric J. Hobsbawm, y George Rudé, Revolución industrial y revuelta agraria. El capitán Swing, Siglo XXI, Madrid, 1985, 2a. ed., pp. 23-102.

[35] Eric J. Hobsbawm, Trabajadores. Estudios de historia de la clase obrera, Crítica, Barcelona, 1979, p. 321.

[36] Ibid., pp. 381-383.

[37] Eric J. Hobsbawm, Industria e Imperio. Una historia económica de Gran Bretaña desde 1750, Ariel, Barcelona, 1982, 2a.

ed., pp. 71-74. Sobre el empresario anterior a 1875 en Eric J. Hobsbawm, Trabajadores. Estudios de historia de la clase obrera, Crítica, Barcelona, 1979, p. 318.

[38] Eric J. Hobsbawm, Trabajadores. Estudios de historia de la clase obrera, Crítica, Barcelona, 1979, p. 321. La debilidad endémica del poder adquisitivo de los trabajadores comunes —exceptuada la aristocracia obrera cuyos ingresos aumentaban más rápido que los precios—, cercana a nivel de subsistencia (una categoría convencional que varía conforme a las épocas, añade en otro momento, p. 355), explicaría que las ventajas obtenidas por los "negociadores fuertes" fueran "desproporcionadamente grandes".

[39] Joan Robinson, Introducción a la economía marxista, Siglo XXI, Madrid, 1986, 11a. ed., pp. 37-73.

[40] Karl Marx, Trabajo, asalariado y capital, Ricardo Aguilera Editor, Madrid, 1968, pp. 37-38.

[41] A pesar de que en ocasiones Hobsbawm así las combine, y alguno de sus estudiosos lo considere una de sus características constantes. Véase Harvey J. Kaye, Los historiadores marxistas británicos. Un análisis introductorio, Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza, 1989, pp. 120-151.

[42] Eric J. Hobsbawm, "La formación de la clase obrera, 1870-1914", en El mundo del trabajo. Estudios históricos sobre la formación y evolución de la clase obrera, Crítica, Barcelona, 1987, pp. 238-263.

[43] John Rule, “Tiempo y clase obrera en la Gran Bretaña contemporánea”, Historia Social, 27, 1997, p. 31.

[44] Alan Sillitoe, Sábado por la noche y domingo por la mañana, Impedimenta, Salamanca, 2011, pp. 307-308.

[45] En Eric J. Hobsbawm, Política para una izquierda racional, Crítica, Barcelona, 1993, pp. 15-39.

[46] Véase la interpretación izquierdista de Bryan D. Palmer sobre la profunda división, a su juicio, entre el lúcido historiador Eric Hobsbawm y el político e ideólogo Eric Hobsbawm, presuntamente atrapado por las concepciones estalinistas de su juventud y el ideal de los Frentes Populares, concebidos como acuerdos unitarios de mínimos e hipotética vía de acceso de la izquierda al poder. También el desastroso resultado, en opinión de Palmer, del papel desempeñado por el “estratega” Hobsbawm en la que terminaría siendo la liquidación de la izquierda obrera en Gran Bretaña. En Bryan D. Palmer, “Las políticas de Hobsbawm: se ha detenido la marcha hacia adelante del Frente Popular”, en Gumersindo Vera Hernández y otros (coords.), Los historiadores y la historia para el siglo XXI. Homenaje a Eric J. Hobsbawm, Conaculta-INAH, México, 2007, pp. 93-104.

[47] Eric J. Hobsbawm, “Adiós a todo eso”, en Robin Blackburn (ed.), Después de la caída. El fracaso del comunismo y el futuro del socialismo, Crítica, Barcelona, 1993, p. 126.

[48] Eric J. Hobsbawm, “Fuera de las cenizas”, en Robin Blackburn (ed.), Después de la caída. El fracaso del comunismo y el futuro del socialismo, Crítica, Barcelona, 1993, pp. 335-338.

[49] Friedrich A. von Hayek, “Historia y política”, en F. Hayek y otros, El capitalismo y los historiadores, Unión Editorial, Madrid, 1997, pp. 15-36, 2a. ed., p. 34.

[50] Véase la Introducción, “Economic History and Cliometrics”, en John S. Lyons, Louis P. Cain y Samuel H. Williamson (eds.), Reflections on the Cliometrics Revolution. Conversations with Economic Historians, Routledge, Nueva York, 2008, pp. 1-42.

[51] Eric J. Hobsbawm, Años interesantes. Una vida en el siglo XX, Crítica, Barcelona, 2003, pp. 271-272.

[52] Encontramos idéntica actitud en Carlo Cipolla, director desde 1969 de la Fontana Economic History of Europe. Refiriéndose a la New Economic History, dirá: “esta clase de historia económica […] tiene unos cimientos filosóficos y epistemológicos muy poco profundos”. En Carlo M. Cipolla, Entre la historia y la economía. Introducción a la historia económica, Crítica, Barcelona, 1991, p. 91.

[53] Eric J. Hobsbawm, “Historia económica y social”, en Paul Baker (ed.), Las ciencias sociales de hoy, Fondo de Cultura Económica, México, 1979, pp. 112-122 [originariamente: “Economic and Social History divided”, New Society, 1 (1974)].

[54] Pat Thane y Liz Lunbeck, “An Interview with Eric Hobsbawm”, Radical History Review, 19 (1979), pp. 124-125.

[55] Eric J. Hobsbawm, “Historiadores y economía”, en Sobre la historia, Crítica, Barcelona, 1998, pp. 105-107.

[56] En Javier Paniagua y José Antonio Piqueras, “Comprender la totalidad de la evolución histórica. Conversación con Eric Hobsbawm”, Historia Social, 25 (1996), pp. 34-35.

[57] Marc Bloch y Lucien Febvre, “À nos lecteurs”, Annales d’histoire économique et sociale, 1 (1929), pp. 1-2.

ERIC HOBSBAWM EN AMÉRICA LATINA. UNA REVISIÓN

El eco que ha dejado la desaparición de Eric Hobsbawm a comienzos de octubre de 2012 es un indicador fiable de la repercusión internacional de su obra. En Europa, América Latina, la India y los Estados Unidos se han sucedido los obituarios y los tributos, a menudo mediante la evocación del significado que su lectura tuvo entre los historiadores desde los años sesenta del pasado siglo. La formidable difusión internacional de su libro The Age of Extremes. The Short Twentieth Century, 1914-1991 (el título de la traducción española se dejó en un neutro Historia del siglo XX), desbordó desde su aparición en 1994 la frontera de profesores y estudiantes y relanzó para el gran público la edición de la trilogía que dedicara al largo siglo XIX (La era de la revolución, La era del capital, La era del imperio), motivó su traducción a otros muchos idiomas y volvió a poner al alcance de los universitarios en lengua inglesa y española la mayor parte de su obra anterior. La Historia del siglo XX tuvo nueve reimpresiones en el Reino Unido en los seis primeros meses desde su aparición, cuatro en Argentina en los ocho meses siguientes a su salida en 1998 y veintiuna ediciones en España entre 1995 y 2009. El éxito resultaba más extraordinario al tratarse de un historiador marxista en la era del anunciado “final de la historia”.

ADIÓS A TODO ESTO

Con rara intuición, Hobsbawm había sabido captar antes que muchos el sentido de un siglo, con sus sueños y frustraciones, que de repente, en 1991, se había cerrado sin mediar dos de sus fenómenos característicos: verdaderas acciones de masas y violencia. Sencillamente, se había colapsado el sistema eurosoviético y en su caída arrastraba el orden global nacido en 1945 como realpolitik a la situación de sistemas confrontados creada por la revolución de 1917. Realmente era un mundo, el que se había conocido, que desaparecía. Y dejaba algo más que serias dudas sobre las ideas que lo habían inspirado. Liquidados los antagonismos de bloques y de las sociedades constituidas, lejos de significar el triunfo definitivo y armonioso de la democracia liberal y el capitalismo, se incrementaba el desorden global, se hacía más patente la brecha entre países desarrollados y países atrasados, la decisión de los ciudadanos se manifestaba poco relevante en la orientación de las políticas y las fuerzas del mercado dejaban al desnudo las insuficiencias de los estados nacionales al momento de proporcionar bienestar —y seguridad en muchos casos— a sus ciudadanos. Entre el pesimismo de la inteligencia y el optimismo de la voluntad, en palabras de su admirado Gramsci, el historiador concluía que la alternativa a una nueva sociedad transformada era la oscuridad.

Hobsbawm era un autor suficientemente conocido en el medio académico y aún por minorías curiosas de los aficionados al jazz. Después de otoño de 1994 comenzó a serlo para un público mucho más diverso. Especialistas y estudiantes de historia, personas ávidas de cultura, gentes comprometidas con las transformaciones sociales y políticas y por la evolución de la izquierda constituían el amplio espectro de sus seguidores. El compromiso marxista y una militancia comunista nada accidental resultan inseparables de una trayectoria vital y una orientación profesional: en confesión propia, llegó a ser historiador desde la “pasión por la política” y la voluntad de dar a sus lecturas de literatura y al convulso momento que se

vivía en la primera mitad de los años treinta “una interpretación marxista, esto es, esencialmente histórica” (Años, 96).[1] Darse a la tarea de interpretar el mundo era una condición para cambiarlo. Los obituarios lo han recordado a veces en el peor sentido al descontextualizar el momento histórico del compromiso político y de la lealtad a una idea, y no han faltado quienes con argumentos de la Guerra Fría han reprobado que continuara afiliado al PC británico después de Stalin y la invasión de Hungría (The Wall Street Journal se pregunta: “¿Cómo puede uno explicar los cálidos elogios ofrendados a un apologista de toda la vida del comunismo soviético?”)[2]. Como si hubiera una forma única de concebir los ideales nobles de justicia e igualdad, de pensar el marxismo y los cambios que lleven a una sociedad diferente.

La razón del eco duradero de Eric Hobsbawm habría de buscarse en una combinación de elementos que supo manejar con maestría. Si hubiéramos de resumirlos, destacaríamos tres: a) la capacidad de integrar información muy diversa —a los dieciocho años se autodefine como “rápido en cazar las cosas”— al servicio de explicaciones complejas rara vez supeditadas a una causa única, capacidad de síntesis, en suma, combinada con argumentos potentes, b) una perspectiva analítica, interpretativa, servida por una exposición narrativa no exenta de elegancia, sin que pueda ser confundida con la “historia narrativa” que Lawrence Stone saludaba en 1979, ese relato ordenado de forma cronológica en torno a los avatares de los sujetos y un discurso literariamente cuidado que prescinde de los grandes porqué, al estilo tradicional historicista,[3] y c) un sistema persuasivo a la hora de presentar y acercar al lector las grandes cuestiones, a menudo a partir de experiencias singulares y la evocación de episodios de apariencia anecdótica que conducen a situaciones que exceden al individuo. Porque al final estaban las grandes preguntas, los grandes problemas, las visiones globales: el porqué de los fenómenos históricos. Y la tarea primordial del historiador, creía, consistía en buscar problemáticas y en ofrecer las explicaciones desde la convicción de que las cuestiones permanecen, no así las respuestas.[4]

En las últimas décadas, a la vez que su obra se hacía más universal, no ocultaba la perplejidad que le suscitaba la deriva de la historiografía particularista, significante, subjetiva, debido a la

evolución de la “nueva historia cultural” y del giro lingüístico que situaba en una creciente desconfianza intelectual hacia el racionalismo. En noviembre de 2004, con motivo de una sesión en la Academia Británica, dedicó una reflexión al mayor obstáculo que en su opinión se interponía en el trabajo del historiador: la barrera levantada entre “lo que ocurrió o lo que ocurre en historia, y nuestra capacidad para observar esos hechos y entenderlos”. El problema radicaba, a su juicio, en la negativa a admitir la diferencia entre una realidad objetiva y la posición de un observador que posee fines diversos y cambiantes, “o al hecho de sostener que somos incapaces de superar los límites del lenguaje, es decir, de los conceptos, que son el único medio que tenemos para poder hablar del mundo, incluyendo el pasado”. El resultado era un auge del anti-universalismo, la relativización de las versiones y de las interpretaciones del investigador, que en lugar de esforzarse por ofrecer explicaciones racionales se vuelca en señalar la “significación”, el cómo los individuos de una colectividad experimentan lo ocurrido en oposición a los demás.[5]

La formación recibida en Cambridge y el clima hostil al marxismo en el medio académico británico de la Guerra Fría le llevaron a aprender pronto la necesidad de mantenerse pegado a la información factual, al empirismo como medida de las cosas y de los autores, fuera del cual solo quedaba la preeminencia de la ideología y, peor aún, la aplicación de esquemas dogmáticos. Aprendió también a formar lo que gustaba definir como “coaliciones” por una renovación de la historia —Past & Present (1952) fue su mejor exponente— y a contender con otras interpretaciones prescindiendo del lenguaje hasta cierto punto críptico e iniciático del marxismo.

El marxismo fue una inspiración constante de su obra, nunca un homenaje a una corriente teórica y metodológica ni un instrumento para proveer de munición a la política hasta el punto de subordinarse a ésta. Aunque es obvio que nunca renunció a elaborar una agenda historiográfica sostenida por preocupaciones políticas y en ocasiones —a propósito del campesinado y de la caracterización del anarquismo— no es seguro que lograra sustraerse a determinados prejuicios.

La teoría formaba parte de la mirada del autor sin que precisara integrar el relato ni sobrevolar un trabajo por lo común realizado a ras de los hechos históricos. Los tornillos del armazón en sus primeras obras de síntesis, despojados de las categorías habituales del materialismo histórico después de que le fuera devuelto un original por "demasiado tendencioso" (Años, 176), quedaron tan ocultos que al censor de la España de la dictadura franquista le pasó desapercibida en 1964 la orientación de The Age of Revolution, 1789-1848. Dos años antes lo había editado en Londres la casa Weidenfeld and Nicolson como parte de una historia ilustrada de los siglos XIX y XX, un proyecto internacional de notable éxito en varios países. En español fue presentado con un título menos abierto, Las revoluciones burguesas, por una editorial cristiana, Guadarrama, con la traducción ("notablemente imperfecta", Años, 280) de un falangista recalcitrante —Ximénez de Sandoval— y en una colección —Punto Omega— que dirigía el escritor rumano exiliado Vintila Horia, de pasado fascista y juventud antisemita, seguramente desconocedor del autor que publicaba: un comunista judío medio inglés y medio austriaco.

Si nos preguntamos por la contribución de Eric Hobsbawm a la historiografía hay que comenzar diciendo que quizá haya sido el autor que con más persistencia abordó la historia desde abajo que recomendara Lefebvre —la perspective d'en bas—. Interesado por grandes preguntas nunca se propuso construir una "gran respuesta" que llevara a pensar el pasado de manera diferente: el origen o la articulación del capitalismo, la naturaleza de las clases modernas, una teoría de la movilización social, los nexos entre estructuras, coyunturas y acontecimientos, el papel de la cultura al permear las conductas en rivalidad con las realidades materiales, etc. En cambio, es difícil separar su mirada de la consideración que hoy merecen los destructores de máquinas y el nivel de vida de los trabajadores durante la revolución industrial, la distinción entre formación de la clase trabajadora y clase obrera industrial, los vínculos de la que denominó "revolución dual", las protestas que calificó de pre-políticas y primitivas o el bandolerismo social, la cuestión de la aristocracia obrera y de las culturas no revolucionarias desarrolladas por amplios segmentos de la clase trabajadora, la relevancia de las tradiciones inventadas en la consolidación de determinado orden de cosas desde una época

relativamente cercana, la construcción de los nacionalismos étnico-lingüísticos en sociedades que evolucionan mucho más rápido que las mentalidades y dejan a los individuos huérfanos de certezas.

El gremio tiene razones suficientes para estarle reconocido: cuántas investigaciones no han sido iluminadas por sus ideas y cuántas se han debido a la pretensión de refutarlo. El lector común dispone de otros motivos: ayudó a explicar un mundo en cambio constante y supo situar esos cambios en dinámicas amplias. Se ocupó esencialmente del siglo XIX y no descuidó los “tiempos interesantes” que vivió (1917-2012) e inspiraron el título originario de sus memorias (Interesting Times).

CREADO PARA SOCAVAR VERDADES CONVENCIONALES

El lector latinoamericano de Hobsbawm puede celebrar que su obra haya estado presente antes y mucho más que en cualquier otro lugar, al igual que en España e Italia. En Brasil, Rebeldes Primitivos, Bandidos y los dos primeros volúmenes de sus síntesis sobre el siglo XIX fueron publicados de 1970 a 1978; la gran mayoría de sus libros tuvieron que aguardar a ser traducidos al portugués al cese de la dictadura en 1985. El retraso fue compensado con creces: después de A era dos extremos. O breve século XX (Companhia das Letras, 1995) se han publicado hasta veinte nuevos títulos suyos, entre ellos los doce volúmenes de la História do marxismo dirigida por Hobsbawm (Editora Paz e Terra, 1985), que únicamente se había completado en la edición italiana de Einaudi.

No son pocos los historiadores que admiten haberse inclinado a la historia social, al pasado de las clases subalternas, a partir de la lectura de Hobsbawm y de quienes con él formaron la corriente que Kaye llamó de "historiadores marxistas británicos". En 2005 fui testigo de la capacidad de convocatoria que tuvo su nombre en el congreso-homenaje que en México le tributó la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Varios centenares de estudiantes y numerosos profesores abarrotaban el anfiteatro donde tenía lugar el encuentro, insuficiente cuando llegó el momento de su intervención por videoconferencia desde Londres.

El historiador social contaba con otro tipo de lector: el militante político y sindical comprometido que se hacía preguntas con sus textos y a veces compartía respuestas. El historiador social argentino Pablo Pozzi relata dos anécdotas ilustrativas: tiempo atrás, varios activistas de un complejo industrial metalúrgico lo invitaron a debatir la historia de la clase obrera de su país. Sus interlocutores eran "militantes marxistas revolucionarios", lo que significa, decodificada la atribución, que debían pertenecer a una de las varias fracciones del trotskismo local o eran supervivientes del maoísmo. Los encontró en una discusión sobre los estudios de

Hobsbawm incluidos en el libro Trabajadores y sobre la actualidad que en la Argentina tenía el debate sobre la aristocracia obrera. Las tradiciones de los obreros ingleses "les sugerían una inmensa cantidad de cosas sobre sí mismos y sobre cómo activar en la fábrica". El segundo caso era más reciente y volvía a tener protagonistas de orientación "revolucionaria", presentados por su filiación al Centro de Estudios de Investigaciones Políticas León Trotsky. Estaban entregados a una discusión sobre el autor de Historia del siglo XX, que unos descalificaban por reformista y otros por estalinista, cuando una historiadora trotskista, indignada, puso fin a la controversia: "¡Che, pero es Hobsbawm!". Pozzi refiere cómo "aun en este ámbito", el autor "trascendía las rencillas y los dogmatismos de la izquierda".[6] El relato merece ser cierto a pesar de la coincidencia de los adjetivos hostiles utilizados por las publicaciones de esta corriente y el Wall Street Journal con motivo del deceso de nuestro autor.

Lo que posiblemente desconocían los activistas citados en la primera anécdota era que el paralelismo pasado/presente estaba en el origen del interés de Hobsbawm sobre la cuestión de la "aristocracia obrera", esto es, una minoría que debido a la habilidad adquirida, de las ventajas conseguidas en la asociación gremial o en las asociaciones laborales lograba asegurar un empleo e ingresos estables, situación que le permitían gozar de un estatus diferenciado para ellos y sus familias y condicionaba su liderazgo sindical y político. El tema había sido motivo de un artículo de 1954, recopilado en Trabajadores, el mismo texto que los metalúrgicos argentinos debatían. De 1977 a 1979 escribió otros tres estudios, el principal llevado a El mundo del trabajo. El autor volvía a interesarse por el tema durante el segundo gobierno laborista de Harold Wilson, con análisis históricos pero también con un artículo en la revista teórica de los comunistas, Marxism Today, en el que se preguntaba si el movimiento obrero británico había alcanzado el límite de su avance. Hobsbawm deducía de la reciente evolución de la economía que el proletariado industrial entraba en una fase de reducción cuantitativa y de sectorialización. Los dirigentes sindicales, añadía, habían orientado su acción en los años de crecimiento económico a lograr mejoras para sus respectivos sectores. Los trabajadores públicos, cada vez más numerosos en una economía mixta, evaluaban menos la presión que podían ejercer

sobre su patrón, el Estado, y calculaban los inconvenientes que podían causar al público para hacer triunfar sus demandas, de lo que nacían divisiones y la impopularidad social de sus protestas (Años, 246).

"[…] el ayer encuentra el mañana en el presente", sostenía en la conversación que mantuvimos con él.[7] Comprender el pasado por el presente y a la inversa había sido la invitación de Marc Bloch. Mientras el presente del movimiento obrero en Europa declinaba y el reformismo había desplazado toda expectativa revolucionaria, desde comienzos de los años sesenta los estudios históricos y la política se hallaban más unidos en América Latina (Años, 282). He aquí el origen de una aproximación duradera de alguien que nunca pretendió pasar por especialista en la historia del hemisferio americano. De nuevo la pasión política se entrecruza con la característica que juzga inseparable de la condición de historiador: tener "los ojos abiertos" a lo que sucede alrededor. Situándose en aquella época, afirma: "América Latina cambió mi perspectiva de la historia del resto del planeta, aunque solo fuera porque eliminó la línea divisoria existente entre los países 'desarrollados' y el 'Tercer Mundo', el presente y el pasado histórico". La divisoria ficticia que oscurece la comprensión de los fenómenos pasados y aísla el tiempo actual de sus raíces y le priva de perspectiva se diluía, así lo cree, en un continente en ebullición sobre el que llamaba la atención un episodio inesperado, el triunfo de la revolución en Cuba en 1959 y, en especial, la orientación antiimperialista que pronto adoptó, seguida de la no menos inesperada declaración de su carácter socialista.

El fogonazo dio paso a un interés más profundo: "en cuanto historiador, la revelación de Latinoamérica no fue regional, sino general. Ha sido un laboratorio del cambio histórico, casi siempre muy distinto de lo que habría cabido esperar, un continente creado para socavar las verdades convencionales". En el siglo XX, en menos de lo que dura la mitad de la vida de una persona, se admira al girar la vista atrás, la evolución de este continente ha sido prodigiosa: del auge a la decadencia de la agricultura de exportación, de las talas de bosques para el desarrollo agrícola a la desaparición del campesinado. Para quien se interesaba por la incidencia de los cambios históricos en la forma de afrontar las

situaciones nuevas —fueran los artesanos, los trabajadores de la era industrial o los campesinos quienes los vivían—, las rápidas transformaciones que se operaban en América Latina ofrecían un observatorio privilegiado frente a la estabilidad del Occidente Nordatlántico o esos mundos para él mucho más desconocidos e inmutables de África y Asia. “Latinoamérica era un sueño para los historiadores comparatistas”, concluye. No era sólo el historiador quien halla inspiración, era el marxista comprometido que a diferencia de lo que encontraba en Europa, creía que allí las revoluciones eran “necesarias y posibles” (Años, 343-345).[8] Todavía a comienzos de 2011, confesaba: “En este momento, ideológicamente, me siento más en casa en América Latina porque sigue siendo el lugar en el mundo donde la gente todavía habla y dirige la política con el viejo lenguaje, el lenguaje del siglo XIX y el XX de socialismo, comunismo y marxismo”.[9]

¿Cuánto de reales tenían esas perspectivas en América Latina, al margen de que muchos pongan en duda si el lenguaje político que hoy se habla sea también aquí el de los dos siglos anteriores? Los juicios de Hobsbawm se modificaron con el paso del tiempo. Expectante a comienzos de la década de los sesenta, a medida que recorrió diversos países americanos alimentó su escepticismo —“desacuerdo razonado” son sus palabras— acerca de las posibilidades de una transformación revolucionaria y del éxito de los grupos guerrilleros que se multiplicaban con resultados trágicos y siempre adversos para sus promotores. En 1970 escribiría un balance para Socialist Register, la revista que editaban Ralph Miliband y John Saville, sobre “los doce errores comunes [de la izquierda] sobre la guerrilla” en Sudamérica. La revolución, sostenía, quizá podía llegar de la crisis política interna de uno u otro país, precipitada por la permanente inestabilidad institucional, pero los marxistas que podían dirigir el proceso —en este punto se manifestaba ortodoxo— no constituían una fuerza destacada y estaban divididos en casi todos los lugares, hallándose incapacitados para ejercer el liderazgo político. Si la revolución cubana había demostrado que la insurrección era posible, el modelo era difícilmente repetible. Como escribiría más tarde, unos guerrilleros relativamente escasos habían triunfado sobre “un mal régimen con pocos apoyos” sin levantar todavía la sospecha de los Estados Unidos. De otro lado, en Latinoamérica los campesinos no

eran en absoluto pasivos; mas las condiciones de los peones sin tierra favorecían la formación de sindicatos rurales que defendieran el salario antes que lanzarse a rebeliones. Esos campesinos, ideológicamente indefinidos, expresaban sus demandas de las formas más variadas sin excluir el recurso a sus organizaciones comunitarias pero se veían acosados por los hombres puestos en armas por los hacendados con el pretexto de combatir a los bandidos. El bandolerismo social formaba parte de los repertorios históricos de protesta rural sin resultados políticos ni alcance nacional en la mayoría de los casos. En contra de lo que algunos afirmaban entonces, Hobsbawm consideraba que las milicias armadas de auto-defensa contra incursiones externas, formadas en Colombia y Perú, podían evolucionar hacia guerrillas mucho más articuladas y políticas. Su composición era de forma abrumadora campesina. ¿Era eso suficiente, se pregunta, como afirmaban los maoístas y otros impacientes desengañados de las tácticas pacíficas del comunismo oficial? Él no lo creía, ni siquiera en Colombia, donde el PC se había puesto al frente de la gente armada y las condiciones parecían más favorables porque enlazaban con una situación de considerable desigualdad y con una confrontación violenta, una revolución social frustrada que hundía sus raíces en el pasado de las guerras civiles y del caos posterior al asesinato de Jorge Eliecer Gaitán, el líder liberal que conducía a los suyos hacia un partido de masas de pobres, a la izquierda.[10]

El deslumbramiento por la Revolución cubana duró poco. En 1960 viaja a la isla y regresa en 1962. Del primer viaje registra en sus memorias la identificación popular con el gobierno revolucionario y la vitalidad de la población. Del segundo apenas anota haber actuado de intérprete del Che en el almuerzo que ofreció a la delegación de la que formaba parte y un despreocupado recorrido por los barrios negros de La Habana para escuchar “música maravillosa”. En 1968 vuelve por tercera vez para participar en uno de los multitudinarios congresos de intelectuales (una “invasión del pasado del Barrio Latino”), de la “izquierda itinerante” heterodoxa que el gobierno utilizaba con fines internos y de carta de negociación diplomática con la Unión Soviética. El viaje le permitió constatar “el desastre evidente que Cuba había hecho de su economía” (Años, 240). Más tarde lamentará el abandono por la revolución de su vía original. Cuánto de estas consideraciones

pertenecen al momento en que son escritas, 1994, y cuánto a la percepción de 1968 puede ser materia de discusión: nos resulta difícil establecer si la mirada retrospectiva a un tiempo emocionante, la revolución hecha por jóvenes iconoclastas, heterodoxa en tanto tenía lugar fuera de los márgenes tradicionales de la acción inspirada por un partido obrero, comprende también el juicio adverso temprano a la deriva voluntarista y al "aventurerismo" pan-latinoamericano que Hobsbawm desaprueba después, para terminar distanciado de una transformación subsidiada desde el exterior al precio de importar un modelo político e ideológico sovietizado.

La única experiencia socialista de América Latina apenas merece unas líneas algo displicentes en su Historia del siglo XX. Fidel Castro es presentado como un joven carismático de familia terrateniente "con ideas políticas confusas", decidido a "convertirse en el héroe de cualquier causa de la libertad contra la tiranía". Con lemas imprecisos que pertenecían a una era anterior de los movimientos de liberación, pasó de "un oscuro período entre las bandas de pistoleros de la política estudiantil en la Universidad de La Habana" a la rebelión contra el gobierno. La dirigencia revolucionaria era radical, añade, pero excepto en un par de casos carecía de simpatía por el marxismo. Fueron las condiciones de una revolución antiimperialista en el contexto de la Guerra Fría las que empujaron hacia el comunismo. Cuando conoció a Castro en 1968, "hablaba durante horas, compartiendo sus poco sistemáticos pensamientos con las multitudes atentas e incondicionales (incluyendo al que esto escribe —dice)". Cuba había alentado la insurrección continental sin contar con el respaldo de la principal fuerza social, los campesinos. Por el contrario, esa rebelión era llevada a las zonas rurales "por jóvenes intelectuales que procedían de las clases medias […], más tarde, por una nueva generación de hijos y (más raramente) hijas estudiantes de la creciente pequeña burguesía rural". El balance de aquellas experiencias no podía ser más negativo, incluidas aquellas zonas —Colombia y Centroamérica — donde existían ciertas condiciones y un grupo organizado: "Resultaron ser un error espectacular". Mientras los ideólogos pretendían movilizar millones de campesinos "contra las asediadas fortalezas urbanas del sistema, esos millones estaban abandonando sus pueblos para irse a las mismísimas ciudades". Los intentos

guerrilleros nunca llegaron a representar una amenaza real para el sistema pero “proporcionaron una excusa a la despiadada represión del régimen”, en perjuicio de los movimientos civiles.[11]

Los ideólogos guevaristas confundían la desigualdad y la pobreza, la inestabilidad de los regímenes políticos y las situaciones revolucionarias. Y veían condiciones naturales para que prendiera la conciencia política mediante la acción armada de una minoría. Entre tanto, las oligarquías, las Fuerzas Armadas y los Estados Unidos tomaron cartas en el asunto y diezmaron a los insurgentes y las posibilidades de avance político en el medio rural y en el espacio dominante, las ciudades. Una población trasplantada a nuevas condiciones urbanas que impactaban fuertemente en su vida cotidiana se inclinaba por “soluciones y certidumbres simples”. “A eso yo lo llamo —concluye Hobsbawm— la política de la identidad”.[12]

Entre la expectativa revolucionaria, que evita identificar con el foquismo, la experiencia de Salvador Allende de construcción pacífica del socialismo en la que a partes iguales depósito simpatías y escasas esperanzas, y el reformismo que se servía de medidas radicales, Hobsbawm se inclinaba por este último. Extraña paradoja, pues al mismo tiempo censuraba la orientación del reformismo europeo y en particular la adaptación del laborismo británico al sistema.[13] En Latinoamérica creía que el reformismo radical se adecuaba mejor a las condiciones específicas, y de su progreso podían esperarse resultados efectivos. El ejemplo que ofrecía era el Perú del gobierno militar de Velasco Alvarado (1968-1975) y su reforma agraria (“lo más positivo de la historia peruana contemporánea”[14]). La reforma dio sanción legal y proporcionó una estructura productiva moderna a través de cooperativas y sociedades agrarias a la acción campesina de ocupación de la tierra que había sido llevada a cabo en la década de 1960 y había dejado maltrecha la propiedad latifundista.[15] Hobsbawm antepuso el ejemplo de esa reforma agraria radical al “sueño suicida” del Che. Cuando explicó estas ideas en la Universidad San Marcos, el auditorio joven ganado por el maoísmo, en buena medida —dice— un rito de paso social de los hijos de la clase media chola, manifestó su disconformidad de forma ruidosa. Poco más tarde Sendero Luminoso demostraría que una acción

armada era posible en el medio rural del Perú, afirma, pero no del estilo de la que se puso en pie pues por sus medios y objetivos era "una causa que no merecía triunfar" (Años, 346-347).

La cuestión referida es central en la concepción de Hobsbawm sobre América Latina y los campesinos, sobre la capacidad de estos para organizarse en grupos marginales —bandolerismo— o por medio de movimientos amplios comunitarios dirigidos a trastocar el orden establecido. Al mismo tiempo, el caso andino mostraba la incapacidad política de esos campesinos para pensarse en sentido nacional (supra-comunitario y supra-étnico), lo cual los invalidaba como clase revolucionaria si no eran asistidos "desde fuera", injertándoles "las ideas adecuadas acerca de la organización política, de la estrategia y de la táctica, y el programa conveniente", como había escrito a propósito de los movimientos milenaristas. [16] Esa inspiración podía llegarles fácilmente desde el comunismo, como había visto en los sindicatos del distrito de La Convención, organizados por el PC, o en la receptividad que hacía los comunistas había encontrado entre los campesinos, que a su pregunta sobre si sabía quiénes eran, contestaban: "hombres que reclaman sus derechos".[17]

Alberto Flores Galindo, probablemente el historiador más innovador que haya dado el Perú, hizo ver lo que el británico no logró percibir: con la reforma de 1969 el Estado bloqueaba la movilización autónoma de los campesinos; al promover la integración de las tierras de las comunidades, muchas veces usurpadas por las haciendas, el Estado privaba en las sociedades agrarias a los comuneros de su verdadero objetivo: el restablecimiento de las primeras. Es cierto que la nueva estructura de tipo empresarial favorecía a los campesinos. Podemos añadir que se orientaban al mercado en detrimento de los deseos de muchos de recuperar una agricultura pensada antes para satisfacer el autoconsumo que a la generación de excedentes. Hobsbawm hubiera repuesto que por eso mismo los objetivos campesinos no eran revolucionarios, y que el regreso a modalidades tradicionales de tenencia hubiera prorrogado la vulnerabilidad de esos sectores, como sucedía en todas partes, debilidad resuelta a medio y largo plazo con la emigración a la ciudad en busca de trabajo regular y una participación mayor en la renta nacional. Flores Galindo, muy

receptivo a los problemas planteados por Hobsbawm, por ejemplo a su tesis sobre el milenarismo, aporta otras consecuencias: la reforma prescindió de los propietarios pero mantuvo la estructura de la propiedad, y si eliminó los viejos poderes locales asentados en el control de la tierra, reemplazados por funcionarios, en muchos lugares dejó un "vacío de poder" que sería ocupado por narcotraficantes y por la organización clandestina que terminaría siendo Sendero Luminoso, de extracción social campesina, servida de una ideología defensiva frente al capitalismo, de discurso indigenista y resonancias milenaristas, de una violencia feroz.[18] El "principio universal de la guerra revolucionaria" ocasionaría no menos de 40 000 víctimas; también, lo recordaba Hobsbawm en uno de sus últimos libros (Guerra y paz en el siglo XXI, 2007), las atrocidades insurgentes fueron utilizadas por el Estado para desplegar una violencia todavía superior sobre la población campesina, de consecuencias mal evaluadas.

En años recientes, Hobsbawm depositó sus simpatías y esperanzas en el Partido dos Trabalhadores (PT) de Brasil, al que definía como una suerte de partido laborista al estilo fin de siglo XIX: tenía una base de clase trabajadora sindicada y aliada a intelectuales y pobres, que promovía políticas reformadoras capaces de proporcionar cambios efectivos a la población más desfavorecida.[19] Esta aparente contradicción en Hobsbawm entre objetivos revolucionarios y opciones posibilistas no se produjo después del hundimiento del comunismo internacional. En primer lugar era el resultado de su evolución hacia la corriente eurocomunista que se abre paso hacia 1977. Sus ideas al respecto fueron de inmediato reproducidas en México, donde el Partido Comunista (PCM) abrazaba poco después principios similares de la mano de algunos intelectuales casi todos vinculados a las ciencias sociales, como ha reconstruido Carlos Illades en su inteligente análisis La inteligencia rebelde (2012). Es sintomático que la entrevista a Hobsbawm de Rinascitá sobre el eurocomunismo fuera publicada en 1978, muy poco después de aparecer en Italia, por la Revista Mexicana de Sociología.[20]

La inclinación de Hobsbawm por el reformismo radical en Latinoamérica tomaba en consideración el análisis de la estructura social, a su juicio, insuficientemente desarrollada, y la ausencia de

liderazgo político de las fuerzas transformadoras. En 1970 escribió un balance y una suerte de qué hacer a la vista de las ocasiones perdidas, que reproduce en sus Memorias: “La historia de Latinoamérica está llena de sustitutos de la izquierda revolucionaria social auténticamente popular que raramente ha tenido la fuerza suficiente para determinar la configuración de la historia de sus países”. Salvo raras excepciones, esa izquierda había tenido que escoger “entre una pureza sectaria e ineficaz y hacer el mejor de varios tipos de mal negocio, de escoger entre populistas militares o civiles, entre burguesías nacionales o de cualquier otro tipo”, para acabar lamentando no haberse acomodado a determinados gobiernos y movimientos “antes de que fueran sustituidos por algo peor”.[21]

SUBALTERNOS EN FERMENTACIÓN PERPETUA

América Latina fue para Hobsbawm el camino que canalizaba la pasión por el Tercer Mundo que a comienzos de los años sesenta inspiró a la izquierda del primer mundo. Recordemos que los sociólogos Giovanni Arrighi e Immanuel Wallerstein optaron por el continente africano, a donde se desplazaron como profesores para terminar enseñando juntos en Dar es Saalam. Resultaría una experiencia central en la elaboración de sus respectivos modelos sobre la formación del capitalismo y los mercados de trabajo y el sistema-mundo. A mediados de la década el antropólogo Eric Wolf se sumergió en el estudio comparativo sobre las Peasant Wars of the Twentieth Century (1969), de México a China, Vietnam, Cuba y Argelia.

A diferencia de otras áreas, América Latina era a juicio del historiador británico la región del Tercer Mundo más cercana a la modernidad y más alejada del colonialismo. El continente conservaba para un europeo un "aire de familia" en la medida que era posible encontrar instituciones, ideologías y valores similares a los del mundo mediterráneo que le era conocido. Y situó en Latinoamérica una cuestión central en sus preocupaciones durante la década de 1960: la respuesta de las clases subalternas menos estructuradas, los campesinos, ante los cambios que tienen lugar al margen de su intervención pero comprendiéndolos en sus consecuencias, y su disposición o incapacidad de transformarse en actor revolucionario. Esas respuestas se caracterizaban por su dispersión, la imbricación con formas sociales de bandolerismo en ciertos casos, la ausencia de política en sentido moderno y con frecuencia el uso intenso de la violencia.

Sus propuestas sobre la "rebeldía primitiva", los movimientos milenaristas y el bandolerismo social tuvieron un impacto considerable durante más de una década, seguida de reacciones no menos firmes y una división de opiniones que subsiste medio siglo después. La llamada de atención sobre estas cuestiones resultó ser

un gran estímulo para los estudios sociales, que dejaban de centrarse en movimientos y organizaciones estructuradas para ocuparse de los sectores subalternos más numerosos, protagonistas de las manifestaciones sociales más frecuentes y menos apreciadas hasta entonces, la gente común.

Existe, no obstante, un equívoco muy extendido: el problema o problemas centrales de Rebeldes primitivos no están pensados en clave latinoamericana. De hecho, la primera edición del libro se limita a explorar el medio rural de España e Italia meridionales, o de Inglaterra en las protestas urbanas. Una vez publicada la obra, con una excelente acogida inicial, en especial entre sociólogos y antropólogos británicos y de los Estados Unidos, se despertó el interés del autor por Latinoamérica. En 1962 obtiene una beca de la Fundación Rockefeller que le permite viajar por Brasil, Argentina, Chile, Perú, Bolivia y Colombia. En teoría se trataba de extender la investigación sobre las formas arcaicas de protesta rural y el bandolerismo social. Perú y Colombia serían de hecho los espacios en los que pudo realizar algún trabajo de campo y establecer ciertos vínculos.

Constató la clamorosa desigualdad económica y el abismo entre clases dirigentes y pueblo llano. También conoció a una intelectualidad blanca, de familias acomodadas, conocedora de idiomas, sofisticada, una pequeña comunidad que se conocía entre sí y gozaba de una posición privilegiada, personalidades en sus países respectivos mientras eran desconocidos en Europa. Hobsbawm iba en busca de otra gente, en su mayoría de piel más oscura, los campesinos que hacía poco habían llegado en oleadas a las ciudades y, sobre todo, aquellos que formaban movimientos reivindicativos. En Río de Janeiro se interesó por las Ligas Campesinas que habían expresado simpatías revolucionarias. Descubrió que carecían de presencia nacional y había quedado atrás el movimiento de los cangaceiros que agitó el sertão hasta finales de los años treinta. En cambio llamó su atención la situación en que se vivía en amplias zonas de Colombia y la rebelión campesina en Cuzco, que significaron una “revelación repentina”, la confirmación de lo que le había llevado a América.

El fenómeno de “la Violencia” iniciado en Colombia en 1948

carecía de estudios profundos. Se acababa de publicar un texto del sacerdote Camilo Torres, con quien Hobsbawm se entrevistó tres años antes de que se incorporara a la guerrilla del Ejército de Liberación Nacional. Los comunistas habían creado zonas de autodefensa armada para los campesinos, a resguardo de las bandas de asesinos del Partido Conservador, escribe en su informe. En reacción a la táctica contrainsurgente del ejército, inspirada por los asesores norteamericanos, se crearían las FARC. El interés declarado del historiador se dirigía a encontrar las razones que inducían a los campesinos a tomar las armas, en un movimiento que se alejaba de los focos guevaristas y del modelo de Sierra Maestra: era, escribió, "la mayor movilización armada de campesinos en la historia reciente del hemisferio occidental" (Años, 339-342).

En 1971 el autor de Rebeldes primitivos regresó al mismo escenario, visitó nuevos países, México entre ellos. En 1975 volvería a Brasil invitado por la recién creada Universidade Estadual de Campinas. De forma paulatina fue encontrando interlocutores, nuevos expertos, lectores que incorporaban sus tesis sobre el bandolerismo social, el milenarismo de ciertos movimientos populares, los rebeldes primitivos y la derivación violenta del malestar rural.

El autor trasladaba a grandes áreas del mundo moderno la afirmación de Antonio Gramsci sobre los campesinos de la Italia meridional: se encontraban en "fermentación perpetua" debido a sus condiciones sociales a la vez que se mostraban "incapaces de dar expresión centralizada a sus aspiraciones y necesidades". En ese sentido, concluye el historiador, sus acciones y movimientos resultan pre-políticos. Son pre-políticos, añade, no porque carezcan de ideas y objetivos, sino porque "no han dado, o acaban de dar, con un lenguaje específico en el que expresar sus aspiraciones tocantes al mundo que llamamos moderno y que responde al capitalismo establecido o en vías de establecerse". De ninguna manera estas formas de accionar deben ser interpretadas como precursoras de algo o reliquias del pasado. No son primitivas en el sentido de conformar un estadio más o menos necesario de articulación de la protesta que preceda a formas no primitivas, organizadas en movimientos inspirados en una u otra ideología. Respondían a sectores sociales confrontados a la fuerza con la

sociedad moderna y su problema consiste en cómo adaptarse a la vida y a las luchas de esa sociedad.

Las formas arcaicas de acción podían revestirse de bandolerismo social: "poco más que una protesta endémica del campesino contra la opresión y la pobreza", una venganza contra ricos y opresores, un "enderezar entuertos individuales" con un sentido por lo demás tradicional, sin ideología ni por lo común derivación en luchas nacionales. La organización, teoría y programa, en cambio, lo proporcionaba en ocasiones el milenarismo, que en Europa llega a los campesinos desde fuera pero en América Latina enraíza con el indigenismo ancestral y alimenta la simbiosis entre el "reformismo primitivo" y el "revolucionarismo primitivo", en el caso, por ejemplo, de los cangaçeiros del nordeste de Brasil entre 1890 y 1940. Esta última consideración fue introducida en el epílogo a la edición española, fechada en 1966, publicada dos años más tarde. En la misma edición realizaba una segunda alteración que juzgaba asimismo importante respecto a los textos de 1959: el bandolero no siempre respondía en América Latina al prototipo "noble" y junto a él había otro caracterizado "por el terrorismo indiscriminado", por lo común fuera de su ayllu o estancia, "y por una violencia y una crueldad generalizadas, que no paran en el rico" y comprenden toda suerte de desmanes una vez se han venido abajo todas las normas habituales de comportamiento.[22]

En Colombia, la recepción de estas ideas fue particularmente fructífera. El economista y experto en historia agraria, buen conocedor de la violencia, mediador en los planes de paz de su país y después víctima alevosa de unos sicarios, Jesús Antonio Bejarano, valoraba en 1983 de forma muy positiva la complejidad que la mirada de Hobsbawm había llevado al análisis del periodo de La Violencia (1948-1958): "una guerra civil producida en medio de una crisis económica, social, y política, […] una tensión revolucionaria no disipada por el pacífico desarrollo económico ni atajada para crear estructuras sociales nuevas", que según en qué fase la observemos se dotaba de conciencia de clase en sentido amplio, en defensa de los humildes en reacción a matanzas y desalojos de campesinos, y en otras únicamente se movían por venganza, casi siempre con ferocidad.[23]

El primer texto de Hobsbawm sobre Colombia fue publicado en New Society en abril de 1963. En junio siguiente escribió para The World Today ("The Revolutionary Situation in Colombia") y volvería con una consideración más extensa en una publicación de 1976 ("Peasant Movements in Colombia"). Entre tanto se publicaba la versión española de "La anatomía de 'la Violencia' en Colombia" (Rebeldes, 1968), después reeditada en Bogotá en la antología que preparó en 1985 Martha Cárdenas con estudios para entonces clásicos, con el texto de nuestro autor en primer lugar.[24]

En el siguiente libro sobre estos temas, Bandidos, Hobsbawm se apresura a indicar que el bandolerismo social responde a una forma minoritaria dentro de las sociedades campesinas en fases de desintegración de la organización familiar y de transición al capitalismo agrario. Su institucionalización llegaba a inhibir el desarrollo de otras formas de lucha pero asimismo podía coexistir subordinado a una revolución campesina y servirle de precursor en la medida que expresaba malestar rural.[25] En el epílogo antes citado, el autor salía también al paso de una interpretación que consideraba equivocada sobre los rebeldes primitivos. Primitivo y moderno no responden a las sociedades que son llamadas "tradicional" y "moderna", dice, unidas y separadas por procesos de modernización. No debe haberlo leído bien un autor tan cuidadoso como Eric Van Young cuando atribuye a Hobsbawm exactamente lo que éste rechaza, y fuerza una curiosa filiación con Barrington Moore y la tesis de la modernización, que el inglés censura.[26]

La rebelión primitiva, sostiene Hobsbawm, puede acontecer en la sociedad antigua y suele ocuparse entonces del mundo circundante y de sus problemas, sin orientarse contra el nivel donde se toman las decisiones de gobierno importantes. Pero también se presenta en la transición a la nueva sociedad y es en ese momento cuando interesa observar cómo se emplean materiales del pasado, ideas y métodos viejos para afrontar situaciones nuevas, la irrupción y desarrollo del capitalismo en el mundo rural.[27] El escenario puede ser el mundo rural, de los campesinos andinos que enfrentan las nuevas realidades desde sus estructuras familiares y mentales, sus valores y actitudes, como en la protesta colectiva de los trabajadores manufactureros dispersos de la campiña inglesa en las décadas iniciales del siglo XIX que prenden fuego a los artefactos

mecánicos siguiendo el liderazgo del supuesto Capitán Swing. Recordarlo era "hacer justicia histórica a luchas sociales emprendidas contra los problemas de los pobres en nuevas sociedades capitalistas, luchas que habían sido ignoradas […] haciendo de sus protagonistas perdedores por partida doble, en el pasado y ante la posteridad" (Años, 234).

Su análisis introducía una perspectiva innovadora en sentido doble. En primer término, la consideración de acciones hasta entonces registradas como marginales en el repertorio de las protestas sociales, por lo común en fases de transición que podían resultar muy dilatadas en el tiempo. En segundo lugar, quizá más importante, como han indicado Carlos Aguirre y Charles Walker, su propuesta eludía el enfoque predominante en los estudios históricos del mundo agrario latinoamericano, centrados en la hacienda como la gran unidad económica posible que explicaba los principales componentes del mundo colonial, y desplazaba la atención a la acción de los sectores subalternos por antonomasia en el continente, los campesinos, en un medio rural mucho más complejo y estratificado, al tiempo que obligaba a repensar la criminalidad social orientada a revertir el orden impuesto.[28]

Numerosos trabajos de los años setenta y comienzos de los ochenta siguen su estela, introduciendo matices y en ocasiones discutiendo en firme uno u otro aspecto de sus premisas y conclusiones. Las tesis sobre el mesianismo en ciertas revueltas de las clases subalternas fueron adoptadas y parcialmente discutidas. El trabajo de la brasileña Maria Isaura Pereira de Queiroz, en diálogo con Hobsbawm,[29] estuvo en el origen de la rectificación parcial a la que hemos hecho referencia, y fue seguido poco después de otro estudio sobre el bandolerismo (Os cangaceiros. Les bandits d'honneur brésilliens, 1968). Estuvieron también presentes en el análisis de la historiadora peruana Scarlett O'Phelan, que realizó su tesis doctoral sobre la revuelta de Túpac Amaru en la Universidad de Londres bajo la tutela de Hobsbawm.[30] Autora de un acucioso trabajo empírico, su alergia a la interpretación termina por confirmar las tesis de su asesor al reducir la insurrección del siglo XVIII a un simple movimiento anti-fiscal, una rebeldía primitiva sin objetivos sociales y políticos, versión seriamente discutida más tarde por numerosos autores. Una segunda estudiante en Birkbeck

College fue la malograda Margarita Giesecke, a quien dirigió una tesis acerca de la insurrección agraria peruana de 1932.[31] Se incluye en esa secuencia una difundida antología sobre mesianismo que preparó Juan A. Ossio (Ideología mesiánica del mundo andino, 1973) y los trabajos de Pinto Rodríguez sobre bandolerismo en la frontera chilena[32] o de José de Souza Martins sobre Brasil, entre otros.[33] En realidad, pocos son los trabajos sobre movimientos indígenas en la etapa colonial y post-colonial que no exploren la vertiente milenarista inaugurada por Hobsbawm en 1959.

En los años ochenta tomó asiento la corriente revisionista de las tesis de Hobsbawm sobre los bandidos sociales y los rebeldes primitivos. Unas críticas iban dirigidas a "desmitificar" la violencia rural y a desvincularla del respaldo campesino, otras a cuestionar el "primitivismo" en el sentido pre-político de las protestas. Las primeras arreciaron desde la historiografía externa, en particular la elaborada en los Estados Unidos. Richard Slatta fue quien mejor y con más insistencia las ha expresado.[34] Para Slatta, los autores marxistas como Hobsbawm —y cuantos no rechazan su interpretación de forma clara— insisten en destapar intereses de clase en cada situación y en buscar respaldo social al bandolerismo donde solo se encuentra, dice, parentesco, amistad y proximidad local.[35] Por su parte, Gilbert Joseph, ofreció en 1990 una buena síntesis de las impugnación de los "revisionistas" y de la evolución que se había producido desde las propuestas de Hobsbawm, para concluir que los primeros iban demasiado lejos en la pretensión de "des-socializar" el bandolerismo latinoamericano, reducido a mera criminalidad o atribuyendo a las acciones de estos grupos aspiraciones directamente políticas. Para Joseph, todos estos intentos no resisten la escisión entre acciones del tipo indicado y el trasfondo social que las auspician, que únicamente pueden ser explicadas por multivariantes entre las que ocupa un lugar central el malestar rural y la protesta entre otras formas de resistencia, como Hobsbawm había sugerido.[36]

Mientras se levantaba la controversia en torno a sus propuestas, Hobsbawm volvía a considerar el bandolerismo no sólo como expresión de la criminalidad sino "en sus relaciones con la política y la sociedad de una época determinada". A propósito, llamaba la atención sobre el carácter variable de las guerrillas, pues una vez

disueltas al término del conflicto, “los integrantes de las cuadrillas que siguieron activas en muchas regiones del país pueden y deben ser descritos en calidad de bandoleros”, como sucedió en Colombia de 1958 a 1965. Los retos del historiador consistían en desenmarañar cuándo y por qué los bandoleros dejaban de ser considerados como simples delincuentes por los vecinos, o “las relaciones entre el bandolerismo como fenómeno masivo y la economía, la política y la protesta social, es decir, las relaciones entre los bandoleros, los campesinos y los gamonales (caciques), por una parte, y entre todos ellos y el Estado, por la otra”; relaciones que no se agotan en el guion conocido, pues, por ejemplo en el caso estudiado podrían hablarse de una práctica post-política en 1948, cuando con la crisis de los partidos prende la violencia, y otra pre-política si observamos los métodos seguidos después de 1955.[37] En realidad, Hobsbawm siempre consideró, hasta el final de su actividad de historiador, que las preocupaciones presentes en Rebeldes inspiraban toda su obra, incluidos los estudios de las clases trabajadoras: “Me interesa la simbiosis de una nueva sociedad con tareas nuevas y un mundo formado en el pasado con una herencia cultural anterior, con mecanismos mentales, formas de pensar, de reaccionar acerca de los nuevos problemas en términos de pasado, pero que la gente tiene que modificar y adaptar”.[38]

Compilaciones de estudios como la dedicada por Aguirre y Walker a Perú en 1990 son un buen reflejo de una sensibilidad diferente hacia la cuestión. Carmen Vivanco negaba la tipología del bandido social al examinar el periodo 1760-1810 a causa de los objetivos indiscriminados de las bandas, omitiendo la diferenciación que Hobsbawm introdujo en 1968 en su esquema inicial. Flores Galindo señalaba que las acciones de los bandidos evitaban las haciendas de las que procedían sus integrantes y se concentraban en los caminos, donde los indios podían ser objeto frecuente de sus acciones, por lo que incrementan la tensión racial. No obstante, para Flores Galindo, que tampoco encontraba la complicidad pretendida con el campesinado, los bandidos eran una expresión de un conflicto de clases latente, en un sentido no muy distinto al indicado por Hobsbawm.[39] La cuestión consiste menos en buscar formas de protesta arcaica y bandoleros sociales en cada caso de criminalidad como saber distinguirlas cuando se presentan.

Los estudios sobre Cuba del último cuarto del siglo XIX, en el periodo que comienza en 1878, al término de su primera guerra anticolonial, ofrecen un ejemplo paradigmático por la diversidad y combinación de interpretaciones. Dos libros aparecieron el mismo año, 1989, y se debieron a académicos norteamericanos que ofrecían visiones opuestas: Louis A. Perez suscribía la hipótesis de Hobsbawm y situaba las frecuentes partidas de bandoleros en el desarraigo que ocasionaba la expansión azucarera en el marco del desarrollo del capitalismo y de la desmovilización de la última contienda. Esos campesinos nutrieron las bandas, convergieron con la causa de la independencia en 1895 y resurgieron en las décadas posteriores del siglo XX. Rosalie Schwartz, por el contrario, no encontró vínculos entre los alzados en armas y las comunidades campesinas desde las que supuestamente procedían sus integrantes, ni halló acciones particularmente destacadas a favor de las mismas, en la línea de los objetores del británico. En su opinión, desde fecha temprana esas partidas estuvieron guiadas por ideales políticos.[40] Pero contamos con un tercer libro: la historiadora cubana Imilcy Balboa ofreció una explicación después de haber reconstruido en otra investigación el proceso de transformaciones llevados a cabo en el agro después de 1878, donde se combina la evolución económica que empuja a la formación de cultivadores cañeros, la disolución de la esclavitud y las políticas de las autoridades coloniales destinadas a asentar campesinos desplazados por la guerra y atraer inmigración blanca a la isla. La frustración de los asentamientos y la frustración política, combinadas con la expansión del salario en el trabajo de la caña, propician la formación de bandas que Balboa identifica en su origen campesino. Bandas mitificadas en la medida en que actuaban preferentemente —no solo— contra poderosos y burlaban a las autoridades. Las variadas formas de la protesta rural comprendían, una entre otras, el bandolerismo: antes de la guerra, durante la guerra, después de la guerra que concluye en 1898.[41]

No existe prácticamente un estudio sobre revueltas campesinas, en particular las protagonizadas por indígenas, y modalidades de criminalidad rural que no tomen en consideración los planteamientos de Hobsbawm, sea para matizarlos o para impugnarlos antes de exponer sus respectivas tesis. Es entonces cuando valoramos en toda su importancia su contribución al modo de pensar el mundo rural latinoamericano y las protestas y

movilizaciones que lo pueblan. La gran explicación dual —las élites, los indígenas— que Van Young ha ofrecido de la insurrección de independencia mexicana a partir de 1810, dedica reiteradas descalificaciones a Hobsbawm y a la que considera —al menos dos veces— obra muy influyente para añadir siempre que también muy criticada. Pero cuando Van Young ha de fundamentar la acción de los pueblos indígenas campesinos, al no encontrar ideología alguna en ellos, pensamiento macropolítico o crítica programática del régimen colonial, ninguna intelectualización adoptada de las corrientes expresadas por los criollos, no duda en tomar prestada la noción de "prepolítico" para calificar su pensamiento.[42]

Los estudios históricos, de años cincuenta y sesenta a esta parte, se han hecho mucho más sofisticados. Es difícil reducir un movimiento de población campesina a reacciones espontáneas, ausentes de conciencia y por definición carentes de objetivos políticos, a pesar de la referencia que acabamos de traer. El localismo que Hobsbawm veía como un hándicap no siempre lo ha sido y en cualquier caso la lógica local corresponde a las características de estas comunidades sin revelarse un obstáculo a su politización. Raúl Fradkin se ha hecho eco de estas consideraciones al situar y tratar de explicar las montoneras —partidas a caballo, fuerzas irregulares de extracción popular utilizadas durante la guerra— que en la década de 1820 recorrieron la campaña de Buenos Aires. Algunos integrantes, dice, venían de combatir en la independencia, otros rehuían las levas de la guerra contra Brasil. No necesariamente la gente del campo de la que se nutría compartía las formulaciones e interpelaciones políticas de los que se postulaban como jefes de facción y generaban sus propios movimientos, por más que expresaran ideas propias que podían terminar siendo subalternas de las que estaban elaborando sus líderes de facción. La montonera a que se refiere, criminalizada por las autoridades, se levantó después que hubieran proliferado gavillas de ladrones "y se apoyaba en ellas". Pero los salteadores, que también pudieron formarse con gente de la montonera, no solo no desaparecieron sino que en la última fase dirigieron su violencia y los asaltos contra propiedades y vecinos cada vez más ricos, que ostentaran rangos militares o eran autoridades locales. Fradkin, que evita todo determinismo, identifica el fenómeno de los llamados salteadores con un fondo de malestar social y el cuestionamiento de las autoridades locales como un indicador de conflictividad política

de los pueblos: la montonera podría servir de articulación de las dos conflictividades.[43] Con un estilo sutil, el autor ha evitado el cuadro general del rebelde primitivo y el bandolero social, si lo primero con carácter general, lo segundo al caracterizar la partida dignificada, la montonera. Las gavillas de "salteadores" quedan en un terreno difuso: aún al converger en la campaña bonaerense con los anteriores, conservan una lógica propia —y específica de la conflictividad social del campo, pues son, o han sido gente de campo—; esas gavillas se expresan con un lenguaje violento, no siempre pero de forma creciente, contra los poderosos locales y carece —¿cómo decirlo?— de lenguaje político, sin que puedan excluirse desgajamientos que vayan hacia la montonera, que de forma no menos sutil está elaborando ese lenguaje mientras acciona. Sin duda, mucho más elaborado y depurado, el macrocuadro que resulta de esta microhistoria que Fradkin traza con maestría, nos trae a la memoria la historia, siglo y medio después, de algunas regiones de Colombia conforme fue observada por Eric Hobsbawm cuando se ocupó de La Violencia.

FORMACIONES SOCIALES, SOCIEDADES ABIERTAS

La cercanía de Eric Hobsbawm al pensamiento gramsciano, al que en buena medida da carta de naturaleza en la historiografía internacional al mismo tiempo que Eugene Genovese, ciertas reflexiones metodológicas y el enjundioso estudio que antecede y arroja luz a las Formaciones económicas precapitalistas de Marx ejercieron una influencia en la historiografía latinoamericana que, vista en perspectiva, se antoja formidable.

El origen de esta aventura compartida hay que situarlo en 1960, cuando la revista italiana Società publica su texto "Per lo studio delle classi subalterne". José Carlos Chiaramonte ha dejado constancia del impacto que produjo la temprana lectura de este texto hacia 1961, de un autor para él desconocido: "la calidad de la información, el criterio histórico con que se la manejaba y su trasfondo teórico", el evidente conocimiento de Gramsci y de su perspectiva teórica no dogmática.[44] En aquel momento, un grupo de jóvenes intelectuales comunistas argentinos se disponía a hacer lo más cercano a pensar por sí mismos. Tres años después el artículo era traducido por la revista que en la ciudad de Córdoba promueve el mismo grupo, que acaba de ser expulsado del PC, Pasado y Presente, exactamente con el mismo título de la revista de historia que Hobsbawm contribuyera a fundar una década antes.[45] Los editores son José Aricó y el filósofo Oscar del Barco, para quienes el pensamiento de Gramsci no puede decirse que fuera desconocido. En Argentina lo había introducido Héctor Pablo Agosti, quien desde 1958 venía editando los Cuadernos de la cárcel. Pero a partir de esos años comenzaría a gozar de nueva y más accidentada vida, pues las lecturas del teórico italiano iban a generar conclusiones divergentes entre sí y de la que deducía Hobsbawm.

El artículo "Para el estudio de las clases subalternas" es un texto de transición entre Rebeldes primitivos y la aproximación de Hobsbawm a América Latina. Sirviéndose de Gramsci, el autor invita a seguir las inquietudes de los antropólogos cuando buscaban

antepasados a las ideologías revolucionarias modernas, específicamente en la cultura popular, en la perspectiva de abordar desde abajo las transformaciones en las clases subalternas y entre los pueblos subalternos en los países subdesarrollados. El historiador llamaba a desarrollar un programa de estudio que rivalizara con la antropología y la sociología, que considerara el carácter histórico de las categorías, que partiera del reconocimiento del conflicto en todas las sociedades y que pudiera construir modelos de explicación sobre las clases subalternas por medio de la comparación y la generalización. Un punto de partida podía consistir en reconocer "la sustancial ineficiencia de las clases subalternas y de sus movimientos durante la mayor parte del proceso histórico". No solo eran socialmente "subalternas", como indica su nombre, señala, sino que protagonizaban una historia de derrotas casi inevitables en las que con raras excepciones se mostraban incapaces de la victoria. Esas consideraciones iban en dirección opuesta a la visión heroica de la historia militante. Leídas en 2012, también contradicen la microhistoria empática hacia subalternos, pobres y humildes que parece adueñarse del medio académico en proporción directa con el estatus de las instituciones a las que pertenecen los investigadores.

En su propuesta de indagación, Hobsbawm instaba a examinar los elementos de cohesión de las sociedades y las variantes por las que los movimientos de estas clases eran integrados en el sistema. Dudaba de la orientación revolucionaria de los citados movimientos en las sociedades anteriores al capitalismo, por más que albergaran sentimientos naturales de justicia y fueran contrarios a los latifundistas y a los hombres de leyes que contribuían a su explotación y dominación. En la práctica, observaba, los movimientos actuaban como si la sociedad que conocían fuera permanente y sólo fuera posible hacerla más tolerable, no sustituirla por otra, que a lo más existía idealizada en el pasado. Un terreno propicio de estudio lo conformaban los países coloniales o subdesarrollados y el problema del campesino, problema de primer orden para la acción de los partidos comunistas, señala, por lo que las investigaciones sociales e históricas que llegaran a realizarse serían de gran importancia política, concluye.[46]

Pasado y Presente volvió a prestar atención a nuestro autor en 1965. Un

año antes se había publicado en Londres (Lawrence & Wishart) el texto de Marx Formaciones económicas precapitalistas con una amplio estudio preliminar de Eric Hobsbawm. Pareciera como si nadie antes se hubiera atrevido a leer este fragmento de los Grundisse (inéditos hasta 1939, reimpresos solo en 1953) y a intentar descifrarlo, en particular los historiadores, pues la obra contiene una explicación mucho más rica y compleja de la evolución de las sociedades precapitalistas que las conocidas del Manifiesto comunista y el Prólogo a la Crítica de la economía política, que habían sido tenidas por canónicas y sirvieron a la construcción estalinista de la inexorable marcha de los cuatro modos de producción reconocidos.

Hobsbawm llamaba la atención sobre la inexistencia de un orden determinado de sucesión de los modos de producción a la manera de una escalera que se sube a velocidades distintas, sobre las causas que hacen que un sistema surja o decline, acerca de la ausencia de leyes que conduzcan necesariamente al capitalismo. Se ocupaba también de un concepto central que en las Formen no lo es tanto, la categoría formación socioeconómica, referida a sociedades históricas, no a conceptos abstractos. En las formaciones coexisten relaciones sociales diferentes, recuerda, dejando abierta la puerta de su futura evolución lejos de cualquier determinismo. La última cuestión, en gran medida también la manera de abordar las restantes, poseía una importancia capital en la periodización de las sociedades y en el análisis de las transiciones de unas a otras, mucho más en las previas al capitalismo. Y aquí se abría un inmenso territorio a los historiadores que se ocupaban de América Latina en la etapa colonial, justo cuando Hobsbawm manifestaba la insatisfacción del historiador ante las rígidas respuestas ideológicas y políticas “osificadas”.[47]

Oscar del Barco dedicó un artículo en la revista de Córdoba a comentar el libro de Marx.[48] Si las Formen conoció pronto traducciones al español, en Buenos Aires (Platina, 1966) y Madrid (Nueva Visión, 1967), la edición más difundida iba a ser la que a partir de 1971 publicaron los Cuadernos de Pasado y Presente, y Siglo Veintiuno en México, una vez se exiliaron Aricó y sus compañeros. En los años siguientes se iba a suscitar un extenso debate, en particular a raíz de la aparición de los trabajos de André Gunder Frank sobre el carácter capitalista o feudal predominante en

América Latina en la etapa colonial y aún después en muchas áreas. El texto de las Formen permitía resolver la disyuntiva mediante la indagación en las relaciones sociales realmente existente en una época dada, sin la sujeción de un único modo de producción. Era la invitación que Hobsbawm proponía.

En México, donde antes hemos mencionado la evolución del PCM a finales de los años setenta, sin que pretendamos que fue debida a la mucha lectura de historia o de las Formen, en particular, el texto tendría también su incidencia. Los futuros reformadores comunistas mexicanos habían participado desde los años sesenta en algunos de los debates en los que nuestro historiador tuvo un papel relevante en sentido opuesto al pensamiento dogmático, por ejemplo a propósito de la recuperación teórica del modo de producción asiático o tributario. En ese sentido, el antropólogo Roger Bartra profundizó en la formación social "autóctona" y más tarde analizó desde un ángulo diferente al tradicional la articulación de las estructuras campesinas colonial y moderna.[49] Siendo redactor jefe de Historia y sociedad, revista del PCM, Bartra publicó en 1965 las reflexiones de Jean Chesneaux aparecidas un año antes en La Pensée sobre "Le mode de production asiatique", la variante pre-capitalista no canónica. Pudo hacerlo después de vencer la resistencia de Enrique Semo, y lo logró, según su testimonio, a la luz de la reciente publicación del texto de Marx que venía precedido de la presentación y comentario de Eric Hobsbawm, reputado historiador marxista convertido en avalista.[50]

Entre tanto tuvo lugar una segunda recepción, la del estructuralismo althusseriano, que llevaba a cabo una lectura propia de las Formaciones. En particular, Étienne Balibar reconsideraba el concepto "formación social", al que desprovee de su dimensión económica para ceñirlo a la totalidad de instancias articuladas a partir de un determinado modo de producción, jerárquico sobre los restantes, modos que coexistían con él. La novedad introduce abstracción y mecanicismo. A comienzos de los setenta una pléyade de historiadores latinoamericanos ganados por el estructuralismo se lanza a la carrera por descubrir relaciones sociales que hubieran dado lugar a modos de producción singulares y a evoluciones específicas de los mismos, o a encontrar vías regionales de desarrollo del capitalismo prescindiendo de las teorías de la

dependencia, de la vinculación orgánica a las economías de las metrópolis europeas y de la noción de semiperiferia. El libro reunido por Carlos Sempat Assadourian sobre los modos de producción en América Latina da cuenta de uno de los desmedidos esfuerzos —y habrá quien se pregunte por su utilidad al historiador — realizados en ese sentido, donde estas unidades sociales se multiplican hasta donde alcancen los casos: desde el modo de producción colonial al esclavista colonial o el modo subsidiario de las comunidades guaranizadas de la formación regional altoperuana-rioplatense, contribución de quien, sanado de este sarampión, ha dado luego tan buenos trabajos.[51]

En el agrio debate emprendido por Edward Thompson con Althusser y su pretensión teórica, el historiador desliza reiteradas veces que nos hallábamos ante una versión actualizada del estalinismo. Era, sin duda, una interpretación muy libre y probablemente injusta. Sin embargo, podemos convenir que el estructuralismo althusseriano y el estalinismo comparten una forma semejante de acercarse a la realidad histórica desde la primacía de la teoría científica (y su dimensión política), que dicta la realidad incluso cuando insta a organizar la información desde los datos, un empirismo hacia el que ambos pensamientos manifiestan una absoluta desconfianza.

El modo de pensar históricamente enunciado por Hobsbawm no podía estar más alejado de ese esfuerzo de abstracción teórico-cienticifista de ordenar las sociedades, esfuerzo condenado a la melancolía y a dejar serias cicatrices en la historia marxista que esperaba renovar. También Emilio Sereni, recuerda Starcenbaum, advirtió la oposición radical que existía entre la lectura llevada a cabo por Althusser y sus discípulos del concepto “formación social” según lo había entendido Gramsci, que Hobsbawm hacía suyo. A la vista de estos debates, Chiaramonte sugirió la inadecuación del concepto modo de producción para periodizar en historia: la realidad latinoamericana, concluye, “se ha mostrado persistentemente rebelde a las ‘clasificaciones’ marxistas tradicionales”.[52]

Hubo otra dimensión de las lecturas teóricas y políticas. El grupo de Aricó comenzó por aproximarse al guevarista Ejército Guerrillero del Pueblo, después viró hacia el consejismo obrero sostenido por el

joven Gramsci. Vino a continuación la recepción cegadora de Althusser y sus discípulos estructuralistas. El marxismo flexible daba paso al primer neomarxismo en una de sus versiones más rígidas, simplificadas y esquemáticas que se han conocido, con su pretensión de alta filosofía, alejada de la historia y de las categorías históricas. La adaptación al tiempo presente de esas formulaciones condujo a algunos a "fundar una estrategia armada superadora de la línea partidaria derivada de la concepción comunista de los modos de producción en América Latina". El Comité Nacional de Recuperación Revolucionaria, el Partido Comunista Revolucionario, las Fuerzas Argentinas de Liberación forman parte de esa secuencia que conduce de la teoría a la praxis.[53] En cierto modo, volvía a hacerse realidad eso de que América Latina era "un continente creado para socavar las verdades convencionales". Solo que esta vez con consecuencias trágicas.

Distanciado de la deriva insurreccional, Oscar del Barco, una vez instalado en la Universidad de Puebla, en México, llevó a cabo una doble recuperación: la edición de los Cuadernos de la cárcel (Editorial Era) y la reivindicación del Hobsbawm gramsciano y del historiador social intuitivo, de naturaleza teórica flexible —como sus colegas Thompson, Rudé, Williams— en relación a las restantes corrientes marxistas. En 1978 la Universidad de Puebla publicó El pensamiento revolucionario de Gramsci, nueve textos de autores europeos sobre el revolucionario italiano, de los cuales cuatro pertenecían a Hobsbawm.[54] En 1983 la misma universidad publicaba con el título Marxismo e historia social una recopilación de los textos metodológicos e historiográficos de Hobsbawm que se habían editado en Latinoamérica en las dos décadas anteriores. Para entonces su obra mayor circulaba ampliamente, bastante menos estas "intervenciones" reflexivas a pesar de que textos suyos habían aparecido también en México en compilaciones organizadas por István Mészáros (1973) y Ciro F. Cardoso (1976). Su obra era ya ampliamente utilizada y debatida, lo seguiría siendo en las décadas posteriores hasta nuestros días, cuando su legado persiste en la forma de abordar los temas por muchos, cualesquiera que sean las conclusiones. Porque, según dijera, "los problemas quedan, permanecen… No así las respuestas".

NOTAS AL PIE

[1] Eric Hobsbawm, Años interesantes. Una vida en el siglo XX, Crítica, Barcelona, 2005. Es citado en el texto como Años, seguido de la página. En Javier Paniagua y José A. Piqueras, "Comprender la totalidad de la explicación histórica. Conversación con Eric J. Hobsbawm", Historia Social, 25 (1996), p. 30, el autor es más explícito: "El comunismo, en mi caso personal, fue la base de mi interés por la historia", una preocupación que considera ideológica antes que política.

[2] Bret Stephens, "Eric Hobsbawm and the Details of History. How can one explain the warm eulogies offered up for a lifelong apologist of Soviet communism?", The Wall Street Journal, 5 de octubre de 2012.

[3] Eric Hobsbawm, "The Revival of Narrative: Some Comments", Past & Present, 86 (1980), pp. 3-8. ["El renacimiento de la historia narrativa. Algunos comentarios", Historias, 14 (1986), México, pp. 9-13].

[4] Javier Paniagua y José A. Piqueras, "Comprender la totalidad de la explicación histórica. Conversación con Eric J. Hobsbawm", Historia Social, 25 (1996), p. 9.

[5] Eric Hobsbawm, "El desafío de la razón. Manifiesto para la renovación de la historia", Polis, Santiago de Chile, 11 (2005). En www.revistapolis.cl/11/hobs.htm.

[6] Pablo A. Pozzi, "Eric Hobsbawm: historia social e historia

militante", Espaço Plural, 16 (2008), pp. 10-11.

[7] Javier Paniagua y José A. Piqueras, "Comprender la totalidad de la explicación histórica. Conversación con Eric J. Hobsbawm", Historia Social, 25 (1996), p. 5.

[8] También Eric Hobsbawm, Historia del siglo XX, Crítica, Buenos Aires, 1999, 3a. reimpr., p. 433.

[9] Tristram Hunt, "Eric Hobsbawm: a conversation about Marx, student riots, the new Left, and the Milibands", The Guardian, 16 de enero de 2011 [Ñ. Revista de Cultura (Clarín), 25 de febrero de 2011].

[10] Eric Hobsbawm, "Guerrillas in Latin America", Socialist Register, 7 (1970), pp. 51-61. El análisis sobre el periodo de "la Violencia", en Eric Hobsbawm, Rebeldes primitivos. Estudio sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX, Ariel, Barcelona, 1974, 2a. ed., pp. 263-273.

[11] Eric Hobsbawm, Historia del siglo XX, Crítica, Buenos Aires, 1999, 3a. reimp., pp. 293 (campesinos) y 438-440 (Fidel, guerrillas).

[12] Aldo Panfichi, "Una entrevista con Eric Hobsbawm (1992)", A contracorriente, 7: 3 (2010), p. 371.

[13] Véase Eric Hobsbawm, Rebeldes primitivos. Estudio sobre las

formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX, Ariel, Barcelona, 1974, 2a. ed., nota a la Introducción, pp. 23-26, para la distinción entre movimientos revolucionarios y reformistas en principios y métodos.

[14] Aldo Panfichi, “Una entrevista con Eric Hobsbawm (1992)”, A contracorriente, 7: 3 (2010), p. 373.

[15] Eric Hobsbawm, “A Case of Neo-Feudalism: La Convencion, Peru”, Journal of Latin American Studies, 1 (mayo, 1969), pp. 31-50 [dos ediciones traducidas en Perú: La Convención: un caso de neofeudalismo, Instituto de Investigaciones Económico-Sociales, Lima, 1970; y “Un ejemplo de neofeudalismo: La Convención, Perú”, en Marco Aurelio Ugarte Ochoa (ed.), La Convención: el trabajo y sus luchas sociales, Amauta, Cusco, 1983, pp. 35-57]. Eric Hobsbawm, “Peasant Land Occupations”, Past & Present, 62 (1974), pp. 120-152 [“Ocupaciones campesinas de tierras en el Perú”, Análisis, 2-3 (abril-dic., 1977), pp. 111-142]. Eric Hobsbawm, Rebeldes primitivos. Estudio sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX, Ariel, Barcelona, 1974, 2a. ed., pp. 274-297.

[16] Ibid., p. 141. También Eric Hobsbawm, “Peasants and Politics”, The Journal of Peasant Studies, 1 (1973), pp. 3-22 [Los campesinos y la política, Anagrama, Barcelona, 1973]. Una crítica incisiva desde la perspectiva de la economía campesina y de la consideración del campesino como sujeto revolucionario, en Manuel González de Molina, “Los mitos de la modernidad y la protesta campesina. A propósito de ‘Rebeldes Primitivos’ de Eric J. Hobsbawm”, Historia Social, 25 (1996), pp. 113-157.

[17] Eric Hobsbawm, Rebeldes primitivos. Estudio sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX, Ariel,

Barcelona, 1974, 2a. ed., p. 297.

[18] Alberto Flores Galindo, Buscando un Inca: Identidad y utopía en los Andes, en Obras Completas III (I), Sur Casa de Estudios del Socialismo, Lima, 2008, pp. 331-346.

[19] Tristram Hunt, “Eric Hobsbawm: a conversation about Marx, student riots, the new Left, and the Milibands”, The Guardian, 16 de enero de 2011 [Ñ. Revista de Cultura (Clarín), 25 de febrero de 2011].

[20] Fabio Mussi y Giuseppe Vacca, “El eurocomunismo y la lenta transición de la Europa capitalista. Entrevista a Eric Hobsbawm”, Revista Mexicana de Sociología, 40 (1978), pp. 253-262 [traducido de Rinascitá, 12 (1977), pp. 11-13].

[21] Cit. en Eric Hobsbawm, Años interesantes. Una vida en el siglo XX, Crítica, Barcelona, 2005, p. 45.

[22] Eric Hobsbawm, Rebeldes primitivos. Estudio sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX, Ariel, Barcelona, 1974, 2a. ed., pp. 9-23 y 299-301.

[23] Jesús Antonio Bejarano, “Campesinado, luchas agrarias e historia social: notas para un balance historiográfico”, Anuario Colombiano de Historia Social y Cultural, 11 (1983), p. 284.

[24] Martha Cárdenas (ed.), Once ensayos sobre la violencia, Cerec,

Bogotá, 1985.

[25] Eric Hobsbawm, Bandidos, Ariel, Barcelona, 1976, p. 9-11 y 23-25.

[26] Eric Van Young, La otra rebelión. La lucha por la independencia de México, 1810-1821, Fondo de Cultura Económica, México, 2006, p. 46.

[27] Eric Hobsbawm, Rebeldes primitivos. Estudio sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX, Ariel, Barcelona, 1974, 2a. ed., pp. 315-317.

[28] Carlos Aguirre y Charles Walker, “Introducción” a Carlos Aguirre y Charles Walker (comp.), Bandoleros, abigeos y montoneros. Criminalidad y violencia en el Perú, siglos XVIII-XX, Instituto de Apoyo Agrario, Lima, 1990, pp. 13-24.

[29] Maria Isaura Pereira de Queiroz, O messianismo no Brasil e no Mundo, Universidade de São Paulo, São Paulo, 1965. Hobsbawm alentó la publicación de Maria Isaura Pereira de Queiroz, “Messiahs in Brazil”, Past & Present, 31 (1965), pp. 62-86.

[30] Scarlett O’Phelan, Un siglo de rebeliones anticoloniales: Perú y Bolivia, 1700-1783, Centro Bartolomé de las Casas, Cusco, 1988.

[31] Margarita Giesecke, The Trujillo Insurrection, the APRA Party and the Making of Modern Peruvian Politics, University of London,

Londres, 1993 [La insurrección de Trujillo. Jueves 7 de Julio de 1932, Fondo Editorial del Congreso de la República del Perú, Lima, 2010].

[32] Jorge Pinto Rodríguez, “El bandolerismo en la Frontera, 1880-1920. Una aproximación al tema”, en Sergio Villalobos et al., Araucanía, temas de historia fronteriza, Ediciones Universidad de La Frontera, Temuco, 1989, pp. 101-122.

[33] José de Souza Martins, “Los campesinos y la política en el Brasil”, en Pablo González Casanova (comp.), Historia política de los campesinos latinoamericanos, Siglo XXI, México, 1985, vol. 4, pp. 9-83.

[34] Richard Slatta (ed.), Bandidos. The varieties of Latin American banditry, Greenwood Press, Nueva York, 1984. Incluye una serie de textos “revisionistas”, entre otros autores, de Paul J. Vanderwood y Linda Lewin.

[35] Richard Slatta, “Bandits and Rural Social History: A Comment on Joseph”, Latin American Research Review, 26: 1 (1991), p. 147.

[36] Gilbert M. Joseph, “On the trail of Latin American Bandits: A Reexamination of Peasant Resistance”, Latin American Research Review, 25 (1990), pp. 7-53. Véase también los matices que Joseph introduce a las conclusiones de Florencia E. Mallon, “The Promise and Dilemma of Subaltern Studies: Perspectives from Latin American History”, The American Historical Review, 99: 5 (1994), p. 1499.

[37] E. J. Hobsbawm, “Prólogo” a Gonzalo Sánchez y Donny Meertens, Bandoleros, gamonales y campesinos. El caso de la Violencia en Colombia, El Ancora, Bogotá, 1983, pp. 7-12.

[38] En Javier Paniagua y José A. Piqueras, “Comprender la totalidad de la explicación histórica. Conversación con Eric J. Hobsbawm”, Historia Social, 25 (1996), p. 5.

[39] Carmen Vivanco, “Bandolerismo colonial peruano, 1760-1810. Caracterización de una respuesta popular y causas económicas”, y Alberto Flores Galindo, “Bandidos de la costa”, en Carlos Aguirre y Charles Walker (comp.), Bandoleros, abigeos y montoneros. Criminalidad y violencia en el Perú, siglos XVIII-XX, Instituto de Apoyo Agrario, Lima, 1990, pp. 25-56. y pp. 57-68, respectivamente.

[40] Louis A. Perez, Jr., Lords of the Mountain: Social Banditry and Peasant Protest in Cuba, 1878-1918, University of Pittsburgh Press, Pittsburgh, 1989. Rosalie Schwartz, Lawless Liberators: Political Banditry and Cuban Independence, Duke University Press, Durham, 1989.

[41] Imilcy Balboa Navarro, La protesta rural en Cuba. Resistencia cotidiana, bandolerismo y revolución (1878-1902), CSIC, Madrid, 2003.

[42] Eric Van Young, La otra rebelión. La lucha por la independencia de México, 1810-1821, Fondo de Cultura Económica, México, 2006, p. 218.

[43] Raúl Fradkin, Historia de una montonera. Bandolerismo y caudillismo en Buenos Aires, 1826, Siglo Veintiuno Editores, Buenos Aires, 2006, pp. 172-173 y 195-201.

[44] José Carlos Chiaramonte, “Bajo la censura del onganiato”, Zona. Suplemento de Clarín, 22 de noviembre de 1998.

[45] Eric J. Hobsbawm, “Para el estudio de las clases subalternas”, Pasado y Presente, 2/3 (Jul.-Dic. 1963), pp. 158-167.

[46] Citamos por Eric Hobsbawm, Marxismo e historia social, Presentación de Osvaldo Tamain, Universidad Autónoma de Puebla, Puebla, 1983, pp. 45-59.

[47] Eric Hobsbawm, “Introducción” a Karl Marx y Eric J. Hobsbawm, Formaciones económicas precapitalistas, Siglo Veintiuno, México, 1989, 4a. ed., pp. 9-64.

[48] Oscar del Barco, “Las formaciones económicas precapitalistas de Karl Marx”, Pasado y Presente, 9 (abr.-sep. 1965), pp. 84-96.

[49] Roger Bartra, El modo de producción asiático. Antología de textos sobre problemas de la historia de los países coloniales, Ediciones Era, México, 1969. Después desarrollado en Marxismo y sociedades antiguas (1975).

[50] Véase Roger Bartra, “La inteligencia rebelde”, Letras Libres, 13 de julio de 2012 [http://www.letraslibres.com]. Bartra sería uno de

los dirigentes reformadores del PCM, director en 1980 del medio oficial El Machete.

[51] Carlos Sempat Assadourian et al., Modos de producción en América Latina, Cuadernos Pasado y Presente, Buenos Aires, 1973, 2a. ed. Se publicaron veinte ediciones hasta 2005. El congreso de Americanistas celebrado en México en 1974 tendría entre sus mesas estelares la organizada por Roger Bartra y Pierre Vilar sobre modos de producción; los textos, de perspectiva distinta y menor interés que los anteriores, conocerían una reiterada reproducción, primero en México en Historia y sociedad (1974) y dos años más tarde en Lima en formato de libro: Roger Bartra y otros, Modos de producción en América Latina, Delva, Lima, 1976.

[52] José Carlos Chiaramonte, Formas de sociedad y economía en Hispanoamérica, Grijalbo, México, 1984, pp. 161-163.

[53] Marcelo Starcenbaum, “El marxismo incómodo: Althusser en la experiencia de Pasado y Presente”, Izquierdas, 11 (diciembre 2011), p. 45.

[54] “La ciencia política de Gramsci”, “De Italia a Europa”, “Gramsci y la teoría política”, “El gran Gramsci”. Habían sido publicados en Marxism Today (1977), Rinascita (1975 y 1977) y New York Review of Books (1974). El último fue también editado en Brasil en Cadernos de Opinião, 1 (1975).

COMPRENDER LA TOTALIDAD DE LA EVOLUCIÓN HISTÓRICA

CONVERSACIÓN CON ERIC HOBSBAWM [1]

Javier Paniagua y José Antonio Piqueras

Eric Hobsbawm es uno de los mayores historiadores de los últimos cincuenta años. Su amplia y diversa obra le sitúa entre los autores más destacados, leídos y reconocidos de nuestro tiempo. Su extensa dedicación a la historia económica y social y a problemas más generales de la historia le ha convertido en obligada referencia de gran número de temas y debates. Sus originales aportaciones han dado con frecuencia origen a nuevas líneas de trabajo y a fructíferas controversias.

La cuestión de la crisis general del siglo XVII y el origen del capitalismo industrial, su contribución al debate sobre la transición del feudalismo al capitalismo, la reactivación de la discusión sobre el nivel de vida durante la revolución industrial, el peso real del fabianismo, la reconsideración de la aristocracia obrera, el sentido de las acciones luditas, la confrontación entre sectores precapitalistas y estructuras capitalistas en proceso de consolidación, la violencia resultante en el mundo agrario, la importancia de la cultura en la definición de tradiciones de lucha obrera, la recuperación crítica de las Formaciones sociales precapitalistas de Marx, las reflexiones sobre problemas de historiografía y método o sobre la historia económica y social, la tesis de la revolución dual, los ensayos acerca de las revoluciones y los revolucionarios contemporáneos, la invención de la tradición y sus tesis sobre el nacionalismo, la historia del marxismo en la etapa de entresiglos y en su relación con la cultura europea..., así como sus periódicas intervenciones desde la izquierda política hacen de

Eric Hobsbawm un historiador comprometido con la sociedad presente, cuyo origen y evolución ha procurado y procura explicar.

La experiencia personal, familiar e intelectual de Hobsbawm compendia además buena parte de lo que para muchos europeos ha sido el "corto siglo XX", en la afortunada expresión con la que titulaba en inglés su libro más reciente. Nacido en 1917 en Alejandría, cuando Egipto formaba parte del imperio británico, por ascendencia paterna pertenecía a una familia judía originaria de Polonia, emigrada a Inglaterra y en parte trasladada a las colonias; su familia materna era austriaca, en años en que el imperio de los Habsburgo era una entidad político-estatal a punto de desaparecer de la historia. Educado en Viena y Berlín, se adscribe al comunismo en la época del ascenso del fascismo y abandona Alemania con la llegada de Hitler al poder: "nos hicimos revolucionarios... porque la vieja sociedad no parecía viable por más tiempo. Carecía de perspectivas", escribirá más tarde. Cursó estudios universitarios en Cambridge y ha sido Profesor de la University of London. En los últimos años imparte docencia en New York. Fue miembro fundador de la revista de historia Past & Present, que desde su nacimiento en 1952 se convirtió en un foro privilegiado de diálogo entre historiadores marxistas y quienes no lo eran. La publicación ha cimentado desde entonces su prestigio hasta convertirse en una de las primeras revistas de investigación histórica del mundo. Sus obras han sido traducidas a los principales idiomas pero a ninguno de forma tan sistemática como al español y al italiano, país del que se ha ocupado en frecuentes ocasiones y en el que a menudo ha publicado artículos y entrevistas o ha participado en proyectos editoriales, como la Storia del marxismo dirigida para la editorial Einaudi.

Muy posiblemente se trate del historiador social más ampliamente difundido en España desde la aparición en 1968 de Rebeldes primitivos, obra que marcó una época en los estudios sobre la protesta campesina y en la que interpretaba el anarquismo andaluz en clave milenarista. Una de las características en la larga trayectoria del profesor Hobsbawm ha consistido precisamente en integrar en problemáticas generales, cuestiones localizadas en la Europa meridional y en América Latina (Colombia y Perú), incluyendo referencias a realidades muy diversas por lo general

ignoradas en la historiografía europea (África, India, etc.). La preocupación por explicar la evolución de la totalidad histórica le ha llevado a detenerse en problemas específicos o al estudio de los cambios que atañen a comportamientos sociales, desde las clases a pequeños grupos definidos por el oficio o rasgos de identidad compartidos. Los estudios monográficos se han compaginado con una serie de síntesis interpretativas sobre la historia de los dos últimos siglos, un esfuerzo integrador realizado a partir de un enorme caudal de información histórica universal: The Age of Revolution. Europe 1789-1848; The Age of Capital, 1848-1875; The Age of Empire, 1875-1914; The Age of Extremes, 1917-1990. A short history of XX Century. Es quizá en esas síntesis donde se expresa con mayor claridad la pretensión que anima la tarea del historiador: dar cuenta de la totalidad de la existencia y de los cambios de la humanidad a través de sus rasgos más significativos, explicar las adaptaciones y las resistencias a esos cambios, establecer una perspectiva histórica amplia que permita situar fenómenos económicos, sociales, políticos y culturales.

En los últimos tiempos, además de sacar de imprenta una Historia del siglo XX. 1917-1990, ha mostrado un interés particular por los procesos de revisión histórica (Los ecos de la Marsellesa) y la elaboración de tradiciones históricas con fines nacionalistas (La invención de la tradición, Naciones y nacionalismo en el mundo moderno). En el pasado ha ejercido, además, como crítico y ensayista de jazz bajo el seudónimo de Francis Newton, es autor de un gran número de críticas y reseñas de obras de historia, literatura o cultura popular y no ha dejado de opinar sobre cuestiones de actualidad política en revistas como Marxism Today —cuyo comité de redacción ha integrado— o en la New Left Review. Ha pertenecido al Partido Comunista Británico hasta su reciente disolución.

La crítica a Hobsbawm no ha dejado de suscitarse, como corresponde a una obra dilatada que se ha interesado por cuestiones cuyas consecuencias llegan a nuestros días. Al margen de aquellos que le reprochan la adscripción al marxismo, sus detractores apuntan desde perspectivas muy diferentes un conjunto de insuficiencias que podríamos resumir en las que siguen: el eurocentrismo que preside su serie sobre el siglo XIX, en el que las

referencias a la realidad externa al viejo continente apenas si constituyen alusiones complementarias pero rara vez aportaciones sustantivas a la formación de la sociedad contemporánea; la tendencia a un comparatismo demasiado extenso que no puede tener en cuenta las determinaciones históricas de los casos de que se sirve; la inclinación a formular conclusiones que desde el estricto empirismo pueden considerarse prematuras; la ausencia de categorías analíticas definidas —siquiera resultado de la investigación practicada— pese a ocuparse de cuestiones históricas de indudables implicaciones teóricas; o la influencia de su militancia comunista, que condicionaría en sentido pesimista la visión del pasado obrero en la medida en que este pudiera comprometer proyectos vigentes. En todo caso, y cualquiera que sea la valoración que se haga de unos u otros aspectos de su obra, nadie podrá negar la ambición intelectual con la que ha abordado el análisis histórico y su aportación global a una mejor comprensión de la evolución de las sociedades. En la conversación sostenida con el profesor Hobsbawm nos planteamos una revisión de los temas, las épocas y los problemas que han merecido su atención.

LA FORMACIÓN DE LA SOCIEDAD CAPITALISTA

PANIAGUA: Mirada en perspectiva, su obra parece dominada por una preocupación: el paso de la sociedad feudal a la sociedad capitalista y, en consecuencia, por el establecimiento de unas nuevas relaciones de producción; éste podría ser el eje fundamental. A partir de él, van surgiendo distintas cuestiones por las que se interesa. Comienza por interrogarse por la génesis de esa sociedad, lo que sin ser un modernista le conduce a la crisis del siglo XVII en busca de las bases de una revolución comparable a lo que pueda ser después la Revolución Francesa, esto es, la revolución industrial inglesa que, con la anterior, constituye lo que usted llama la revolución dual, alumbradora del mundo contemporáneo. A través de ese cambio hacia el capitalismo, aborda el nacimiento de la clase obrera y las distintas formas de reacción contra la nueva sociedad: el ludismo, los "rebeldes primitivos", el capitán Swing, suponen un capítulo importante de su obra. Estas serían las preocupaciones iniciales y quizás las más constantes.

HOBSBAWM: Sí. Me parece que es exacto. Es verdad que el problema de la transición histórica es lo que me preocupa, sobre todo la transición hacia la moderna sociedad capitalista e industrial. Es lo que reúne la temática de mis obras de síntesis y las obras sobre la historia de las clases populares, de las clases obreras. Me interesa la simbiosis de una nueva sociedad con tareas nuevas y un mundo formado en el pasado con una herencia cultural anterior, con mecanismos mentales, formas de pensar, de reaccionar acerca de los nuevos problemas en términos de pasado, pero que la gente tiene que modificar y adaptar. Esa me parece la temática tanto de Rebeldes primitivos como de otras obras de este tipo, inclusive las historias de las clases trabajadoras.

PANIAGUA: ...el estudio de la transformación de la cultura obrera, con sus cambios, resistencias e incorporaciones...

HOBSBAWM: Sí. Digamos que el ayer encuentra el mañana en el presente. En cierto modo, a lo largo de una generación se desarrolla el nuevo sistema, una nueva época; la gente aprende nuevos modos de existir, aprende a pensar de un modo nuevo. Pero al mismo tiempo la herencia del pasado sigue presente hasta un cierto punto. En mi último libro, Age of extremes,[2] se encuentra la misma problemática: un capitalismo que funciona en su desarrollo, en su evolución, a través de mecanismos de actuación que son ante-capitalistas, anteriores al capitalismo. Por ejemplo, la estructura familiar, ciertos tipos de valores que no son un conjunto sistemático de modos de producción y de actuación exclusivamente desarrollados por y para los fines de este sistema.

Uno de los grandes temas que yo sugiero es que precisamente al final de este siglo el desarrollo del capitalismo llega al punto donde empiezan a despertar estas bases, debilidades pasadas. Por ejemplo, la estructura familiar, las motivaciones ideológicas y religiosas, las motivaciones para el trabajo... Todo aquello que Adam Smith suponía como cosas naturales. Pero no son cosas naturales.

Esta relación entre pasado y presente es uno de los ejes de mi trabajo, ya desde la perspectiva de la gente menos consciente como, por ejemplo, los campesinos o sectores marginales, hasta el modo de operación del sistema capitalista mismo.

PANIAGUA: Y ¿cómo piensa usted que el capitalismo va imponiéndose? ¿Qué mecanismo interno habría en la estructura de producción capitalista que, a la larga, en un proceso de más de dos siglos, acaba imponiéndose, y de qué modo cree que los elementos del pasado se incorporan y se adaptan a esta nueva sociedad? Para interpretar ese proceso, ¿piensa que la explicación que apuntaba Marx está vigente todavía hoy?

HOBSBAWM: Sí. Lo creo. El problema a que alude, en general, es uno de los más importantes discutido entre historiadores, sociólogos y otros en los últimos cien años. Y sobre todo, entre historiadores y sociólogos con sentido histórico y marxista.

Comencemos admitiendo que hay dos problemas. El primero consiste en reconocer que hay elementos del modo de operación del capitalismo existentes en muchas partes del mundo desde hace miles de años, como sucedía en el Medio Oriente en la época islámica y en China. El mercado, el comercio y hasta el trabajo asalariado existían, pero en el interior de otro tipo de sociedades, sin dominarlas, integrados en sociedades de otro tipo. El gran problema radica en conocer en qué situación estos elementos que no son originales, que ya existen, transforman toda la sociedad y llegan a dominarla. El otro aspecto del mismo problema consiste en que sabemos que esta transición se ha producido en una parte del mundo y nada más. Es decir, en occidente, y más precisamente en la región atlántica de Europa; aún más, en Inglaterra. Desde ahí se ha realizado la conquista, la penetración y transformación del mundo. Lo cual no deja de plantear dudas interesantes porque ciertas sociedades anteriores parecen a primera vista más desarrolladas, más ricas, más sofisticadas, además de que parecen existir en ciertas partes de la India —y también de China— las condiciones para un desarrollo interno. Esta es una de las inquietudes presente en mis trabajos sobre la transición. En ese sentido, la especificidad de la situación europea occidental es importante. Lo es por la interacción entre esta región y otras regiones que hasta los siglos XIV-XV han sido tal vez más desarrolladas y más ricas que Europa, y al mismo tiempo porque es una región que tiene características propicias no sólo económicas, sino también políticas y culturales para el desarrollo del capitalismo.

Se trata de una problemática que ha interesado a los historiadores marxistas, Perry Anderson, entre ellos. Pero no ha recogido la distinción hecha por los teóricos de los sistemas mundiales —sobre todo por Wallerstein en su primer libro,[3] que me parece el mejor de los suyos— entre la economía y la política de los imperios, la teoría de una economía supuestamente mundial en la que Europa es una región sin estructuración político-administrativa, una región sin

imperio desde el fin del Imperio Romano. Esto me parece un elemento importante.

El otro aspecto destacado de la transición del feudalismo al capitalismo en occidente presenta dos elementos de análisis: el mercado y la transformación de las relaciones de producción, sobre todo en el campo. Personalmente, no sé dónde me sitúo con precisión en este debate. A primera vista me parece que la expansión, la conquista del mundo por una parte de los europeos en los siglos XV y XVI debió ser un elemento extraordinario para establecer las bases de una evolución que permitiera a las transacciones del mercado tener una importancia cada vez más grande en la economía. En ese sentido estoy de acuerdo con Wallerstein cuando afirma que la conquista del mundo exterior supuso un elemento muy notable en los orígenes de la transformación industrial inglesa. Yo subrayo la importancia del mercado exterior como elemento dinamizador de economías que sin él hubieran sido mucho menos activas. Pero de otro lado, esto no parece bastante sin una transformación interior de las relaciones de producción y, sobre todo, de las relaciones en el campo. Pero aquí hay siempre de entrada un problema que no puedo solucionar. Es en gran parte la discusión que plantean Brenner y otros, continuación del gran debate de Dobb y Sweezy.

PIQUERAS: El debate, básicamente, consistía en conceder la primacía al conflicto en las relaciones de producción, a los factores demográficos o al aumento de capacidad productiva.

HOBSBAWM: Sí, en general me parece que está claro retrospectivamente. También me parece evidente que ciertas transformaciones han sido mucho más profundas en la economía agraria inglesa que en otras. Pero no sé si esto es un post hoc propter hoc.

PIQUERAS: En cualquier caso es una preocupación que está

presente en sus primeros trabajos sobre la génesis del capitalismo. En su artículo de 1954, “La crisis general de la economía europea en el siglo XVII”,[4] pretendía situar en un momento concreto, periodizado, histórico, lo que hasta entonces venía siendo un debate teórico sobre conceptos e interpretaciones de El Capital, de Marx. Hasta ese momento, quizá exceptuando el texto de Takahashi, la mayor parte de la controversia discurría sobre nociones teóricas, sin que se situara dónde sucedía la transición y en qué forma se producía. También en su contribución al debate, “Del feudalismo al capitalismo”,[5] planteaba que era necesario enmarcar la discusión en los estadios sociales y en la peculiar situación en que se hallaban determinados países para desarrollar el capitalismo. En su explicación de la crisis del siglo XVII presentaba el fenómeno como algo común a la mayor parte de Europa: estaríamos ante una crisis general originada por contradicciones internas del feudalismo en la última fase de la transición; la crisis ocasionó una concentración de recursos que sólo pudieron aprovechar aquellas economías que habían introducido cambios cualitativos en su organización mediante sendas revoluciones políticas, esto es, Inglaterra y Holanda; la primacía de la manufactura sobre el comercio y las finanzas constituiría la clave del éxito inglés. Esta tesis dio origen a una larga serie de respuestas en Past and Present y a nuevas aportaciones suyas acerca del origen del capitalismo en relación con el mismo fenómeno.[6] ¿Considera, después del tiempo transcurrido, que la explicación que ofreció entonces sigue siendo válida y no ha sido modificada sustancialmente en el transcurso de posteriores contribuciones?

HOBSBAWM: Yo, personalmente, no lo he modificado. Me parece que éste es un mecanismo mucho más general. Es decir, que el desarrollo de cierto tipo de relaciones, de economía, llegado a un punto, genera contradicciones y crisis; y la resolución de esta crisis no es necesariamente general, sino que se produce en ciertas regiones, en ciertos casos. Por ejemplo, en la actualidad parece evidente que a partir de 1970 la economía capitalista mundial está atravesando una reestructuración, pero una reestructuración que en ciertas regiones, como por ejemplo el Extremo Oriente asiático, tiene mucho más éxito que en otras. Esto me parece un mecanismo

que en el caso del siglo XVII se aplica a Inglaterra y a los Países Bajos.

Debo añadir que la existencia de tal crisis sigue siendo debatida en los medios históricos. Entre estos hay también quienes niegan que tenga un carácter estructural, que sea una crisis de carácter económico, y sitúan sus raíces en la situación política y administrativa. Yo sigo estando convencido de que hubo una crisis. No sé si se produjo conforme a mi explicación. Escribí ese artículo hace tantos años... La investigación histórica ha adelantado muchísimo en los últimos cuarenta años. Por eso, cuando se ha renovado el debate en los años setenta y me han interrogado sobre el libro preparado por Parker, he respondido que ahora, después de tantos años, no trabajo en este campo; mejor dejar el trabajo en el pasado —les dije— porque ya no soy especialista en la materia. Pero el hecho mismo de que el debate continúe me parece una prueba de que se trata de un verdadero debate, de un fenómeno auténtico, es decir, que hay para debatir.

PIQUERAS: Podríamos decir que la máxima cualidad de su trabajo sería que llamó la atención sobre un problema; después ha habido muchos historiadores que han seguido u objetado su explicación, que han pretendido dar explicaciones alternativas o complementarias.

HOBSBAWM: Me parece claro que una de las funciones del historiador es precisamente formular problemas. Las cuestiones quedan, las respuestas no. Entre las principales contribuciones del marxismo en cuanto metodología está la capacidad de formular una problemática histórica. Me ha sucedido varias veces que los problemas que he formulado han sido debatidos sin que se aceptasen mis soluciones.

PIQUERAS: Alguna de las respuestas posteriores, por ejemplo, la de Wallerstein, parecen desenfocar el problema cuando consideran que

la crisis del XVII no lo sería ya del feudalismo, sino que sería una crisis del sistema-mundo capitalista establecido un siglo antes. En opinión de los autores circulacionistas, la relación de intercambio con América habría determinado la aparición en el siglo XVI de unas relaciones sociales internacionales, un sistema-mundo integrado, jerarquizado y dominado por las relaciones capitalistas. La crisis del siglo XVII sería la primera contracción de la "economía-mundo", de modo que la estabilización posterior contribuiría a consolidarla, reordenando el centro, la periferia y la semiperiferia...

HOBSBAWM: Sí. Por eso yo no estoy de acuerdo con él. No. Precisamente porque me parece evidente que visto desde la perspectiva secular, el gran cambio en la evolución económica, la trasformación económica, se produce en el siglo XVIII, finalizando el XVIII, en la era de la revolución dual. Me parece evidente que después del inicio de la época de expansión, de crecimiento económico y demográfico, etc., que se percibe en la Europa Occidental a partir del siglo XII, hay momentos en los que parece que va a producirse un paso adelante, por ejemplo, con la evolución de las industrias textiles en Italia y en Flandes, pero después hay un retroceso.

Lo importante históricamente es identificar el momento a partir del cual el progreso del crecimiento económico y de la industrialización sigue sin recaídas. Por eso creo que lo que ocurre en el siglo XVII es importante: supone una frontera entre la evolución del capitalismo en el interior de un conjunto de economías y sociedades en las cuales no puede romper sus límites y, después, en el siglo XVIII, un capitalismo que ya no encuentra estos límites porque han sido rotos en el crecimiento, en la transformación que conduce a la industrialización.

Las crisis económicas de los siglos XIX y XX son crisis de una economía en expansión, en crecimiento, dentro de una transformación mundial plena, mientras que en los siglos anteriores todavía no estábamos en este punto sino en un momento donde era posible una recaída en la evolución hacia la transformación capitalista, al menos en grandes regiones del mundo. Me parece que el argumento de Wallerstein es un argumento con ciertas bases

políticas e ideológicas que tiene que ver con debates políticos en el Tercer Mundo en los años 50 y 60. Por eso, históricamente, no lo puedo aceptar.

BURGUESÍA Y REVOLUCIÓN

PIQUERAS: Nos referíamos antes a los cambios que se produjeron en el siglo XVII en la estructura política de ciertos países y que permitieron a Inglaterra aprovechar el desenlace de la crisis —la concentración y redistribución de recursos— y encontrar las condiciones que llevarían más tarde a la revolución industrial. "Para que el capitalismo pudiera triunfar, era necesario que la estructura social de la sociedad feudal o agraria experimentase una revolución", escribía en su artículo de 1954. Afirmaba entonces que Inglaterra pudo desempeñar el papel que acabaría asumiendo porque había subordinado la política al empresario capitalista como consecuencia de la "primera `revolución burguesa' completa... el producto más decisivo de la crisis del siglo XVII".[7] El tema de la revolución burguesa pertenece a un debate en el cual usted ha entrado sólo de forma incidental, al menos en sus trabajos posteriores. Sin embargo incluía la revolución entre las condiciones históricas que permitieron la expansión capitalista y evitaron una regresión económica mayor incluso que las anteriores.

Si le parece podemos hablar de todo ello, pues con el paso del tiempo han ido modificándose algunos puntos de vista sobre esta cuestión. El caso más claro, aunque quizá el menos radical, haya sido el representado por Christopher Hill: autor en 1940 de la interpretación de la revolución inglesa como una revolución burguesa "clásica", en los últimos años ha pasado a matizar anteriores afirmaciones, admitiendo que posiblemente la burguesía no protagonizó la revolución, pero desde que ésta se produjo la sociedad avanzó de forma más decidida hacia una sociedad burguesa.[8] ¿Cuál sería, en su opinión, el alcance, la naturaleza y el resultado de la revolución inglesa?

HOBSBAWM: Creo que hay que hacer la distinción entre debates históricos y discusiones de índole ideológica o política, y entre

niveles de análisis. Para muchos marxistas, sobre todo en la tradición marxista de la época soviética, el análisis de clases, de la lucha de clases, ha estado influido en modo extraordinario por categorías y consideraciones políticas. Las revoluciones han sido concebidas como operaciones hechas por elementos conscientes, más o menos organizados, es decir, una por clase entendida casi como un individuo histórico, que se plantea problemas y ofrece soluciones. En cierto modo, tanto las revoluciones burguesas clásicas, basadas en la revolución francesa, como por analogía las revoluciones ulteriores de tipo proletario, las revoluciones verdaderas por esperadas, han sido estructuradas y concebidas de este modo. No sé si recuerda que expuse el problema en cierto modo en mi pequeño libro sobre la revolución francesa.[9]

Bueno, me parece que hay un modo muy distinto de concebir grandes revoluciones y revoluciones, digamos, con consecuencias políticas y grandes cambios económicos y sociales. Ahora está claro, por ejemplo, que había una clase media en el siglo XVIII —aunque haya muchas discusiones en numerosos países sobre este tipo de clase media— con una cierta ideología propia; pero lo que parece claro es que no se trata de una clase capitalista en el sentido estricto específico, pese a que en el interior de las clases medias había también elementos comerciales e industriales. El programa de estas capas medias no fue un programa consciente de desarrollo del capitalismo industrial. Ni siquiera Adam Smith, en La Riqueza de las Naciones, concibe una revolución industrial. Una sociedad comercial, sí. Una transformación del modo agrario, como concibieron los fisiócratas, también. Pero lo que ha ocurrido no ha sido programado por nadie. A este nivel de análisis me parece importante distinguir entre el problema de la conciencia, la formación de grupos sociales, la estructuración de su conciencia y de su ideología, etc., y el efecto económico y social de ciertos grandes cambios, que puede ser independiente de la conciencia de tales grupos.

En mi intervención en la discusión —bastante marginal— sobre la naturaleza de la revolución inglesa, siempre he evitado dar una opinión sobre su carácter burgués. Ahora bien, los efectos de la revolución inglesa han sido favorables para el desarrollo del capitalismo inglés, sin ninguna duda: a partir de los años 1650 hay

un cambio dramático de la política estatal, en la política imperial, en la política social interior, en el triunfo de ideas de mercado y todo eso. Pero no se puede identificar un agente histórico. Después de la revolución inglesa, sí hay una clase dominante, un grupo consciente: los grandes propietarios de tierras. La clase dominante y consciente está formada por los grandes propietarios con ideología whig, que es una ideología del mercado, una ideología consecuente con el desarrollo del capitalismo. Sería muy difícil decir que eso es una burguesía en el sentido ortodoxo clásico.

PIQUERAS: Sin embargo es una clase que desarrolla el capitalismo. Se comporta como una clase capitalista...

HOBSBAWM: Porque se ha roto, se ha roto totalmente la vinculación de esta aristocracia con el mundo feudal, con las relaciones sociales feudales. No sé si ha sido traducido al español un estudio mío sobre los reformadores escoceses en el siglo XVIII y la agricultura capitalista...

PIQUERAS: ...publicado en Annales...

HOBSBAWM: En Annales, sí.[10] En él veía cómo había dos programas para los propietarios de tierras. Uno, feudal, se encontraba en los márgenes de los clanes de Escocia, donde la gente poseía el dominio personal, la potencialidad de armar a su gente. El otro se presenta cuando los reformadores, los economistas, dicen: 'esta política no tiene racionalidad económica; seríamos mucho más ricos y, por eso, más poderosos, con menos armas y más beneficios económicos'. Después de la revolución inglesa del siglo XVII esta lógica ya ha penetrado totalmente en los elementos dominantes de la clase dominante inglesa, es decir, en los propietarios de grandes extensiones de tierra. Al mismo tiempo, no son plenamente capitalistas porque hacen todo por impedir el triunfo del mercado

en su esfera propia de la economía, es decir, en la compra-venta de la tierra.

Recientemente ha salido un libro muy importante del profesor H. J. Habakkuk.[11] Es un trabajo de muchos años sobre los mecanismos empleados por los grandes propietarios para impedir la desintegración de la propiedad familiar manteniendo las dinastías. Sin embargo estos mismos propietarios serían —permitiéndola— los agentes de una transformación en sentido capitalista, tanto agrario como comercial e industrial.

Por lo tanto, yo estoy totalmente de acuerdo con que la revolución del siglo XVII en Inglaterra es una ruptura..., bueno la simboliza; sanciona una ruptura secular importante para el rumbo de la evolución posterior. Pero no puedo ver una clase consciente burguesa. Como tampoco la veo en el 89 en Francia. En el curso de la revolución francesa se está estableciendo un programa burgués, en gran parte por comparación y por concurrencia con Inglaterra. Pero al inicio no hay una burguesía. Las capas medias en Francia no son ni siquiera republicanas.

PIQUERAS: En la concepción dialéctica de Marx, del mismo modo que el capital crea los capitalistas, la revolución crea la burguesía y la experiencia revolucionaria crea la conciencia de los objetivos finales.

HOBSBAWM: Sí, sí.

PIQUERAS: ...eso no impide reconocer un punto de partida común a las capas medias definido por lo que rechaza, que vendría a ser el orden feudal, aspectos opresivos de ese orden feudal que van dificultando sus propios intereses. Por lo tanto, ese grupo social va definiendo lo que pretende a medida que va realizándose la revolución, aunque sí sabe lo que rechaza. ¿Estaría de acuerdo con este planteamiento?

HOBSBAWM: Sí, esto me parece lógico.

PIQUERAS: Hay, por lo tanto, en la revolución una relación de alimentación mutua, de reciprocidad. La revolución, con sus medidas, con sus posiciones, con los conflictos que genera va definiendo lo que es la burguesía y la va creando también en la medida en que adopta medidas que la favorecen como grupo social.

HOBSBAWM: Eso es, precisamente. Es decir, que la formación de las clases no es anterior a las sociedades dominadas por estas clases. Esto me parece un retorno a la tradición, al análisis de Marx. El propio Marx lo señalaba para la clase obrera. Del mismo modo, para E.P. Thompson la clase obrera no es una cosa que existe y actúa, es algo que se está formando, transformando en el curso de sus experiencias.

PIQUERAS: En Marx la burguesía es un conjunto de capas medias que se van haciendo clase en la revolución.

HOBSBAWM: Eso es.

PIQUERAS: ...la clase media feudal es la capa media que en el curso de la revolución se convierte en clase burguesa en la medida en que realiza su política y se trasforma en clase dominante.

HOBSBAWM: Es precisamente lo que he intentado establecer en el libro Los ecos de la Marsellesa. Si al final de la revolución puede hallarse a la burguesía y hablarse de una Francia burguesa, al inicio

no está tan justificado.

PIQUERAS: Pero esto estaba en Marx.

HOBSBAWM: Me parece que está en la línea de Marx.

PANIAGUA: Lo que no hay es una burguesía con conciencia que actúa como guardia organizada...

HOBSBAWM: Eso me parece que no tiene valor analítico, histórico. La posibilidad de su valor político en el siglo XX es otra cosa.

REVOLUCIÓN INDUSTRIAL E INDUSTRIALIZACIÓN

PIQUERAS: La revolución industrial ha formado parte del cuerpo central de sus estudios. En Industria e imperio[12] presenta la revolución industrial como la transformación más fundamental experimentada por la vida humana en la historia del mundo y la destaca como el fenómeno esencial de las transformaciones que dan lugar a la sociedad contemporánea. Su interpretación de la revolución industrial pasa por entenderla como un fenómeno específicamente inglés, es decir, acontece sólo en Gran Bretaña, aunque se realice en relación con el conjunto del mundo. Tampoco sería un modelo para la industrialización posterior. ¿Cree en realidad que el caso británico fue único, y los demás países experimentaron un proceso de industrialización pero no la revolución industrial, que vivieron una experiencia distinta que consistía en importar los efectos de la industrialización británica?

HOBSBAWM: La revolución industrial tuvo lugar en Inglaterra antes que en ningún otro lugar, con la consecuencia de que hubo un siglo en el cual la historia económica del mundo dependió en gran parte de Gran Bretaña, lo que es un hecho bastante curioso visto que Gran Bretaña es un país de tamaño medio. Desde la revolución industrial hasta la Primera Guerra Mundial, Inglaterra fue el eje central y la base central de toda la transformación industrial y económica del mundo, lo que no implica que teóricamente no hubiera sido posible otro camino hacia la industrialización del mundo, hacia la conquista del mundo por el sistema capitalista; pero históricamente el modo en el que se transformó el mundo fue a través de Gran Bretaña. Al final del siglo XIX hubo un cierto cambio, un desplazamiento no tanto hacia Alemania como hacia el modelo norteamericano. Una de las cosas que he subestimado en ese trabajo y también en otros ha sido el auge de la economía de los Estados Unidos, de la fase del desarrollo capitalista mundial dominada por el crecimiento norteamericano. En las últimas décadas del siglo XIX

el tamaño de la industrialización norteamericana, el modelo de los Estados Unidos como modelo internacional de progreso capitalista era bastante importante. En 1913 la economía de los Estados Unidos había superado a la de los otros países, una situación hegemónica que logró ocupar después de la Primera Guerra y, tras la interrupción debida a la gran crisis de los años treinta, vio ratificada después de 1945. Es un crecimiento en relación estrecha, muy estrecha, con la industrialización y, sobre todo, con la exportación del comercio, la exportación de capitales, de la base capitalista misma.

PIQUERAS: La revolución industrial, sin embargo, debería entenderse como un fenómeno a la vez económico y social...

HOBSBAWM: Sí.

PIQUERAS: De sus trabajos se deduce que implicó una serie de cambios técnicos, cambios también en el proceso productivo, en la organización del trabajo, en las relaciones sociales, en la formación de grupos sociales, en la función del capital dentro del sistema y en la estructuración del mismo sistema; y que tuvo por resultado un determinado crecimiento económico. ¿Qué ocurre cuando podemos reconocer en una sociedad las primeras características y, sin embargo, el crecimiento económico es extremadamente lento, como se produce en la mayor parte de Europa al menos durante la primera mitad del siglo XIX, y más tarde es un crecimiento evidentemente desigual? Estoy pensando también en los países europeos meridionales, en los que ese crecimiento posterior es lento y si lo valoramos en magnitudes, reducido, cuando podemos encontrar las características que antes consideramos sustantivas de la revolución industrial de los países pioneros. ¿Debemos reducir la revolución industrial a los agregados económicos resultantes, o admitimos que se trata de un fenómeno que implica los cambios socioeconómicos en su conjunto?

HOBSBAWM: Está claro que éstos son fenómenos mundiales. El hecho que el desarrollo de la revolución industrial sea desigual es natural, es un dato primario de nuestro análisis. Desigual, como decían los trotskistas, combinado. La interacción en la desigualdad es una ley fundamental de toda realidad histórica. Pero hay otro aspecto: el proceso de desarrollo, la evolución del capitalismo en su conjunto, sobre todo visto en el conjunto en los últimos dos siglos. Es cierto que este proceso inicial da un paso adelante fundamental con la transformación industrial inglesa. Luego, por supuesto, se produce una aceleración secular de este proceso, discontinua en modo tal que vista retrospectivamente la llamada revolución industrial, la primera, parece a muchos historiadores una cosa bastante modesta. La novedad de la situación no era tan grande como la revolución tecnológica de las últimas décadas.

El proceso pasa a través de dos fenómenos. Por una parte hay que tener presente las fases cronológicas: en las décadas centrales del siglo XIX se nota una enorme aceleración de la mundialización de la economía en general y de la industrialización en concreto, que hasta entonces había sido —con excepción de unas pocas regiones— principalmente inglesa; mucho más tarde, en las décadas posteriores a 1950, habría otra aceleración, tanto de la mundialización de la economía como de la industrialización, de la base geográfica de la industrialización; y aún más en los últimos veinte años, cuando la base geográfica de la industrialización, que antes casi no había tocado el Tercer Mundo, comprende ahora grandes partes de ese Tercer Mundo.

De otro lado, debe contemplarse la desigualdad regional. Me parece bastante evidente que ciertas regiones no aciertan a entrar en este proceso plenamente antes de la segunda mitad del siglo XIX, por ejemplo Alemania, y otros mucho más tarde. Recientemente leí, lo cito en mi último libro, una obra sobre la historia de la región Emilia-Romagna en la que el autor dice que después de la unidad de Italia hasta el año 1960, parecía una época de espera; nada cambió mucho, cambios modestísimos, pero luego dio una aceleración inmediata, dramática; después de los años 50 hubo una transformación en esa región que antes ni siquiera se había soñado.

[13] Según las regiones, según los países, me parece que es normal. El caso de España es muy típico: la revolución industrial, la verdadera revolución industrial, con la excepción de ciertas regiones (Cataluña y el País Vasco), es una cosa que sucede después de la Segunda Guerra Mundial.

Me parece discutible afirmar que el modelo sistemático de la sociedad de la economía industrial responde a un modelo que se desarrolla en todo el siglo XIX y primeras décadas del siglo XX basado en un cierto modus operandi, la gran fábrica con una división mecánica, la tendencia hacia la mass production. Recientemente algunos historiadores señalan que en los últimos decenios se ha producido un cambio en este modelo fordista. La finalidad del primer modelo de industrialización, tanto sobre bases capitalistas como luego también en la Unión Soviética sobre bases socialistas, fue precisamente alcanzar un sistema fordista. Si lees al viejo doctor Andrew Ure, tan criticado por Marx, su idea acerca de la filosofía de la industria —The Philosophy of manufactures—,[14] de la organización de la producción capitalista, encuentras que es exactamente una organización fordista. La cuestión está en saber si se trata de un modelo propio de la lógica de la producción capitalista, de cualquier producción industrial a gran escala o es un modelo en función de una situación específica en la cual se está desarrollando la industria. Hay una cierta discusión sobre esto.

Hasta cierto punto creo con Marx que la mecanización de la gran fábrica está en la lógica de cualquier industrialización en su momento histórico; había alternativas a la producción a gran escala, pero estaban subordinadas. Sin embargo en los últimos cuarenta años hemos sobrepasado ese estadio.

Me parece que en la primera fase, la fase de una industrialización hacia la producción masiva en gran escala, el papel social de una clase obrera industrial es tan importante como el modus operandi de la sociedad que está creando esos grandes ejércitos de clase obrera, concentrados en ciertos puntos. La crisis de las clases obreras, la crisis de los movimientos obreros en las últimas décadas es en cierto modo —no del todo— una inflexión en la transformación del modelo actual industrial, que ya no necesita esta acumulación de mano de obra ni su concentración en grandes

fábricas. Por el contrario, cuando se realiza una industrialización del viejo tipo se producen las mismas consecuencias, por ejemplo, en los países socialistas y en Brasil, con la misma gran industria pesada, grandes fábricas de automóviles, astilleros navales, etc. La evolución de la conciencia obrera es análoga, con distintas coloraciones ideológicas, pero estructuralmente análogas.

PANIAGUA: ¿Qué opinión le merece la tesis de Gerschenkron sobre que el comunismo es una ideología industrialista en zonas donde la industrialización estaba muy atrasada? Triunfa en la periferia del capitalismo europeo, caso de Rusia, o incluso más allá, cuando progresa en el Tercer Mundo, pero no puede triunfar como ideología en zonas donde la industrialización estaba plenamente desarrollada y donde se produce el pacto con el capitalismo de las fuerzas políticas que teóricamente representan a los obreros.

HOBSBAWM: Es una verdad evidente que el comunismo, tampoco el socialismo, no han prevalecido en los países industrializados. El carácter revolucionario de los movimientos obreros, de las clases obreras en el capitalismo, estuvo basado en la presunción de una incompatibilidad entre el capitalismo y la incapacidad del capitalismo de hacer suficientes concesiones a las bases obreras para satisfacerlas. Se sabe ahora que es perfectamente posible, o fue perfectamente posible en el pasado, hacer un capitalismo próspero, en expansión, en auge, en el que se creasen condiciones para la vida obrera, con pleno empleo, que hiciera compatibles ciertos movimientos de clase obrera, una lucha de clases limitada al interior de un sistema aceptado.

De otro lado creo que la opción de la Unión Soviética, y luego de todos los otros regímenes comunistas en los países tercermundistas, de una industrialización acelerada fue una opción absolutamente lógica porque no existían las condiciones para realizar una política obrera. Había que crear la estructura social de los países adelantados; no había otra táctica, otra estrategia para un país atrasado que la modernización. Esta estrategia, según lo que yo sé, nunca fue considerada por Marx y Engels. Para ellos, el futuro del

socialismo pertenecía precisamente a los países industrializados. Después de la revolución de octubre es cuando se constata que la revolución no ha vencido en los países industriales, pero sí en un país atrasado; fue una conclusión lógica de la situación en la cual se encontraban los bolcheviques en Rusia. ¿Qué otra cosa hubieran podido hacer para transformar lo más rápidamente posible un país de base agraria en uno de base industrial? Lo han intentado hacer de un modo no muy efectivo, pero lo han hecho.

PANIAGUA: En relación con esta cuestión, usted ha utilizado la palabra "modernización". En los últimos tiempos han surgido toda una serie de teorías sobre la modernización que de alguna manera marginan el sentido marxista de interpretación de la historia, incluida la noción de revolución industrial. La propia conceptualización de la modernización, al final, queda muy diluida, porque modernización parecería que fuera todo.

HOBSBAWM: Me parece que hay un elemento ideológico en este debate. En los años cincuenta la sociología y las ciencias sociales norteamericanas, en general, prefirieron desarrollar teorías de la modernización en vez de acercarse al marxismo. Desarrollaron teorías de la industrialización sin tener en cuenta las situaciones históricas concretas, omitiendo que fueran industrializaciones de tipo capitalista. Pienso en Rostow, para quien todas las industrializaciones fueron más o menos lo mismo. Pero se hable o no de modernización, el mundo después de la revolución industrial es un mundo que ha cambiado fundamentalmente y sigue cambiando, sigue abandonando las bases preindustriales. La diferencia entre una era preindustrial y la era industrial me parece importante. Parece necesario mantener que históricamente el único modo de transición ha sido a través del capitalismo. No hubo otros modos hasta el siglo XX. Y pese a todo lo que ha ocurrido en el mundo en el siglo XX, el modo hegemónico de esta transformación sigue siendo el capitalista a escala mundial.

Tanto si uno habla de modernización o de desarrollo del capitalismo, implica —como viera Marx en El manifiesto— un

proceso revolucionario de liquidación, mayor o menor, de la herencia del pasado. Una transformación fundamental que continúa y que va a continuar en una época pos-capitalista, si hay una época poscapitalista, o cuando la haya. Un regreso a la época anterior a esta transformación que podemos o no llamar modernización, es impensable.

PANIAGUA: El concepto de modernización, ¿no le parece una expresión eufemística, blanda, para evitar hablar de capitalismo? ¿No supone sustituir palabras y conceptos clásicos de la historia?

HOBSBAWM: En el sentido ideológico de este debate, lo es. Pero me parece que esto no es demasiado importante. Una teoría de la modernización que no tuviera en cuenta el carácter social de esa transformación, que ha sido capitalista, no tendría mucho sentido, no podría comprenderse. Una modernización que sin embargo ofrece diferencias fundamentales ya que habrá sociedades regidas por tradiciones preindustriales, preburguesas.

PANIAGUA: Japón, por ejemplo.

HOBSBAWM: El caso de Japón, sí. En el caso de Japón tenemos una sociedad moderna que intenta salvar la tradición, la estructura tradicional de la sociedad a través de una modernización tecnológica. Pero hasta en Japón la lógica de ese proceso de revolución permanente que es el capitalismo se hace sentir en la sociedad en los últimos años.

PANIAGUA: Muchas veces esas capas burguesas que aparecen en el XIX, también en el Japón Meiji, proceden de las antiguas estructuras feudales, alteran sus mecanismos y se transforman...

HOBSBAWM: Sí, pero manteniendo los viejos valores.

PANIAGUA: El libro de Arno Mayer La persistencia del Antiguo Régimen,[15] que en España ha tenido mucho éxito en los medios académicos...

HOBSBAWM: ....muy progresista. Yo no estoy de acuerdo con él.

PANIAGUA: Mayer se refiere a persistencias más estructurales. Pero viene a concluirse también que no se acuesta uno aristócrata o noble feudal y se levanta burgués; el proceso sería mucho más complicado y muchas veces esas clases aristocráticas, convertidas en burguesas, mantienen sus propios principios, sus tradiciones, su cultura. Sucedería como a la clase obrera, que incorpora a sus tradiciones elementos del pasado.

HOBSBAWM: Parece claro que es así, pero hay límites. Por ejemplo, la aristocracia es abolida en ciertos países y deja de existir, pero en donde se mantiene, aún en países como Inglaterra en que se conserva una aristocracia de descendientes lineales, o la aristocracia cambia fundamentalmente o es marginada. Me parece que lo que ocurre en Gran Bretaña y en Europa al final del siglo XIX no es la supervivencia del Antiguo Régimen, sino una transformación del capitalismo que integra elementos del viejo régimen para sus fines propios.

Durante el siglo XIX las personas más ricas, más poderosas, siguen siendo los grandes terratenientes, muchos de origen aristócrata. Pero desde finales del siglo XIX pasan a serlo los grandes industriales, y para los mismos aristócratas el criterio de vida deja de ser el del viejo régimen, el del aristócrata terrateniente y llega a ser el de la llamada plutocracia; es imposible ser un aristócrata sin

los recursos y el estilo de vida que es característico de la burguesía; el sistema político inglés de la aristocracia es asimilado a un régimen burgués hasta el punto de que la institución que representa el monopolio de los terratenientes aristócratas, la Cámara de los Lores, está subordinada a la Cámara de los Comunes. Me parece que este fenómeno es bastante típico en Europa. Hoy en día ni siquiera se habla de la aristocracia en Inglaterra como clase; se hablaba antes y después de la Primera Guerra hasta en las encuestas oficiales. En la estructura oficial de clase, en las investigaciones de mercado, se habla de clase media alta, clase media baja, clase obrera; aunque existen las viejas familias aristocráticas, y en muchos casos siguen siendo bastante ricas, han perdido su lugar social, su función social, están marginadas. La situación es distinta en el caso del Japón.

PANIAGUA: O de Alemania, con los junkers.

HOBSBAWM: Los junkers han sido marginados mucho más tarde, después de los años treinta [del siglo XX]. Pero me parece interesante destacar que cuando hoy en día se habla de un regreso a viejas tradiciones, en realidad no lo son. Por ejemplo, cuando se habla del fundamentalismo islámico. Este fundamentalismo, en Irán o en otros lugares, consiste en un fenómeno nuevo, no tiene nada que ver con el viejo comportamiento, los viejos modelos. Acepta, por ejemplo, la existencia de un Estado que es el Estado de la época moderna, de la época post-revolución francesa; el Estado de Jomeini no tiene nada que ver con el de un viejo imperio islámico. Son tentativas de movilizar viejos elementos pero en un contexto totalmente distinto. La base social de los movimientos islámicos en el Medio Oriente ahora está formada en gran medida por clases medias, profesionales, ingenieros, etc.

Igual sucede con el regreso al hinduismo integrista en la India, alentado por una nueva burguesía autóctona. En una sociedad en auge industrial parece a primera vista un regreso. Desde el punto de vista de la Ilustración, es un regreso de los valores morales e intelectuales, pero históricamente supone la utilización de algo del

pasado para fines de una sociedad que ya no tiene nada que ver con este pasado. Hay interesantes análisis de la sociedad de castas en la India al respecto: en el pasado el sistema de castas era un sistema de subordinación jerárquica; hoy no lo es, hoy la casta se ha transformado en un grupo de presión para pedir ventajas al Estado para el conjunto de los miembros de la casta. A una casta inferior, que en el pasado se consideró inferior, no le hubiera sido posible rivalizar con las castas superiores.

PANIAGUA: Los procesos sociales y políticos utilizan la historia y la manipulan en función de sus intereses.

HOBSBAWM: En función de una situación nueva.

PANIAGUA: También lo hacían los revolucionarios franceses con la Roma clásica. Utilizaban los esquemas históricos para representar que reconducían la historia.

HOBSBAWM: Absolutamente. Hay que tener en cuenta que son modos nuevos de utilizar elementos del pasado, modos impensables en la época en que ese pasado fue una realidad social, cuando había una sociedad jerárquica de castas, de subordinación y jerarquía permanente, cuando era impensable para los más pobres imaginar que eran iguales a otros. Hoy día sí. La implicación de la política de castas en la India ha conducido a que en gran parte todos piden el estatus de clases inferiores, porque el Estado ofrece ventajas a las castas inferiores; las castas superiores y medias piden también este estatus oficial. Es una situación que no tiene nada que ver con las ideas tradicionales.

CLASES SOCIALES Y FORMAS DE PROTESTA

PANIAGUA: En el debate sobre las clases y, en concreto, sobre la clase trabajadora, usted matiza entre lo que es clase trabajadora y clase obrera. Hace una diferencia —que le distancia de Thompson— entre la clase trabajadora anterior a 1870 y posterior a esta fecha, cuando aparece propiamente una cultura obrera, se forma la clase obrera, surge el sindicalismo, los partidos socialistas...

HOBSBAWM: En base a la verdadera industrialización de la Inglaterra de antes de la segunda mitad del siglo XIX, casi no existe clase obrera; existen islas de industrialización en un lago, un mar de clase trabajadora. Sin embargo al final del siglo se puede hablar de una economía industrializada con grandes industrias, grandes fábricas, etc. El principio general sigue siendo válido: la clase obrera no es creada y actúa de un modo ya prescrito por sus tareas históricas, sino que sigue formándose, transformándose, en relación a la transformación de la economía y sigue actuando en este contexto.

PANIAGUA: En relación a lo que antes mencionaba sobre la revolución y de cómo se va constituyendo la burguesía en clase, quisiera abordar una cuestión más general, referida a la controversia entre E.P. Thompson y Perry Anderson sobre la formación de las clases.[16] Perry Anderson acusa a Thompson de tener un sentido culturalista de la clase y un concepto funcionalista-weberiano de la formación de la clase. En última instancia, Anderson viene a decir que por debajo de la cultura que va creando esa clase obrera con su acción, la clase puede existir. Vuelve, de hecho, al tema clásico de la clase en sí y la clase para sí de Marx. Aunque no existiera esa cultura —definitiva para Thompson—, la relación de producción entre capitalistas y clase obrera seguirían

siendo una realidad. ¿Cómo se definiría en ese debate? Porque en sus análisis sobre la clase trabajadora, o sobre la clase burguesa, como ahora ha clarificado, no toma partido. O está muy sutilmente expresado en la manera de escribir... Usted escribe con mucha sutileza a la hora de exponer un problema, pero no acaba de definir bien cuál es su postura ante la crítica radical que presenta Perry Anderson, cuya personalidad quizá resulta radical porque procede de una tradición distinta a la de los historiadores, donde las cosas nunca son tan claras; viene de la sociología histórica, sobre lo que me gustaría preguntarle más adelante. Por otra parte, la crítica de Anderson venía a sumarse a una controversia anterior, también entre Thompson y Anderson, a propósito del pasado británico, pero con lecturas dirigidas al presente...[17]

HOBSBAWM: Aquí también me parece que hay que hacer una distinción entre debates históricos de base política y los que no están tan ligados a contextos políticos. Claro que la función y las tareas históricas de la clase obrera son un tema sumamente político, sobre todo entre historiadores de la izquierda y marxistas. Me parece que tras la teoría de Perry Anderson en el debate con Thompson —como en casi todo este tipo de debates, sobre todo en Inglaterra pero también en otros países— subyace la gran cuestión de si la clase obrera está destinada a ser una clase revolucionaria, lo que a mí no me parece una cuestión histórica, sino una cuestión política. Por eso tantos marxistas durante tanto tiempo han presentado el problema, visto que en numerosos casos concretos la clase obrera no ha sido revolucionaria, y se han preguntado por qué no lo era. En Inglaterra, por ejemplo, la gran clase obrera, primera en formarse, nunca ha sido una clase subjetiva ni objetivamente revolucionaria. No creo importante este hecho porque no pienso que el historiador pueda imponer a la historia la realidad de sus opiniones políticas. La cuestión es que no existen bases para suponer que la clase obrera inglesa, a pesar de su enorme conciencia de clase y su enorme fuerza, haya sido revolucionaria alguna vez en el sentido marxista. Y no creo que haya necesidad de suponerlo por varios motivos.

La idea que hay detrás de la tesis de Anderson (en “Origins of the

Present Crisis"), es que la revolución burguesa fue incompleta en Inglaterra y la evolución ulterior de la estructura de clases inglesa sigue siendo, en cierto modo, incompleta.

Como historiador Thompson tuvo razón (en "The Peculiarities of the English") porque sabía mucho más de la historia inglesa y tenía mucho más sentido de la realidad histórica inglesa; pero por otro lado, Thompson también tenía su agenda política en su concepto de la clase.

Mi percepción personal es ésta: claro que es impensable que una clase trabajadora, un movimiento organizado, pueda existir sin conciencia. Porque los seres humanos actúan en la vida a través de la conciencia; no tienen reacciones mecánicas. Toda la experiencia humana se encuentra en el cerebro ¿No? En ese sentido me parece absolutamente normal lo que dice Thompson de la nueva clase trabajadora, y aún más de la clase obrera que se desarrolla más tarde: no es únicamente una función de sus relaciones sociales, sino es gente con una cierta herencia cultural, religiosa, histórica, todo esto. De ahí que la reacción, el comportamiento de la clase obrera inglesa no sea el mismo, por ejemplo, que el comportamiento de la clase obrera española. Me parece absolutamente normal.

Hace no sé cuántos años, casi en uno de mis primeros trabajos, escribí un estudio sobre la diferencia entre tradiciones nacionales. Fue uno de las primeras cosas que hice, una conferencia en un curso que impartí en la universidad de Cambridge, un curso sobre historia comparada obrera franco-inglesa, en el año 51 o 52.[18] No me resulta una cosa nueva descubrir las diferencias culturales entre países y en el interior de las clases obreras o de cualquier clase.

Pero por otro lado soy, digamos, más "objetivista" y menos "subjetivista" que Thompson. Creo que la situación de cualquier clase obrera impone ciertos modos de comportamiento elaborados de modo distinto según el background cultural del que dispone. En ese sentido, en la creación de sindicatos me ha impresionado siempre que hasta los sindicatos llamados cristianos, católicos, fueran sindicatos obreros, subrayando lo que los obreros no tienen en común con los empresarios pese a que, como todos saben, la doctrina social de la Iglesia es la base de la conciliación...

PANIAGUA: Es contraria a la lucha de clases...

HOBSBAWM: ...es contraria a la lucha de clases. Por eso privilegia las organizaciones conjuntas.

PANIAGUA: Eso fracasó en España.

HOBSBAWM: Eso fracasa siempre. En muchos casos los obreros siguen siendo muy católicos, pero la situación en que se encuentran los obreros impone una organización que se contrapone a los empresarios. En este sentido, los límites de la cultura me parecen claros.

Se trata de una discusión que ha sido innovada recientemente en el Tercer Mundo. No sé si ustedes conocen la discusión de la llamada Escuela Subalternista, en la India, que en Calcuta tiene historiadores. Hay especialmente un libro interesante de Dipesh Chakrabarty, Rethinking Working-Class History: Bengal 1890-1940, publicado en Princeton,[19] que indaga la experiencia del movimiento obrero en la India. Mantiene el autor que mucho más importante que la conciencia de clase son los comportamientos de origen tradicional de los obreros en esta parte del mundo. El análisis del movimiento obrero se centra en los trabajadores de la industria del yute, entre quienes la religión y la casta resultan factores decisivos en el comportamiento de los obreros organizados incluso frente a sus propios líderes. De ahí la subalternidad de una sociedad profundamente jerarquizada. Por eso se dice que es mejor comprender la historia de la clase obrera en términos ultraculturales.

PANIAGUA: Sería llevar el discurso de Thompson a sus últimas consecuencias.

HOBSBAWM: A sus últimas consecuencias en una sociedad de castas. También ellos comienzan con la observación de Thompson.

PIQUERAS: La primera exposición de Thompson sobre las clases no parece tan sesgada como llega a serlo después. El concepto cultural de clase descansaba en el reconocimiento de una base objetiva, las relaciones que contraen los individuos en el proceso de producción bajo las cuales llegan a identificar sus intereses antagónicos, luchan y piensan en términos de clase. Es la lucha de clases lo que acaba por configurar una clase que basa su experiencia compartida en una común participación en relaciones de producción, que no pueden ser sino objetivas...

HOBSBAWM: Sí, sí...

PIQUERAS: Esa versión todavía está presente en Miseria de la teoría, aunque incluye ya otros matices. Es en el curso de las controversias cuando me parece que se produce un cambio. La polémica, con frecuencia, conduce a la distorsión de las posiciones del adversario y en ocasiones llega a producirse una evolución en la línea en que se es criticado, esto es, se da un paso más, se escoran opiniones hasta entonces más matizadas. Y Thompson acaba sosteniendo un concepto de clase plenamente subjetivo, cultural.

HOBSBAWM: Sí. Vistas las tendencias a culturalizar la lucha de clases o el comportamiento de las clases, pienso que en este momento es importante subrayar que sí hay una base material en la situación concreta de la clase obrera.

En el debate entre subalternistas y marxistas de la India, al que antes me refería, todos se dicen de izquierdas. El debate se desarrolla en un contexto de revisión de ideas sobre el futuro de la

izquierda en la India. Pero otros se oponen a esta teoría también a partir de investigaciones sobre los movimientos obreros. Inicialmente los subalternistas aplicaron el culturalismo a los movimientos campesinos y después lo han hecho al movimiento obrero de la industria del yute. Sus opositores, sobre todo una joven historiadora autora de un gran trabajo sobre la organización de los obreros en las grandes industrias pesadas de la Tata Iron and Steel en Jamshedpur,[20] sugieren que allí una mano de obra compuesta de una variedad de orígenes étnicos se organiza en conjunto en base a su situación de clase frente al dueño.

De otro lado existe la tendencia actual, asociada a otro tipo de debate histórico, de considerar los elementos culturales —herencia cultural, ideológica y étnica— como construcciones sociales. Visto así, el enfoque es mucho más flexible, más adaptable. Elementos tenidos en el pasado como permanentes, caso de la religión en Asia, se ven ahora que están modificándose de un modo muy notable en función de cambios históricos, no forman un cuadro rígido. La religión hindú, por ejemplo, se está modificando en este momento en una dirección no tradicional; la base del enfrentamiento en Sri Lanka, el conflicto de los tamiles, es en parte una transformación de la religión budista en función de los cambios económicos y sociales operados en el campo después de los 50.

PANIAGUA: Usted dice que la clase obrera parte de unas condiciones objetivas...

HOBSBAWM: Sí.

PANIAGUA: ...con tradiciones muy diferentes. En los dos libros en que recopila sus estudios sobre el tema se ocupa de analizar cómo la clase obrera inglesa crea sus tradiciones a partir de la cultura incorporada pero insiste en la determinación de las condiciones objetivas. Antes citaba el caso del sindicalismo católico que no consigue evitar la contradicción entre las condiciones de trabajo

que impone el patrono y los deseos de modificarlas por parte de los obreros. Sin embargo, en El mundo del trabajo hace una serie de consideraciones sobre la influencia del nacionalismo en el rompimiento de esa unidad, por ejemplo, a propósito de la clase obrera irlandesa...

HOBSBAWM: Sí, en "¿Cuál es el país de los trabajadores?".[21]

PANIAGUA: ...y menciona también el caso de Bélgica, en donde el sindicalismo creció unido en un país con dos comunidades lingüísticas diferenciadas, aunque después se haya escindido. La influencia del nacionalismo, en determinadas condiciones, se impone a las condiciones objetivas de la clase obrera...

HOBSBAWM: Es imposible negar que en ciertas situaciones la cultura tiene una fuerza importante, superior a otras. Pero no debe suponerse que signifique un cuadro rígido permanente, que no pueda cambiar. Hay una interacción de ambos lados. Diría más, es posible establecer las condiciones en las cuales la religión, la nación, etc., predominan sobre otras consideraciones.

Pensemos en los emigrantes polacos que en casi todos los países se integran en la clase obrera, clase obrera sin gran cualificación. Cuando se dirigieron al oeste de Alemania a trabajar en gran medida en la minería, se organizaron en sindicatos polacos, católicos pero polacos, no socialdemócratas, no en sindicatos libres; ni siquiera tuvieron en cuenta al Partido Polaco Socialista, sino que estuvieron dominados por la Iglesia. Pero los mismos emigrantes polacos, cuando llegan a la minería francesa o belga no se organizan en sindicatos católicos separados, sino en la CGT; siguen siendo polacos, con conciencia polaca, pero son mucho más receptivos a las ideas de la izquierda. Uno de los secretarios generales de la CGT, uno de los más recientes, era polaco; al mismo tiempo, uno de los presidentes de la Polonia comunista se había formado en la emigración trabajando en la minería francesa, Gierek.

Son problemas que no se solucionan a priori con consideraciones sobre el papel de la revolución o del nacionalismo frente a la conciencia de clase, sino en términos concretos en una situación concreta que se podría analizar. En el caso del Ruhr, las consideraciones de tipo nacionalistas o religiosa prevalecieron sobre las consideraciones de clase. En el caso francés y belga, no. Son problemas de investigación concreta. Una teoría general aquí no puede llegar muy lejos.

TRADICIONES COLECTIVAS Y NACIONALISMOS

PANIAGUA: Uno de los temas que le han preocupado constantemente ha sido las reacciones a la implantación del capitalismo: el ludismo, los rebeldes primitivos... En este sentido, el nacionalismo —los problemas nacionales que en los últimos tiempos han tenido mucha fuerza— aparece también en su obra como un elemento retardatario al obstaculizar la internacionalización, la universalización de la nueva sociedad que hunde sus raíces en la tradición de la Ilustración; y sin embargo parece como esa universalización objetivamente tuviera que imponerse con la denominación que fuera, pese a las dificultades, con los casos particulares que hubiera. El nacionalismo o los movimientos nacionalistas parece como si reaccionaran contra la universalidad que intuyo que traduce en sus escritos.

HOBSBAWM: Bueno, es cierto que personalmente tengo una agenda sobre el tema. En la actualidad el nacionalismo constituye, a mi juicio, un elemento casi totalmente negativo en política. Una gran parte de mis escritos sobre el nacionalismo, aun siendo analíticamente históricos, son engagés, son trabajos políticos y no quiero ocultarlo.

Pero hay dos cosas que deben distinguirse: mi hostilidad no es tanto contra el nacionalismo en el sentido del nacionalismo de las grandes revoluciones, que es en gran parte la construcción de la ciudadanía y no descansa en la etnicidad, sino contra un nacionalismo basado fundamentalmente en elementos étnico-lingüísticos, que divide. Al principio hubo una legitimación histórica del nacionalismo en la medida en que la construcción de los grandes Estados nacionales —y subrayo "grandes" porque, en general, en el siglo XIX casi no se reconocieron pequeños Estados—, pertenece a una época de expansión del Estado social y político, independientemente de las ideologías. Se legitiman tanto desde el punto de vista económico,

como desde el punto de vista cultural en cuanto praxis del desarrollo histórico. Desde el punto de vista económico significa la construcción de un amplio mercado, de un territorio con recursos, que permite la evolución económica, la construcción de industrias, etc. Desde el punto de vista cultural posibilita la democratización, la integración de la gente común en el proceso político, la constitución de una sociedad civil y la creación de una sociedad política. No me parece que hubiera sido posible sin un solo idioma nacional, base de la educación tanto cultural como política. El cosmopolitismo hubiera sido imposible en una época de democratización, de la construcción de Estados basados en el pueblo, aunque hoy en día me parece que la situación es bastante distinta.

Estamos viviendo más que en cualquier otra época una etapa de mundialización. La existencia a escala mundial de una cultura mundial, gracias a las comunicaciones, es una realidad no ya para una pequeña minoría, como pensaban Voltaire y otros ilustrados, sino que incluye a casi todos los jóvenes a través de los medios e incluye también la realidad de una economía que rompe los límites de los Estados, de las economías nacionales. En general, me parece que el nacionalismo actual es en gran medida una reacción defensiva contra todo esto, pero que ha perdido las justificaciones políticas y culturales del pasado. Por eso también es un elemento de desintegración, pero en gran parte de desintegración subalterna porque de todos modos sigue operando la economía mundial en base mundial. Las grandes decisiones siguen siendo tomadas a escala mundial y no en la escala local. Si, imaginemos, se dividieran todos los Estados actuales y las regiones se volvieran Estados independientes, la consecuencia no sería la independencia, ni cultural ni política sino que casi todas las decisiones importantes que les afectasen se tomarían fuera, sin que los habitantes de la región tuvieran posibilidad de influir en ellas. En este sentido, desde el punto de vista democrático, resulta más fácil a los chinos influir sobre las autoridades de China, pese a la falta de democracia, que hacerlo sobre el Banco Mundial, sobre el Fondo Monetario Internacional o sobre una gran corporación transnacional.

PIQUERAS: En su opinión, la soberanía que se reclama como capacidad de decisión es algo ilusorio.

HOBSBAWM: Absolutamente ilusorio.

PIQUERAS: La soberanía se convierte en algo formal pero en realidad los contenidos escapan a la capacidad de decisión en las unidades más pequeñas debido a que la sociedad y la economía se han internacionalizado.

HOBSBAWM: La independencia es únicamente la independencia respecto a un país, al país al cual se está ligado en la actualidad. Pero en todos los otros órdenes seguirá siendo aún más dependiente, aunque de un modo distinto. Por ejemplo, la independencia para Escocia, una cosa posible, sería una independencia exclusivamente respecto a Gran Bretaña, respecto a Inglaterra. Los nacionalistas escoceses son muy conscientes de que no pretenden una independencia total sino más bien al contrario buscan una inserción en la Unión Europea. Pero una Unión Europea en la cual los Estados cuanto más pequeños, menos fuerza tienen. Las decisiones en el interior se toman en gran parte por otras autoridades.

Me parece que el nacionalismo se ha convertido hoy en un fenómeno de psicología social, mientras que en el siglo XIX era un fenómeno de significación de funciones históricas.

PIQUERAS: Por lo que acaba de decir podría concluirse que el nuevo nacionalismo, en cuanto reacción a las tendencias globalizadoras, guarda un paralelismo con los movimientos sociales que se dieron a finales del XVIII y principios del XIX. Algo que usted en alguna ocasión, al referirse a aquellos, definió como movimientos arcaicos, pre-políticos, con leguajes no adaptados, con

reivindicaciones más propias de épocas anteriores que de la contemporánea porque rechazaban una sociedad que todavía no comprendían pero que ya les afectaba.

HOBSBAWM: Habría un paralelismo entre ellos. Sí, sí.

PIQUERAS: Movimientos que miran más al pasado, un pasado idealizado o construido.

HOBSBAWM: Miran el pasado, discuten en términos del pasado. En la situación actual, en la que el Estado nacional territorial está perdiendo fuerza, siguen queriendo reconstruir a escala menor, mínima, los mismos Estados, sin tener en cuenta los problemas de éste. Pretenden reconstruirlo desde el punto de vista de la psicología social; desde el punto de vista de la funcionalidad histórica, mucho menos.

PANIAGUA: Ha dicho que el tema del nacionalismo, en última instancia, viene condicionado para usted por consideraciones también políticas. Esa influencia política, ¿vendría dada porque el nacionalismo, o el nuevo nacionalismo, va contra una idea de progreso, una idea humanitaria y humana de acercamiento de los pueblos, de proximidad, de identidad, o bien también porque altera lo que es el juego de las estructuras sociales, de los intereses sociales, de los posicionamientos de clase, que parecen oscurecidos cuando el nacionalismo se presenta como tema preferente de debate y, por lo tanto, se diluye lo que son posiciones de clase ante la cuestión nacional en los momentos más virulentos, como lo estamos viendo en nuestros días o como lo hemos visto en el siglo XX?

HOBSBAWM: Bueno, el elemento personal y subjetivo está siempre presente. Yo, como judío, siempre he sido muy hostil al sionismo, al

nacionalismo judío, al nacionalismo de este tipo, porque me parece que, tanto como ideología como en la práctica, no ha sido necesario y ha sido en general negativo. La justificación histórica de la construcción del Estado independiente de Israel se ha basado sobre una interpretación fantasiosa de la historia judía hasta llegar a este siglo. No tiene nada que ver con la realidad histórica. Estos son elementos personales. Y cualquier individuo, es cierto, debe admitir sus prejuicios personales.

En términos más analíticos, en primer lugar diré que soy hostil al nacionalismo de tipo étnico-político: es imposible realizarlo sin modos de actuación bárbaros. Históricamente han coexistido en el mismo territorio gentes de varios grupos étnicos, grupos de identificación dispares. Separarlos en territorios totalmente delimitados es prácticamente imposible en numerosas partes del mundo. Veamos lo que sucede en los Balcanes o en la antigua Unión Soviética, lo que se ha visto al final de la última guerra mundial en el subcontinente de la India. Es algo absolutamente normal. Por eso una aplicación lógica de este sistema de nacionalismo territorial basado en una población homogénea, tanto religiosa, como lingüística, étnica u otra cosa, me parece sumamente negativa. Las tentativas de hacerlo después de la Primera Guerra Mundial han sido trágicas y lo siguen siendo.

En segundo lugar, soy escéptico porque me parece que en este momento el nacionalismo impone actitudes mucho menos tolerantes que las conocidas en las estructuras políticas tradicionales, mucho menos pluralista. En el pasado los grandes Estados todavía no nacionales —caso de los grandes imperios— como los viejos Estados llamados nacionales —España, Gran Bretaña, Francia— siempre han sido conscientes de que en el interior de sus grandes territorios había diferentes tipos de gente y no uno sólo. Se puede imponer un patrón único de comportamiento político pero no se ha puesto nunca en duda, por ejemplo en España, que los españoles han sido vascos, catalanes, aragoneses, etc., lo que no ha supuesto ninguna contradicción con la españolidad. Lo mismo sucede en Gran Bretaña, con la excepción de los irlandeses, ya que Irlanda ha sido una colonia conquistada. Una vez se establecen Estados basados en una sola etnia, una sola población homogénea y homogeneizada, hay que excluir a los

demás, lo que impone o implica una cierta intolerancia. Desde este punto de vista supone también una situación mucho más peligrosa. Se ve, por ejemplo, en el caso de la India: la lucha entre un Estado que acepta la multiplicidad, la pluralidad de todas las poblaciones de la India, incluso la religiosa, y un partido que quiere transformar la India en un Estado hindú, definido de un modo exclusivo, excluyendo a los otros elementos. Me parece que desde el punto de vista de las libertades y de la democracia es una amenaza.

En tercer lugar —vuelvo a tener prejuicios personales— la ideología y el comportamiento del nacionalismo en el pasado, de este tipo de nacionalismo, comporta grandes peligros. En el interior de cualquier pequeña nación hay una gran nación que quiere salir y conquistar. Todas las nuevas naciones se consideran incompletas, siempre hay algo fuera que debe ser reintegrado.

PIQUERAS: El irredentismo como componente del nacionalismo.

HOBSBAWM: Cierto irredentismo. Sí. Al mismo tiempo, desde el punto de vista de historiador, soy de la opinión de Ernest Renan: el nacionalismo es fundamentalmente hostil a la historia. La historia que quieren las naciones, que tienen que querer porque son construcciones históricamente nuevas, son fantasías ideológicas; en ciertos casos, fantasías absurdas, como las del nacionalismo turco en la época de Atatürk que sostenía una interpretación del origen de toda la civilización en el Turquestán. Esto no tiene ningún sentido.

PIQUERAS: En su libro sobre Naciones y nacionalismos[22] llega a la conclusión de que todos los criterios intentados para definir objetivamente la nación han sido criterios construidos a propósito para cada uno de los casos, y que los elementos que puedan resultar más objetivos responden también a construcciones culturales o políticas, desde la lengua hasta otro tipo de realidades.

HOBSBAWM: Sobre todo la lengua, que en casi todos los casos es una construcción social consciente. Sin esta construcción social, que puede tener siglos, como en el caso del inglés o del francés, no existe una lengua nacional; las lenguas nacionales están destinadas primeramente a las capas educadas y luego son construidas para toda la población. Lo que en cierto sentido puede ser absolutamente necesario. Sin la homogeneización de todos esos dialectos ingleses, alemanes, etc., no hubiera sido posible una lengua inglesa o una lengua francesa para el uso administrativo de la monarquía o de la Iglesia. No soy hostil a eso, pero hay que reconocer que no son hechos primordiales de la naturaleza, sino fenómenos históricos en la mayor parte de los casos. Son fenómenos muy recientes.

PIQUERAS: Usted señala que el nacionalismo tiene doscientos años. La construcción retrospectiva de esa realidad nacional también se realiza en ese periodo, al mismo tiempo.

HOBSBAWM: Eso también. Pero asimismo la construcción de lenguas nacionales es en gran parte algo del siglo XX. La construcción y homogeneización del vasco como un sólo idioma de uso nacional y moderno es cosa del siglo XX; diría aún más, de la segunda mitad del siglo XX.

PIQUERAS: Sobre esto mismo, en su libro sobre el invento de la tradición,[23] distinguía entre lo que son costumbres y tradiciones. En las tradiciones habría una intencionalidad selectiva, se trata de construcciones que cumplen una función, incluso para los movimientos sociales. Esa idea vuelve en Naciones y nacionalismo cuando se refiere a la construcción de tradiciones nacionales por el nacionalismo, y al papel otorgado a la historia y a los historiadores como suministradores de argumentos que concedan la legitimidad del pasado a las pretensiones presentes y futuras de los nacionalistas...

HOBSBAWM: Es cierto que la historia es siempre un asunto sumamente politizado en todos los casos. El problema de la historia, que se inicia como disciplina académica, no es ya evitar la politización, porque no es posible hacerlo, pero lo que sí se puede evitar es subordinar el análisis histórico a fines políticos. No es únicamente un problema para los nacionalistas, sino también lo tenemos en la izquierda, entre los marxistas, donde hay tantos ejemplos de análisis históricos que no tienen sentido sino en función de una cierta agenda política. En el caso del nacionalismo, es bastante fácil evitarlo porque la distinción entre una investigación... —no diría imparcial, porque no la hay— ...intelectual del pasado, y su utilización con fines puramente políticos está bastante clara en la mayoría de los casos. Todos conocemos que cuando un Estado está negociando un tratado, inmediatamente hay libros publicados sobre la amistad tradicional, pongamos, entre Portugal y Angola, qué se yo; siempre es la misma cosa. No es difícil reconocer la distinción entre una historiografía nacionalista y una historiografía del pasado nacional. Y en este momento resulta bastante importante porque las diferencias en la interpretación histórica llegan a tener una gran importancia política. Yo me he referido al caso de Macedonia en un artículo publicado en la revista Diogenes.[24] Los problemas políticos de Macedonia son, sin excepción, justificados, legitimados, desde todos los lados, a partir de una interpretación histórica: entre los griegos, los yugoslavos, los búlgaros, etc. Por eso me parece que en este momento son problemas enormemente importantes para el historiador.

Nunca es posible impedir el uso con fines políticos de cualquier trabajo histórico, pero se puede evitar escribir para un debate político en términos históricos. La función de los historiadores es precisamente hacerse molesto a los políticos.

REBELDÍA PRIMITIVA

PANIAGUA: Aparte de sus trabajos sobre el ludismo o el capitán Swing,[25] usted ha prestado especial atención a las reacciones contra el proceso de cambio en las zonas marginales del capitalismo. En su aportación de Rebeldes primitivos[26] se ocupaba del bandolerismo social, el anarquismo andaluz, la mafia siciliana, y en otros momentos vuelve a ocuparse por el bandolerismo social.[27] Los conceptos que utilizó para España, para el anarquismo andaluz de Rebeldes primitivos, de hecho muy controvertidos, ¿le siguen pareciéndole válidos?

HOBSBAWM: Mantengo la importancia de lo que ya he hablado al inicio de esta conversación. Es decir, de la interacción entre un mundo mental del pasado y los problemas de la actualidad. El fenómeno de Rebeldes primitivos no es únicamente un problema de anarquistas andaluces del pasado, es un problema bastante general, es un problema, como hemos visto, que repercute también en la actitud de ciertos nuevos nacionalismos, en una tentativa de comprender, de manipular el presente y el futuro en términos de un pasado que ya no tiene más aplicación. Me parece que sigue produciéndose, tal vez más hoy en los mismos centros del capitalismo; porque en el pasado, en el caso de la España del siglo XIX, yo me ocupé de las capas desarraigadas, más o menos marginales del área central del capitalismo, mientras que hoy estamos todos en cierto sentido desarraigados por la transformación de un mundo en el cual las viejas reglas, las viejas leyes, ya no parecen aplicarse. Creo que ayuda a comprender, por ejemplo, la situación actual en los Estados Unidos, los sucesos de Oklahoma:[28] parece una locura total que esa gente viva en el miedo de una tiranía del Estado impuesto en contra de la libertad total de la gente de armarse con ametralladoras... Me parece una reacción de desorientación total frente a una realidad que ya no se comprende. En gran parte esa gente dice: “¿Qué ocurre con la vida americana?

Yo no vivo mejor que mi abuelo, que mi padre; al contrario, vivo peor ¿Cómo explicar esto? Por una conspiración. Desde el exterior, desde el Estado, desde cualquier punto". ¿Cómo se va a entender sino en términos casi mágicos?

En Rebeldes primitivos había una cierta lógica en la reacción en esos momentos, una lógica de modos de actuación, tal vez inaplicables en una situación precisa, pero que en su contexto social tuvieron una cierta lógica y practicabilidad, mientras hoy ya no tienen ninguna vinculación con la realidad, no son modos efectivos de actuación política, sino reacciones emocionales, pasionales, evasiones como la de gran parte de los movimientos que en los Estados Unidos se retiran del mundo para evitar el apocalipsis. Son primitivos pero más negativos que los viejos "rebeldes primitivos".

LA PARTICIPACIÓN POLÍTICA DE LOS OBREROS

PANIAGUA: Su tesis doctoral trataba del fabianismo. Quizá el fabianismo ha tenido más repercusión fuera de Inglaterra que en Inglaterra. Usted sostenía que no hubo un movimiento obrero fabiano sino más bien la figura del matrimonio Webb o del escritor Bernard Shaw, pero que no tuvo una gran repercusión. Es posible que fuera intelectualmente más importante el marxismo en Gran Bretaña que lo que llegó a serlo el fabianismo. Está, de otra parte, la peculiaridad del Partido Laborista.

Respecto a la situación de los marxistas ingleses, me ha llamado la atención que ustedes pudieran mantener contactos con Annales pero a pesar de que entre 1945 y 1951 gobiernan por primera vez en solitario y con mayoría absoluta los laboristas, no se produce la integración de los intelectuales marxistas, pese a que en los contenidos del Partido Laborista, hasta ahora, había una interpretación marxista del mundo.

HOBSBAWM: Por comenzar con la cuestión del marxismo, yo nunca he sostenido la importancia del marxismo en el movimiento obrero de Inglaterra. Antes de la fundación del Partido Comunista, desde los años 1880, fue una ideología a la izquierda del movimiento obrero. Antes no había nada. El marxismo como ideología intelectual tuvo una cierta importancia en las generaciones posteriores a la Revolución de Octubre, pero en general fue muy escasa antes del año 30. Las primeras generaciones intelectuales marcadas por el marxismo fueron las generaciones activas o formadas en los años treinta, creo yo. Pero de otro lado no hay una ideología formal que domine los movimientos obreros ingleses, ni siquiera el fabianismo. Los fabianos tuvieron un cierto papel en el interior bastante tarde, después de la Primera Guerra hasta el gobierno laborista del 45: tuvieron una cierta importancia porque había en esta época una ideología, un programa fabiano, es decir,

una ideología de la gradualidad que era muy adaptable o compatible con los instintos en el interior de un movimiento obrero bastante moderado. Pero no se puede decir que desempeñara un gran papel o dominara esta ideología porque no había una gran participación de intelectuales en aquel momento; el laborismo era un movimiento fuertemente proletario. La ideología tradicional del movimiento obrero inglés fue la ideología tradicional de la izquierda en el siglo XIX, un cierto tipo de liberalismo democrático.

PANIAGUA: El cartismo, realmente.

HOBSBAWM: Sí, más o menos. Combinado con una conciencia de clase proletaria muy fuerte y con intereses muy específicos en la negociación de salarios, condiciones de trabajo, etc. Pero en un cuadro de una subalternidad aceptada por las clases obreras; subalternidad a las clases dirigentes, a las capas hegemónicas. Es verdad que pese a una fortísima conciencia de clase, de solidaridad de la clase obrera inglesa, no había una gran concienciación, un sentimiento de igualdad.

PANIAGUA: En España sí que existe.

HOBSBAWM: En España, existe. En Francia, existe. Existe en los dos. Me decía hace muchos años Harry Bridges, el secretario del sindicato de portuarios en San Francisco, un australiano que cuando era marinero en su juventud había visitado Londres, después de la Primera Guerra, y se había enamorado de la hija de un estibador del puerto de Londres; [me decía:] “yo, como australiano, no podía soportar esta atmósfera; esta gente se creían inferiores a los de arriba; nosotros no”.

Esta es una cosa que hay que reconocer: la combinación de una enorme solidaridad y conciencia de clase en una sociedad desigual

en que se reconocen los límites que los superiores no deben pasar.

PANIAGUA: Un poco como lo que antes hablaba de los hindúes.

HOBSBAWM: Exacto, pero en forma activa, militante. Pero no se creían nunca hegemónicos.

PANIAGUA: Aceptaban el papel de las élites.

HOBSBAWM: El movimiento obrero británico es muy particular. Es un movimiento de clase sin grandes programas, con un partido —el laborista— que se ha formado con mucha fuerza antes de que se aceptara un programa, pues inicialmente se basaba sólo en la autodefensa del momento. Finalmente se hace con la participación de los socialistas; no había nada en contra de los socialistas, los socialistas eran parte de este conjunto de "nosotros", la clase obrera. Al fin aceptaban una cierta radicalización. Después de la Primera Guerra en muchas partes de Europa hubo la escisión entre los socialistas moderados y los revolucionarios, mientras que lo que ocurrió en Inglaterra era una escisión entre los liberales y los independentistas; con la decadencia del elemento liberal se creó un cierto espacio, una alternativa; en este vacío el matrimonio Webb formuló un programa que hoy, en los últimos meses [1995], se ha abolido, un programa socialista que nunca ha significado mucho, un ideal del movimiento obrero que antes no había.

Pero de otro lado hay una especificidad de la situación inglesa, ya que se trata del único país donde el proletariado, la clase obrera, fue casi o totalmente la mayoría de la población después de la transformación agraria, que casi no dejó campesinos, y con la decadencia total de la artesanía independiente. Todo el vocabulario tradicional de la artesanía (maestros, etc.) fue asimilado y ha pasado al movimiento obrero cualificado. Toda la terminología

corporativa del pasado ya no existe en términos de un grupo de artesanos independientes, sino que ha pasado a formar un ala del movimiento obrero. Por eso creo que la capacidad política del movimiento obrero en Inglaterra ha sido muy grande en función del peso demográfico de la clase obrera industrial; toda la política, inclusive la de las clases dirigentes, tuvieron que tenerla en cuenta. Antes de Margaret Thatcher, el gran principio político de las clases dirigentes inglesas era evitar todo enfrentamiento con el movimiento obrero, evitar que la lucha de clases estuviese abierta. No se puede comprender la historia inglesa antes, durante, después de la Primera Guerra, después del 45, hasta los años setenta, sin tener esto presente; el gran peligro era precisamente el temor a un enfrentamiento.

PANIAGUA: A una radicalización.

HOBSBAWM: Sí. Después de la decadencia de la clase obrera será posible intentar enfrentarse a la clase obrera. Precisamente es lo que Thatcher, los thatcheristas, han hecho en los años ochenta.

PIQUERAS: Es un desafío que realizan con resultados satisfactorios para los que lo intentan, claro está. El desafío de Thatcher derrota al movimiento obrero.

HOBSBAWM: Sí, lo derrota. Lo han derrotado sí, pero han derrotado un movimiento obrero ya en decadencia.

PANIAGUA: Desde 1950. Sería a partir de 1950 que esa clase obrera, con los símbolos y con las tradiciones, va desapareciendo.

HOBSBAWM: Va cambiando. Me parece que hay dos momentos en este proceso. El primer momento es el cambio en el carácter de la clase obrera en la época de la riqueza generalizada, de la sociedad de consumo, de la privatización de la vida, de la automatización de las negociaciones entre empresarios y sindicatos por la que no había que hacer gran cosa para conseguir cada año aumento de salarios, etc. Pero creo que esto empezó a debilitar los viejos movimientos. Luego, después del año 70, se produce una decadencia demográfica de la clase obrera industrial. Son dos fases en el declive del movimiento obrero.

HISTORIA Y COMPROMISO POLÍTICO

PANIAGUA: Reconstruyendo aspectos de su vida intelectual, usted ha señalado que hay un momento en el que se reúne con un grupo de historiadores,[29] en donde se discute sobre el pasado y el futuro...

HOBSBAWM: Era un Grupo de Historiadores comunistas.

PANIAGUA: Discutían sobre la historia, el presente y las consecuencias de la guerra, etc. Muchos de los problemas que se planteaban eran problemas políticos. Hay una preocupación por hacer una historia que incluyera el mayor grado de fundamentación empírica, pero la motivación que les lleva a enfocar el problema histórico parece descansar en una base política.

HOBSBAWM: Ideológica más que política. El comunismo, en mi caso personal, fue la base de mi interés por la historia. La historia que se enseñaba en las escuelas de la Europa central, en mi juventud, antes de mi conversión política al comunismo, no tenía ningún interés, casi ningún interés. Pero en una ocasión, en Berlín, discutiendo en clase, sostuve unas opiniones políticas delante de uno de mis profesores: “usted no sabe nada”, me dijo, “ni siquiera sabe lo que es el comunismo; vaya a la biblioteca de la Escuela y lea algo, por ejemplo El manifiesto comunista”. Y yo empecé a leerlo, esta es la verdad. Es una cosa extraordinaria... es la base de mi interés por la historia.

Más tarde vendría la época del Grupo de Historiadores comunistas, que ha sido muy importante para todos nosotros. Es un caso raro en el que se reúne un conjunto de gente, de amigos, sin grandes

autoridades, porque con la sola excepción de Maurice Dobb no había figuras muy señeras. Los debates del Grupo no fueron discusiones específicas en términos de política del día; al contrario, los grandes temas de nuestras discusiones en los diez años en que funcionó el Grupo fueron precisamente la interpretación de la evolución de las sociedades y, sobre todo, del capitalismo en Inglaterra y en otros sitios; también se ocupó de la elaboración de una concepción marxista, de la concreción del método materialista de la historia.

La política, la agenda política sí tenía importancia, pero más indirecta, a través de lo que antes hemos discutido sobre el carácter de la revolución inglesa. Una de las más grandes discusiones fue precisamente por el significado de la revolución inglesa del XVII, en torno al bicentenario de la ejecución del Rey Carlos, en el 49. Había grandes discusiones dentro del Grupo. Es cierto que nosotros sabíamos que había una dimensión política porque conocíamos la interpretación oficial soviética. Pero a pesar de nuestra ortodoxia en aquel momento, las discusiones eran abiertas; había siempre gente que decía, como por ejemplo Victor Kiernan: “yo no estoy convencido de esto, no veo que Inglaterra en la época de la Reina Isabel fuera una sociedad feudal como otras”. Se producía una interacción entre el problema más general y, en ciertos momentos, los imperativos de la ortodoxia política, pero no se trataba de un problema de interpretación de la situación política en general, ni siquiera de nuestras convicciones. En fin, hay un cierto interés sobre el Grupo, tanto biográfico como para la historiografía inglesa. Otros autores se han preocupado también de la historia del Grupo.

PIQUERAS: Ha mencionado que en el Grupo no había ninguna figura que pudiera sobresalir por encima de los otros, salvo el caso de Maurice Dobb. Sin embargo en su artículo sobre el Grupo de Historiadores del Partido Comunista alude a Maurice Dobb aunque nunca parece haber estado presente en las reuniones ni en las discusiones. ¿Estaba Dobb al margen? ¿Realmente ejerció algún tipo de influencia sobre el Grupo, siendo economista y la mayor parte del Grupo historiadores?

HOBSBAWM: Dobb participó poco en los trabajos concretos del Grupo, pero no estaba totalmente ausente. Su papel fue relevante, sobre todo en cuanto autor de los Studies,[30] que fue la base de nuestras discusiones. Era la primera tentativa de formular un análisis de todo el curso de la evolución del capitalismo en general y en Gran Bretaña en particular. Antes no había en inglés nada parecido. Por eso el trabajo de Dobb era el punto de partida de nuestras discusiones y también, a veces, el punto de regreso. Pero sin suponer una autoridad porque Dobb no tuvo nunca una responsabilidad política, en ninguna situación, en el Partido Comunista o en otros contextos.

PANIAGUA: ¿Ustedes eran amigos entre sí?

HOBSBAWM: En general sí.

PANIAGUA: ¿Había relaciones de amistad o sólo académicas?

HOBSBAWM: Había relaciones de amistad y siguen. Se han mantenido más allá de las discusiones políticas. Después de 1956 siguen manteniéndose... en la medida en que estamos todavía vivos.

PANIAGUA: ¿Empezaron en los años cuarenta, en plena Guerra Mundial o antes?

HOBSBAWM: Después del regreso de la guerra. Es verdad que unos jóvenes historiadores comunistas ya se conocían antes, por ejemplo, en Cambridge, en la universidad. Antes de la guerra conocí a Christopher Hill. Pero fue después del regreso del ejército cuando se formó por iniciativa del partido este Grupo. Hubo tentativas

anteriores e incluso un proyecto de escribir una historia marxista, pero no tuve ninguna participación y no sé nada al respecto.

PANIAGUA: ¿Van ustedes al partido o hay un propósito por parte de los dirigentes del Partido Comunista de captación y de propaganda en los medios juveniles de la época?

HOBSBAWM: No, en general. En esta generación, la generación de los treinta, hubo un conjunto de jóvenes intelectuales estudiantes que ingresó en el Partido Comunista, casi todos al final de la Guerra Mundial. Hubo una iniciativa, una tentativa por parte del partido de establecer grupos profesionales, grupos de interés profesional: de escritores, pintores, etc. Yo creo que el Grupo de Historiadores fue un poco distinto porque, por suerte, se formó con historiadores bastante jóvenes; se reunió para realizar una tarea específica, la revisión del libro de Morton sobre la historia del pueblo inglés.[31] Morton había escrito para un editor progresista en 1938 una historia inglesa desde el punto de vista marxista sin ser historiador profesional, académico. Después, para una segunda edición, se movilizaron las fuerzas de estos jóvenes con formación académica a fin de ayudar a la revisión del trabajo. En base a esto se estableció un grupo mucho más permanente que fue integrado en el sistema de grupos profesionales, culturales, como se llamaron en aquel entonces, del Partido Comunista.

PANIAGUA: ¿Tuvieron alguna discriminación por parte de los sectores académicos, alguna reacción contraria, sobre todo en la época de la Guerra Fría?

HOBSBAWM: Sí, claro. En la Guerra Fría sí sufrimos discriminación. Una cierta discriminación...

PANIAGUA: ¿Académica?

HOBSBAWM: ...sí, una discriminación académica, pero en un sentido bastante límite, no tan brutal como en los Estados Unidos. En general los que teníamos un puesto académico antes de 1948 pudimos permanecer; pero para los que no lo habían logrado fue imposible entrar en el mundo académico en unos diez años, por lo menos.

PANIAGUA: ¿Diez años?

HOBSBAWM: Más o menos.

PIQUERAS: ¿Fue por eso que muchos se dedicaron a la enseñanza de adultos?

HOBSBAWM: No. La enseñanza de adultos fue una opción preferida, por ejemplo, por E. P. Thompson, Raymond Williams y otros, por motivos democráticos. Prefirieron trabajar en ese campo sin consideraciones de militancia política, pero lo hacían por convicciones democráticas en la educación. Se dieron dos posibilidades, los que tuvieron la suerte de encontrar puestos en la universidad y la de quienes ni siquiera lo buscaron, como Thompson y otros miembros del Grupo de Historiadores que estaban en la educación para adultos.

PANIAGUA: ¿De quién dependía esa educación para adultos? ¿De los Concejos Municipales?

HOBSBAWM: En parte de organizaciones como la Workers' Educational Association, subvencionadas con ayuda de las municipalidades, pero en parte también de las universidades, que tuvieron y siguen teniendo departamentos llamados Exteriores. Thompson trabajaba para el departamento de la Universidad de Leeds, el Departamento Exterior, muy distinto en su organización del trabajo universitario normal. Pero en el Grupo no había diferencias entre académicos y no académicos, maestros de escuela, estudiantes u otros. Por supuesto que no.

PIQUERAS: Pero hubo también casos de exclusión de la universidad, George Rudé.

HOBSBAWM: No le dejaron entrar. Es un caso muy particular. Era maestro de escuela, profesor de escuela media con especialización lingüística, profesor de francés. Luego hizo un doctorado en historia, pero no pudo ingresar en ninguna universidad inglesa precisamente por discriminación política por parte de su "patrón" académico. Así que se vio obligado a emigrar y encontró un puesto en Australia, en parte debido a la ayuda de Christopher Hill, que conocía al jefe del departamento de Adelaida. Fue un caso típico de aquellos que todavía no tenían puesto en la universidad. Rudé sufrió una exclusión muy especial.

PANIAGUA: Se dio entonces una autoexclusión por una parte, y por otra estaban los que no se les dejó entrar.

HOBSBAWM: Sí. No conozco muchos casos de exclusión de profesores marxistas de la universidad. Tal vez uno o dos casos de gente con contratos limitados que no fueron renovados. En general lo que no había era promoción posterior, muy poca. Hubo congelación de la situación. Pero gran parte de nosotros ocupábamos ya puestos en la universidad: Hill, Saville, Kiernan, yo

mismo, lo que permitía una cierta permanencia del Grupo.

LA PRÁCTICA HISTÓRICA: LA HISTORIA ECONÓMICA Y SOCIAL

PANIAGUA: Quisiera conocer su opinión sobre la sociología histórica. Está muy en auge. A los libros de Wallerstein, de los que hemos hablado, a las obras de Anderson sobre la transición de la sociedad de la antigüedad al feudalismo y del feudalismo al capitalismo, se añaden otras grandes interpretaciones globales, de la revolución, por ejemplo, en el caso de Tilly, o de las fuentes del poder social del Estado —entendido con una autonomía absoluta— como hace Michael Mann. Chocan un poco a nuestra tradición de historiadores. Una parte de estos sociólogos viene a considerar que no habría más historia que la sociología histórica.

HOBSBAWM: Sociólogos y también gente de ciencias políticas. En general tengo un cierto interés, una cierta simpatía hacia lo que hacen porque tienen el proyecto de comprender la totalidad de la evolución histórica.

PANIAGUA: Como usted ha pretendido...

HOBSBAWM: Creo que es un proyecto positivo. Se puede discutir, se puede debatir, pero hay pocos historiadores que tengan ese coraje.

PANIAGUA: Porque nuestra tradición histórica queda tan orientada al archivo que da miedo cualquier interpretación amplia, casi es caer en una especie de especulación, mientras que el sociólogo no tiene miedo a hacerlo.

HOBSBAWM: No tiene miedo... Bueno, no quiero decir que esté de acuerdo con todos estos autores. Para los marxistas, para los historiadores marxistas, aunque también para otros, es absolutamente necesario... no se puede hacer menos que considerar el conjunto de la evolución histórica del mundo. Por eso existe una base para conversar, para discutir con esta gente, mientras que con ciertos historiadores monográficos limitados únicamente a trabajos de archivos, la base es mucho menor. Desde nuestro punto de vista marxista es más fácil comunicar con Max Weber que con Mommsen, por ejemplo.

Tenemos un sociólogo, W. G. Runciman, que ha realizado una enorme tentativa de reducir la evolución histórica a términos darwinianos. No estoy de acuerdo, pero el proyecto me parece interesante: comprender la totalidad de la existencia y de los cambios de la humanidad.

PIQUERAS: Hemos entrado en algunas cuestiones relacionadas con la disciplina histórica, con la ciencia histórica. En un texto suyo de 1974, reunido más tarde por Paul Baker,[32] hacía una breve reflexión sobre el estado de la historia económica y social. Lo presentaba como un campo de trabajo con una cierta tradición. Señalaba en aquella época que el maridaje tradicional entre la historia económica y la social estaba a punto de fracasar dado que cada uno de cónyuges se disponía a discurrir por caminos apartados, y expresaba el deseo de que pudiera salvarse esa asociación. Aquí, en Gran Bretaña, todavía se sigue manteniendo esa relación entre historia económica y social. Sin embargo, fuera de Gran Bretaña eso no es así: la historia económica sigue su curso y la historia social es una cosa totalmente distinta que rehúye cualquier relación con la historia económica, distanciándose de hecho de lo que pudiera tomarse por una determinación económica de los comportamientos sociales. La historia social se orienta hacia otro tipo de objetivos, olvidando lo que sería el sustrato socio-económico. A la vez, la historia económica prescinde del sujeto histórico y se limita a explicaciones que siguen alguna teoría económica determinada, omitiendo los grupos sociales. ¿Cómo

enjuicia, veinte años después, esa premonición?

HOBSBAWM: No he cambiado de opinión. La historia económica está cada vez más especializada en términos de teorías económicas, de una econometría retrospectiva. No creo que tenga gran valor para la macrohistoria. En general, me parece que tampoco ha contribuido mucho a la reinterpretación de los grandes procesos de cambio histórico. Lo que ha hecho, es cierto, es corregir desde el punto de vista de control pedagógico las constataciones de historiadores que no comprenden lo que dicen cuando hacen proposiciones económicas. También, en ciertos casos, ha realizado algunas aportaciones. Por ejemplo, ha demostrado que desde el punto de vista de la racionalidad económica, la economía de la esclavitud no había fracasado en el momento de la abolición, por lo que habrá que buscar otras explicaciones a su desaparición, aunque esas otras explicaciones están fuera del cuadro de este tipo de historia económica. Por eso, en general, la historia económica está en declive en una gran parte de países. No interesa demasiado a los economistas, mucho más atentos a lo que ocurre en la teoría general, y no tiene mucho interés para los historiadores.

Estoy de acuerdo con ustedes en que la historia económica con una dimensión social es mucho más interesante. Pero en Inglaterra, donde sigue practicándose la historia económica y social, también cada vez merece menos atención. Maxine Berg me decía en fecha reciente: “Yo enseño en esta universidad y sigo haciendo este tipo de historia económica, pero nadie se interesa. En la izquierda se interesan puramente en la historia cultural, la historia de ideas, etc. Los economistas no se interesan en lo que hago yo”. Hay una cierta presión en este momento. Por eso me parece interesante el proyecto de los politólogos y los sociólogos que por lo menos se enfrentan con los grandes problemas.

PIQUERAS: Las grandes preocupaciones también empiezan a estar ausentes en la historia social. Está en proceso de convertirse en una historia cultural, una historia intelectual, una historia de las percepciones más que de las realidades. En su artículo “De la

historia social a la historia de las sociedades",[33] donde intentaba precisar esa diversidad que es la historia social, establecía varias líneas de trabajo y evaluaba su momento. De aquel texto de 1971 a hoy vemos cómo la demografía se ha convertido en otra especialidad, los estudios sobre mentalidades han alcanzado gran desarrollo y cada vez se trabaja menos sobre clases y grupos sociales, sobre las transformaciones de la sociedad (excepto en su vertiente gradualista modernizadora) o los movimientos sociales y de protesta.

HOBSBAWM: Bueno, hay que matizar. De un lado, la historia demográfica, que en gran parte es la base de otras historias sociales, ha producido mucho de positivo aunque como todas las especialidades tiene tendencia a restringirse y volverse una cosa muy incomprensible. De otro lado no creo que haya una ausencia completa de estudios sobre clases; lo que hubo en los años sesenta y setenta fue una concentración, tal vez excesiva, en la historia de la clase obrera sin tener en cuenta a las restantes clases. En los últimos tiempos hay tentativas de investigar otras clases. Pienso en el gran proyecto alemán de Kocka, del grupo de Bielefeld, donde contribuyo con un capítulo sobre la clase media inglesa en el siglo XIX.[34] La historia social que se hace en Alemania sí considera la importancia de la historia de clases sociales, de los grupos sociales.

Diría que hay un cierto vacío respecto a la historia obrera, de los movimientos obreros, después de haber estado de moda; nosotros hemos formado parte de esa gran moda, ¿no?

PIQUERAS: Me gustaría que habláramos de la revista Past and Present. Antes hemos mencionado un cierto aislamiento del Grupo de Historiadores marxistas coincidiendo con la Guerra Fría. Past and Present aparece precisamente en ese momento, en 1952, y lo hace como una propuesta de diálogo entre historiadores marxistas y no marxistas.

HOBSBAWM: Era una iniciativa de los marxistas, del Grupo Comunista.

PIQUERAS: La revista integraba historiadores que no eran marxistas, que son progresistas o practican una historia liberal. Parece en primer lugar un esfuerzo por salir del aislamiento; también por salir del aislamiento metodológico y plantear problemas que en diálogo con otro tipo de metodologías podrían verse enriquecidos. ¿Es así?

HOBSBAWM: Bueno, en primer lugar, fue una tentativa de salir del aislamiento político. Es difícil recordar cómo los marxistas fueron aislados en los años cincuenta, sobre todo porque el marxismo en aquel momento era casi idéntico al comunismo. También había una dimensión más analítica, más académica, es decir, nos parecía que había un territorio común entre el análisis marxista y la tendencia de la evolución de las ciencias históricas en los años cincuenta. Unos cuantos jóvenes historiadores marxistas habían participado en el Congreso Internacional de Ciencias Históricas en 1950, realizado bajo el patrocinio de la Escuela de Annales. Fue una experiencia que nos mostró en aquel entonces que desde una perspectiva global no estábamos aislados, porque la tendencia histórica después de veinticinco años se dirigía hacia una integración del análisis económico y social. También en la Escuela de Annales había una reacción en contra de la historia narrativa de índole político. Los encuentros con nuestros colegas no marxistas franceses de la Escuela de Annales, como Braudel, fueron bastante fáciles; fue más fácil encontrar con ellos un territorio común para la discusión que con nuestros colegas de Inglaterra y de los Estados Unidos.

De otro lado, siempre fuimos muy hostiles a un cierto exclusivismo sectario de comunistas, de otros marxistas inclusive: “aquí está la verdad; fuera de este pequeño círculo no hay verdad y quienes no participan en cada detalle de nuestro análisis están fuera...” Por eso, claro, nos parecía útil y positivo la posibilidad de ensanchamiento de un territorio en común entre marxistas y cierto tipo de no marxistas que en aquellos momentos estaban en auge internacional.

PIQUERAS: Hoy día, en que las condiciones son totalmente distintas, ¿qué función cumple Past and Present? ¿Es una revista más, implicada en un medio académico que la ha hecho suya? ¿Es una revista integrada, por decirlo así también, en competencia con otras publicaciones quizás más radicales?

HOBSBAWM: Hoy día, sucede también con Annales, ha perdido un poco su función original. Sigue siendo una revista con mucho "estatus" y tal vez cumple una gran función para jóvenes historiadores de los Estados Unidos y de otras partes. Ser publicado en Past and Present es algo que ayuda. El director actual es Chris Wickham, un marxista, muy inteligente, muy brillante. Pero el problema hoy en día no es tanto la lucha entre tendencias ideológicas, entre marxismo y no marxismo, sino redescubrir el territorio de las grandes cuestiones de la revolución, del cambio histórico. En este sentido, tenemos grandes dificultades por la orientación que predomina tanto en la izquierda como en el mundo académico oficial. Después del 68 se ha establecido en los medios izquierdistas una tendencia no analítica en historia, representada por ejemplo por History Workshop, entre otros, y de historia oral; una historia de identificación emocional con el pasado, de identificación con la militancia, no sé... comunista o de otro tipo, que tiene su valor, incluso su valor académico, pero que evita plantear estos grandes problemas, precisamente los grandes problemas analíticos. Por ello se nos presenta también un problema cuando por ejemplo buscamos nuevos miembros para el consejo editorial de Past and Present, ya que la revista pretende evitar una gerontocracia: no hay tanta gente que tenga los mismos valores de la vieja generación. En Inglaterra había una fuerte tradición de historiografía marxista, tal vez más fuerte que en otros países, era la tradición de mi generación; entre los más jóvenes hay sólo unos pocos. Está Anderson y algunos más, pero no hay generaciones mucho más nuevas. El núcleo de la tradición marxista en la historiografía británica es el núcleo de la gente de mi edad. Tal vez esto cambie, pero en este momento no se ve un cambio. La misma cosa ocurre en términos distintos con los Annales: hacia la mitad de

los años setenta había un proyecto de Annales, después...

PANIAGUA: Después se ha convertido en una revista académica para progresar en el estamento académico...

HOBSBAWM: Para progresar en el estamento... No sé si en este momento hay muchas revistas que representen lo que hemos representado nosotros o los Annales. No me parece que haya tantas... sin contar Historia social...

PANIAGUA: Eso me lleva a la consideración del papel de la historia en el mundo académico y en la sociedad actual. Mi apreciación personal es que en España durante la transición política [1975-1982] y antes, la historia fue un arma de análisis, de discusión; parecía como si la gente quisiera acudir al pasado para entender el mundo, para entender la historia presente de España. La izquierda utilizó la historia como un elemento de reivindicación del pasado, no sólo la historia exclusivamente socialista sino también la de los republicanos. Las revistas de divulgación histórica y los programas de televisión sobre historia tuvieron gran auge en esa época. En las enseñanzas no universitarias hubo movimientos didácticos que se preocuparon por renovar la enseñanza de la historia. Sin embargo, en los últimos años esa tendencia ha decaído muchísimo, han declinado las revistas de divulgación histórica del estilo de Historia Today, como Historia 16. Parece como si la historia ya no fuera ese elemento de referencia fundamental como ocurrió antes. Se está sustituyendo de alguna manera por una especie de sociología del mundo orientada hacia las tendencias del futuro más que propiamente a la búsqueda en el pasado de los problemas que tiene la sociedad, la humanidad, el país en concreto. Sólo entre los elementos nacionalistas —pienso en Cataluña y, en parte, en algunos sectores valencianos— la historia cumple el papel de reivindicación nacional del que antes hablábamos. El historiador comienza a percibir una cierta sensación de inutilidad social de su profesión, aunque pueda ser muy rentable desde el punto de vista

académico. Hace un momento se refería a la importancia de publicar en Past and Present o en Annales, menos por lo que pueda representar de aportación a una teoría o a una discusión que porque permita progresar en el mundo académico. ¿Cómo ve ese problema?

HOBSBAWM: Tal vez este sea un fenómeno español, porque yo no creo que haya una decadencia del papel de la historia en otros países. Tal vez también en Francia, donde en un cierto momento la historia fue el eje central de todas las ciencias sociales, en la época de Braudel, ahora se esté produciendo una cierta decadencia con el crecimiento de la economía, de la sociología. Pero no me parece que en Inglaterra haya decaído el interés en la historia, sigue a través no sólo de libros, sino también de otros medios como la televisión. Lo que ocurre es que es otro tipo de historia, hay menos historia analítica. Un género que tiene mucho éxito es la biografía; personalmente no lo comprendo porque no me interesa tanto, pero hay buenos historiadores que han percibido el interés popular por la biografía. De otro lado, el interés sigue vigente en otros países, en la misma Alemania, donde las grandes discusiones habidas durante los últimos diez, quince años han sido precisamente sobre la historia, donde existe el problema de comprender la actualidad del país en términos históricos. Lo mismo sucede en Italia. En los Estados Unidos se mantiene el interés popular por la historia; dos grandes series de programas sobre la guerra civil americana han tenido un gran éxito popular, con participación de historiadores serios. Hay más: en países como los Estados Unidos o Inglaterra el contenido de la enseñanza de la historia en las escuelas se ha vuelto una cosa de actualidad política, de interés político.

Pienso por eso que tal vez se estén produciendo cambios en el papel de la historia, pero no veo una decadencia del papel de la historia en su conjunto. Es cierto que en este momento hay países como la ex Unión Soviética donde hay una decadencia total de la historia porque ya no hay lugar para la historia, sólo hay lugar para el intercambio de acusaciones y disculpas entre unos y otros; pero se trata de una situación pos-cataclismática como la de la ex Unión Soviética o la de los países balcánicos.

EL HISTORIADOR ANTE LOS PROBLEMAS DE LA SOCIEDAD

PIQUERAS: En su opinión ¿Cuál sería la perspectiva de lo que en su libro llamó la izquierda racional,[35] sus reflexiones políticas sobre el futuro, sobre la alternativa al momento presente y al desconcierto o a la incertidumbre que acompaña a la izquierda en estos momentos, de la que también se ha hecho eco en otros trabajos[36]?

HOBSBAWM: Comenzaré con la constatación de que los problemas quedan, permanecen.

PANIAGUA: Pero no las respuestas.

HOBSBAWM: No las respuestas. Pero en ciertos momentos se decía ya que no había problemas, que habían desparecido: no había desempleo, no había grandes crisis, no había pobreza; sin embargo los grandes problemas permanecen. En cierto sentido, aumentan. Por ejemplo, el problema ecológico. Son problemas para los cuales en el capitalismo no hay solución; con el libre mercado libre no hay soluciones. El problema ecológico, el problema de la desigualdad social, tanto en el interior cuanto a escala internacional. Claro, problemas que son tal vez específicos de ciertas regiones, problemas de la transformación de las estructuras económicas y sociales, la desindustrialización de viejas regiones, viejos países, etc.

Segundo, ya no es posible suponer que haya un sólo agente portador de un programa alternativo como en el pasado, es decir, la clase obrera industrial. En el pasado, como he tratado de establecer, los movimientos obreros no han sido nunca movimientos puramente proletarios, han sido siempre alianzas, conjuntos de intereses, de

grupos, de clases, pero en el entorno de un sujeto real, de una clase obrera con el destino de ser el arquitecto de una nueva sociedad. Hoy en día en cierto modo continúa existiendo esta clase obrera y supone al menos el 25% de la población activa, pero ya no es posible funcionar del mismo modo que antes.

Estas alianzas no pueden realizarse a través de un centro natural, sino que pasan por negociaciones entre grupos con ciertos intereses en común. En estos momentos asistimos a una cierta convergencia entre la situación tradicional de los obreros y un gran sector de las clases medias, profesionales, que en su gran mayoría son asalariados; en Inglaterra, por primera vez el problema del desempleo y de la inseguridad en el empleo han pasado a ser factores presentes en la vida de las capas medias cuando antes no lo fueron. El declive del empleo fijo en las clases medias es una cosa nueva en este país, y tal vez en otros países, en función de los imperativos de un mercado totalmente libre.

Sin embargo me parece imposible pronosticar la formación de un nuevo núcleo protagonista; existen posibilidades de alianzas de un conjunto de fuerzas. Lo que está menos claro son las políticas precisas de la izquierda en el futuro porque la historia de la economía trasnacional a escala mundial ha disminuido la posibilidad de esperar la acción de los Estados, de los gobiernos, de las administraciones nacionales que en el pasado han sido los grandes medios de control contra los impactos incontrolados del capitalismo. Hay más, en las sociedades de democracia burguesa, parlamentaria, en cierto modo los valores de la sociedad de consumo, la sociedad del liberalismo, han creado una situación que hace más difícil la formación de programas realistas. Cualquier gobierno, cualquier programa de cualquier gobierno se basa en la presunción de que los ciudadanos aceptan los impuestos y una distribución de impuestos que da más a unos y menos a otros, es decir, de una cierta redistribución del ingreso nacional a través del Estado o de ingresos públicos. Esto en el pasado fue aceptado en general.

PANIAGUA: Ahora no tanto.

HOBSBAWM: Ahora no tanto. Y por eso hay dificultades que antes no había. La gente no quiere solidaridad.

PANIAGUA: La gente no quiere solidaridad, o la gente quiere solidaridad teóricamente, pero en la práctica...

PIQUERAS: No quiere contribuir...

HOBSBAWM: No quiere contribuir...

PIQUERAS: Es una solidaridad ideológica antes que económica.

HOBSBAWM: Eso es. Y éstos son problemas para cualquier política. Es decir, es posible formular un programa para la izquierda pero es mucho más difícil conducir una campaña electoral en base a tal programa.

NOTAS AL PIE

[1] La presente conversación fue mantenida en mayo de 1995 por los editores de la revista Historia Social. Con posterioridad, el profesor Hobsbawm revisó el texto íntegramente.

[2] Eric Hobsbawm, The Age of Extremes. The Short Twentieth Century 1914-1991, Michael Joseph, London, 1994 [traducción española: Historia del siglo XX, 1914-1991, Crítica, Barcelona, 1995].

[3] Immanuel Wallerstein, The modern world-system, 1. Capitalist agriculture and the origins of the European world-economic in the Sixteenth Century, Academic Press, Nueva York, 1974 [El moderno sistema mundial, I. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI, Siglo XXI, Madrid-México, 1979].

[4] Eric Hobsbawm, "The general Crisis of the European Economy in the 17th Century", Past and Present, 5 y 6 (1954) [traducción española incluida en su obra En torno a los orígenes de la revolución industrial, Siglo XXI Argentina, Buenos Aires, 1971].

[5] Eric Hobsbawm, "From Feudalism to Capitalism", Marxism Today, VI, 8 (1962) [en Rodney Hilton (ed.), La transición del feudalismo al capitalismo, Crítica, Barcelona, 1977, pp. 223-230].

[6] La primera respuesta provino de H. R. Trevor-Roper, "The General crisis of the Seventeenth Century", Past and Present, 16 (1959), que a su vez propició un amplio debate internacional reunido, con el texto de Hobsbawm, en Trevor Aston (ed.), Crisis in Europe 1560-1660. Essays from Past and Present, Routledge & Kegan Paul, Londres, 1965 [Crisis en Europa, 1560-1660, Alianza, Madrid, 1983]. Aparte de un gran número de monografías específicas, una actualización de la controversia en Geoffrey Parker, The General Crisis of the Seventeenth Century, Routledge & Kegan Paul, Londres, 1978.

La segunda aportación de Eric Hobsbawm se produjo en “The Seventeenth Century in the Development of Capitalism”, Science and Society, XXIV, 2 (1960) [“El siglo XVII en el desarrollo del capitalismo”, En torno a los orígenes de la revolución industrial, pp. 71-88].

[7] Citamos por la versión de Manuel Rodríguez Alonso, en Crisis en Europa, pp. 25 y 66, respectivamente.

[8] Christopher Hill, “A Bourgeois Revolution?”, en John G. A. Pocok (ed.), Three British Revolutions. 1641, 1688, 1776, Princeton University Press, Princeton, 1980, pp. 109-138.

[9] E. J. Hobsbawm, Echoes of the Marseillaise. Two Centuries Look Back on the French Revolution, Verso, Londres-Nueva York, 1990 [Los ecos de la Marsellesa, Crítica, Barcelona, 1992].

[10] Eric J. Hobsbawm, “Capitalisme et agriculture: les réformateurs écossais au XVIIIe siècle”, Annales E.S.C., mai-juin 1978, pp. 580-601 [“Capitalismo y agricultura: los reformadores escoceses en el siglo XVIII”, Historia Social, 25 (1996), pp. 41-60].

[11] H. J. Habakkuk, Marriage, debt, and the estates system. English landownership 1650–1950, Clarendon Press, Oxford, 1994.

[12] Eric J. Hobsbawm, Industry and Empire. An Economic History of Britain since 1750, Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1968 [Industria e Imperio, Ariel, Barcelona, 1977].

[13] G. Muzzioli, Modena, Laterza, Bari, 1993.

[14] Andrew Ure, The Philosophy of Manufactures: or, an Exposition of the Scientific, Moral, and Commercial Economy of the Factory System of Great Britain, Londres, 1835.

[15] Arno J. Mayer, The Persistence of the Old Regime. Europe to the Great War, Pantheon Books, 1981 [La persistencia del Antiguo Régimen, Alianza, Madrid, 1984].

[16] E. P. Thompson, The Poverty of Theory and Other Essays, Merlin, Londres, 1978 [Miseria de la teoría, Crítica, Barcelona, 1981]; Perry Anderson, Arguments within English Marxism, NLB y Verso, Londres, 1980 [Teoría, política e historia. Un debate con E. P. Thompson, Siglo XXI, Madrid, 1985].

[17] Perry Anderson, “Origins of the Present Crisis”, New Left Review, 23 (1964); E. P. Thompson, “The Peculiarities of the English”, Socialist Register, 2 (1965) [“Las peculiaridades de lo inglés”, Historia Social, 18 (1994), pp. 9-60]; Perry Anderson, “Socialism and pseudo-empiricism”, New Left Review, 35 (1966).

[18] Se refiere a “Labour Traditions”, publicado en Labouring Men. Studies in the History of Labour, Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1964 [“Tradiciones obreras”, en Trabajadores: estudios de historia de la clase obrera, Crítica, Barcelona, 1979, pp. 384-401].

[19] Dipesh Chakrabarty, Rethinking Working-Class History: Bengal 1890-1940, Princeton, Princeton University Press, 1989.

[20] Vinay Bahl, The making of the Indian working class. A case of the Tata Iron and Steel Company, 1880-1946, Sage Publications, New Delhi, 1995.

[21] Eric Hobsbawm, Worlds of Labour. Further Studies in the History of Labour, Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1984 [El mundo del trabajo. Estudios históricos sobre la formación y evolución de la clase obrera, Crítica, Barcelona, 1987, pp. 74-92].

[22] E. J. Hobsbawm, Nations and nationalism since 1780. Programme, myht, reality, Cambridge University Press, Cambridge, 1990 [Naciones y nacionalismo desde 1780, Crítica, Barcelona, 1991].

[23] Eric J. Hobsbawm y Terence Ranger (eds.), The invention of tradition, University of Cambridge, Cambridge, 1983 [La invención de la tradición, Crítica, Barcelona, 2002].

[24] E. J. Hobsbawm, “The Historian between the Quest for the Universal and the Quest for Identity”, Diogenes, 168 (1994), pp. 51-63.

[25] Eric Hobsbawm y George Rudé, Capitan Swing, Lawrence and Wishart, Londres, 1969 [Revolución industrial y revuelta agraria. El capitán Swing, Siglo XXI, Buenos Aires, 1978].

[26] E. J. Hobsbawm, Primitive Rebels. Studies in Archaic Forms of Social Movements in the 19th and 20th Centuries, Londres, 1958

[Rebeldes primitivos, Ariel, Barcelona, 1968].

[27] E. J. Hobsbawm, Bandits, Weidenfeld and Nicolson, Londres, 1969 [Bandidos, Ariel, Barcelona, 1976].

[28] Se refiere al atentado llevado a cabo con explosivos por dos individuos que en abril de 1995 volaron un edificio federal en Oklahoma City. El atentado ocasionó 168 víctimas mortales y más de 680 heridos. El móvil del acto terrorista fue la hostilidad al gobierno federal y se alimentaba de la teoría de la conspiración difundida por sectores de la extrema derecha estadounidense.

[29] Eric Hobsbawm, "The Historians' Group of the Communist Party", Rebels and Their Causes. Essays in Honour of A.L. Morton, Lawrence & Wishart, Londres, 1978 ["El Grupo de Historiadores del Partido Comunista", Historia Social, 25 (1996), pp. 61-80].

[30] Maurice Dobb, Studies in the development of capitalism, Routledge and Kegan Paul, Londres, 1946 [Estudios sobre el desarrollo del capitalismo, Siglo XXI Argentina, Buenos Aires, 1971].

[31] A. L. Morton, A People's History of England, V. Gollancz, Londres, 1938.

[32] E. J. Hobsbawm, "Economic ans social history divided", New Society, 11 julio 1974, reimp. en Paul Baker (ed.), The Social Sciences Today, Edward Arnold, Londres, 1975 ["Historia económica y social", en Paul Baker, Las ciencias sociales de hoy, Fondo de Cultura Económica, México, 1979, pp. 112-122].

[33] E. J Hobsbawm, “From Social History to the History of Society”, Daedalus, 100 (1971) [“De la historia social a la historia de las sociedades”, Historia Social, 10 (1991), pp. 5-25].

[34] Jürgen Kocka y Ute Frevert (eds.), Bürgertum im 19. Jahrhundert. Deutschland im europäischen Vergleich, 3 vols., Munich, 1988 [Las burguesías europeas del siglo XIX. Sociedad civil, política y cultura, PUV, Valencia, 2000].

[35] Eric Hobsbawm, Politics for a rational left. Political writing 1977-1988, Verso y Marxism Today, Londres, 1989 [Política para una izquierda racional, Crítica, Barcelona, 1993].

[36] Eric Hobsbawm, “Adiós a todo eso” y “Fuera de las cenizas”, en Robin Blackburn (ed.), Después de la caída. El fracaso del comunismo y el futuro del socialismo, Crítica, Barcelona, 1993, pp. 124-136 y 325-339. Originariamente en Marxism Today, octubre 1990 y abril 1991, respectivamente, comp. en After the fall. The failure of communism and the future of socialism, Verso, Londres, 1991.

BIBLIOGRAFÍA

OBRAS DE HOBSBAWM (CITADAS EN EL TEXTO)

“A Historical Retrospect” (2003) [http://www.balzan.org/en/prizewinners/eric-hobsbawm/a-historical-retrospect _20_22.html].

“Adiós a todo eso”, en Robin Blackburn (ed.), Después de la caída. El fracaso del comunismo y el futuro del socialismo, Crítica, Barcelona, 1993, pp. 124-136.

“Capitalismo y agricultura: los reformadores escoceses en el siglo XVIII”, Historia Social, 25 (1996), pp. 41-60.

“De la historia social a la historia de las sociedades”, Historia Social, 10 (1991), pp. 5-25.

“Del feudalismo al capitalismo”, en Rodney Hilton (ed.), La transición del feudalismo al capitalismo, Crítica, Barcelona, 1977, pp. 223-230.

“El debate sobre el nivel de vida”, en Arthur J. Taylor (comp.), El nivel de vida en Gran Bretaña durante la Revolución Industrial, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1986, pp. 233-242.

“El desafío de la razón. Manifiesto para la renovación de la historia”, Polis, 11 (2005), Santiago de Chile [www.revistapolis.cl/11/hobs.htm].

“El Grupo de Historiadores del Partido Comunista”, Historia Social, 25 (1996), pp. 61-80.

“El renacimiento de la historia narrativa. Algunos comentarios”, Historias, 14 (1986), México, pp. 9-13.

“El siglo XVII en el desarrollo del capitalismo”, En torno a los orígenes de la revolución industrial, Siglo XXI Argentina, Buenos Aires, 1971, pp. 71-88.

“Fuera de las cenizas”, en Robin Blackburn (ed.), Después de la caída. El fracaso del comunismo y el futuro del socialismo, Crítica, Barcelona, 1993, pp. 325-339.

“Guerrillas in Latin America”, Socialist Register, 7 (1970), pp. 51-61.

“Historia económica y social”, en Paul Baker, Las ciencias sociales de hoy, Fondo de Cultura Económica, México, 1979, pp. 112-122.

“Historiadores y economía”, Sobre la historia, Crítica, Barcelona, 1998, pp. 105-132.

“Introducción” a Karl Marx y Eric J. Hobsbawm, Formaciones económicas precapitalistas, Siglo Veintiuno, México, 1989, 4a. ed., pp. 9-64.

“¿Qué deben los historiadores a Karl Marx?”, Sobre la historia, Crítica, Barcelona, 1998, pp. 148-162.

“Los campesinos y los emigrantes rurales en la política”, en Claudio Veliz (ed.), El conformismo en América Latina, Universitaria, Santiago de Chile, 1970.

“Ocupaciones campesinas de tierras en el Perú”, Análisis, 2-3 (abril-diciembre de 1977), pp. 111-142.

“Para el estudio de las clases subalternas”, Pasado y Presente, 2/3 (julio-diciembre de 1963), pp. 158-167.

“Prólogo” a Gonzalo Sánchez y Donny Meertens, Bandoleros, gamonales y campesinos. El caso de la Violencia en Colombia, El Ancora, Bogotá, 1983, pp. 7-12.

“The Historian between the Quest for the Universal and the Quest for Identity”, Diogenes, 168 (1994), pp. 51-63.

“Tradiciones obreras”, en Trabajadores. Estudios de historia de la clase obrera, Crítica, Barcelona, 1979, pp. 384-401.

Años interesantes. Una vida en el siglo XX, Crítica, Barcelona, 2003.

Bandidos, Ariel, Barcelona, 1976.

El mundo del trabajo. Estudios históricos sobre la formación y evolución de la clase obrera, Crítica, Barcelona, 1987.

En torno a los orígenes de la revolución industrial, Siglo XXI Argentina, Buenos Aires, 1971.

Historia del siglo XX, Crítica, Buenos Aires, 1999, 3a. reimpr.; 1a. ed. en español: Barcelona, 1995.

Industria e Imperio. Una historia económica de Gran Bretaña desde 1750, Ariel, Barcelona, 1977.

La Convención: un caso de neofeudalismo, Instituto de Investigaciones Económico-Sociales, Lima, 1970 ["Un ejemplo de neofeudalismo: La Convención, Perú", en Marco Aurelio Ugarte Ochoa (ed.), La Convención: el trabajo y sus luchas sociales, Amauta, Cusco, 1983, pp. 35-57].

La era del capitalismo, Labor, Barcelona, 1977,

La era del imperio, Labor, Barcelona, 1990

Las revoluciones burguesas, Guadarrama, Madrid, 1974, 3a. ed.

Los campesinos y la política, Anagrama, Barcelona, 1973.

Los ecos de la Marsellesa, Crítica, Barcelona, 1992.

Marxismo e historia social, Presentación de Osvaldo Tamain, Universidad Autónoma de Puebla, Puebla, 1983.

Naciones y nacionalismo desde 1780, Crítica, Barcelona, 1991.

Política para una izquierda racional, Crítica, Barcelona, 1993.

Rebeldes primitivos. Estudio sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX, Ariel, Barcelona, 1974, 2a. ed.; 1a. ed., 1968.

Sobre la historia, Crítica, Barcelona, 1998.

Trabajadores. Estudios de historia de la clase obrera, Crítica, Barcelona, 1979.

Hobsbawm, Eric J. y George Rudé, Revolución industrial y revuelta agraria. El capitán Swing, Siglo XXI, Madrid, 1985, 2a. ed.; 1a. ed.: Buenos Aires, 1978.

Hobsbawm, Eric J. y otros, El pensamiento revolucionario de Gramsci, Editorial Universidad Autónoma de Puebla, Puebla, 1978.

Hobsbawm, Eric J. y Terence Ranger (eds.), La invención de la tradición, Crítica, Barcelona, 2002.

REFERENCIAS

Aguirre, Carlos y Charles Walker (comp.), Bandoleros, abigeos y montoneros. Criminalidad y violencia en el Perú, siglos XVIII-XX, Instituto de Apoyo Agrario, Lima, 1990.

Allen, Robert Loring, Joseph Schumpeter. Su vida y su obra, Edicions Alfons el Magnànim-IVEI, Valencia, 1995.

Anderson, Perry, "Historia y lecciones del neoliberalismo", en François Houtart y François Poulet (coords.), El otro Davos. La globalización de la resistencia y de luchas, Plaza y Valdés, México, 2001, pp. 16-31.

Anderson, Perry, Teoría, política e historia. Un debate con E. P. Thompson, Siglo XXI, Madrid, 1985.

Assadourian, Carlos Sempat et al., Modos de producción en América Latina, Cuadernos Pasado y Presente, Buenos Aires, 1973, 2a. ed.

Atsma, Hartmut y André Burguière (eds.), Marc Bloch aujourd'hui. Histoire comparée et Sciences sociales, EHESC, París, 1990.

Balboa Navarro, Imilcy, La protesta rural en Cuba. Resistencia cotidiana, bandolerismo y revolución (1878-1902), CSIC, Madrid, 2003.

Bartra, Roger y otros, Modos de producción en América Latina, Delva, Lima, 1976.

Bartra, Roger, "La inteligencia rebelde", Letras Libres, 13 de julio de 2012 [http://www.letraslibres.com].

Bartra, Roger, El modo de producción asiático. Antología de textos sobre problemas de la historia de los países coloniales, Ediciones Era, México, 1969.

Bejarano, Jesús Antonio, “Campesinado, luchas agrarias e historia social: notas para un balance historiográfico”, Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura, 11 (1983), pp. 251-304.

Blackburn, Robin (ed.), Después de la caída. El fracaso del comunismo y el futuro del socialismo, Crítica, Barcelona, 1993.

Bloch, Marc y Lucien Febvre, “À nos lecteurs”, Annales d’histoire économique et sociale, 1 (1929), pp. 1-2.

Bloch, Marc, Apología para la historia o el oficio de historiador, Fondo de Cultura Económica, México, 1996.

Bloch, Marc, La sociedad feudal, Akal, Madrid, 1986.

Bouvier, Jean, “Tendencias actuales de las investigaciones de historia económica y social en Francia”, en G. Sadoul y otros, La Historia hoy, Avance, Barcelona, 1974, pp. 155-169.

Braudel, Fernand, La historia y las ciencias sociales, Alianza Editorial, Madrid, 1986, 7a. ed.

Cárdenas, Martha (ed.), Once ensayos sobre la violencia, Cerec, Bogotá, 1985.

Cardoso, C.F.S. y H. Perez Brignoli, Los métodos de la historia, Crítica, Barcelona, 1977, 2a. ed.

Charle, Christophe, Los intelectuales en el siglo XIX. Precursores del pensamiento moderno, Siglo XXI, Madrid, 2000.

Chaunu, Pierre, “La economía. Superación y prospectiva”, en Jacques Le Goff y Pierre Nora (dir.), Hacer la historia. (II) Nuevos enfoques, Laia, Barcelona, 1979, pp. 59-80.

Chaunu, Pierre, “La historia serial. Balance y perspectivas”, Historia cuantitativa, historia serial, Fondo de Cultura Económica, México, 1987, pp. 179-205.

Chesneaux, Jean, ¿Hacemos tabla rasa del pasado? A propósito de la historia y de los historiadores, Siglo XXI, Madrid, 1984, 6a. ed.

Chiaramonte, José Carlos, “Bajo la censura del onganiato”, Zona. Suplemento de Clarín, 22 de noviembre de 1998.

Chiaramonte, José Carlos, Formas de sociedad y economía en Hispanoamérica, Grijalbo, México, 1984.

Cipolla, Carlo M., Entre la historia y la economía. Introducción a la historia económica, Crítica, Barcelona, 1991.

De Souza Martins, José, “Los campesinos y la política en el Brasil”, en Pablo González Casanova (comp.), Historia política de los campesinos latinoamericanos, Siglo XXI, México, 1985, vol. 4, pp. 9-83.

Del Barco, Oscar, “Las formaciones económicas precapitalistas de Karl Marx”, Pasado y Presente, 9 (abr.-sep. 1965), pp. 84-96.

Dobb, Maurice, Estudios sobre el desarrollo del capitalismo, Siglo XXI Argentina, Buenos Aires, 1971.

Dosse, François, La marche des idées. Histoire des intellectuels, histoire intellectuelle, Éditions La Découverte, París, 2003.

Dosse, François, La historia en migajas. De ‘Annales’ a la ‘nueva historia’, Institució Alfons el Magnànim, Valencia, 1988.

Ebenstein, Alan O., Friedrich Hayek. A Biography, University of Chicago Press, Chicago, 2003.

Febvre, Lucien, “De 1892 a 1933. Examen de conciencia de una historia y de un historiador”, Combates por la historia, Ariel, Barcelona, 1972, 2a. ed., pp. 15-35.

Febvre, Lucien, “Face au vent. Manifeste des Annales nouvelles”, Annales. Économies, Sociétés, Civilisations, 1 (1946), pp. 1-8.

Feiwel, George R., “El legado intelectual de Joan Robinson”, El Trimestre Económico, LVI (2) (1989), pp. 307-342.

Fink, Carole, Marc Bloch. Una vida para la historia, Publicacions de la Universitat de València-Universidad de Granada, Valencia, 2004.

Flores Galindo, Alberto, Buscando un Inca: Identidad y utopía en los Andes, en Obras Completas III (I), Sur Casa de Estudios del Socialismo, Lima, 2008.

Fradkin, Raúl, Historia de una montonera. Bandolerismo y caudillismo en Buenos Aires, 1826, Siglo Veintiuno Editores, Buenos Aires, 2006.

Furet, François, "Lo cuantitativo en historia", en Jacques Le Goff y Pierre Nora (dir.), Hacer la historia. (I) Nuevos problemas, Laia, Barcelona, 1985, 2a. ed., pp. 55-73.

Giesecke, Margarita, The Trujillo Insurrection, the APRA Party and the Making of Modern Peruvian Politics, University of London, Londres, 1993 [La insurrección de Trujillo. Jueves 7 de Julio de 1932, Fondo Editorial del Congreso de la República del Perú, Lima, 2010].

González de Molina, Manuel, "Los mitos de la modernidad y la protesta campesina. A propósito de 'Rebeldes Primitivos' de Eric J. Hobsbawm", Historia Social, 25 (1996), pp. 113-157.

Harcourt, Geoffrey C. y Prue Kerr, Joan Robinson, Palgrave Macmillan, Londres, 2009.

Hartwell, R. M., "El aumento del nivel de vida en Inglaterra, 1800-1850", en Arthur J. Taylor (comp.), El nivel de vida en Gran Bretaña durante la Revolución Industrial, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1986, pp. 149-178.

Hartwell, R. M., "Interpretations of the Industrial Revolution in England: A Methodological Inquiry", The Journal of Economic History, 19: 2 (1959), pp. 229-249.

Hayek, Friedrich A. von, "Historia y política", en F. Hayek y otros, El capitalismo y los historiadores, Unión Editorial, Madrid, 1997, pp. 15-36, 2a. ed.

Hill, Christopher, R. H. Milton y E.J. Hobsbawm, "Origins and early years", y de Jacques Le Goff, "Later History", Past & Present, 100 (1983), pp. 3-28.

Hunt, Tristram, “Eric Hobsbawm: a conversation about Marx, student riots, the new Left, and the Milibands”, The Guardian, 16 de enero de 2011 [Ñ. Revista de Cultura (Clarín), 25 de febrero de 2011].

Joseph, Gilbert M., “On the trail of Latin American Bandits: A Reexamination of Peasant Resistance”, Latin American Research Review, 25 (1990), pp. 7-53.

Kaye, Harvey J., Los historiadores marxistas británicos. Un análisis introductorio, Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza, 1989.

Kolakowski, Leszek, La filosofía positiva, Cátedra, Madrid, 1988.

Kula, Witold, Problemas y métodos de la historia económica, Península, Barcelona, 1977, 3a. ed.

Labrousse, Ernest, “1848, 1830, 1789. Comment naissent les révolutions”, en Actes du Congrès historique du centenaire de la Révolution de 1848, PUF, París, 1948, pp. 1-29

Labrousse, Ernest, “Voies nouvelles vers une histoire de la bourgeoisie occidentale au XVIIIe et XIXe siècle”, Xe Congresso Internazionale di Science Storiche, Relazioni, t. IV, Roma, 1955, pp. 365-396.

Labrousse, Ernest, Esquisse du mouvement des prix et des revenus en France au XVIIIe siècle, París, 1933 [traducción parcial en Fluctuaciones económicas e historia social, Tecnos, Madrid, 1962].

Labrousse, Ernest, La crise de l’économie française à la fin de l’Ancien Régime et au début de la Révolution, PUF, París, 1944 [parcialmente traducido en Fluctuaciones económicas e historia social, Tecnos, Madrid, 1962].

Lippi, Marco, “Joan Robinson on Marx’s Theory of Value”, en Maria Cristina Marcuzzo, Luigi L. Pasinetti y Alessandro Roncaglia (eds.), The Economics of Joan Robinson, Routledge, Londres y Nueva York, 1996, pp. 101-111.

Lyons, John S., Louis P. Cain y Samuel H. Williamson (eds.), Reflections on the Cliometrics Revolution. Conversations with

Economic Historians, Routledge, Nueva York, 2008.

Mallon, Florencia E., “The Promise and Dilemma of Subaltern Studies: Perspectives from Latin American History”, The American Historical Review, 99: 5 (1994), pp. 1491-1515.

Martínez Gallego, Francesc A., “Síntesis, globalidad e interpretación: la tetralogía contemporánea de E. J. Hobsbawm”, Historia Social, 25 (1991), pp. 91-112.

Marx, Karl, Trabajo, asalariado y capital, Ricardo Aguilera Editor, Madrid, 1968.

Mendels, F., “Economie. Histoire économique”, en Andre Burguière (dir.), Dictionnaire des sciences historiques, PUF, París, 1986, pp. 215-223.

Mussi, Fabio y Giuseppe Vacca, “El eurocomunismo y la lenta transición de la Europa capitalista. Entrevista a Eric Hobsbawm”, Revista Mexicana de Sociología, 40 (1978), pp. 253-262 [traducido de Rinascitá, 12 (1977), pp. 11-13].

O’Phelan, Scarlett, Un siglo de rebeliones anticoloniales: Perú y Bolivia, 1700-1783, Centro Bartolomé de las Casas, Cusco, 1988.

Palmer, Bryan D., “Las políticas de Hobsbawm: se ha detenido la marcha hacia adelante del Frente Popular”, en Gumersindo Vera Hernández y otros (coords.), Los historiadores y la historia para el siglo XXI. Homenaje a Eric J. Hobsbawm, Conaculta-INAH, México, 2007, pp. 93-104.

Panfichi, Aldo, “Una entrevista con Eric Hobsbawm (1992)”, A contracorriente, 7: 3 (Spring 2010), pp. 361-373.

Paniagua, Javier y José Antonio Piqueras, “Comprender la totalidad de la evolución histórica. Conversación con Eric Hobsbawm”, Historia Social, 25 (1996), pp. 3-39.

Pereira de Queiroz, Maria Isaura, “Messiahs in Brazil”, Past & Present, 31 (1965), pp. 62-86.

Pereira de Queiroz, Maria Isaura, O messianismo no Brasil e no

Mundo, Universidade de São Paulo, São Paulo, 1965.

Perez, Jr., Louis A., Lords of the Mountain: Social Banditry and Peasant Protest in Cuba, 1878-1918, University of Pittsburgh Press, Pittsburgh, 1989.

Pinto Rodríguez, Jorge, "El bandolerismo en la Frontera, 1880-1920. Una aproximación al tema", en Sergio Villalobos et al., Araucanía, temas de historia fronteriza, Ediciones Universidad de La Frontera, Temuco, 1989, pp. 101-122.

Piqueras, José Antonio, "Eric Hobsbawm en América Latina. Una revisión", Historia Mexicana, 249 (2013), pp. 351-401.

Plehwe, Dieter, "Introduction", en Philip Mirowski y Dieter Plehwe (eds.), The Road from Mont Pèlerin. The Making of the Neoliberal Thought Collectiv, Harvard University Press, Cambridge y Londres, 2009, pp. 1-42.

Popper, Karl R., Búsqueda sin término. Una autobiografía intelectual, Tecnos, Madrid, 1985, 2a. ed.

Popper, Karl R., La miseria del historicismo, Alianza/ Taurus, Madrid, 1987, 3a. reimpr.

Pozzi, Pablo A., "Eric Hobsbawm: historia social e historia militante", Espaço Plural, 16 (2008), pp. 9-19.

Robinson, Joan, "Essays 1953" [On Re-reading Marx], en Collected Economic Papers, Basil Blackwell, Oxford, 1973, vol. IV, pp. 247-268.

Robinson, Joan, "The Production Function and the Theory of Capital", Review of Economic Studies, 21: 2 (1953-1954), pp. 81-106.

Robinson, Joan, Ensayos sobre la teoría del crecimiento económico, Fondo de Cultura Económica, México, 1973.

Robinson, Joan, Introducción a la economía marxista, Siglo XXI, Madrid, 1986, 11a. ed.

Rule, John, “Tiempo y clase obrera en la Gran Bretaña contemporánea”, Historia Social, 27 (1997), pp. 23-36.

Samuel, Raphael, “Historia y teoría”, en Raphael Samuel (ed.), Historia popular y teoría socialista, Crítica, Barcelona, 1984, pp. 48-70.

Sardoni, Claudio, “Robinson on Marx”, en Bill Gibson (ed.), Joan Robinson’s Economics. A Centennial Celebration, Edward Elgar, Cheltenham y Northampton, 2003, pp. 43-56.

Saunders, Fances Stonor, La CIA y la guerra fría cultural, Debate, Madrid, 2001.

Schumpeter, Joseph A., Historia del análisis económico, Ariel, Barcelona, 1995

Schwartz, Rosalie, Lawless Liberators: Political Banditry and Cuban Independence, Duke University Press, Durham, 1989.

Sillitoe, Alan, Sábado por la noche y domingo por la mañana, Impedimenta, Salamanca, 2011.

Slatta, Richard (ed.), Bandidos. The varieties of Latin American banditry, Greenwood Press, Nueva York, 1984.

Slatta, Richard, “Bandits and Rural Social History: A Comment on Joseph”, Latin American Research Review, 26: 1 (1991), pp. 145-151.

Solow, Robert M. “Technical Change and the Aggregate Production Function”, Review of Economics and Statistics, 39: 3 (1957), pp. 312-320.

Starcenbaum, Marcelo, “El marxismo incómodo: Althusser en la experiencia de Pasado y Presente”, Izquierdas, 11 (diciembre 2011), pp. 35-53.

Stephens, Bret, “Eric Hobsbawm and the Details of History. How can one explain the warm eulogies offered up for a lifelong apologist of Soviet communism?”, The Wall Street Journal, 5 de octubre de 2012.

Taylor, Arthur J. (comp.), El nivel de vida en Gran Bretaña durante la Revolución Industrial, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1986.

Thane, Pat y Liz Lunbeck, “An Interview with Eric Hobsbawm”, Radical History Review, 19 (1979), pp. 111-131.

Thompson, E. P., “Las peculiaridades de lo inglés”, Historia Social, 18 (1994), pp. 9-60.

Thompson, E. P., Miseria de la teoría, Crítica, Barcelona, 1981.

Van Young, Eric, La otra rebelión. La lucha por la independencia de México, 1810-1821, Fondo de Cultura Económica, México, 2006.

Vilar, Pierre, “Crecimiento económico y análisis histórico”, Crecimiento y desarrollo, Ariel, Barcelona, 1976, 3a. ed., pp. 17-105.

Vilar, Pierre, “La historia después de Marx”, en Economía, Derecho, Historia. Conceptos y realidades, Ariel Barcelona, 1983, pp. 161-173.

Vilar, Pierre, “Problemas teóricos de la historia económica”, en La Historia hoy, Avance, Barcelona, 1974, pp. 143- 154.

Vilar, Pierre, Crecimiento y desarrollo, Ariel, Barcelona, 1976, 3a. ed.

SOBRE EL AUTOR

JOSÉ ANTONIO PIQUERAS. Es catedrático de Historia Contemporánea de la Universitat Jaume I (Castellón, España), donde dirige el grupo Historia Social Comparada. Especialista en historia de las relaciones sociales y de las actitudes políticas, es autor, entre otros libros, de Sociedad civil y poder en Cuba (2006), Cánovas y la derecha española (2008), Bicentenarios de libertad (2010) y La esclavitud en las Españas (2012). Codirige la revista Historia Social desde 1988.

La era Hobsbawm en historia social

Portada: Pablo Reyna.

Cuidó la edición la Dirección de Publicaciones de

El Colegio de México.

libros.colmex.mx

video-comentarios de libros COLMEX

Epub trabajado por PIXELEE

www.pixelee.com.mx

Octubre 2016

La Historia se hizo social en el siglo xx. Una disciplina caracterizada por indagar en el pasado de personalidades singulares, en los hechos públicos y en la marcha del Estado, desarrolló su potencial analítico y desplazó su interés hacia los fenómenos colectivos: la sociedad, los grupos, los conflictos, las condiciones de vida, las formas de pensar y de representar, los sectores subalternos, la gente corriente. Eric J. Hobsbawm simboliza como pocos el esfuerzo de los historiadores del Novecientos por dotarse de herramientas de conocimiento, por explicar los cambios y las permanencias, por hacerlo con un sentido cada vez más cercano a la historia global.

La "era Hobsbawm" es el siglo xx, donde se sitúa el nacimiento, auge y diversificación de la historia social. Es también la época que principia con la Revolución industrial, transforma el mundo anterior y conduce a un continente nuevo, más tarde denominado capitalismo. Dos siglos y medio a los que el autor dedicó una vida de estudio; sobre los que puso en práctica un perspicaz método de observar y analizar los grandes y los más modestos procesos que transformaban los modos de situarse y actuar en sociedad.

La presente obra explora la trayectoria intelectual de Eric Hobsbawm. Por medio de sucesivas aproximaciones, se propone explicar al historiador; o si se prefiere, es una tentativa de reconstruir una de las más fecundas líneas de la historia social, que ha sido considerada clásica.

EL COLEGIO DE MÉXICO